CASTILLOS DE ESPAÑA

CASTILLOS DE ESPAÑA

CASTILOS

Fernando Díaz-Plaja

DE ESPAÑA

y sus fantasmas

Círculo de Lectores

Realización y redacción, Luis Ogg, Pedro Botía
Foto sobrecubierta, Salmer
Cubierta y sobrecubierta, Yzquierdo

© Círculo de Lectores, S.A., 1978
Valencia, 344 Barcelona
5 6 7 8 9 9 7 0 1
Depósito legal: B. 15498-1981
Compuesto en Garamond 11,
impreso y encuadernado por
Printer industria gráfica sa
Sant Vicenç dels Horts 1981
Printed in Spain
ISBN 84-226-1038-8

Puente levadizo

Cuando un francés presume de algo que no posee dicen sus compatriotas que tiene «chateaux en Espagne», es decir, sueños en vez de realidades, deseos en lugar de logros...
Lo bonito de aquí es que sí tenemos todos castillos en España —aun los más pobres, los más modestos—, castillos en que se ha ido enhebrando nuestro devenir histórico no sólo en la batalla, en el asedio, en la defensa encarnizada, en las hazañas de guerra sino en el más curioso aspecto de luchas intestinas, de políticas dúctiles, en las historias de amor, de celos, de ambiciones feroces para conseguir la mujer o el poder y que tuvieron su centro en las centenares de fortalezas que aún hoy, puntean el horizonte de la patria; desde el muñón aislado y dramático de una sola torre en ruinas a la elaborada arquitectura de lo que se convirtió en palacio sin abandonar su función de fortaleza, cuando los castellanos aprendieron que en la vida además de la armadura hay el brocado, además de la piedra el repostero y que una ventana además de aspillera para disparar puede servir para sentarse en su alféizar y contemplar el campo, la mano en la mano.
Esto es lo que he querido anotar a lo largo de nuestra excursión como si se tratara de una presentación social. Aquí el lector, aquí un mundo pequeñito pero intenso circundado de piedra pero con un corazón que latía igual que puede latir el que hoy palpita dentro de un piso moderno; con el mismo entusiasmo y a veces, con el mismo desencanto.
Señoras y señores:

los castillos de España...
y sus fantasmas

PAZO DE MEIRAS, donde ardió la historia

Hubo un incendio en un castillo-palacio de los muchos que hay esparcidos por España. Normalmente, la noticia habría obtenido unas líneas en tercera o cuarta página de los periódicos, pero ésta saltó a la primera y aun se asomó a la pantalla de la televisión, porque lo que había ardido era la torre donde durante casi cuarenta años veraneó el hombre que mandó en España. Desde sus salones, muchos veranos, se dictaron las leyes que tenían que conformar nuestra forma de vida, y el incendio pareció poner una rúbrica de fuego al final de su carrera que había llegado con la muerte sólo unos meses antes.

Fueron el ejército y la política unidos en un general-jefe de Estado los que mandaron durante todo este período en la bella mansión coruñesa, y su nombre, con el del Alcázar de Toledo, resultó el más conocido de las fortalezas españolas. Antes de 1936 sólo habían oído de ella los aficionados a la buena literatura. Porque allí vivió y escribió largamente doña Emilia Pardo Bazán, condesa de Pardo Bazán por merced del rey Alfonso XIII.

Fue la más alta novelista de Galicia, una de las primeras de España; tuvo la audacia de intentar entrar en la Real Academia y ésta tuvo la visión retrógrada de impedírselo. Pero en el terreno profesional de su trabajo su audacia fue quizá mayor, porque incorporó a las letras españolas un nuevo estilo que había hecho furor en Francia: el naturalismo. Donde Pérez Galdós se detiene, ella sigue. La pobreza no es sólo vista como un elemento social, la pobreza es vista como caldo de cultivo de la degeneración humana, exactamente como la estudió Emilio Zola en el país vecino. Porque desde el pazo (palacio) de Meirás, la condesa había visto una miseria rural mucho más grave que la que describiera Pérez Galdós e incluso Baroja en la gran ciudad. Una pobreza que puede llevar incluso al incesto como en su obra *Los pazos de Ulloa*.

Del pazo saldría algún día a ver la comida suculenta, un poco brutal, en que termina un día de cacería. Del pazo saldría

En el pazo (palacio) de Meirás vivió y escribió
la más alta novelista de Galicia:
doña Emilia Pardo Bazán (izquierda).
A la derecha, aspecto de los jardines del pazo.

para presenciar esta escena que parece un aguafuerte; es la hora de dar de comer a la reala de perros.

«Primitivo y la moza disponían en cubetas de palo el festín de los animales, entresacando de lo mejor y más grueso del pote; y el marqués —que vigilaba la operación— no dándose por satisfecho, escudriñó con una cuchara de hierro las profundidades del caldo hasta sacar a luz tres gruesas tajadas de cerdo que fue distribuyendo en las cubetas. Lanzaban los perros alaridos entrecortados, de interrogación y deseo, sin atreverse aún a tomar posesión de la pitanza; a una voz de Primitivo sumieron de golpe el hocico en ella oyéndose el batir de sus apresuradas mandíbulas y el chasqueo de su lengua glotona. El chiquillo gateaba por entre las patas de los perdigueros, que, convertidos en fieras por el primer impulso de hambre no saciada todavía, le miraban de reojo regañando los dientes y exhalando ronquidos amenazadores; de pronto la criatura, incitada por el tasajo que sobrenadaba en la cubeta de la perra Chula, tendió la mano para cogerlo y la perra, torciendo la cabeza, lanzó una feroz dentellada que, por fortuna, sólo alcanzó la mano del chico, obligándole a refugiarse más que de prisa, asustado y lloriqueante, entre las sayas de la moza ya ocupada en servir caldo a los racionales.»

Buena observadora, ágil escritora, vocabulario amplio y bien empleado, a su tiempo siempre, ¿qué hubiera podido escribir la Pardo Bazán de quien la sustituyera en la imaginación de los españoles cuando se habla del pazo de Meirás?

En el pazo de Meirás veraneó, durante casi cuarenta años,
el anterior jefe de estado, Francisco Franco.
En los consejos de ministros celebrados en sus salones,
inexplicablemente incendiados no hace mucho (der. arr.),
se determinó a menudo la forma de vida de los españoles.

FUENTERRABIA, hostal de famosos

Dos reyes navarros, Sancho Abarca y Sancho el Fuerte, lo crean; otros lo protegen cada vez más porque, dada la que un escritor español del XVII llamaba con humorismo inconsciente «natural enemistad entre españoles y franceses», se hallaba en el obligado lugar de tránsito de los invasores.

El más famoso sitio ocurrió en el tiempo en que gobernaba —o desgobernaba, según sus enemigos— el conde-duque de Olivares. En esa época, Richelieu intentó la invasión de España y asedió Fuenterrabía, ante lo que el conde-duque dispuso que le enviaran los socorros necesarios. Nada más. Ni se colocó al frente de ellos ni acudió a dar ánimos a los sitiados con su presencia. Pero su gesto bastó para que Velázquez le retratara en actitud arrogante a caballo —está en el museo del Prado— señalando a lo lejos la ciudad que con su sabia previsión había salvado. Y por si esa exaltación pictórica fuera poco, Felipe IV le regaló una copa de oro que cada año volvía a enviar como recuerdo. En unos versos satíricos dirigidos al rey y naturalmente anónimos se le aconseja:

Y advertir al conde duque
pues por Alcalde le toca,
conserve a Fuenterrabía;
si no, que os vuelva la copa.

En otra invasión, la de la Francesada, fue lo primero que tomaron los napoleónicos y lo último que dejaron en la retirada de 1813, empujados por un sargento llamado Leguía.

Fuenterrabía, lugar de paso en guerra, lo es también, evidentemente, cuando el vecino es pacífico. Quizá por ello haya sido nido de tan ilustres huéspedes. Una relación de quienes se alojaron más o menos largamente en el castillo-palacio de Fuenterrabía es un «who's who» de lo mejor de la política, el arte y las letras. En reyes, Carlos V, Felipe III y Felipe IV. Aquí se preparó el viaje que tenía que hacer un cambio total en su vida a las princesas españolas Leonor de Austria que casó con Francisco I, Ana de Austria que lo hizo con Luis XIII, María Teresa que

La fortaleza de Fuenterrabía, hoy Parador nacional de turismo, fue asediada por Richelieu cuando gobernaba el conde-duque de Olivares (izq., obra de Velázquez, Museo del Prado). Entre sus muros sufrió arresto el almirante Oquendo (der. arriba, Museo Naval de Madrid).

matrimonió con Luis XIV; allí vivieron los dignatarios que firmaron la paz de los Pirineos en 1659. Huésped *malgré lui* fue el almirante Oquendo, el gran marino arrestado por insultos a un superior; y el gran duque de Alba, el de tremenda memoria en Flandes; y Spínola, cuyo gesto de cortesía en la rendición de Breda inmortalizó Velázquez. Y el arzobispo de Toledo Carrillo, más amigo de la armadura que de la dalmática; y Beltrán de la Cueva, de cuya falsa o verdadera paternidad dependió la suerte de España. Y aunque militar, más

famoso en el campo de las letras que en el de batalla, Garcilaso de la Vega, el dulce Garcilaso; el de:

Oh dulces prendas por mí mal
[halladas
dulces y alegres cuando Dios
[quería.
Juntas estáis en la memoria
[mía
y con ella en mi muerte conju-
[radas.

...y que en su testamento recordó el Cantábrico y las verdes colinas vistas desde sus almenas.

MUÑATONES o un padre valleinclanesco

«Un castillo que se defiende a sí mismo», lo han llamado algunos especialistas, porque no tiene barbacana ni defensas adelantadas ni torres vigías ni fosos. Un castillo representativo de la raza que lo levantara y habitara, la vasca; segura de su fuerza, de su energía, del pavor que puede causar al enemigo sólo con estar.

Y en la historia interior de la fortaleza, un hombre que parece arrancado de las páginas de Valle-Inclán. O quizá don Ramón supiera de él antes de describir su serie de viejos robustos, ávidos de acción en lo militar y en el combate femenino: los Montenegros, que tanto mataban hijos ajenos como engendraban propios con cualquiera de sus criadas o campesinas.

Así fue don Lope de García de Salazar a caballo de los siglos XIV y XV, señor de Muñatones. La exageración del vulgo le hace padre de ciento veintidós hijos; es la leyenda, claro. La historia, más sobria, menos exagerada, habla sólo de... ochenta. Pero además sus hijos salen a él, reflejan su estirpe en la violencia y en la pasión. Cuando emprende sus campañas le siguen como un solo hombre contra familias de otros nobles a los que combaten sin tregua. Dícese que en un solo combate, el de Elorrio, murieron cuarenta y cinco entre hijos y nietos del tal Salazar.

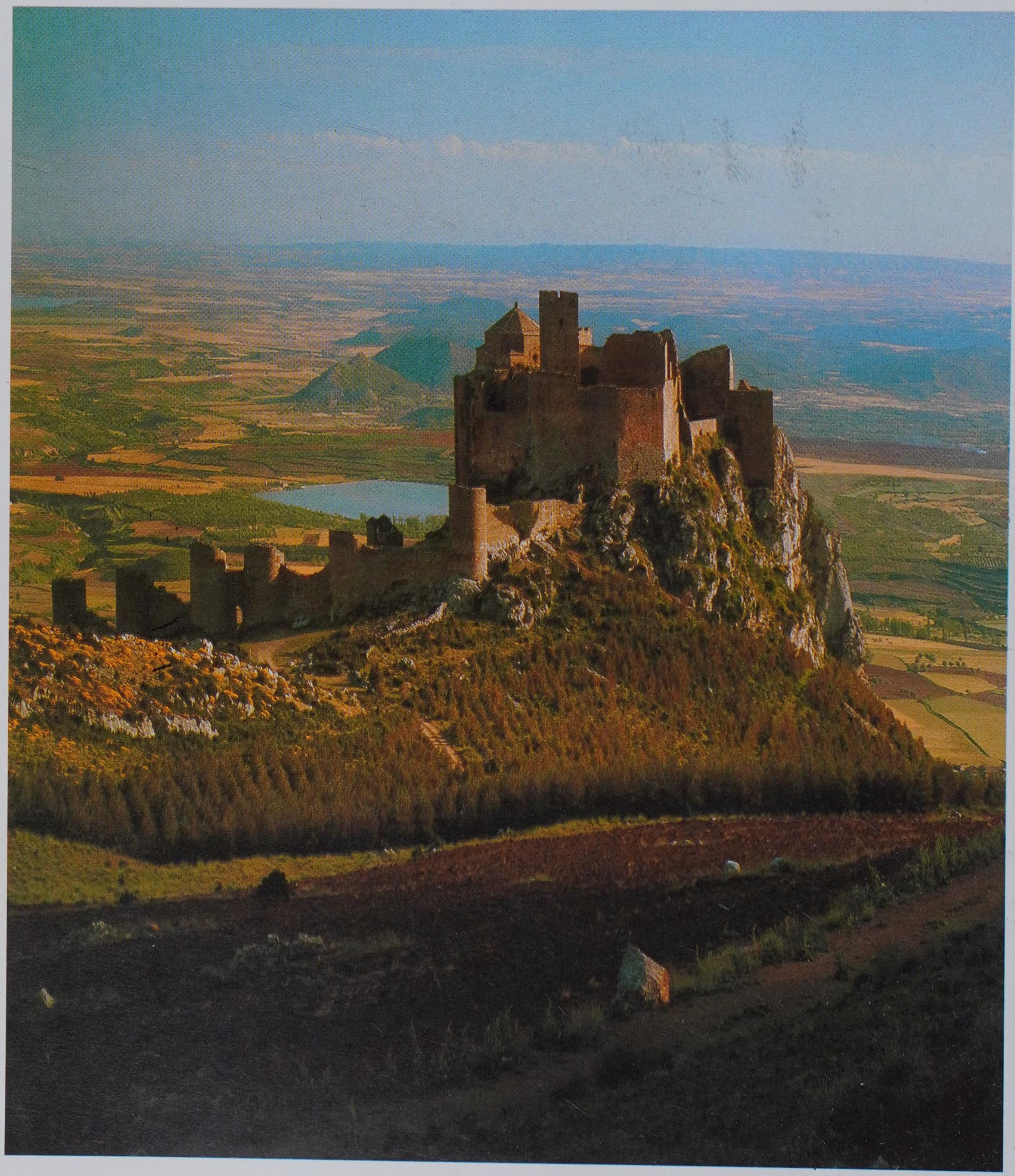
Parador nacional de turismo de Muñatones,
que se encuentra cerca del castillo del mismo nombre.

Pero la ferocidad guerrera no se dirige después fácilmente por los caminos que quiera el que las empezara. Un día los muchachos a quienes se ha dicho que la violencia es santa y que el pecado es virtud, emplean esas enseñanzas contra quien fuera su padre y maestro. Los hijos se levantan un día contra don Lope y le encierran en su propia casa de San Martín de Muñatones.

«¡Ay, yo he sido un gran pecador y mi vida una noche negra de rayos y truenos... por eso a mi vejez me quedo castigado! Dios para humillar mi soberbia, quiso que aquel vientre de mujer santa engendrase monstruos de Satanás. ¡Salid de mi casa, hijos de Satanás!» —dice su alter-ego— don Juan Manuel de Montenegro en *Romance de Lobos*. La vieja audacia se mantiene, pero los colmillos han desaparecido; al viejo león sólo le queda el rugido. En la novela de Valle-Inclán los hijos completan su rebelión asesinando al caballero. En la realidad de Muñatones hicieron algo más humano y quizá más cruel. Lo mantuvieron encerrado hasta el fin de sus días, para que reflexionase sobre lo que fue y era.

«Estando en mi casa de San Martín, preso de los que yo engendré, crié y acrecenté...» El diablo, harto de carne, se metió a monje. El guerrero desprovisto de su capacidad ofensiva contra los demás se mete dentro de sí mismo y empieza a escribir un libro que trate de los acontecimientos que vio y actuó. Advierte con realismo que en su caso no puede esperar como los que son cautivos de los moros, «que esperan salir por rendición de sus bienes o por limosna de buenas gentes». El sabe que nunca le soltarán porque sus carceleros desean precisamente heredar las mismas riquezas; por ello «esperando la imaginación de Dios y por quitar pensamiento e imaginación compuso este libro». Es bello mencionar lo que piense el Altísimo, hacer de él como causa de la «imaginación de Dios». Lope García de Salazar, un hombre ya con poco porvenir, se vuelve hacia el pasado para explicar el tiempo que conoció. Su libro se titulará *Bienandanzas e fortunas* que, como señala el «castillólogo» Federico Bordejó, otros calificarán de «malandanzas e infortunios, porque allí sacó a relucir todos los vicios, defectos y maldades de los señores feudales, y entre ellos los suyos». Tiene grandeza sin embargo, demoníaca si se quiere, pero grandeza, ese caballero que luchó en campos de batalla y en campos de pluma, mató a muchos y engendró a otros tantos, que desbordó coraje por todos lados en su larga y azarosa vida, para acabarla derrotado y preso en su castillo de Muñatones.

LOARRE, que vio alzarse por rey al de Urgel



El castillo de Loarre es la más importante fortaleza del románico español (s. XI y XII). Fue residencia de los reyes de Aragón.

Ocho torreones hay en Loarre, que pudo ser el Covadonga de la Reconquista catalana de Jaime de Urgel. Había sido romana, mora; la hizo cristiana Sancho el Mayor, hubo en él monjes y soldados. Pero su huésped más famoso fue un pretendiente sin suerte.

Los grandes perdedores de la historia tienen un halo de romanticismo. Así fue Carlos de Viana, el príncipe melancólico, así el gran derrotado del compromiso de Caspe, Jaime de Urgel o Jaime de Aragón como él prefería que le llamasen.

El halo romántico en ese caso se apoya en la razón sentimental de la nacionalidad catalana. Jaime de Urgel era el príncipe indígena, el que correspondía a la familia de raigambre local. Fernando de Antequera llega de Castilla; habla otra lengua, tiene otras costumbres. En el compromiso de Caspe vieron siempre los historiadores catalanes la gran traición a los ideales patrios, la venta a los intereses castellanos de una tierra catalana y de sus críticas no se salva la venerada figura de San Vicente Ferrer, uno de los propulsores de la candidatura fernandina.

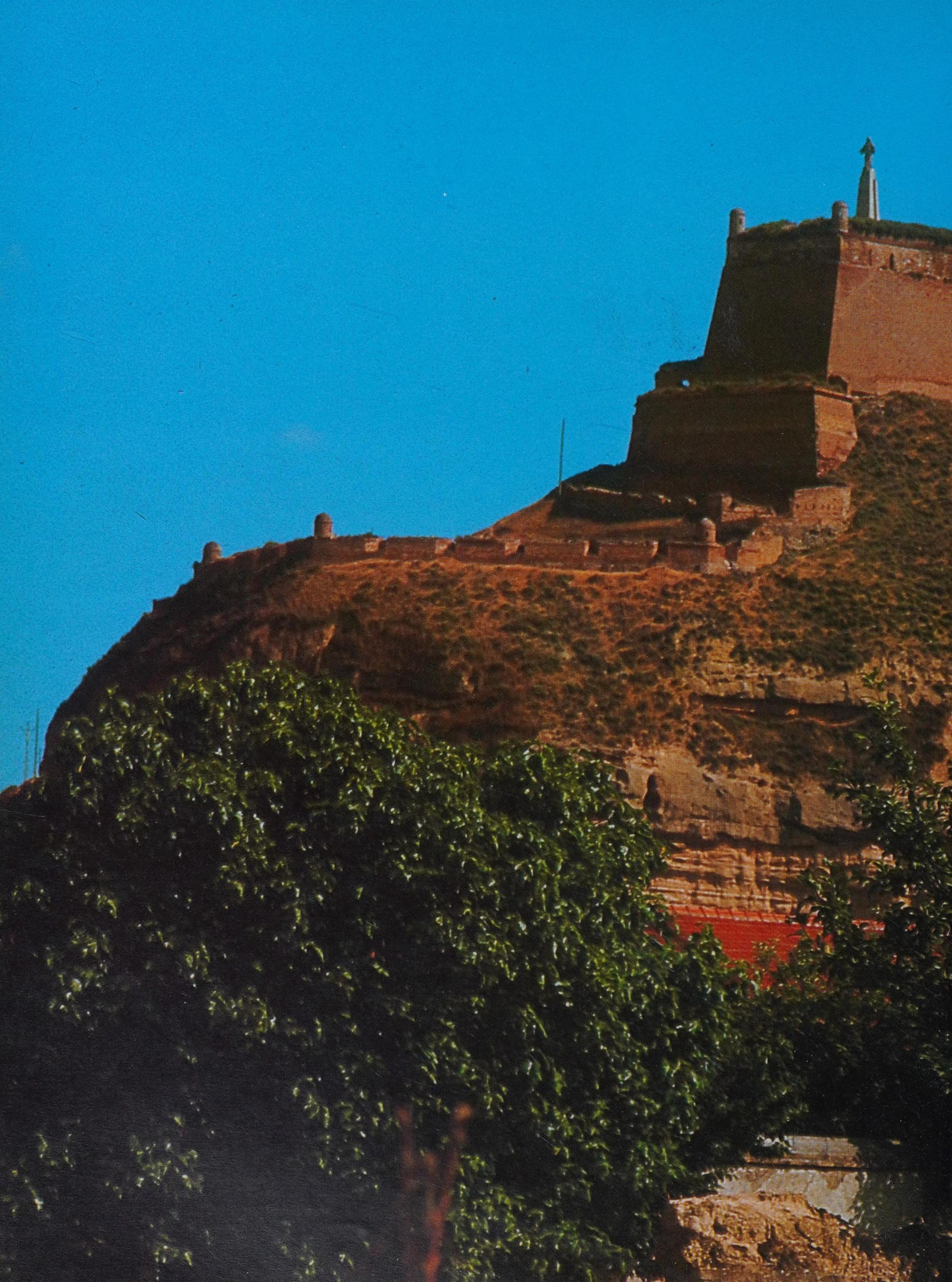
Jaime se equivocó a menudo. Llevó mal la campaña «publicitaria», permitió que la muerte de un arzobispo, el de Zaragoza, se atribuyese a sus partidarios; cuando perdió la elección emprendió el peor cami-

no posible: en lugar de desafiarla desde el primer momento como con mayor derecho, dudó, vaciló y por fin prestó pleito homenaje a cambio de casar su hija con el primogénito del rey Fernando. Apenas firmado el acuerdo, esas malas compañías, esos consejeros que siempre están junto a los poderosos («Macbeth, tú serás rey») le hablan de posibles alianzas con extranjeros, como el inglés duque de Clarence que le ayudará a recuperar un trono injustamente usurpado. Se ha levantado el estandarte de la rebelión y Loarre es su centro. Desde allí se toman nuevas fortalezas y se desafía abiertamente a Fernando de Antequera. La ayuda extranjera no se materializó, pero sí la reacción real. Fernando llama a sus huestes, empieza la campaña... Desalojado de Loarre, el conde de Urgel irá a encerrarse en otro castillo, el de Balaguer.

Los del rey llevaron grandes bastimentos que se colocaban, castilletes que superaban en altura a las murallas y desde las que se podía disparar dentro de los muros y hacer mucho daño. El conde de Urgel llega a la desesperación. Por fin pedirá a su esposa, tía del rey, que interceda. La *Crónica de Juan II* cuenta la triste, humillante escena. Una mujer que intenta ver al rey, el rey que lógicamente se niega al chantaje sentimental y dice que no tiene por qué escuchar su recado, una esposa que a pesar de todo sigue su camino «la cual estaba preñada e iba en andas». El rey por fin la recibió con quejas del marido que había levantado pendón de rebeldía y disparado contra él y los suyos. «¿Pues cómo queréis vos, tía, que tales cosas pasen sin escar-

Loarre fue el centro de la rebelión encabezada por Jaime de Urgel contra la resolución del compromiso de Caspe.

miento? Que esto que vos pedís ni es servicio a Dios ni place a Nuestra Señora por reverencia de la cual lo suplicáis.»
Pero ella siguió de rodillas ante él hasta que consiguió que fuera salva la vida de don Jaime.
Y efectivamente salvó la vida, pero no el honor, como en la frase típica de otro rey. Fernando no podía dejar a un rival tan peligroso en una zona en que tenía tantos partidarios y así le envió prisionero a Castilla, y el conde «cuando vio que le llevaban camino de Castilla se enojó tanto que se dejó caer de una acémila en que lo llevaban tratando de quitarse la vida». El prisionero fue trasladado al castillo de Urueña; de allí pasará al de Moray, Castro Zorafe en Zamora para terminar su prisión con su vida en el de Játiva, en 1433, tras veinte años de cárcel.
Y concluye el cronista, quizá Alvar García de Santa María que, como vivía de la magnificencia real, tenía que estar siempre a favor de las instituciones: «Gran ejemplo es este al enseñarnos que todos los hombres deben cuidarse de no hacer nada contra su señor, mayormente los grandes que cuando más lo son, son también dignos de represión y más peligrosa es su caída».
Quiso ser Jaime de Aragón en lugar de Jaime de Urgel y acabó siendo Jaime el desdichado.



MONZON o el templario

De abajo arriba, encaramándose por el cerro, van sucediéndose las murallas de forma distinta, de distinta estirpe y linaje. Siglo a siglo fueron apoyando las defensas sucesivos monarcas y señores. Encima de todas, como sobre un pedestal de rocas, el primitivo castillo, sólidos todavía sus torreones, asomándose al paisaje aragonés por ventanas árabes. Monzón fue residencia superior de la orden del Temple, una institución de la que hoy se sabe poco, no por falta, sino por sobra de documentos casi siempre contradictorios. Fue una orden de monjes soldados cuya misión inicial era defender el Temple (templo) de Jerusalén contra los sarracenos, gente que sacrificó vidas y haciendas en los Santos Lugares primero y, cuando terminaron inútilmente las Cruzadas, para seguir luchando contra la morisma donde fuera, en España por ejemplo. O bien: fue gente rapaz y egoísta que, bajo el manto blanco, ocultaban un ansia de riquezas que les llevó a los mayores crímenes para conseguirlas. La segunda versión es naturalmente la de sus enemigos mortales y fue la que dictó su suerte primero —abolida en Francia, aquí lo hizo Fernando IV—, y su maléfica leyenda después. Sólo en los casos de masones y jesuitas hay parangón con las historias que se contaron de los templarios...

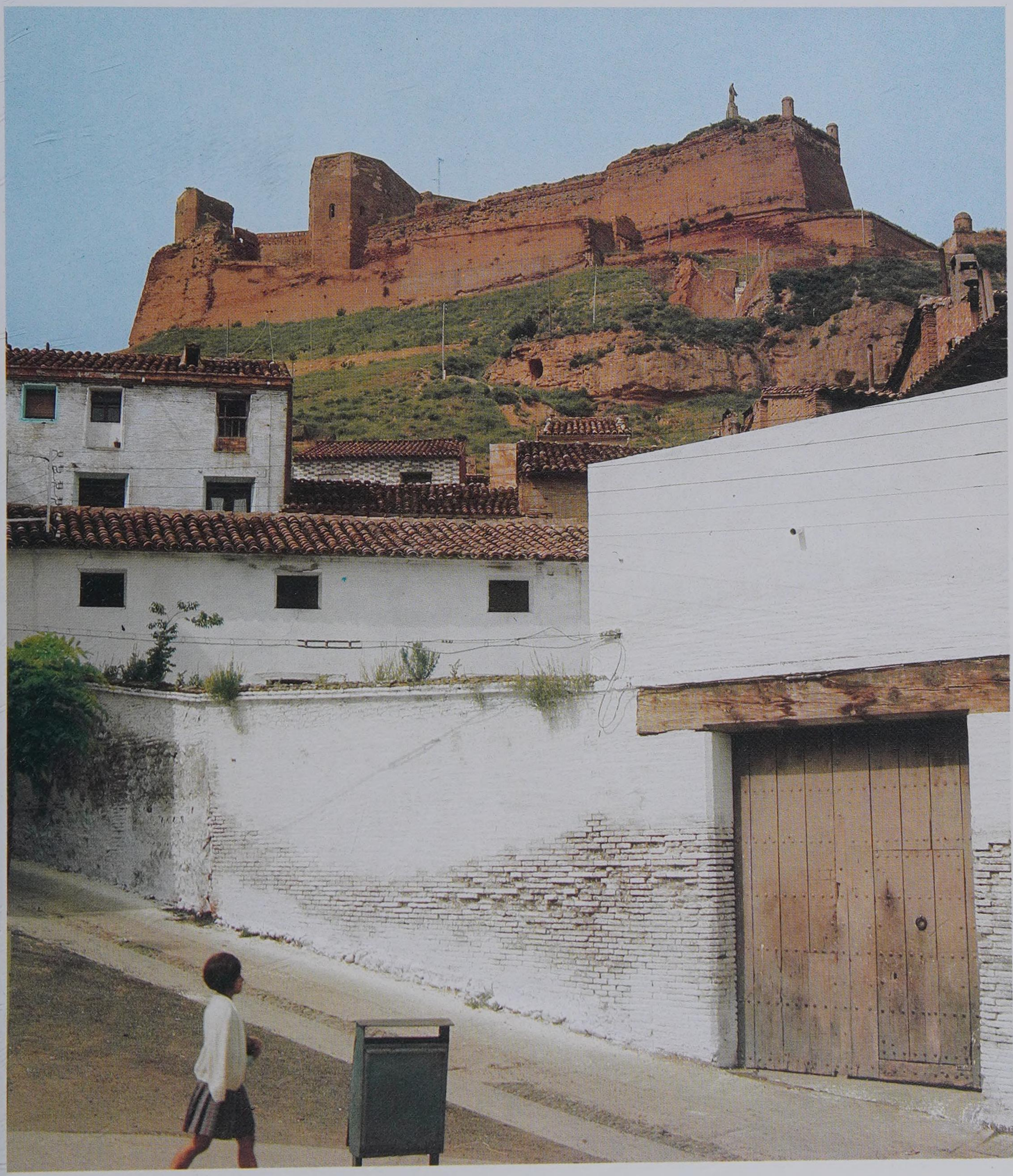
Historias fantásticas que tenían que atraer a los escritores que más gustan de alejarse de la realidad: los románticos. Así, el enemigo más fuerte de Ivanhoe (de Walter Scott) es templario, y templarios aparecen en novelas españolas del mismo tiempo. Los describe Gil y Carrasco en la primera visión de la capilla que se ofrece al nuevo profeso, el señor de Bembibre. «Entonces abriéndose las puertas de par en par... la iglesia tendida de negro con un número muy escaso de blandones de cera amarilla y verde encendidos en el altar. En sus gradas estaba el maestre, sentado en una especie de trono rodeado de los comendadores de la orden y más abajo, en semicírculo, se extendían los caballeros; envueltos en sus mantos blancos parecían otros tantos fantasmas lúgubres y silenciosos.»

Don Alvaro hace juramento de obediencia ciega al maestre, votos de castidad perpetua y pobreza absoluta. Promete guardar riguroso secreto sobre los usos, ritos y costumbres de la religión. Le tapan con un manto mientras cantan salmos penitenciales, y, cuando le descubren, la iglesia está adornada como para una fiesta, retiradas las colgaduras negras, velas blancas encendidas en las manos de todos. Era como la celebración de un recién nacido; entraba un nuevo caballero en el Temple.

Tras el sueño —o pesadilla— del Temple, Monzón se asoma de nuevo a la historia por las Cortes que en ella se reúnen —1362, 1383, 1389, 1435—... Cortes que el monarca aragonés llamaba casi siempre para pedir subsidios para sus próximas guerras o para que jurasen al príncipe heredero; Cortes que los convocados representantes de la nobleza y del clero, pero especialmente del estado llano, los mercaderes y los campesinos, aprovechaban para exigir reformas, casi siempre fiscales. Que no se pudiera imponer nuevos pechos (impuestos) sin oírlas antes, que no se permitiera enajenar posesiones de la corona para hacer más poderosos a los nobles, que se pusiera orden en la casa real... Los reyes acostumbraban en esos casos a conceder las cosas fáciles y a prometer tomar en consideración y decidir tras madura reflexión las más complicadas... o sea las que les iban a costar enemistarse con algún noble, o dinero. Mientras duraban las sesiones, los cortesanos hablaban amistosamente con los representantes del pueblo que, a pesar de sus recelos iniciales, no podían evitar un cierto envanecimiento por esa amabilidad desusada; les ponían en contacto con el rey y éste acababa por llevarse el subsidio solicitado.

... Prácticamente lo mismo que sucede en las Cortes españolas de hoy.

Residencia durante un tiempo de la orden del Temple primero,
y de la de San Juan de Jerusalén después,
el castillo de Monzón fue más tarde la más frecuente
sede de reunión de las cortes de Aragón.



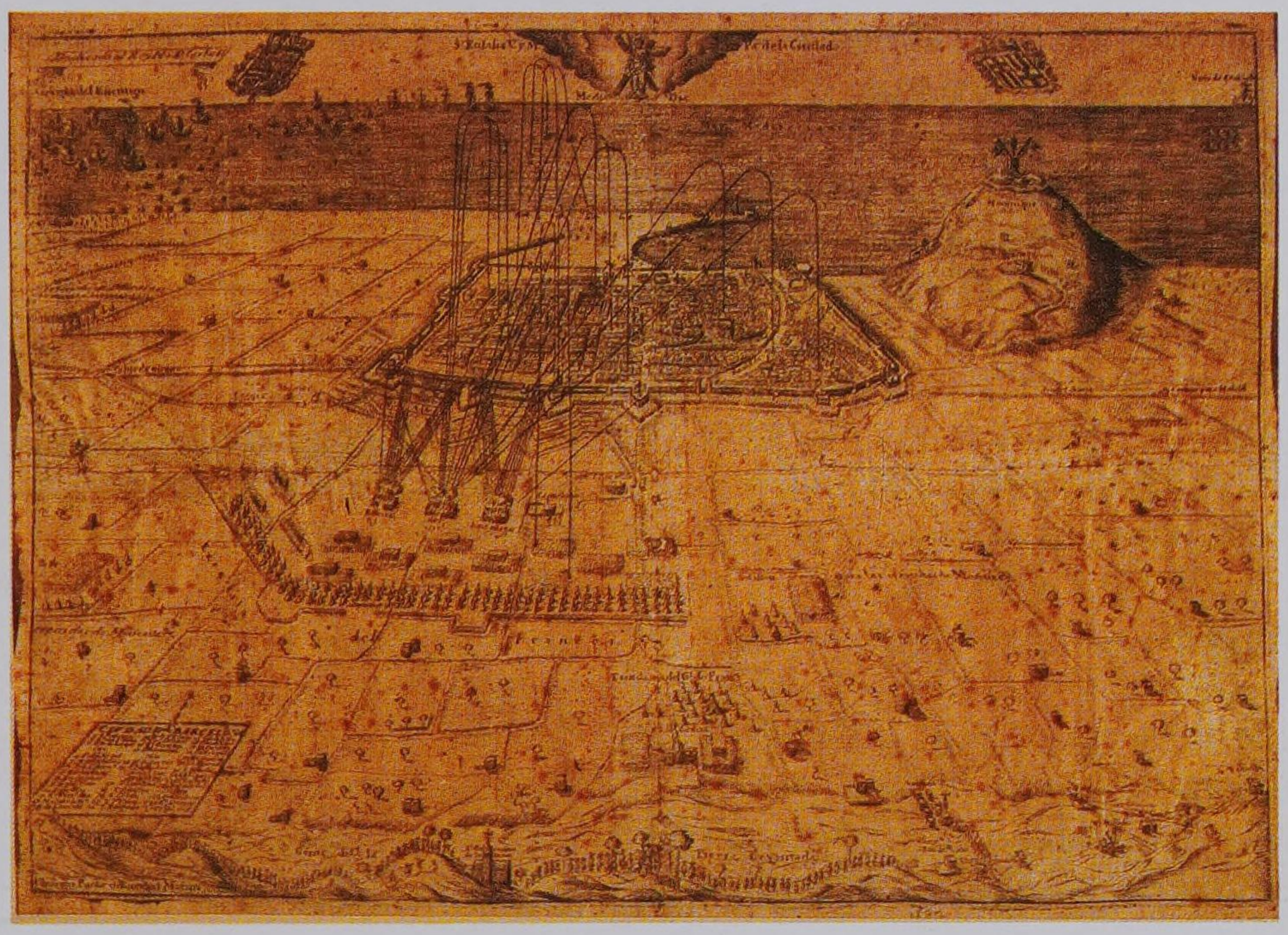
MONTJUICH, la amenaza

Cuando Barcelona quedó en poder de los republicanos durante la Guerra Civil, los partidos políticos de extrema izquierda, especialmente los anarquistas, impusieron cambios de nombres en las calles; movidos por su típico anticlericalismo desterraron todos los nombres de santos, reemplazándolos por recuerdos de tiempos o personajes revolucionarios.

Así, la calle Santa Ana, que sale de las Ramblas, se denominó «Mártires de Montjuich» en memoria de los que habían perecido allí —Francisco Ferrer al frente— durante la represión que siguió a la Semana Trágica de 1909. Al entrar los nacionales en Barcelona, alguien propuso que se mantuviera este mismo nombre, que ahora había cambiado de signo. Durante la dominación republicana, efectivamente, hubo también prisioneros y fusilamientos en la fortaleza. Y siguieron con el nuevo régimen. Hoy, entre los visitantes del castillo siempre hay quien pregunta, por el lugar exacto donde fue fusilado Lluis Companys, el presidente de la Generalidad entregado por los alemanes a Franco. La historia de Montjuich es ciertamente una historia de mártires de cualquiera de los bandos en que se ha dividido siempre España en general y Cataluña en particular y cuyo ejemplo más reciente es la pasada guerra civil.

A lo largo de la historia, el castillo de Montjuich ha servido no tanto para defender la ciudad, como para vigilarla y dominarla. A la derecha, arriba, Barcelona sitiada por las armas de Felipe IV durante la guerra de los Segadores (Museo de Historia de la Ciudad, Barcelona).

Desde la primera fortaleza sobre el Monte de los Judíos (Mont-juich) Monte de Júpiter (Mont-Jovi) se ha defendido siempre la ciudad contra un enemigo externo, porque protege la bocana del muelle, pero también se ha dominado la urbe. En realidad, en su historia, Montjuich casi ha servido más para dominar que para proteger. En la revuelta catalana de 1640, los *segadors* consiguen apoderarse de ella antes de que lo haga el perturbado y desconcertado virrey, y no puede recuperarla en nombre de Felipe IV el marqués de Vélez,



a pesar de sus catorce mil infantes. Llevaba también cuatro mil caballos que le debieron servir más de estorbo que de otra cosa por los empinados senderos. En 1705, Cataluña, en la guerra de Sucesión, se ha decidido por Carlos de Austria contra Felipe de Francia. Cuando éste acaba siendo vencedor y nuevo rey de España procurará mantener bien robusta una fortaleza que puede acabar con posibles rebeliones de unos súbditos que tanto le costó domeñar, e incluso levantará al otro lado de la ciudad el fuerte de la Ciudadela para tener a la población entre dos fuegos...

Siglo XIX. La Francesada. Los invasores napoleónicos se apoderan con una argucia de Montjuich —¿no eran aliados de Carlos IV?— y se quedaron allí hasta 1811. Años tranquilos para el castillo y la ciudad hasta que ésta se subleva contra el regente Espartero.

Fue una asombrosa rebelión en la que están de acuerdo las «derechas», los fabricantes y comerciantes de tejidos indignados por las concesiones hechas por Espartero a la rival inglesa:

¡Salve, ilustre Favencia,
que altiva y vencedora en com-
[petencia
de la soberbia Albión, contra ti
[lidia
devorada de celos y de envidia,
porque nunca doblar tu cerviz
[pudo!

(según un poeta anónimo en el periódico *Guindilla* de Madrid)

...y la «izquierda», formada de obreros que además de defender también su pan pretendían aires de libertad política:

OCUPACION DE LA CIUDADELA DE BARCELONA Y CASTILLO DE MONJUI POR LOS FRANCESES EN 29 DE FEBRERO DE 1808.

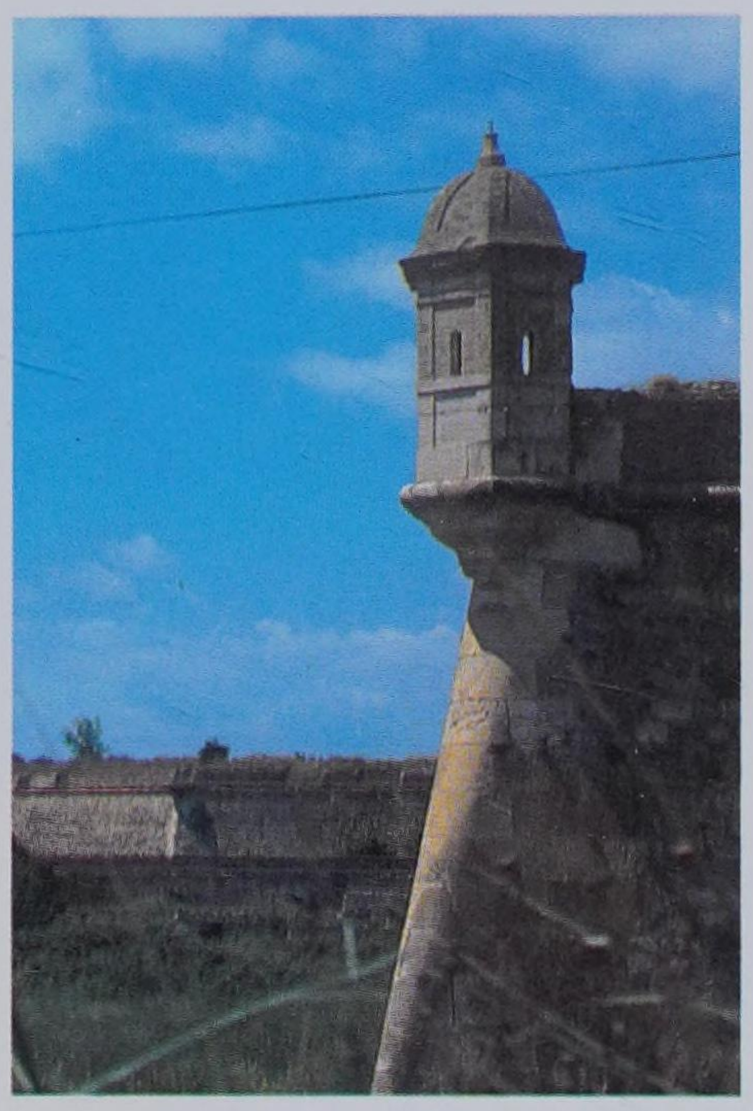
A la izquierda, ocupación de la ciudadela y del castillo de Montjuich por los franceses en 1808 (grabado conservado en la Biblioteca Nacional, Madrid). Hoy, Montjuich no suena ya a fortaleza a los oídos de los barceloneses, sino a jardines y a esparcimiento.

Ja es arribat lo dia
qu'el pople tan volia:
fugiu tirans, lo pople vol ser
rei.

Ganó Espartero, pero por poco tiempo. El feroz bombardeo de Barcelona representó una baza más contra el ambicioso regente. Se alzaron sus antiguos compañeros de armas y cayó. El castillo de Montjuich volverá a estar en la prensa cuando en la guerra del 98 contra los Estados Unidos se artillee con cañones nuevos ante el temor de un ataque norteamericano. Esos cañones seguirán sirviendo en la guerra civil de 1936 a 1939; bajo el título Agrupación de Defensa de Costas intentarán combatir, a pesar de su ancianidad, contra los buques de la flota «nacional» que pasen a su corto alcance. En esa época sin embargo el enemigo puede venir tanto del mar como del aire, y por vez primera en la historia de Montjuich, a los cañones horizontales se añadirán los verticales de la antiaérea.
Mientras tanto, lo militar de fuera alternaba con lo penal del interior, fusilamientos, celdas repletas de «nacionales».

En enero de 1939 las tropas de Franco ocupan el castillo y los patios servirán ahora de escenario para el fusilamiento de los republicanos.
Hoy, Montjuich se ha quedado fijo en el pasado en forma de Museo del Ejército. En los antiguos fosos hay jardines por los que pasean los barceloneses que por fin ven en la sombría fortaleza sólo un lugar de esparcimiento con la vista del mar y los montes.
La ciudad ya no teme a los viejos cañones. La ciudad no es ya la sierva de Montjuich, sino su dueña.

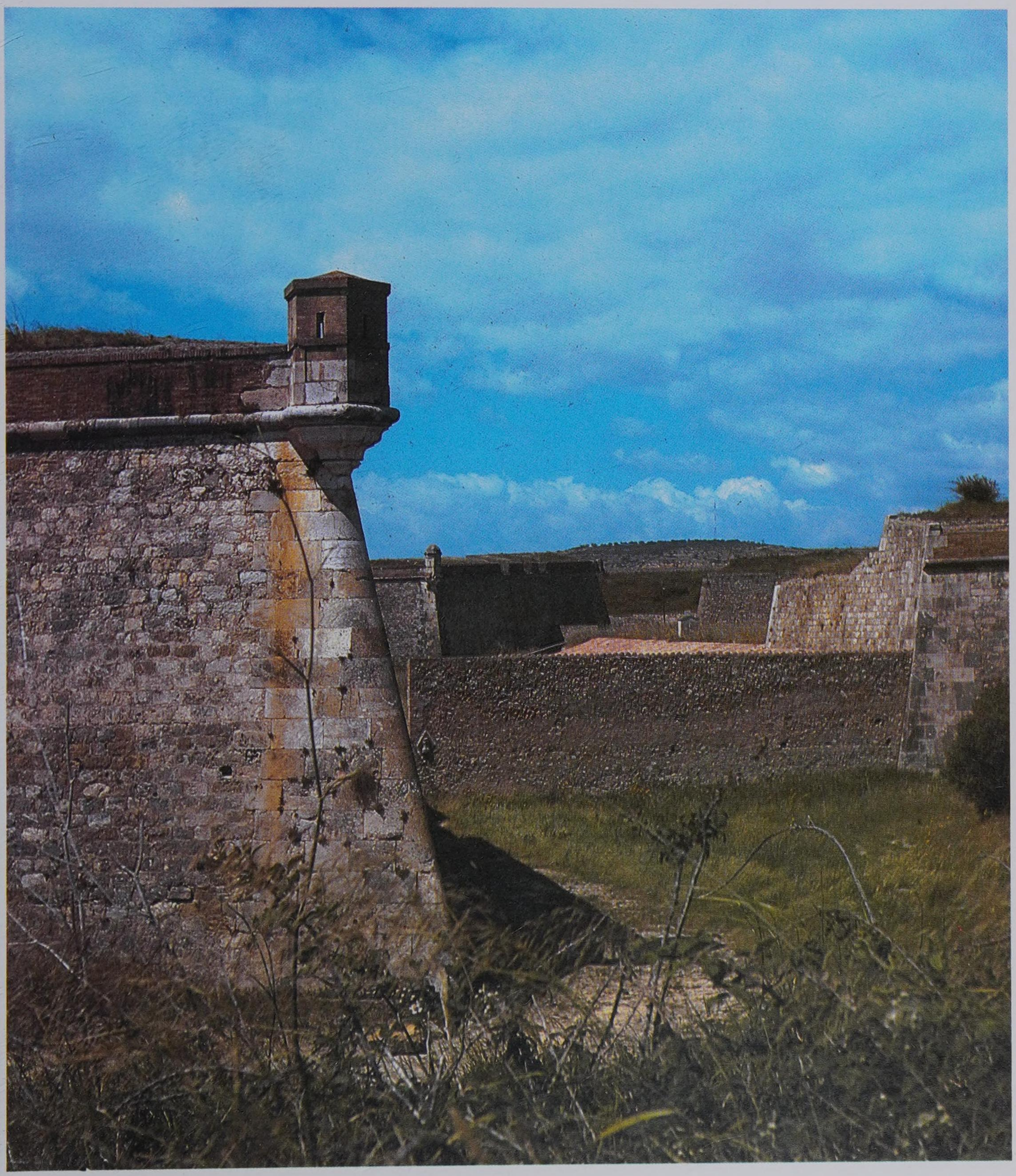
FIGUERAS, donde murió un héroe y una república



Como el de Montjuich, el castillo de San Fernando de Figueras ha tomado parte en la historia de España en el siglo XVII y en la reciente Guerra Civil.

Es, como el barcelonés, de grandes proporciones. Cuando se construyó por orden de Fernando VI, se pensó en él como primer obstáculo que tenían que encontrar los invasores franceses —los únicos en quienes lógicamente se pensaba— y por ello debía estar preparado para la eventualidad de recibir el primer asalto. Había espacio hasta para doscientos

En el castillo de San Fernando, en Figueras, se celebró la última sesión de las Cortes de la segunda república, presididas por Martínez Barrio (izq.). Sus muros no pudieron impedir la caída de la república y la implantación de la dictadura del general Franco

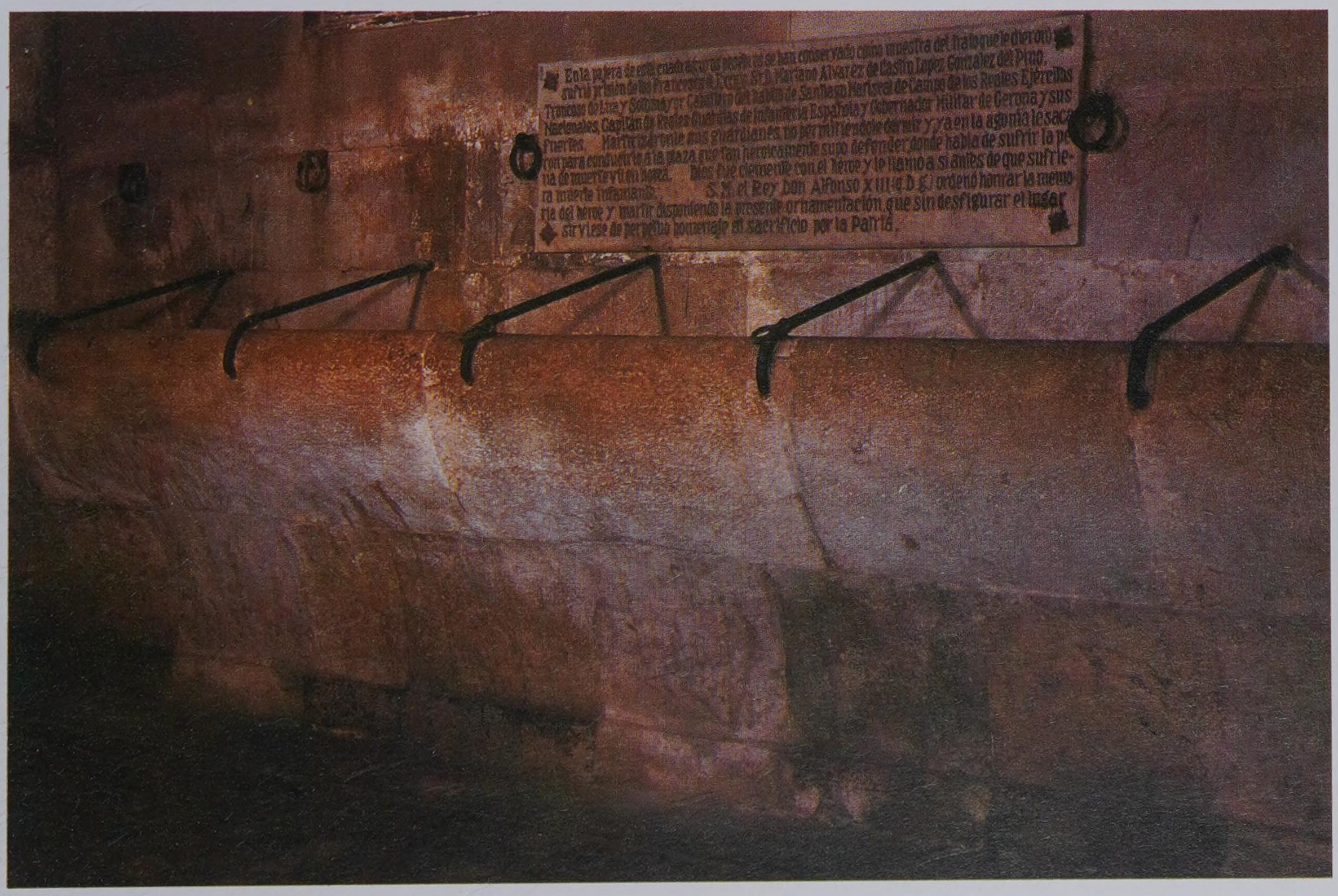


veintidós cañones, cuadras donde cabían quinientos caballos, cisternas que permitiesen calmar la sed de la guarnición para un largo asedio, cinco hornos para confeccionar su pan.
Tantas precauciones no sirvieron de nada cuando los franceses lo tomaron en 1808, y en lugar de defender a los soldados españoles, sirvió de prisión a uno ilustre, al general Alvarez de Castro, defensor de la «tres veces inmortal» ciudad de Gerona.
Yo he vivido de niño en esa ciudad y oía el tremendo suplicio a que le condenaron los infames gabachos, un suplicio cuya crueldad estaba muy al alcance de un pequeño. El de la gota de agua, el de dar cuerda en el potro estaba demasiado alejado de mi circunstancia vital para entenderlo, pero lo que nos contaban que hicieron los franceses al general podía comprenderlo cualquier muchacho. «Le hicieron morir de sueño», nos decían. Le mantenían sentado atado en una silla y cuando entornaba los ojos los sayones le pinchaban con sus largas bayonetas. Así se vengaban de los meses en que habían sido detenidos a los pies de las murallas de Gerona por el gran militar español. Nunca desde entonces he podido pasar por Figueras sin mirar hacia lo alto... y hacia atrás en mi vida, cuando escuchaba la tremenda historia.
El castillo de Figueras fue noticia también en pleno siglo XX, como sede de un acto solemne en la retirada de Cataluña. Negrín quiso celebrar en él las Cortes, y el primero de febrero de 1939 se reunían allí los diputados que pudo convocar en tan poco tiempo para reafirmar la fe en la victoria final

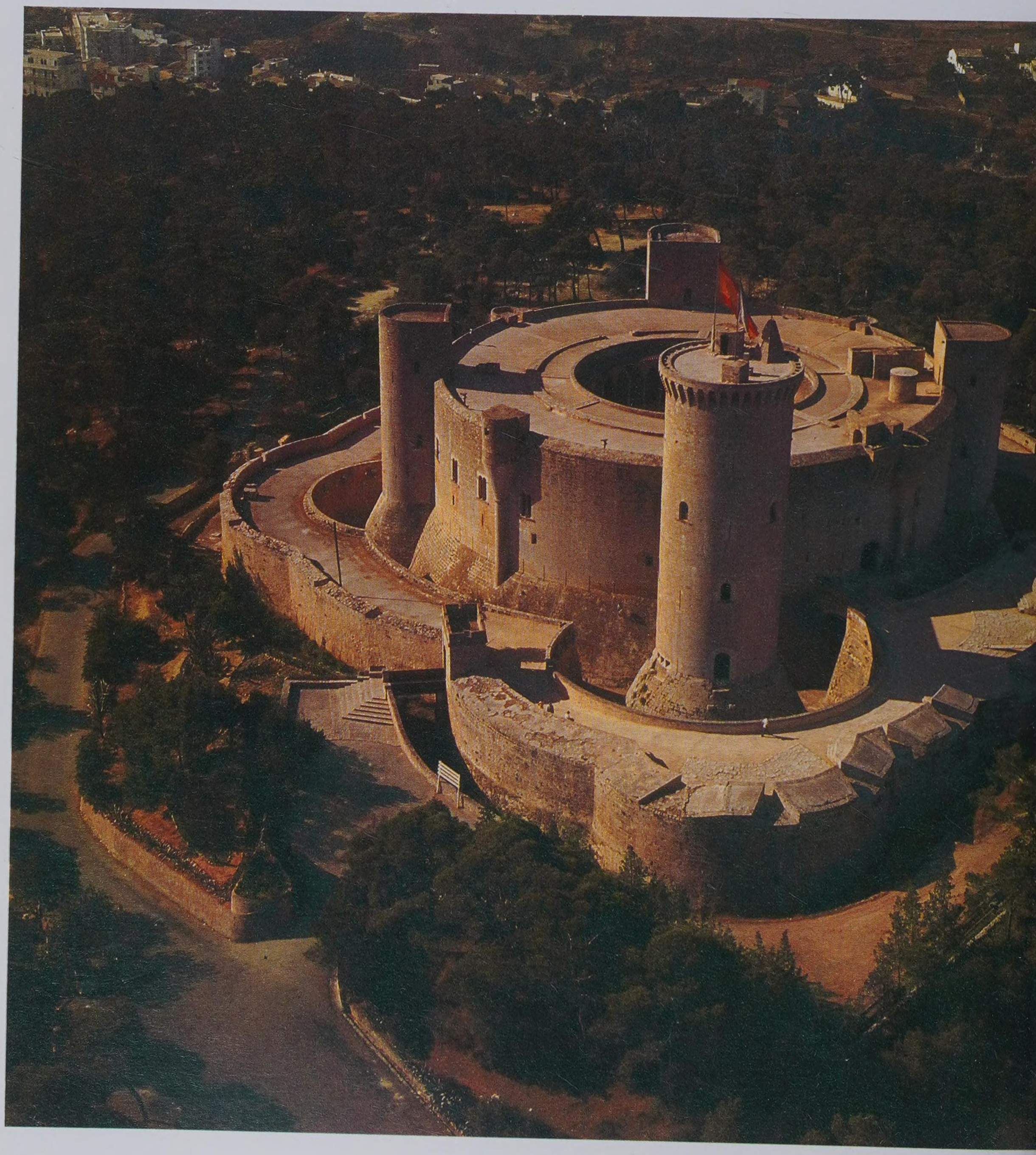
A pesar de su estratégica situación, que lo hacía prácticamente inaccesible, los franceses lo tomaron en 1808. En sus inmensas cuadras (der.) sufriría prisión y moriría el general Alvarez de Castro (der.), cuya cama de campaña (izq.) todavía se conserva en el museo Provincial de Gerona

y anunciar el propósito de continuar el combate en el resto de la España que todavía se mantenía republicana —Centro y Levante, parte de Andalucía y Extremadura—. En las cavernosas salas del castillo, Negrín y sesenta y dos diputados votaron por mantener «esa España que está reunida aquí en un rincón de Cataluña representada por los descendientes de los Comuneros, por los descendientes de las Germanías, por los descendientes de la payesía del «Corpus de Sang», libre de ingerencias extranjeras y de la dictadura.»

«A la sesión próxima —dijo el presidente Martínez Barrio— se avisará como de costumbre.»
No hubo sesión próxima. Tras la rendición del ejército republicano, en París se reunió sólo la Diputación permanente de las Cortes el 31 de marzo de 1939 para que Negrín explicara el final de la guerra y las distintas fracciones discutieran las responsabilidades de la derrota.
El castillo de Figueras, adelantado tantos años de la defensa nacional, había sido el de la despedida de un régimen.



BELLVER, la belleza hecha prisión



«... Como una guinda del pastel de recepción, una fortaleza arregladita, coqueta, perfecta, sin un boquete que indique el paso del tiempo...»

No hay en la geografía española un castillo que engañe más...

Al que llega en barco a Palma de Mallorca —hay que llegar siempre en barco, si el que arriba quiere saber lo que es un paisaje dando la bienvenida— le recibe el amplio abrazo de la bahía entre el azul del mar, el verde del bosque, el blanco grisáceo de los edificios y allá arriba, como una guinda del pastel de recepción, una fortaleza arregladita, coqueta, perfecta, sin un boquete que indique el paso del tiempo, completa en sus cubos, en las piedras de la muralla. Está tan en su puesto, combina tan bien con el paisaje que le circunda que parece que Dios, después de dibujar y pintar todo el contorno de la bahía decidiera: «Falta algo... ¡Ya!, un castillo, un castillo en la cumbre. Como el que hacen los niños en la arena...»

Y, sin embargo, en ese castillo está el reflejo del dolor de España, del dolor físico y del dolor moral, de la injusticia social y de la injusticia intelectual. Porque el castillo de Bellver no se recuerda tanto por su historia militar como por su historia celular. Bellver no mantenía a sus enemigos fuera de los lienzos de su muralla, sino dentro, en forma de prisioneros.

Por ejemplo, a lo que se llamó escoria de la sociedad, a los que se reunían allí antes de ser destinados a los barcos de su majestad, los forzados al remo: los galeotes.

«Doce hombres a pie ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos y todos con sus esposas en las manos»... Así los vio don Quijote y se asombró que el rey hiciera fuerza a la gente. Por ello se interpuso entre la justicia y sus víctimas, porque le pareció que sus delitos —robo de ropa, de caballos, celestineo, incesto— no eran como para que privasen a un ser humano de su libertad. (El agradecimiento de los liberados, como se sabe, fue darle de pedradas a él y a Sancho.)

Los que no tenían la suerte de encontrar en su camino a un «desfacedor de entuertos» venían aquí a Bellver, donde esperaban su destino, y nunca el nombre tuvo resonancias más realmente definitorias. Un destino que consistía en estar atado a un remo que había que mover a compás del grito y a veces del latigazo del cómitre.

En esto se descubrieron
de la Religión seis velas;
y el cómitre mandó usar
al forzado de su fuerza.

...contó Góngora del cristiano que remaba para sus enemigos, como en los barcos cristianos había remeros moros.

Pero los galeotes de Bellver van en barcos suyos sirviendo

al rey por cuatro, por seis, por ocho años o por toda la vida. Sufren del calor, de la sed, del hambre; si el barco en que van se hunde por tempestad o por acción enemiga, no habrá, muchas veces, tiempo de cortar sus cadenas y se hundirán con él; si es capturado por el enemigo berberisco o turco, seguirán sujetos al banco como prisioneros a no ser, como ocurría a menudo, que se pasen a la secta mahometana para obtener la libertad. Esos renegados son los peores enemigos de sus antiguos dueños. No les dan cuartel a sabiendas de que, si les capturan, tampoco lo obtendrán de los españoles.

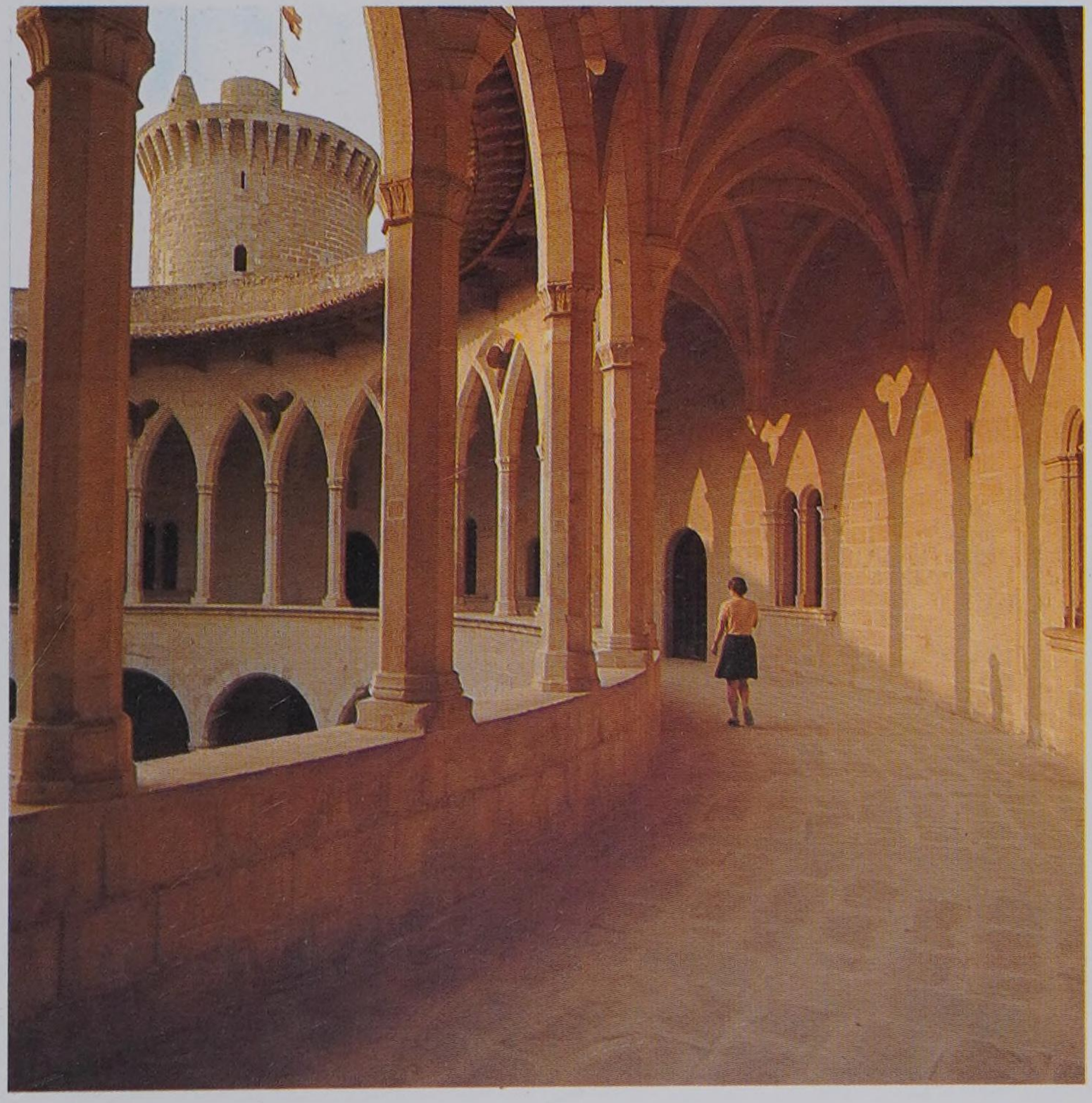
Por Bellver pasaron muchos las últimas horas antes de ser embarcados despidiéndose de una tierra que muchos no vol-

¿Prisión o palacio? A pesar de las apariencias, dentro de sus murallas se encerraba a los condenados a remar en los barcos de su majestad. También estuvieron presos en el castillo defensores de la libertad, entre ellos Gaspar de Jovellanos (der.)

xionó largamente sobre el país y sus problemas y cuando salió tuvo que enfrentarse con un dilema impresionante. Por un lado los franceses tan ilustrados como él, trayendo el código civil, el final de la presión eclesiástica, renovadores y modernos. Por otro la cerrazón, la inquisición, el fanatismo... pero también la Patria. Jovellanos escoge y explica así su elección al general francés que se asombraba de ello: «No lidiamos, como pretendéis, por la inquisición ni por soñadas preocupaciones, ni por el interés de los grandes de España verían a ver si no era por encima de una borda. El dulce paisaje mallorquín fue para ellos marco de la amarga revisión de su vida: «¡Por qué lo haría...!»

Dos siglos más tarde hay en este castillo un hombre que también se pregunta sobre la injusticia humana, pero sin arrepentimiento, porque sabe que él tuvo la razón y su carcelero el error. Se llama Gaspar de Jovellanos y es uno de los ilusos que durante siglos han intentado conciliar en España algo tan dispar como tradición y evolución. Era un «ilustrado»; naturalmente fue enemigo de las dictaduras y naturalmente fue encarcelado por alguien llamado el primer dictador de nuestro tiempo: el privado real Manuel Godoy.

Sufrió condena, estudió, refle-



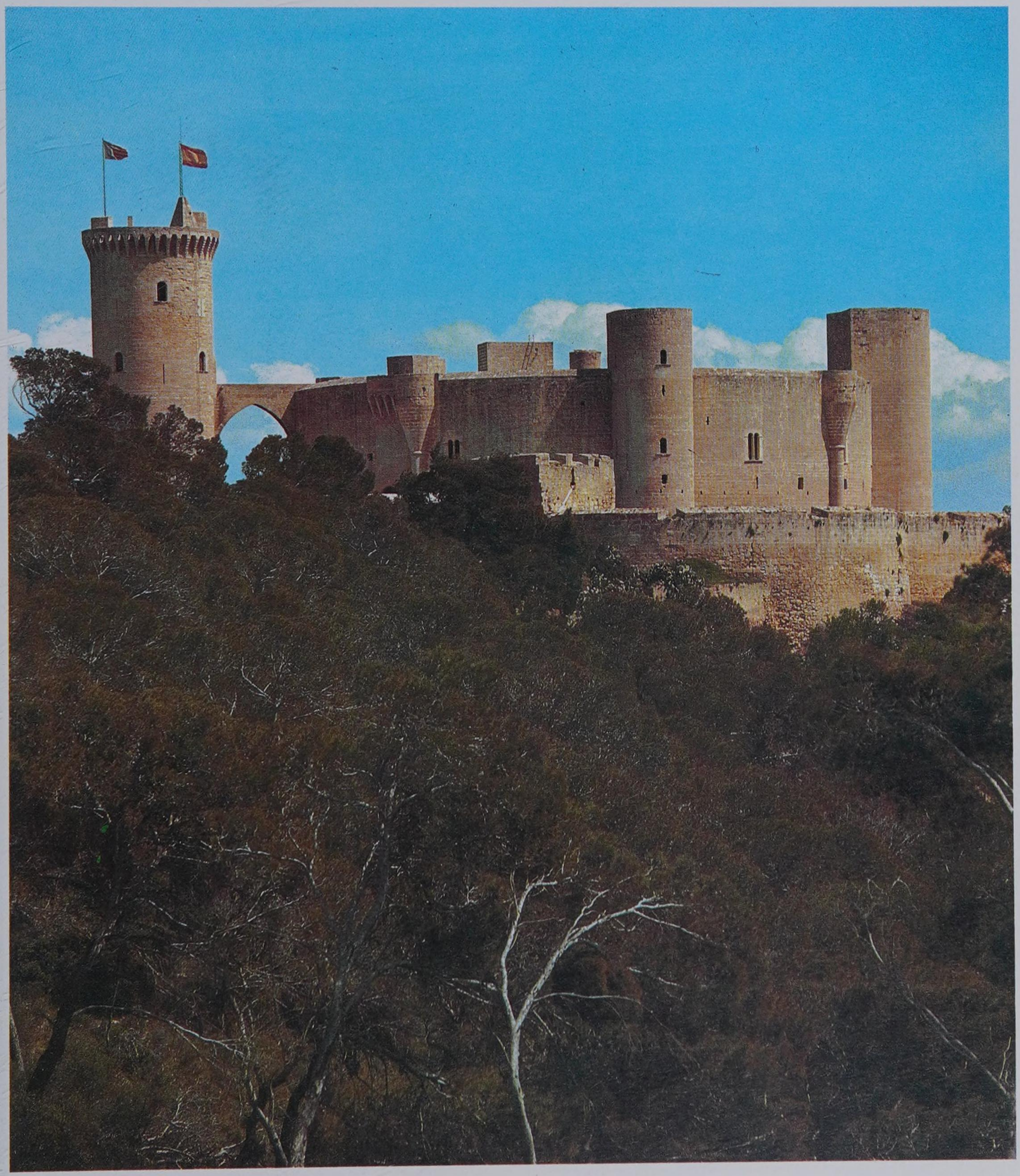
ña; lidiamos por los preciosos derechos de nuestro rey, nuestra religión, nuestra constitución y nuestra independencia», y promete que la nación «tiene bastante celo, firmeza y sabiduría para corregir los abusos que la condujeron insensiblemente a la horrorosa suerte que la deparaban».

Luego vino Fernando VII, las «caenas» y la inquisición, y un nuevo ilustre huésped sustituyó a Jovellanos en el dolor injusto y el escándalo de la Europa liberal. El general Lacy, héroe de la independencia, cuyo nombre queda grabado en los muros en patéticos recuerdos: «Sentado en este sitio, Lacy, desfallecido, pidió pan al centinela», y la trágica despedida para la posteridad: «Acaban de leerme mi sentencia de muerte. Tú, cualquiera que seas, si amas la Patria, acuérdate del pobre Lacy.» Fue fusilado en el patio de armas el 5 de julio de 1817.

Pero, aun así, Jovellanos no se había equivocado. Fernando había sido un español indigno, pero en la elección del escritor asturiano contaba más el primer adjetivo que el segundo. Porque la política puede cambiar –y cambió con María Cristina– pero la reforma tenía que ser española o no ser.

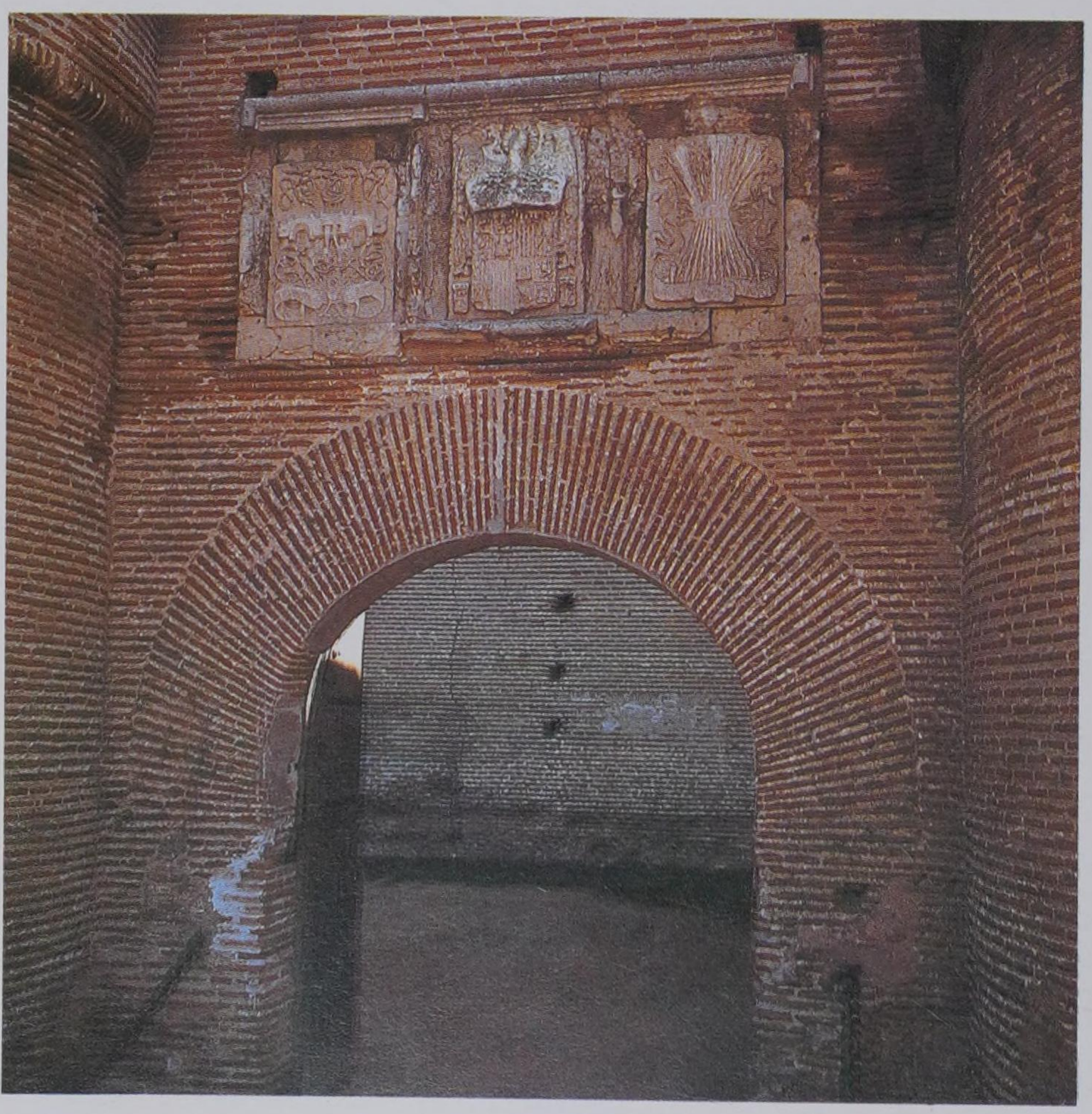
Bellver, el de dulce aspecto y tétrica historia, fue testigo de ello.

Abajo, vista del castillo con sus tres torres semicirculares y la torre del homenaje, unida al castillo por un arco de ojiva. A la izquierda, la torre del homenaje

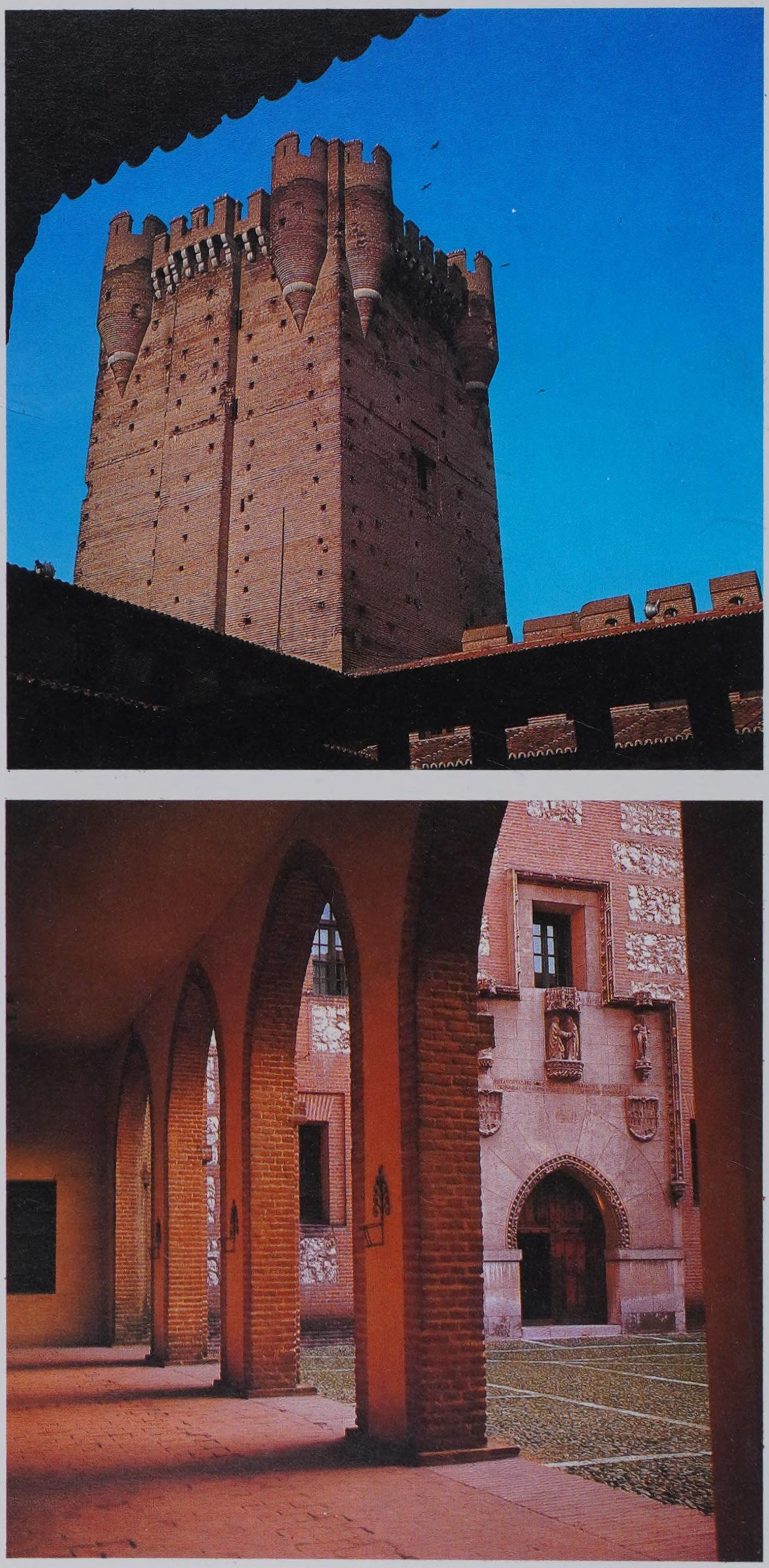


LA MOTA, prisión de grandes señores

Una de las moles más impresionantes entre las fortalezas; su blasón, sobre la puerta principal, es el de los Reyes Católicos, y alrededor de ellos gira la mayor parte de su historia. Porque dentro de sus muros se decidió si «La Beltraneja» era realmente hija de don Beltrán de la Cueva, lo que, en caso de negarse, resultaría que era ella la auténtica reina de España, y no Isabel, hermana de Enrique IV. Aquí fue depuesto en efigie el desdichado rey; aquí llegó triunfalmente Isabel, ya dueña de Castilla; aquí ¿vivió? la pobre Juana la Loca pensando en su lejano príncipe Felipe... Horas enteras «transportada», dicen los médicos, con la mirada en el vacío a través de las ventanas, inmovilidad que se vuelve de pronto frenética actividad cuando le llega una carta de don Felipe. Es noviembre y doña Juana quiere iniciar el viaje de inmediato; don Juan de Fonseca le niega cabalgaduras y, al ver que a pesar de todo quiere salir a pie, manda levantar el puente levadizo. Agarrada a la reja, doña Juana insulta a su carcelero, le promete la muerte cuando sea reina; luego se niega a vestirse



Dentro de las murallas del castillo de la Mota
se tomó una decisión que marcaría para siempre los destinos
de España: la heredera legítima al trono de Castilla
era Isabel y no Juana «La Beltraneja».
Izq.: puerta de entrada con los blasones de los Reyes Católicos



y a volver a su cámara, por lo que tienen que encender una hoguera junto a ella a fin de que no muera de frío... A los pocos días llega la reina Isabel, alarmada ante las noticias, y es recibida a gritos por una hija «furiosa como una leona púnica», como dirá el buen observador Pedro Mártir de Angleria. Se le quiere hacer notar que está enferma y contesta más irritada, incluso a su padre. En mayo embarcará, por fin, hacia Flandes, pero su destino evidentemente era el castillo. En éste proclamará su padre, don Fernando, «Castilla por la reina doña Juana nuestra señora». En otro castillo, el de Tordesillas, vivirá aislada casi cuarenta y siete años hasta su muerte.

Aquí vivió prisionero el más célebre de los caballeros italianos del tiempo, César Borgia, hermano de Lucrecia, hijo de Alejandro, de la familia papal. De aquí escapó a pesar de sus altas murallas, descolgándose por una ventana al foso y montando en el caballo que le tenían preparado...

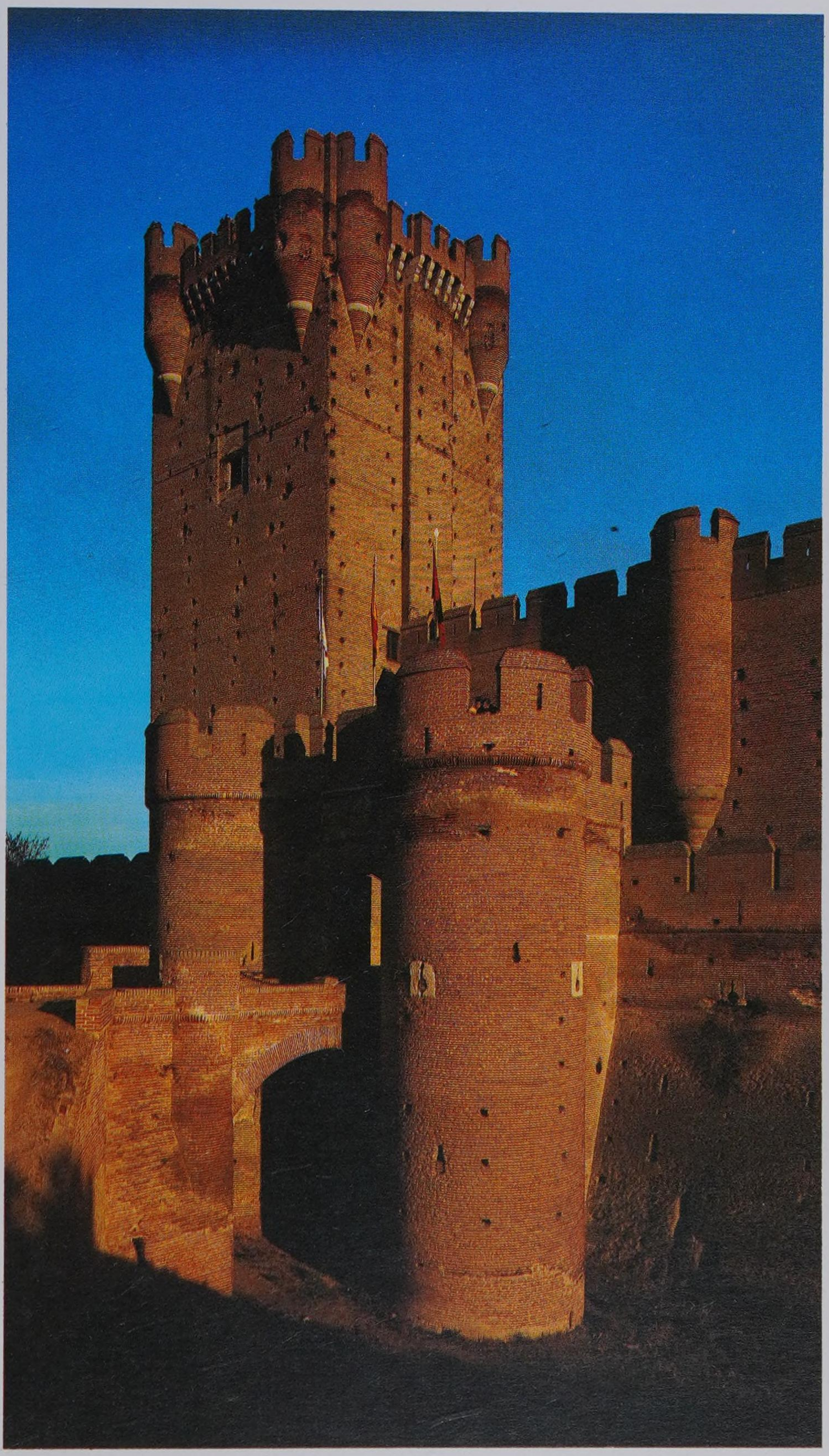
Aquí vivió dos años otro famoso prisionero antes de subir al cadalso. Se llamaba Rodrigo de Calderón y era marqués de Siete Iglesias. Con su protector el duque de Lerma había dominado la política española en tiempos de Felipe III, y todavía más las haciendas, enriqueciéndose de forma increíble.

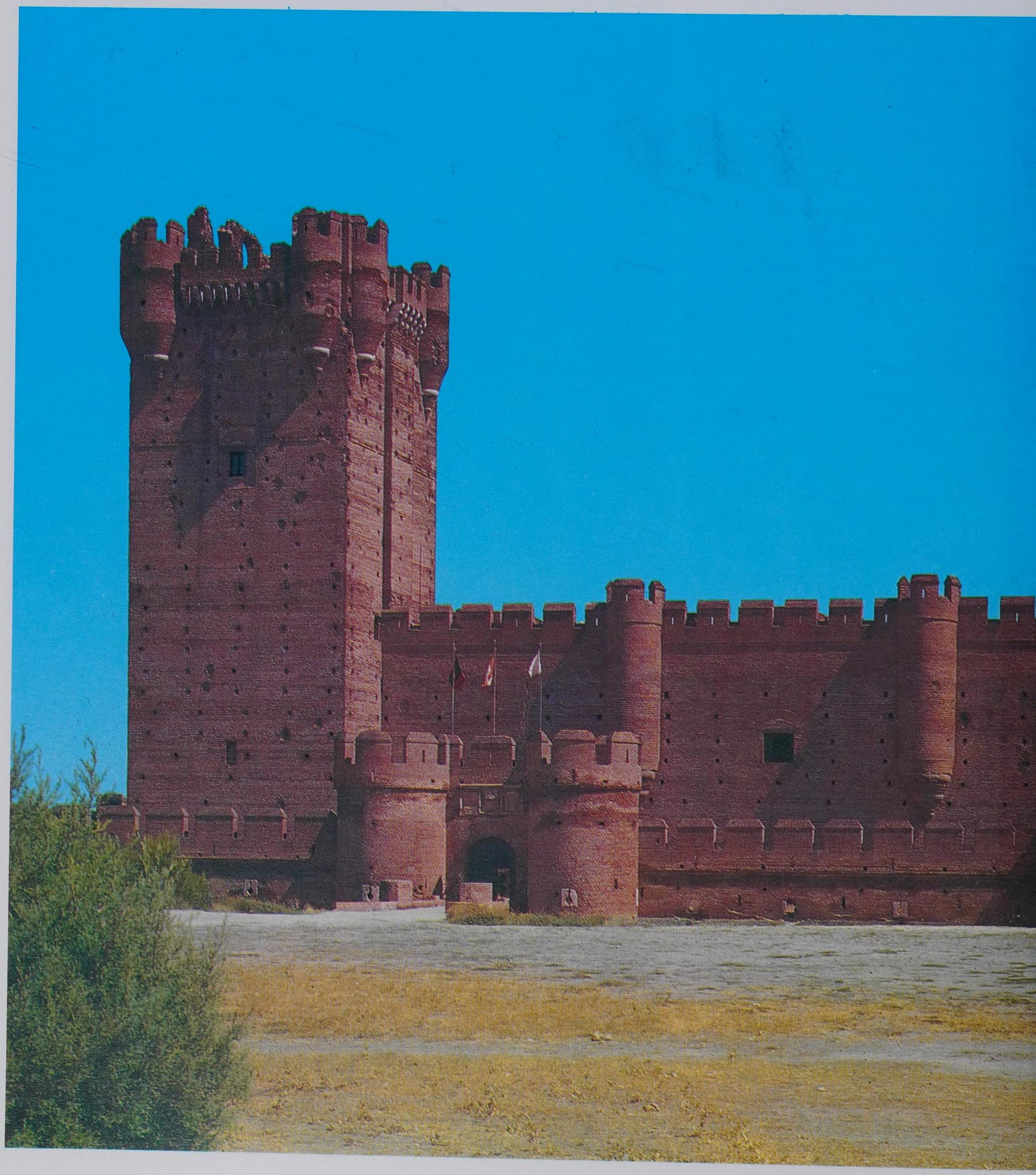
La torre del homenaje del castillo de La Mota, una de las más altas entre los castillos de España, se yergue amenazante para los de fuera; e incluso para los de dentro resulta intimidatoria. Izq., abajo: patio interior

Pero llegó Felipe IV; con él el conde de Olivares, y con los dos, la urgente necesidad de reformas fiscales que pidió el pueblo. Había que depurar, había que limpiar la corte de aprovechados que vendían los oficios al mayor postor, no importándoles la eficacia que pudiera desempeñar. Lerma se olió la tempestad y escapó a la justicia por el camino más hábil. Se acogió al asilo de la Iglesia, pero no simplemente protegiéndose tras sus muros, como un vulgar ratero. Para algo era duque de Lerma... Un noble de su talla debía entrar por la puerta grande, y así el papa lo hizo cardenal, poniéndole a salvo de cualquier persecución.
Cantaba el vulgo:

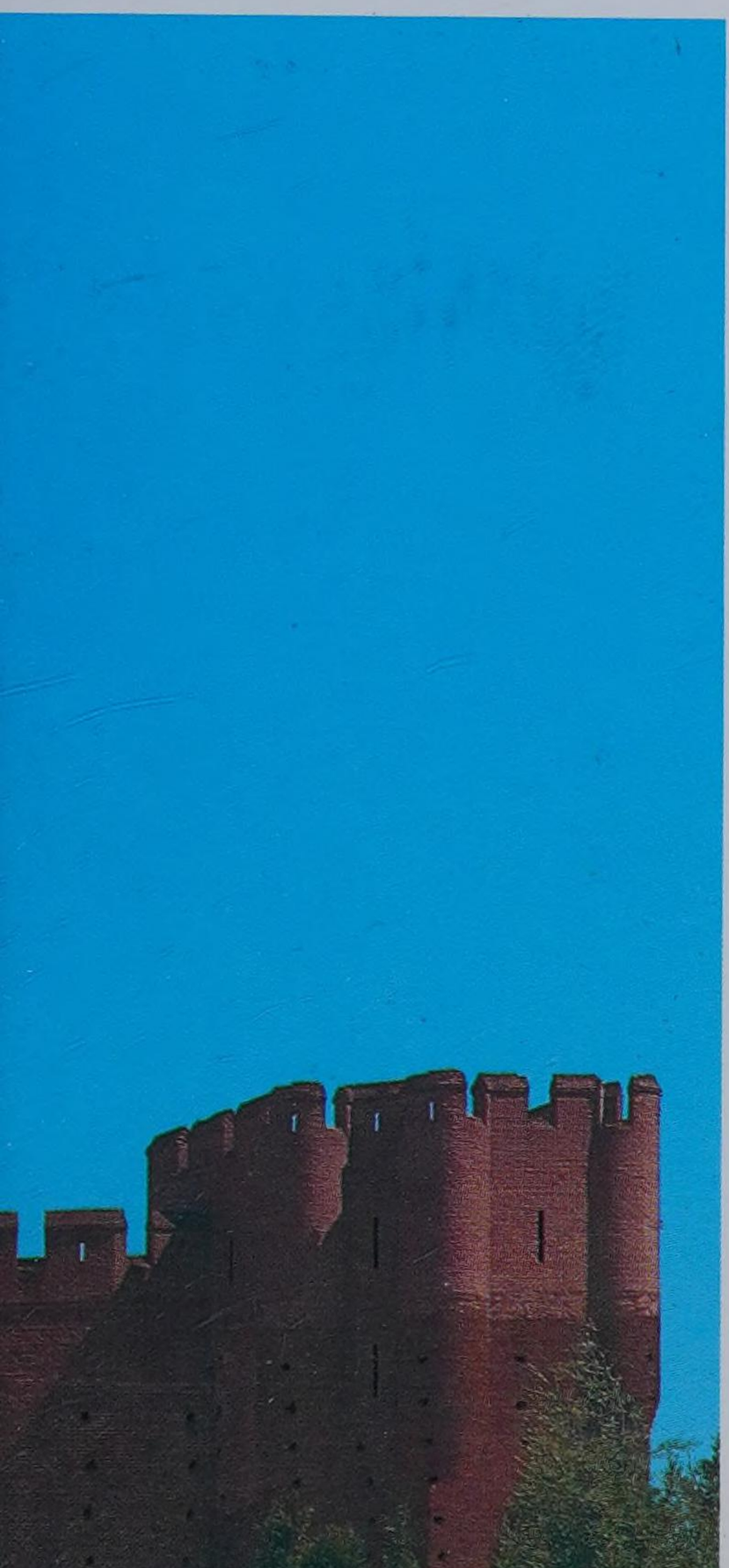
«El mayor ladrón del mundo
por no morir ahorcado
se vistió de colorado.»

No tuvo la misma suerte su segundo, Rodrigo de Calderón, quien fue juzgado, encontrado culpable de malversación de fondos y condenado a muerte.
La gente que había acudido a sus fiestas cortesanas estuvo también presente en su suplicio. Llegaron alegres y se volvieron admirados porque Calderón, como tantos españoles, murió mucho mejor de lo que había vivido, colaborando con el verdugo que iba a degollarle...





En este castillo estuvo encerrada doña Juana la Loca.
Todavía puede verse la sala conocida como el peinador de la reina



Allí nació el adagio, «con más orgullo que don Rodrigo en la horca»; aunque, en realidad, por ser caballero, fuera degollado. Se hilaba muy fino en cuestiones de honra en aquel tiempo, tanto en la vida como en la muerte.

Una fortaleza con tal renombre de épocas gloriosas tenía que atraer la atención del régimen de Franco, cuyo ideario falangista preconizaba la vuelta a los tiempos aúreos. La Sección Femenina de FET y de las JONS fue encargada de dar nueva vida al monumento, que se transformó en Escuela Superior de Mando de esa organización. Desaparecida ésta en el cambio último ocurrido en España, la escuela también desaparece. Parece increíble cómo una actividad tan reciente pueda de improviso llenarse de polvo y se convierta en historia; al lado de Isabel, de Juana, de César, de Rodrigo, una Pilar resulta un fantasma más, delineada borrosamente sobre los seculares muros.

Pero la Torre del Homenaje, una de las más altas entre los castillos de España, sigue mirando imperturbable tanto al pasado como al futuro.

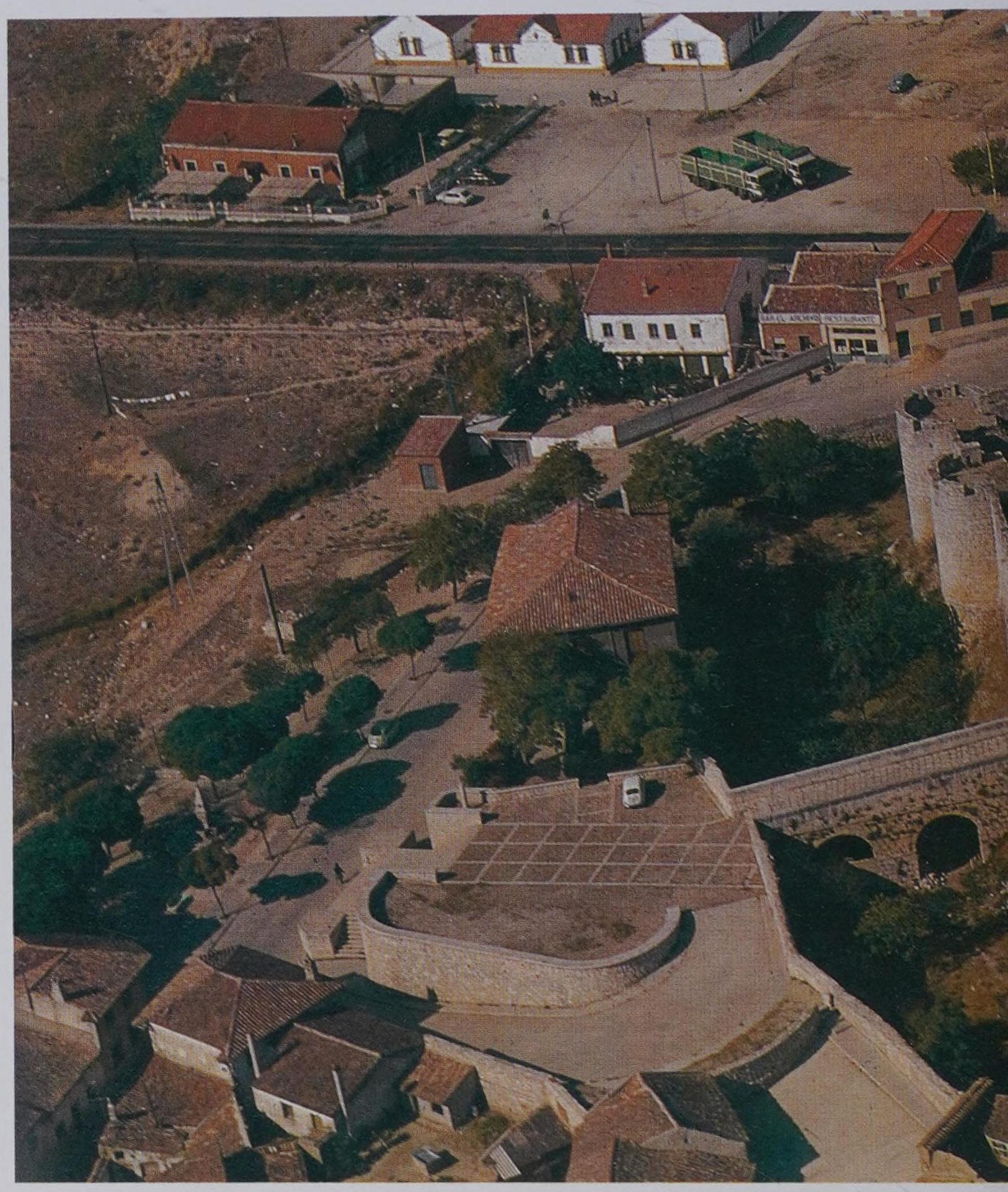
SIMANCAS y el obispo asesino

Los castillos españoles sirvieron tanto para defenderse de los enemigos externos como de los internos, tanto para impedir que entrara el sitiador como para evitar que saliera el recluso. Los castillos fueron quizá, más a menudo que fortalezas, prisiones a las que iban los enemigos del Estado... o del príncipe.

Simancas tiene su buena lista de prisioneros célebres, pero ninguno como el obispo de Zamora, don Antonio de Acuña. ¡Qué tipo humano! A principios de siglo XVI toma partido por las Comunidades contra el emperador Carlos V. Pero en ese partido no se limita, como sus hábitos piden, a rezar por las victorias de Padilla, Bravo y Maldonado. El obispo Acuña es obispo guerrero, de cuya actividad se burló con gracia y mala intención otro obispo, Antonio de Guevara, que había puesto su cultura e inteligencia polémica a favor de la Casa Real. En una de sus epístolas familiares, Guevara ironiza sobre el cura soldado que no sólo se militariza él sino que militariza a otros hombres de Cristo.

Y le recuerda cómo uno de ellos tiraba y bendecía al mismo tiempo.

«En el combate que dieron los caballeros en Tordesillas contra los vuestros, vi con mis propios ojos a un vuestro clérigo derrocar a once hombres con una escopeta detrás de una almena; y el donaire era que, al tiempo que asestaba para tirarles, los santiguaba con la escopeta y los mataba con la pelota.»



Sobrevino Villalar; Padilla, Bravo y Maldonado fueron condenados a muerte y ejecutados al día siguiente de la batalla. Acuña, siendo obispo, se salvó y fue encerrado en Simancas con la esperanza de un

Como muchos otros castillos españoles,
el de Simancas fue, más a menudo que fortaleza,
prisión para los enemigos del estado

arrepentimiento. Allí vivió en una celda circular del último cuerpo del torreón. Pero no era hombre para estar encerrado, y si había dado órdenes a unos clérigos para matar al mayor número posible de soldados del rey, era natural que se autorizara a sí mismo el desafuero. Las ungidas manos episcopales se agarraron al cuello del alcalde de la fortaleza, Mendo de Noguerol, y lo estrangularon. Quiso huir después, lo agarraron, y el alcalde Ronquillo, en vista de que Acuña se había olvidado de su condición eclesiástica, decidió hacer lo mismo y, tras rápido proceso, lo mandó degollar. Los partidarios de la comunidad que aún quedaban en Castilla hablaron de sacrilegio. Los demás, aun fervientes católicos, aceptaron la condena. Hombres como él no podían estar ni siquiera encerrados.

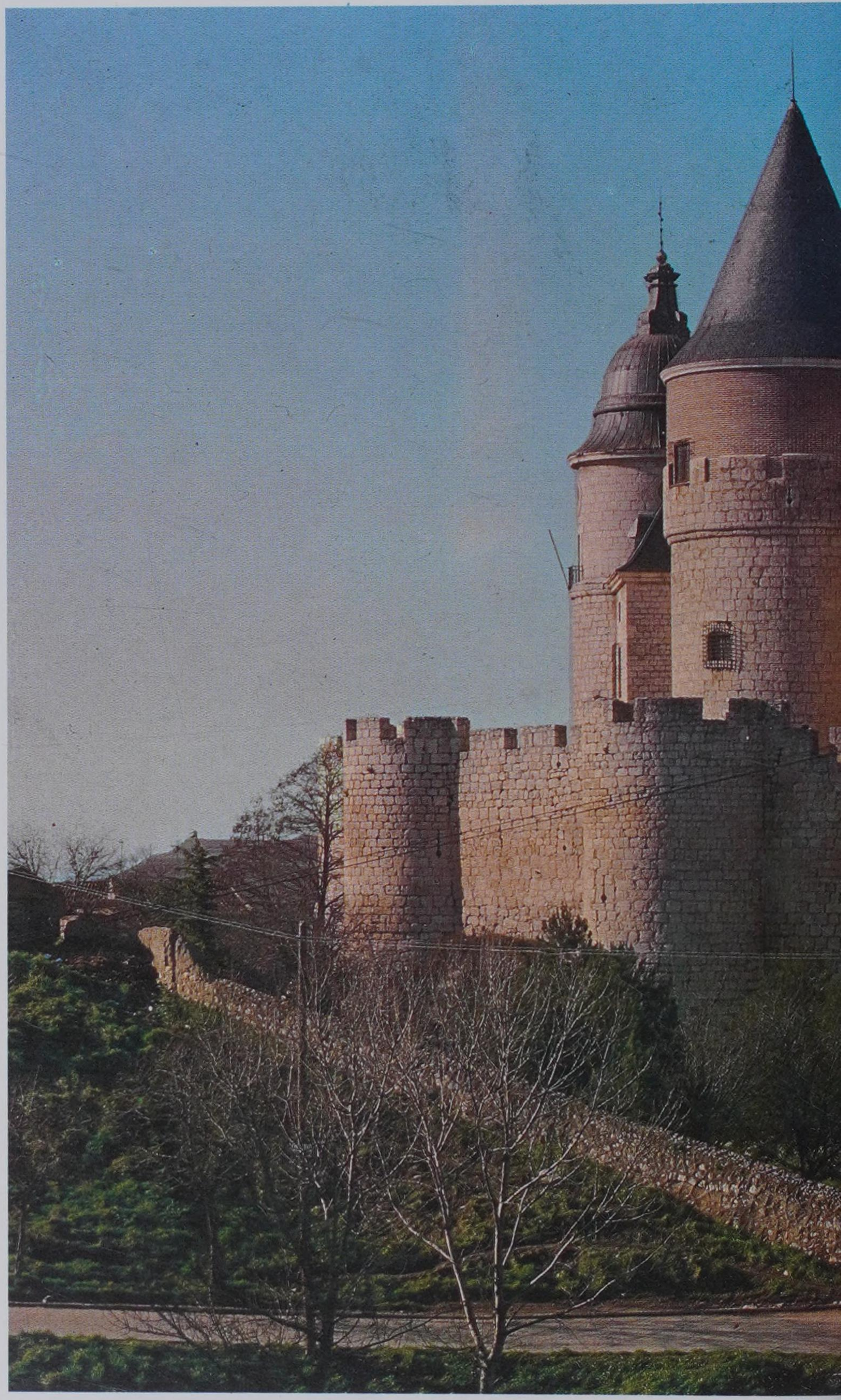
Los castillos de España mantienen generalmente sólo la silueta. El tiempo ha ido derruyéndolos, los seres humanos han acabado con el interior —artesonado, puertas, particiones...— pero casi nunca han podido con el cascarón de sus murallas, con sus cubos, con

sus torres. Por ello muchos han quedado sólo en siluetas magnas sobre lo alto de una colina. Cuando se entra no hay nada. Visitar un castillo, la mayor parte de las veces, es inútil. Unos hierbajos y unas lagartijas al sol. Hay que volver a salir, hay que alejarse un poco, para ver la historia entera reflejada en la elegante forma destacada en el horizonte.

Así son las fortalezas de España con alguna excepción... como esa de Simancas. Cuando se ha dado varias vueltas a las murallas, cuando se ha admirado la elegancia de sus torres, cuando se ha subido a lo alto de la del Homenaje para dominar la ciudad de Valladolid muy cerca, las sierras de Avila y Guadarrama al fondo...

...uno no debe irse. Porque en el interior de la fortaleza, mimada, cuidada, confortablemente instalada, está la más valiosa colección de documentos políticos de la España moderna. Lo creó Felipe II y los jefes de Estado que le han sucedido han mantenido con amor esa obligación. Es la historia viva asomándose a la curiosidad de hoy. Firmas de reyes, navegantes, santos, políticos... Aquellos que, para nosotros, tenían ya cara de estatua, aquí aparecen con sus debilidades humanas, con su sangre y su inteligencia, con su humanidad, buena o mala, pero humanidad al fin.

Es un archivo que palpita.



En una de las celdas del castillo de Simancas estuvo encerrado el obispo Antonio de Acuña, hombre que compaginaba las oraciones con las armas en favor de los comuneros

PEÑAFIEL, gozne de León y Castilla

Lo tomó Sancho a los árabes. Estaba España todavía en el siglo XI. Según nos cuenta la leyenda clavó orgullosamente la lanza en el punto más alto de la colina y gritó: «Desde hoy ésta será la peña fiel de Castilla.»

Pero ser peña fiel en la atormentada Castilla de la edad media no es fácil. ¿Dónde está el señor a quien seguir, si todos aseguran mejor derecho? Como cuando doña Urraca, reina de Castilla y León, cerca en él a Alfonso I el Batallador, curioso nombre para que le ataque una mujer que, además, es su esposa legítima hasta que el papa solucionó la guerra, nunca mejor llamada intestina.

Entre guerra y guerra, letras. Don Juan Manuel, el de los «Ejemplos» fue el principal constructor de un bellísimo edificio que hoy todavía se levanta airoso y muy blanco por encima de la llanura; es tan fuerte como sus compañeros castellanos, pero mucho más grácil y bello. Aquí nació otro intelectual triste y melancólico, un hombre de tristes destinos llamado el príncipe de Viana, que, apoyado en sus súbditos, tenía que pasar una lucha amarga con su padre y señor don Juan II de Aragón.

Pero el más famoso de sus moradores fue Alfonso X, el que promovió, animó la cultura patria. No fue un gran político —no iba a serlo todo—; más que arreglar al país procuró recordar lo que fue y ordenar su forma de vivir. En lo primero la *Crónica General de España*, la *General e Grand Estoria*, lo que hoy llamaríamos universal, con sus Siete Partidas, quiso explicar a los españoles cómo tenían que ser:

Por ejemplo, los clérigos no deben ser cazadores con halcones, perros ni azores, pero en cambio sí pueden pescar y cazar con redes y armar lazos porque «ese tipo de caza la pueden hacer sin canes ni aves ni ruidos, pero aun así la deben hacer de tal forma que no se

El más famoso de los moradores de Peñafiel fue Alfonso X el Sabio, el autor de la «General e Grand Estoria» y de las «Siete Partidas» (izq.)

les embargue las oraciones ni las horas que tienen que decirlas».
Tampoco pueden correr monte ni lidiar con bestia brava... aunque si eso perjudica a la gente pueden ayudar a matarla (Partida 1.ª, título VI). Tampoco tienen que aprender física ni leyes... porque algunos había que, por tentación del diablo sin duda, tenían ganas de ir por el mundo y hacer lo que les diera la gana encubriéndose con eso de aprender física para curar y leyes para amparar a sus monasterios.
También escribió el buen rey de sí mismo, es decir, de los monarcas que, sostenía, estaban como cabeza, como corazón y alma del cuerpo (el país) al cual manda y gobierna... En cuanto al traje tiene que vestir con paños de seda con oro y piedras preciosas «porque los hombres los pudiesen conocer luego que los viesen sin tener que preguntar por ellos». Lo que parece una razón de peso para engalanarse (Partida 2.ª, Título V).
El rey tuvo que pensar también en un grave problema del reino, que era el de los judíos. Su idea es muy clara. Es una

El principal constructor del castillo de Peñafiel fue el infante don Juan Manuel, el de los «Ejemplos», quien en 1307 lo fortificó e hizo de él su residencia

minoría que, mientras se mantenga en sitio, hay que respetar por ello: no se les debe llamar ante la justicia el sábado, su día santo. Pero en cuanto intenten mezclarse... por ejemplo en el amor: «Atrevimiento y osadía muy grande hacen los judíos que yacen con las cristianas y por ello mandamos que todos los que se les probare mueran por ello.» El Rey Sabio no lo sería si no explicara sus órdenes. Esta es la razón de la sentencia: «Porque si los cristianos que hacen adulterio con las mujeres casadas merecen por ello la muerte, mucho más la merecen los judíos que yacen con las cristianas que son espiritualmente esposas de nuestro señor Jesucristo, por razón de la fe y el bautismo que recibieron en nombre de él.» (Título 24, ley 9).

Y luego habló de las estrellas: *Libros del saber de astronomía* y de ajedrez, y de los dados. Habló prácticamente de todo, aunque quizá por ello hiciera poco.

Curiosamente, Peñafiel se asomará también a la historia en un momento en que los castillos parecen haber quedado definitivamente fuera de moda. En 1836 los carlistas, decididos a terminar la guerra civil que llevan desde hace tres años con los partidarios de Isabel II abandonan por vez primera sus montañas vasco-navarras y bajan a la meseta. Peñafiel les verá entrar con más de mil infantes y ochenta caballos en la expedición del general Gómez. Se llevaron como soldados —todo menos que voluntarios— a 120 mozos y mucho menos voluntariamente les dieron veintisiete mil pesetas, que en aquella época era una verdadera fortuna.

TORDESILLAS, donde casi triunfó la Comunidad

Los comuneros necesitaban un aval dinástico para su rebelión. 1520 no era un tiempo en que se pudiese tranquilamente despedir un régimen monárquico por otro republicano —aunque en Toledo, en Burgos, en Valladolid, en Avila, en Segovia, se recordaba lo prósperas que eran las ciudades exentas italianas como Venecia, Florencia, Siena y Luca—. Pero aquí no había tradición republicana y los comuneros necesitaban desesperadamente que alguien de familia real les diese el sello de legitimidad que les faltaba para llevar a cabo su rebelión.

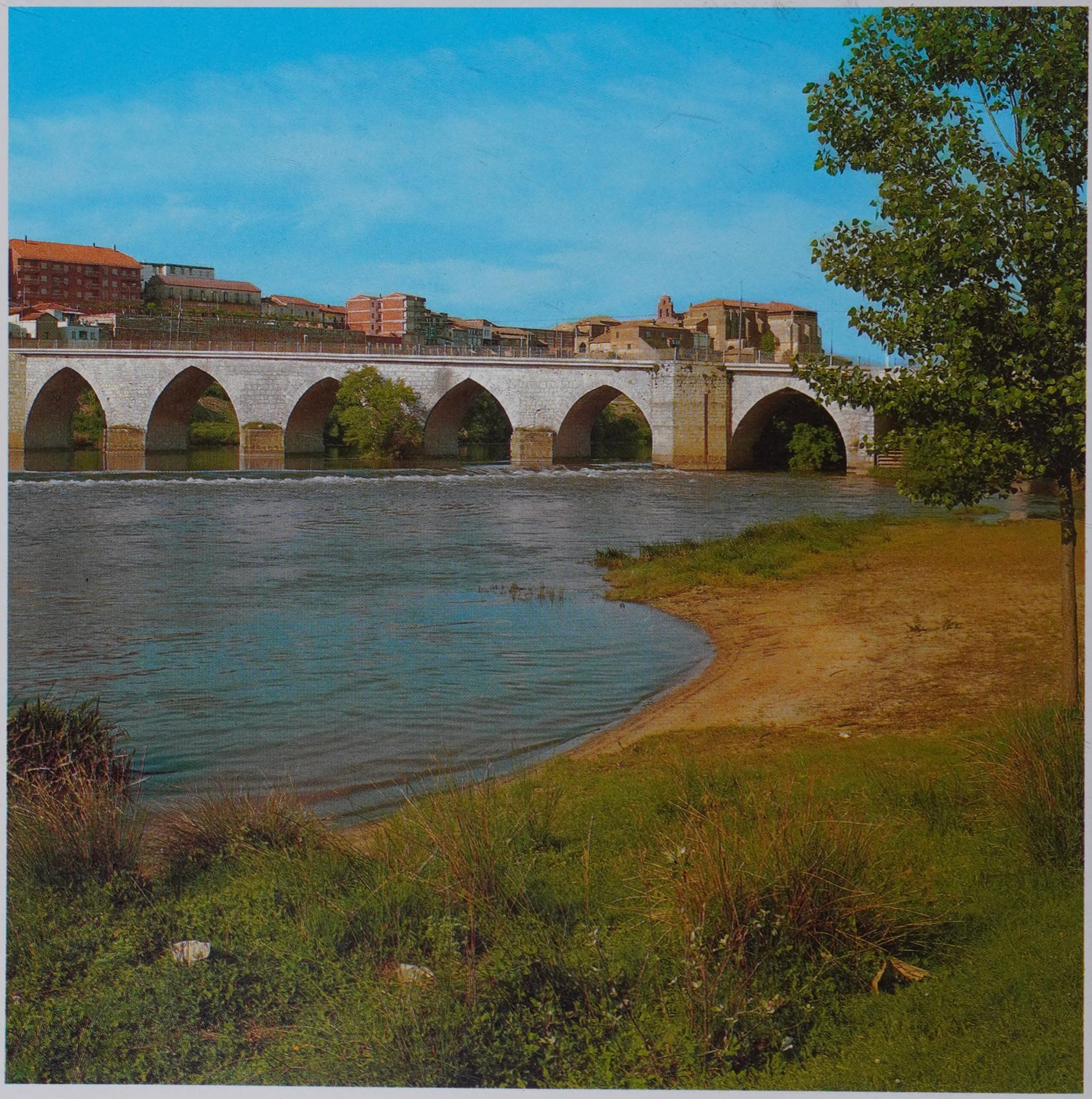
¡Qué a punto hubiera venido doña Juana! Cierto que la llamaban la Loca y la tenían recluida en Tordesillas pero, ¿no era posible que estuviera cuerda y que su prisión fuera una estratagema de ese flamenco, su hijo Carlos, para usurpar el trono que a ella correspondía?

El 29 de agosto de 1520, los comuneros llegan a la presencia de Juana. El testimonio de la entrevista es dramático. Ni siquiera la necesidad urgente que tenían los visitantes de conseguir ese respaldo puede cambiar la honradez de quien redactara el informe. Juan de Padilla le habló de los grandes males del reino y de la defensa que harían de sus derechos, y Su Alteza respondió diciendo: «Por cierto os soy mucho en cargo y en verdad estoy obligada de tan buen deseo como habéis tenido y tenéis en mi servicio», una de las fórmulas que aprendiera de niña en la corte, sin saber a qué se refería aquel caballero. Padilla precisa más los daños que le han hecho sus carceleros, como quitar a la infanta Catalina —la futura reina de Inglaterra— de su lado y allí hubo mayor reacción: «Su Majestad se asperó y resabió de ello mostrando gran sentimiento.» Padilla insiste en ponerse a sus órdenes en nombre de los juntados para la defensa del reino esperando con el *placet* la confirmación de unos poderes. Contestó ella: «Sí, sí, estad aquí en mi servicio y avísame de todo y castigar a los malos que en verdad yo os tengo mucha obligación y que le placía de las personas que con tal deseo

Abajo, vista aérea del convento de Santa Clara, que en un principio fue palacio de Alfonso XI. Juana la Loca (izq.) residió en él hasta su muerte

Aquí, en Tordesillas, fracasó el sueño de los comuneros de obtener de doña Juana una legitimidad que justificara su causa. A la derecha, doña Juana la Loca: arriba, obra de L. Vallés; abajo, obra de F. Pradilla (ambas conservadas en el Museo Nacional de Arte Moderno)

y voluntad se habían así movido.»
Juan de Padilla suspiró y dijo: «Así se hará, como vuestra majestad lo manda.» Y le besó la mano como los otros que allí habían llegado. Firmaron varios testigos del hecho y salieron tristemente. Doña Juana estaba completamente loca y el sueño de levantar la bandera de una princesa castellana contra el rubio extranjero que apenas balbuceaba nuestra lengua había fracasado completamente.



TORRELOBATON o el fin de un sueño

Fue un triunfo de los comuneros. O mejor fue *el* triunfo de los comuneros. De aquí creyeron que partían para la gloria, para su victoria definitiva, una victoria en la que pondrían justicia en el reino contra los desaforos de los nobles. Porque, como decía la junta de Valladolid a los gobernadores que, en nombre de Carlos, les conminaban a dejar las armas y obedecer al rey: «¿Obedecer al rey? ¿De qué están hablando?» Los que han obedecido siempre al rey han sido ellos, las comunidades, es decir, los hombres del estado llano; los que no le han obedecido han sido los nobles que ahora quieren darles lecciones de fidelidad monárquica. El redactor de la carta hace historia: «¿Quién prendió al rey don Juan II, si no los grandes? ¿Quién lo soltó e hizo reinar, si no las Comunidades?» Y cuando los nobles animaron al rey de Portugal a que entrara en nuestra tierra y quitara el trono a Isabel y Fernando «las Comunidades lo vencieron y echaron de Castilla e hicieron pacíficamente reinar a sus naturales reyes».

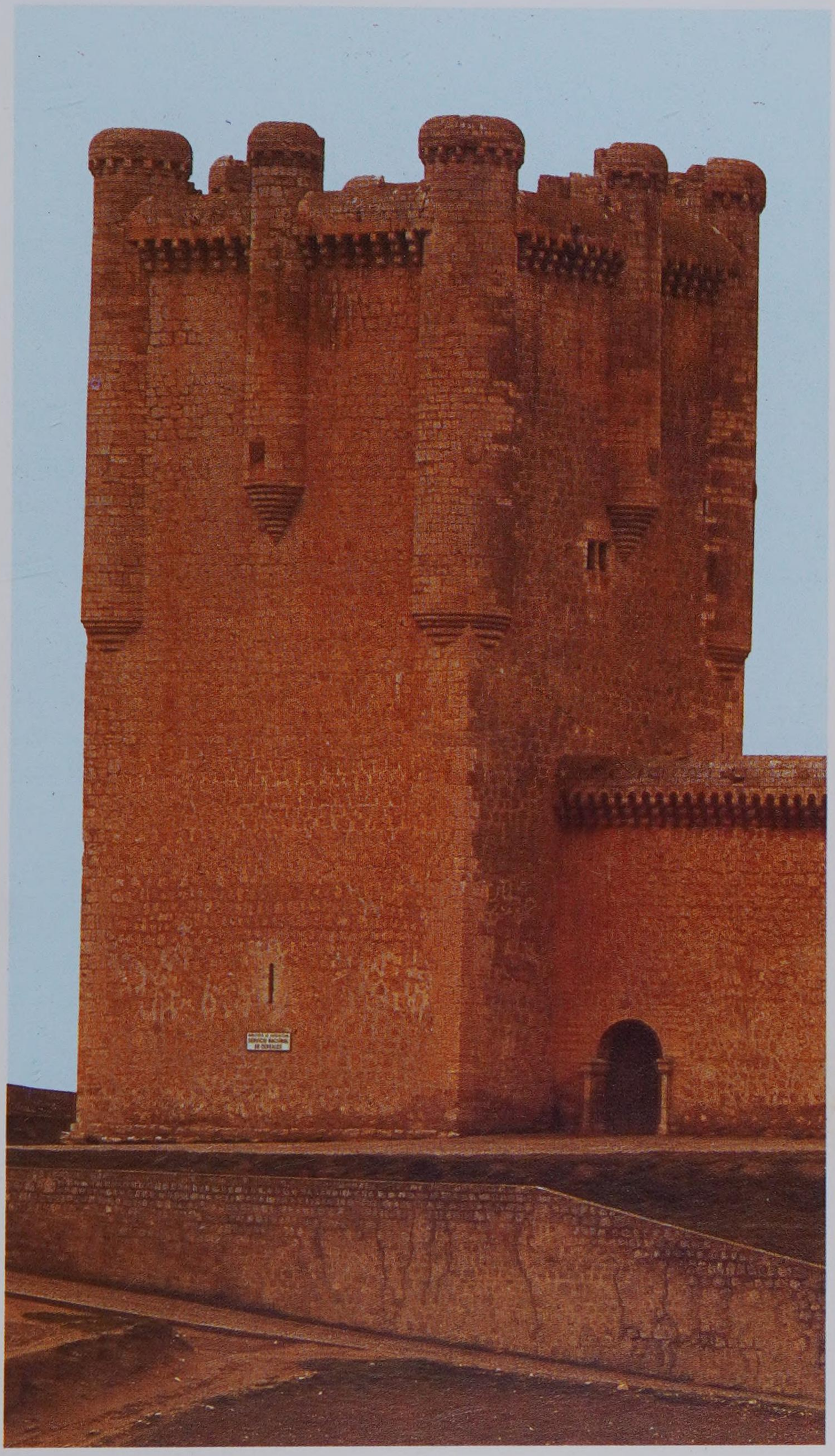
El comunero toca ahora otro punto. Servir a un rey significa además pagarle impuestos, ayudarle económicamente, ¿no es cierto? Pues vemos que «los pueblos son los que al rey enriquecen y los grandes son los que le han empobrecido. Vasallos, alcabalas y otras rentas reales eran del rey y los pueblos las pagan; ¿quién las ha quitado a sus majestades si no los grandes?» y aludiendo a la concesión de mercedes que el noble había sacado, año tras año, aprovechando la debilidad de los reyes medievales, y que les permitían ocupar tierras y pueblos que le tribu-

Torrelobatón es el símbolo de la única gran victoria de las Comunidades. De él partieron los comuneros hacia el fracaso: Villalar

taban a él y no al monarca: «Vean vuestras señorías cuán pocos pueblos quedan ya al rey que desde aquí a Santiago —que son cien leguas— no tiene el rey si no tres lugares.»

Las Comunidades hablaban con el lenguaje de la razón y por un momento, aquí en Torrelobatón, también con el de la fuerza. Once mil hombres de varias provincias acudieron a sitiar el castillo cuyos señores aseguraban que sólo al rey Carlos y a sus representantes servían. El sitio duró ocho días y tras ellos el castillo se rindió. Se exaltaron los comuneros. Dios estaba a su lado. En realidad había sido fatal perder esos ocho días. Ocho días son muchos cuando el enemigo tiene un nombre llamado Carlos, ya emperador, y un hábil propagandista, el obispo Antonio de Guevara, que escribe a los rebeldes, sarcástico, y a los tibios, convincente. Cuando los nobles acuden de todas partes, no tanto para defender al rey como para proteger sus intereses, su *status* de autoridad, que esos mercaderes parecen poner en duda manifestándose en directo enlace con la monarquía sin intermediarios nocivos.

Día 23 de abril, 1521. Padilla y Bravo al frente de sus soldados triunfantes salen de Torrelobatón. Su objetivo es ahora la importante ciudad de Toro, pero en la llanura sobreviene



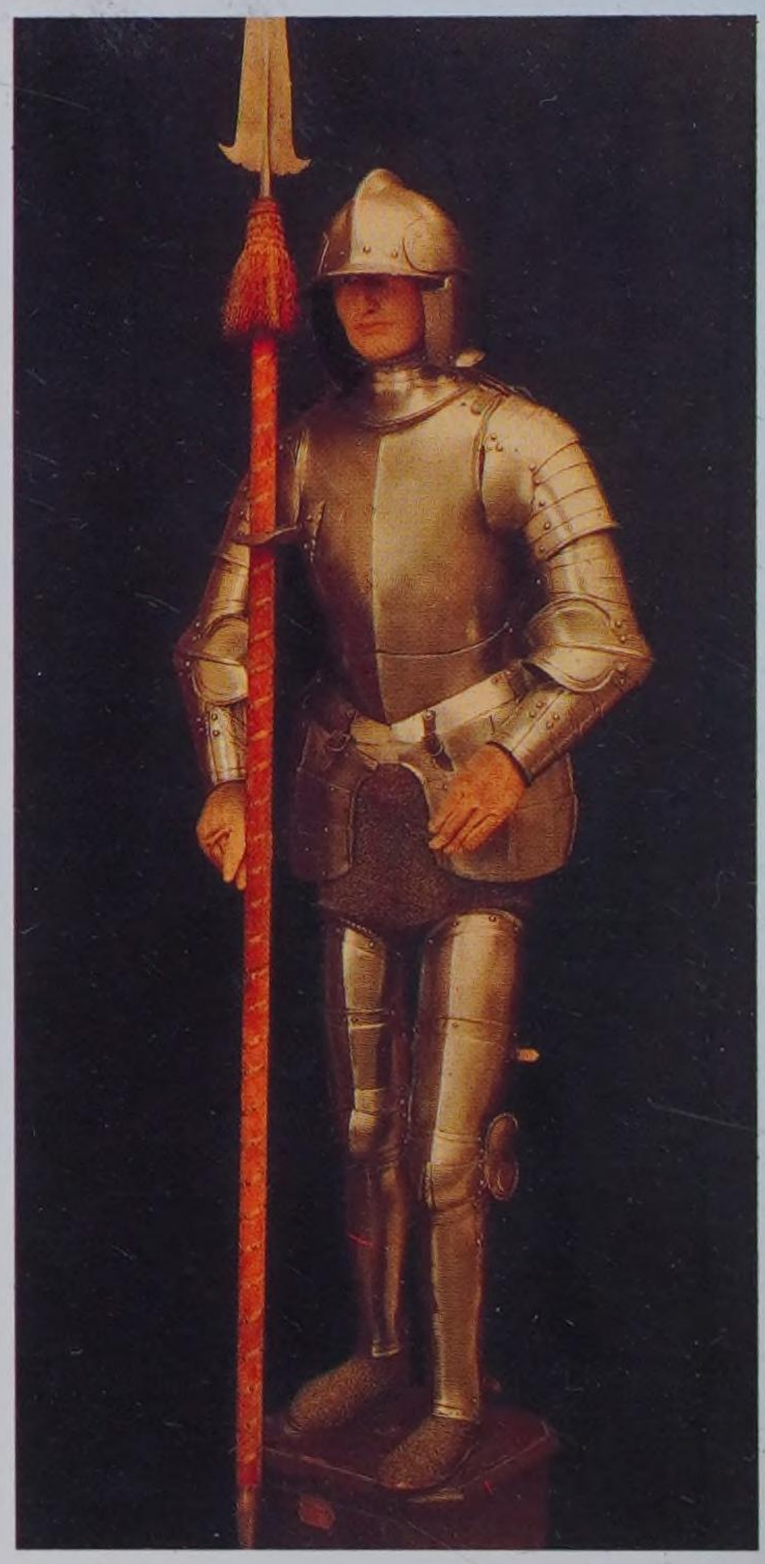
A la izquierda, ajusticiamiento de los tres líderes de las Comunidades, Bravo, Padilla y Maldonado, y una armadura de las usadas en los enfrentamientos. A la derecha, obelisco en memoria de los comuneros en Villalar

un temporal; intentaban refugiarse de él, cuando les alcanzan, cerca de Villalar, dos mil quinientos jinetes imperiales enviados por el gobierno. Por un lado soldados improvisados, por el otro profesionales de la milicia. Los comuneros vacilan y se desperdigan a pesar de los intentos de Padilla y Bravo para reagruparlos.

«... ya que llegaban cerca de Villalar pasóse el conde de Benavente con su gente a tomar la una punta del lugar: el condestable se puso delante de la batalla real y yo con la vanguardia; y en haciendo la punta que hizo el conde de Benavente rompí con la vanguardia por mitad de los escuadrones de los enemigos y en los que quedaron a la mano derecha rompieron el condestable y el conde de Miranda y el comendador mayor de Castilla... y en los que quedaron a la mano izquierda rompió el conde de Benavente... serían los muertos y heridos obra de mil hombres de los cuales mató muchos la artillería.»

El refugio que buscaban en Villalar lo fue definitivo para los jefes de la sublevación: Padilla, Bravo y Maldonado subieron al día siguiente al cadalso.

Detrás quedaba Torrelobatón como símbolo de la única gran victoria que había tenido la Comunidad en su quijotesco intento de restablecer la proporción entre la autoridad y la eficacia, entre los derechos del rey y el de los súbditos. La gente no recuerda tanto el triunfo como la derrota, que quedó mucho más dramáticamente en la memoria, y al hablar de sus comuneros nadie piensa en Torrelobatón y sí en Villalar. Y es que los castellanos rebeldes habían llegado a Waterloo demasiado pronto,



tan rápidamente, que todos olvidaron que antes había habido un Austerlitz.

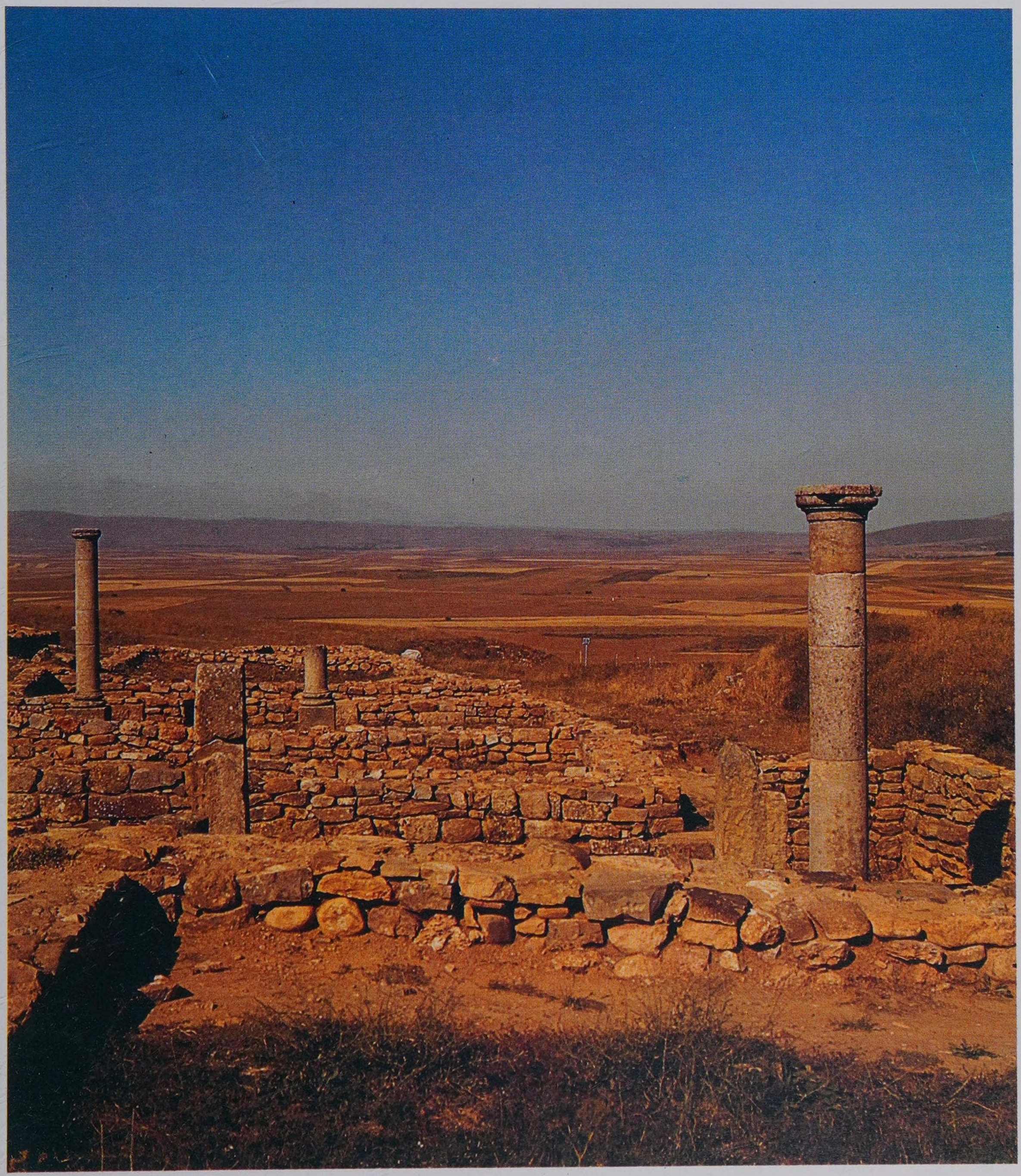
Torrelobatón los vio marchar al desastre desde la gran torre del homenaje en cuyos torreoncillos hay escudos del almirante de Castilla, a quien perteneció. Los pocos fugitivos que pudieron volver contaron cómo había terminado la gloria de una semana.

NUMANCIA, donde flota la muerte

Quedan unos muros apenas resaltando sobre el terreno, quedan unas marcas por las estancias que fueron, unas pocas piedras en la llanura soriana. Aquí estuvo Numancia.
Su caso recuerda a Sagunto, y sin embargo ha quedado con mayor fuerza en la memoria española. Quizá porque la ciudad levantina luchaba por mantener una amistad dada a un extranjero —Roma— contra otro extranjero —Cartago— mientras que en Numancia no había más que unos hispánicos —los arévacos— resistiéndose a aceptar consignas

y leyes de gente lejana, por duros que fueran sus soldados, por sofisticadas que resultaran sus armas contra las pequeñas defensas de los numantinos.
Ninguno de ellos se salvó para escribir la historia del cerco, de forma que tenemos que acudir a las fuentes enemigas que, en esta ocasión, hablan con gran respeto de los vencidos. Appiano, en las «Guerras Ibéricas», nos da cuenta de la lucha que se inicia con una estrategia calculadora y precisa de Escipión. Los numantinos —sólo ocho mil— aceptaron la llegada de sus tropas con alegría. Habían vencido tantas veces a los romanos que no les importaba mostrar de nuevo su valentía. Así salían continuamente de la ciudad provocando el combate... Era en vano. Escipión había decidido no perder uno solo de sus hombres luchando con aquellos locos e hizo algo por vez primera en la historia de los ataques a una ciudad amurallada. La amuralló a su vez. Con burla primero, con preocupación creciente después, los sitiados vieron levantarse siete fuertes a distancia regular alrededor de la villa. Siguió a esto la apertura de un foso y detrás un muro de ocho pies de alto. Como el río Duero era camino de espías y de proveedores de víveres, el romano alzó en sus márgenes unos castillos de los que pendían unas vigas atadas con

A la izquierda, armadura romana y esculturas de un centurión (abajo) y un pretoriano (arriba), conservadas en el Museo della Civittà Romana (Roma). Abajo, ruinas de Numancia



cuerdas y erizadas de púas de hierro. Movidas por la corriente, eran obstáculo peligroso para quien intentara el paso... Con ello no sólo cortó la llegada de alimentos. Cortó también la entrada de información, lo que para un sitiado, como para un prisionero, es lo más duro que pueda ocurrirle. ¿Qué hay al otro lado del enemigo? ¿Le llegan refuerzos? O por el lado de la esperanza: ¿se darán cuenta los hispanos vecinos de la necesidad de ayudarles acabando con los sitiadores extranjeros?
Nada. Silencio. En el silencio, unos muros, unas torres, unas catapultas listas, unos ballesteros. Cuando grupos desesperados de numantinos atacaban un punto, se levantaba una señal y centenares de soldados acudían al punto amenazado hasta que dominados por el número —había alcanzado los setenta mil— los numantinos retrocedían, y volvían a encerrarse en su ciudad... donde naturalmente faltaba día a día el pan.

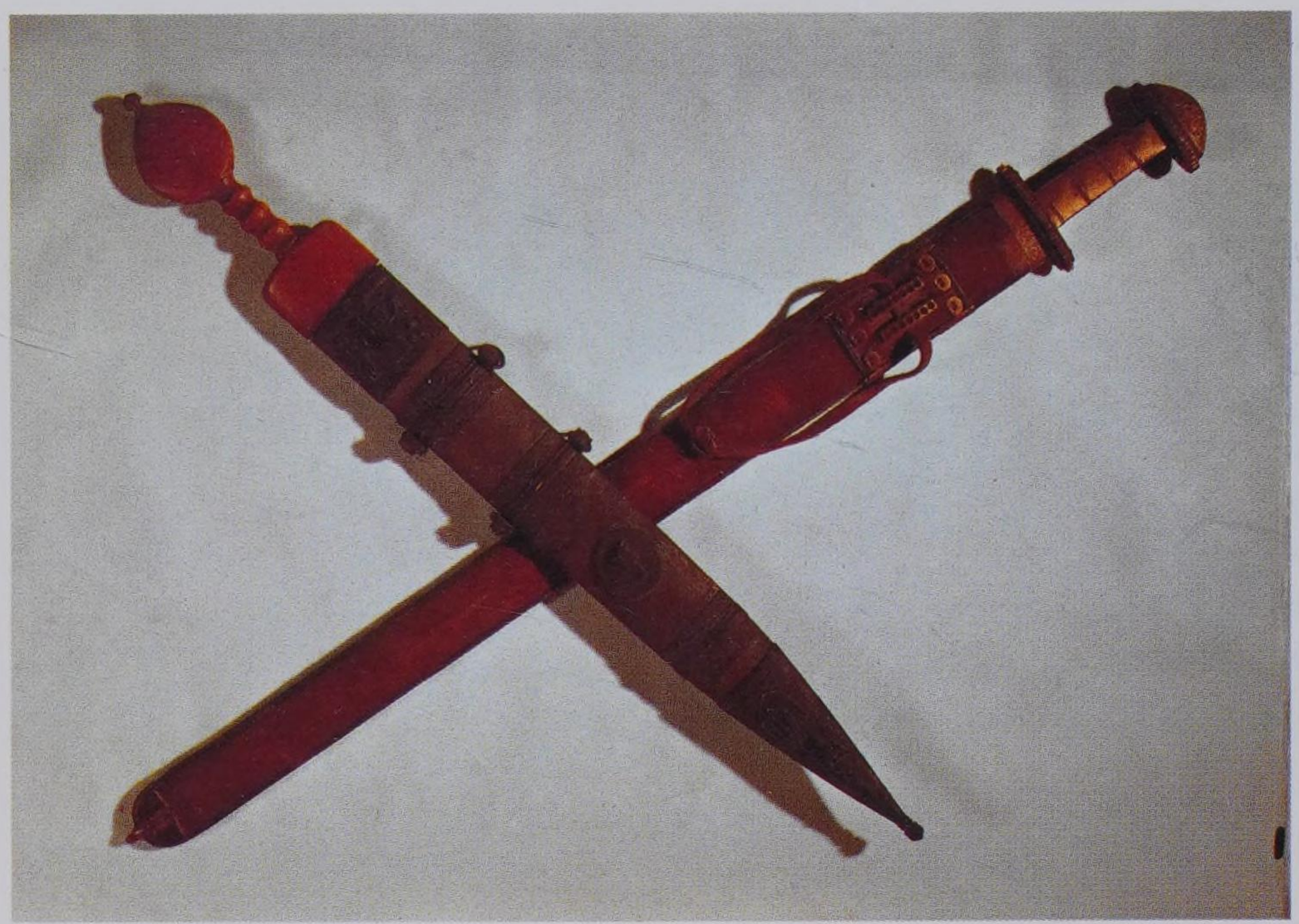
«Hermana mía, ¿pan tienes?
¡Oh pan y cuán tarde vienes
que no haya pasar bocado!
Tiene la hambre apretada
mi garganta en tal manera,
que aunque este pan agua
[fuera
no pudiera pasar nada.»

Recuerda Miguel de Cervantes en *El cerco de Numancia*. La situación obliga a pensar en la entrega. Los enviados dirigidos por Avaro recordaron al general romano las muestras de valor que había dado Numancia y pidieron una paz honrosa que no les llevase a la desesperación de morir matando. Escipión rehusó. Sabía la situación crítica de la ciudad

A la izquierda, maqueta de ariete cubierto.
A la derecha, bajorrelieve de la Columna Trajana
de hombres derribando un muro con ariete (arriba)
y ariete colgado (abajo).
Armas como éstas se usaron en el asedio de Numancia

y quería la rendición sin condiciones. La ira de los numantinos al oír la respuesta fue tal que los primeros en pagarla fueron los mismos enviados acusados de jugar la carta enemiga.

«Sólo por el hambre podía reducirse Numancia» —comenta Appiano—. Y por el hambre fue. Tras comer pieles cocidas devoraron a los muertos y después a los enfermos que daban nueva vida a los más fuertes. El fin estaba cercano. Decidieron matarse unos a otros y que cada uno que matara entrara a su vez en el fuego que hi-



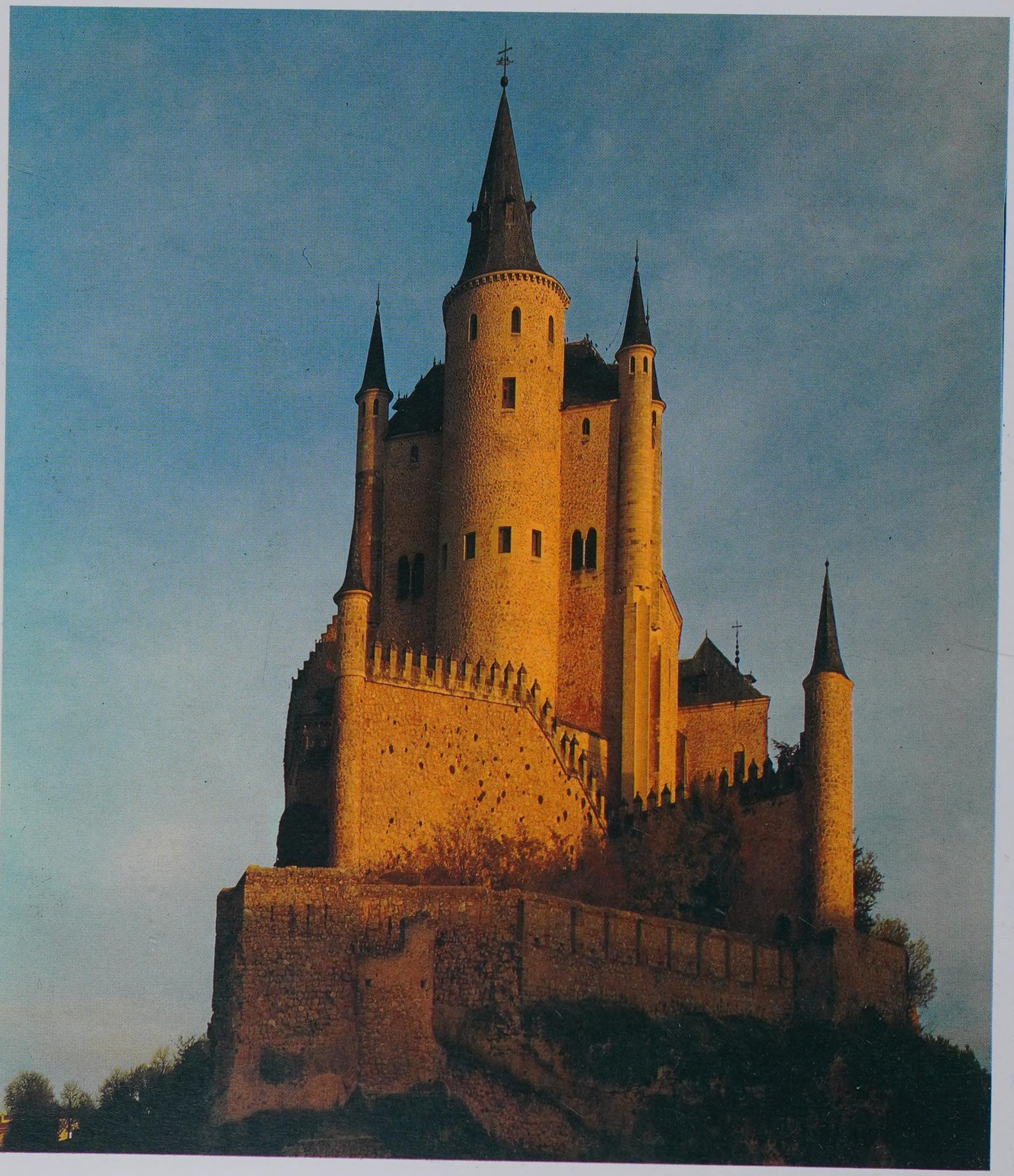
cieron en medio de la plaza. Así lo vio Cervantes. Teógenes pide a un numantino que le atraviese con la espada «como si se tratara de un romano».

«Numantino:
También a mí me agrada y
[satisface
pues que lo que quiere es nues-
[tra fortuna,
mas vamos a la plaza donde
[yace
la hoguera a nuestras vidas
[importuna,
porque el que allí venciera
[pueda luego
entregar al vencido al duro
[fuego.
Teógenes:
Bien dices; y camina que se
[tarda
el tiempo de morir como
[deseo.
Hora me mate el hierro, el
[fuego me arda,
que gloria y honra en cual-
[quier muerte veo.»

«La mayor parte de los habitantes de Numancia —concluye el historiador— se dieron muerte a sí mismos y los que quedaron salieron a los tres días para el lugar donde les habían destinado, ofreciendo un espectáculo horrible y extraño con sus cuerpos escuálidos, sucios y desgreñados, malolientes, con las uñas crecidas, los cabellos largos y los vestidos repugnantes.»
En el atardecer, sobre el campo numantino, parece verse todavía esa larga, triste procesión.
Si ha habido un castillo donde flotaran los fantasmas que dan aprensión y temor es éste.

A la izquierda, dos espadas romanas conservadas en el Museo della Civittà Romana (Roma). Abajo, ruinas de una casa de la ciudad romana de Numancia

EL ALCAZAR volante



La primera impresión del Alcázar de Segovia no es de solidez, es de elegancia; una elegancia que lo distancia de los otros castillos castellano-leoneses

Algunos castillos han recordado el navío. Basta que su mole se levante sobre lomas más o menos onduladas para que la comparación surja inmediata en el viajero. El de Peñafiel, robusto, exento, parece un galeón anclado en el mar pardo de los trigales.

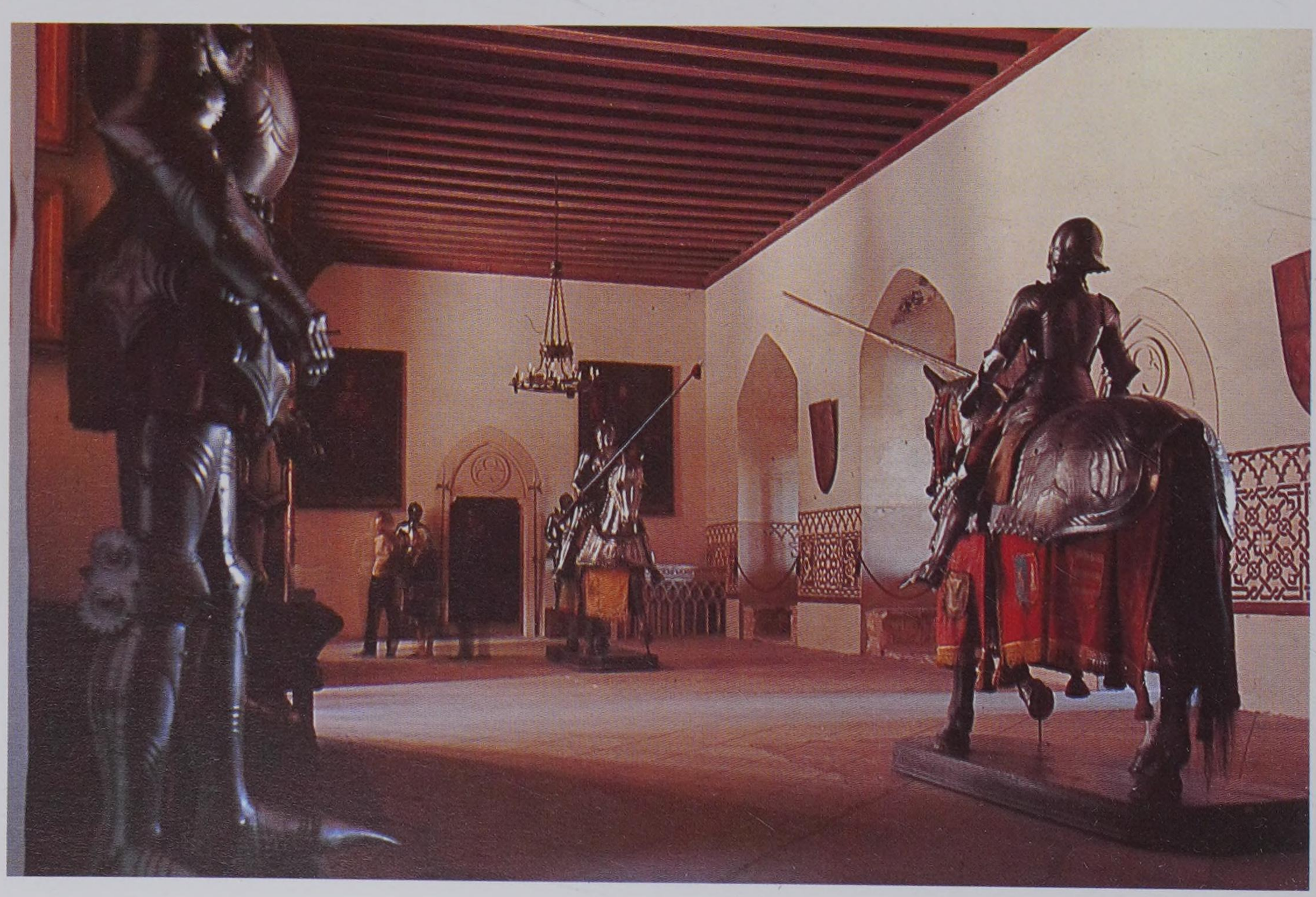
El Alcázar de Segovia recuerda también un barco, pero de otra forma; un bergantín orzando al viento. La proa parece hendir los campos, las torres semejan velas desplegadas. La primera impresión del Alcázar no es de solidez; es de elegancia. En realidad es un castillo que más que a pólvora suena a «ballet». El Alcázar de Segovia, de todos los castillos españoles, es el que más recuerda los de Francia, donde hace mucho que sus torres, más que para rechazar corajes, sirvieron para albergar refinamiento y cortesía.

Lo curioso del Alcázar segoviano es que esas torrecillas, más graciosas de ver que de defender, fueron puestas en el lejano siglo XV por los Trastámaras, cuando quedaba todavía mucho ambiente bélico que respetar y que temer. Pero debía haber ya desde antes un prurito de elegancia que le distanciaba de sus hermanos castellano-leoneses. En 1285 tuvo un hundimiento y el *Cronicón de Cardeña* para relatarlo ya menciona su nombre como «palacio» de Segoviă. Parecía predestinado a servir de salón en lugar de patio de armas. En él vivió Fernando III el Santo, y Alfonso X, que en él escribió las *Tablas alfonsinas*. Aquí el difícil y enigmático Enrique IV estuvo a gusto y adornó nuevas salas. Aquí recibió su nombre el peor de los insultos al coronarse como reina de Castilla y de León su hermana doña Isabel, proclamación que refrendaba a su vez su papel de marido engañado al desecharse como reina a su hija «oficial» Juana, cuyo mote «La Beltraneja» da razón y excusa para la subida al trono de Isabel I.

«La serenísima reina mandó hacer en la plaza de Segovia un asentamiento muy alto donde fue puesto el escudo real. Y ella adornadá muy ricamente, cuanto convenía a tan alta reina y princesa, estuvo allí algún rato mientras los oficiales de armas en alta voz anunciaron a todos la sublimación de la serenísima reina doña Isabel única legítima heredera y sucesora de estos reinos de Castilla y León después de la muerte del rey don Enrique su hermano.»

Lo describe Moisés Diego de Valera en su crónica. Y más

abajo da la razón a quienes ven a doña Isabel como la primera mujer «liberada», la gran baza ganada por el feminismo en España. Porque cuando iba hacia la iglesia montada en una hacanea «... delante de ella iba cabalgando un gentilhombre de su casa... llamado Gutiérrez de Cárdenas... el cual llevaba delante de ella una espada desnuda de la vaina para demostrar a todos cómo a ella convenía castigar a todos como reina de estos reinos y señoríos. Lo cual fue muy censurado por algunos, queriendo decir que esto no corresponde a la reina



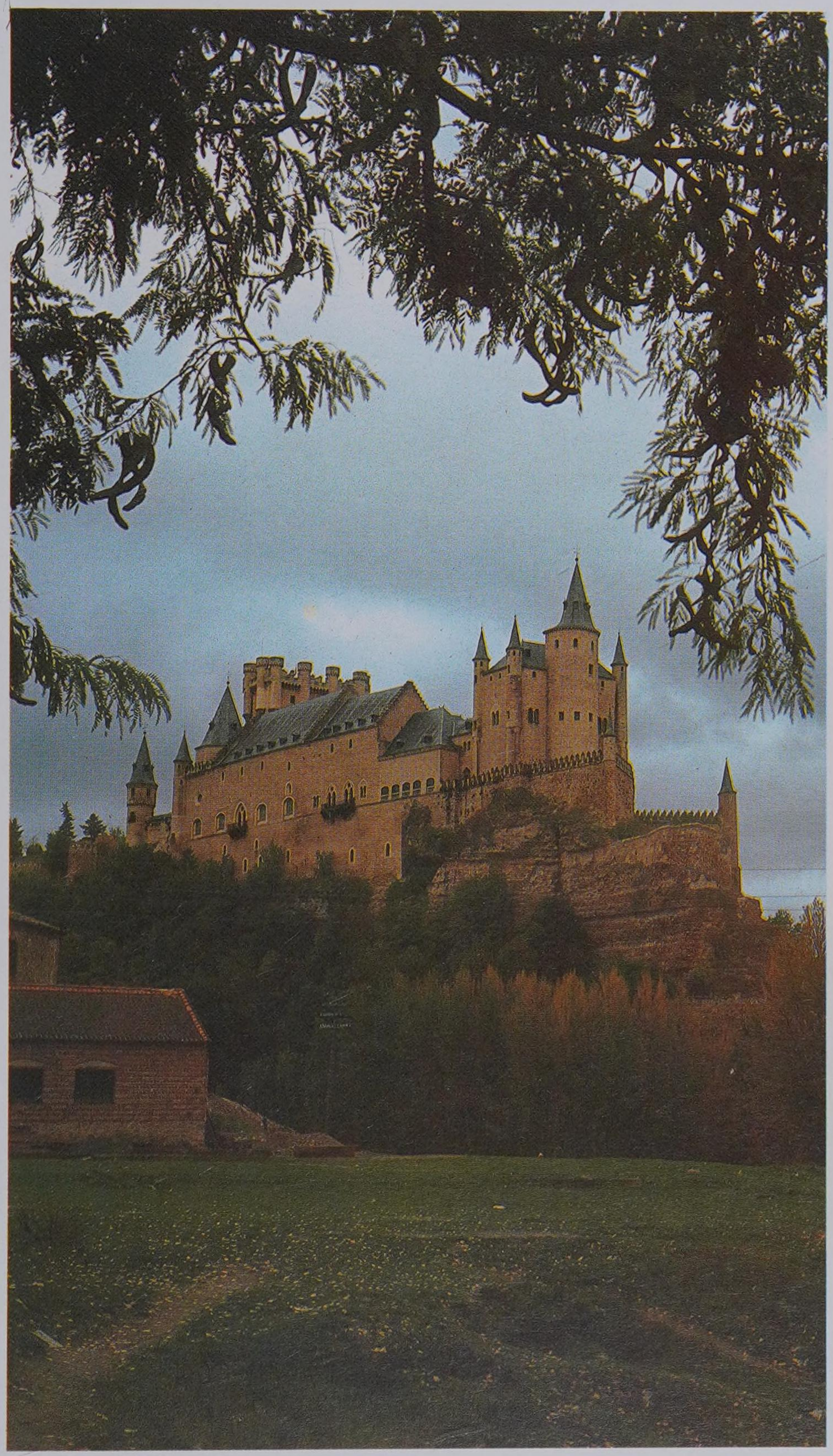
A la izquierda, artesonado del salón del Solio y vestíbulo con armaduras. A la derecha, panorámica del Alcázar de Segovia

sino al rey su marido, tomando para ello fundamento de algunas leyes que declaran que las mujeres no tienen lugar a juzgar».

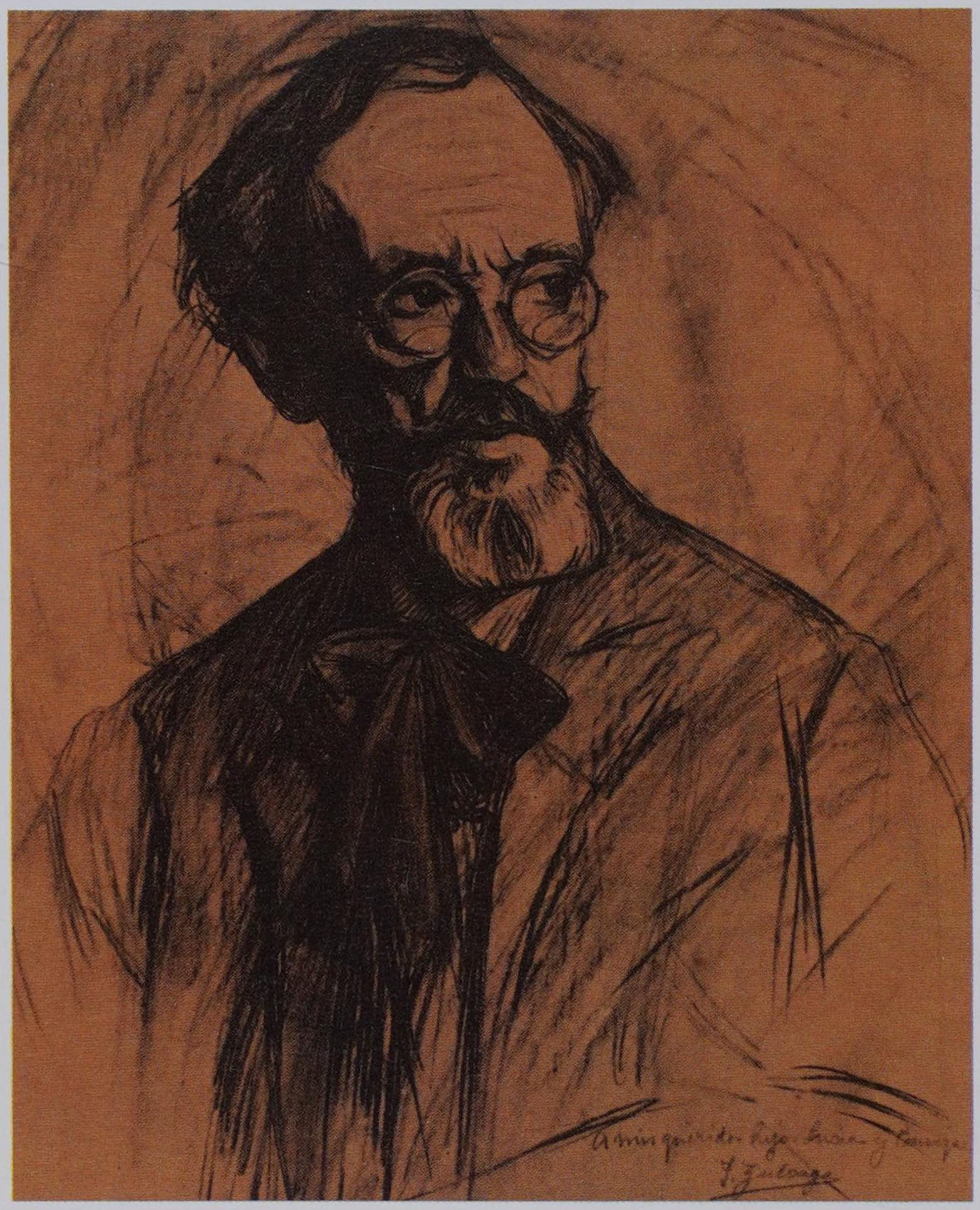
Pero Moisés Diego de Valera no sería cronista de la corte si no encontrase fácilmente la forma de rebatir esas insidias: «Lo cual es verdad generalmente en las mujeres; pero de la regla están exentas las reinas, duquesas y señoras que por derecho hereditario les pertenece a sus señorías que tengan mero y mixto imperio.»

... Como era su caso. Además había algo muy importante. La urgencia de declararla con todos sus carismas. Como no se sabía cuándo llegaría el rey Fernando, «la tardanza de esta sublimación podría ser dañosa ya que la preclarísima reina Isabel tuviera competidora en doña Juana que se llamaba (es decir "se hacía llamar") hija del rey don Enrique y aunque algunos en contra de toda verdad la tenían por tal tener, de hecho se pudo y debió hacer y fue discreta y sabiamente puesta en obra.»

El Alcázar sufre con la guerra comunera, se levanta con Felipe II que lo mima y refuerza, y en 1764 otro rey, Carlos III, de feliz memoria, instala el Real Colegio de Artillería y con ello lo asocia al nombre que ha sido familiar a varias generaciones de españoles. Toledo es a Infantería como Segovia a Artillería.



PEDRAZA y su misterio



El castillo de Pedraza es la propia Pedraza. La villa en este caso no está dominada por el castillo. La villa es la propia fortaleza y al pueblo se entra por una gran puerta con forro de agudas puntas de hierro que la refuerzan cuando alguien, tras subir la empinada cuesta bajo la lluvia de flechas, piedras, y aceite hirviendo que caían de las almenas, intentaba forzarla con el ariete clásico... Un pueblo que, si quiere, se encierra por la noche... unas calles empinadas con casas blasonadas en ambos lados, una bella plaza porticada y al fondo el castillo, otro castillo, este tradicional, que protege la vertiente contraria. Encima una alta torre que desmochó, increíblemente, el pintor Ignacio Zuloaga, que tuvo aquí su estudio. Quizás esto le sirvió para hacerla más cómoda a trueque de arrancarle arrogancia.

Pedraza, limpia y clara en el horizonte segoviano, la del sabroso cordero, tiene, extrañamente, una historia de misterio y de tradiciones. La primera dicen que ocurrió en el siglo XIII y en ella intervienen todos los elementos de la novela medieval: una pareja de novios, Elvira y Roberto, el matrimonio de la primera con un noble, Sancho Ridaura, señor del castillo y de la villa y la desesperación del segundo que le obliga a entrar en un convento como religioso. Acto segundo: el noble Ridaura tiene que marchar a la guerra, pero al haber muerto el capellán de su casa, no quiere dejar sin culto ni consejo religioso a Pedraza y pide al convento el envío de un monje. Este resultará... efectivamente Roberto, el antiguo novio que se encontrará que tiene que convivir con la que fue luz de su vida. El acto tercero presenta la reparación de dos soledades —la de «viuda temporal» y la del claustro— en una sola llama.

Hasta aquí Boccaccio puro. En el acto siguiente, sin embargo, Italia se va y entran la crueldad, la dureza castellana. Es el precedente de *El castigo sin venganza*, *A secreto agravio, secreta venganza*, *El médico de su honra* y tantas otras obras del teatro español, en las que

A la izquierda, autorretrato del pintor Ignacio Zuloaga, que tuvo en Pedraza su estudio. A la derecha, vieja casa porticada en el interior

un hombre decidió que la mancha de su honor sólo podía ser lavada con sangre. Para ello no se lanza contra el causante de su tragedia cuchillo en mano. Su reacción, por ello más repugnante, es casi siempre fría, calculada y razonada. Los culpables pagarán, pero su castigo les llegará cuando menos lo piensen o esperen.

Así se porta Sancho Ridaura al enterarse —tardan muy poco en enterarse los maridos al volver de las guerras— de las plegarias que han llevado a cabo en su ausencia la esposa y el monje. El castellano prepara un gran banquete, sienta a ambos lados a los amantes y a la hora del brindis dice que ha llegado el momento de conceder premios a los que se lo han merecido durante su ausencia. Mirando fijamente a Roberto y aludiendo a su tonsura, sentencia: «Una corona bendita y consagrada lleva sobre la cabeza como insignia de honradez, virtud y santidad... yo le pondré otra que si no tan divina será al menos tan duradera.» Y a su señal entran dos hombres de armas portando una corona de hierro con afiladas puntas enrojecidas de fuego. La corona será puesta a viva fuerza sobre las sienes del monje adúltero entre sus gritos y el espanto de los presentes. Elvira huirá a su cámara donde se dará muerte con un puñal antes de que la alcance la venganza de su esposo. Este desaparece y para que la leyenda sea completa, el castillo será presa de las llamas...

Año 1526. Hemos pasado a la historia auténtica y documentada, pero no por ello menos literaria. Ha ocurrido, nada menos, que un rey ha caído prisionero de otro. El lugar fue Pavía; el vencido, Francisco I;

el vencedor por intermedio de Borbón y Pescara, Carlos V. Como explica Cristóbal de Monroy en *La batalla de Pavía* los arcabuceros darán cuenta de la brillante caballería mandada por el mismo Francisco I, Montmorency y Bonivet.

El duque de Montmorency
acomete en la vanguardia,
a quien sigue Boniveto;
el Almirante ya saca
el Monsieur de la Palisa
de arcabuceros las mangas
cada soldado es un rayo,
un Vesubio cada espada,
un volcán es cada tiro
y una ruina cada bala.

Lo que da más dramatismo a la prisión del rey francés es que es obra directa de un tránsfuga de su bando, el duque de Borbón:

—Borbón: Dadme las armas.
—Rey: ¿Quién sois?
—Borbón: Capitán del rey
[de España,
Carlos Quinto que Dios guar-
[de.
—Rey: ¿Y cómo os llamáis?
—Borbón: (descubriéndose):
[Borbón.

A la izquierda, puerta de entrada a la población.
A la derecha, el rey francés Francisco I, cuyos hijos estuvieron recluidos en Pedraza como rehenes de Carlos V

—Rey: ¿Borbón sois? ¿Hay
[tal infamia?
Primero daré la vida,
que os entregue a vos las
[armas.
Llamadme a un capitán es-
[pañol.
—Lannoy: Aquí a tus plan-
[tas
está Carlos de Lannoy,
virrey de Nápoles.
—Rey: Alza
no te rindas a un rendido.

Cuando las gentes de Pedraza comentaban esta increíble noticia no podían imaginar hasta qué punto iba a conmover su tranquilidad y pacífica existencia de lugar alejado de la corte y sus problemas políticos. Porque un día de mayo de 1526, por la misma puerta de acceso por la que pasan hoy los viajeros del siglo XX, penetró en la villa una lucida comitiva llevando en el centro, tan respetados como vigilados, dos jóvenes príncipes llamados Francisco y Enrique. Eran los hijos de Francisco I que el tratado de Madrid dejaba como rehenes de Carlos V hasta que su padre cumpliera las condiciones del arreglo. Estuvieron sólo cinco meses, pero fueron cinco meses que entraron en el folklore de la villa para que nieto tras nieto repitiesen lo que les contaran sus abuelos. Intrigas, comentarios, noticias que llegaban «de buena fuente» de la corte, siempre desmentidas, rumores sobre la posible liberación o sobre una prisión más dura, un espía francés, Juan de Xalou, que se introduce en la plaza para preparar la fuga de los príncipes... Y por fin, la salida de los rehenes hacia Villapando. Eran dos príncipes que un día se convertirían en reyes, uno con el nombre de Francisco II y otro con el de Enrique II.

Fue la última gran aventura histórica de Pedraza. Después se ancló en la historia; alejada de los caminos principales de conquista y reconquista, de invasión y de defensa, la fortaleza de Pedraza sigue desdeñosa y segura de su fuerza arrebujada en sus murallas en lo alto de su cerro. Para entrar en ella, recuérdenlo, hay que llamar primero.

VILLAVICIOSA DE ODON, donde el valido no vale

Está situado cerca de Madrid, quizás el castillo más cercano a la corte. Nació en el XV, fue destruido en la guerra de las Comunidades, volvió a nacer de la mano de un padrino ilustre, el autor del palacio de El Escorial, Juan de Herrera...

Hay castillos que son célebres por triunfos y otros por sus derrotas; unos porque desde su torre de homenaje el señor podía presumir de dominar el valle que le rodeaba hasta perderse la vista. Otros porque entre sus muros sufrió pena de prisión un hombre que había vivido con otra gloria.

En este caso se llamaba Manuel Godoy. Subió de la nada a la cima, cayó de nuevo en la nada y aun temió por su vida; acabó en el triste destierro como tantos españoles.

Nadie dio salto más rápido; desde los tiempos romanos con centuriones que pasaban a emperadores, nadie subió más rápidamente la escala social. De Guardia de Corps —cuerpo de élite, hay que advertirlo— fue encaramado —o encamado— por obra y gracia de la amistad con la reina María Luisa y, cosa curiosa en esos casos, de Carlos IV, el marido. Goya nos lo retrató fuerte y robusto, con la cara enrojecida de quien gusta de bien comer y de bien beber. La gente no paraba de contar chismes de palacio. Salió un día a justar y dijo ingenuamente el rey a su esposa:

—Dicen que va tan elegante porque tiene una vieja rica que le regala...

Se irrita y disimula su majestad María Luisa. El pobre Carlos lo ha dicho sin mala intención. No sabe... suponiendo que haya algo que saber de esos secretos de alcoba. Cuando se publicaron las cartas íntimas de María Luisa a Godoy, los investigadores se precipitaron sobre ellas... para no encontrar absolutamente nada. Las misivas contenían frases que se dicen a un amigo íntimo pero no a un amante. Por un lado, eran demasiado claras para haberse escrito pensando en una posible pérdida —por ejemplo la reina comunica a Manolito la aparición de la regla mensual— por el otro, no hay ninguna expresión amorosa. La gente, sin embargo, cree más lo más fácil de creer y sobre todo cuando un tratado terminando la guerra con Francia y cediéndole en todo le vale nada menos que el título —hasta entonces sólo usado en la familia real— de príncipe (de la Paz). Sobrevendrá luego una mínima campaña contra Portugal —la «guerra de las naranjas»— y más honores. El poeta que se esconde tras el seudónimo de «Pascual Canuto» le envía unos versos sarcásticos.

En daros excelencia o bien alteza
la pública opinión no se ha fijado;

Así nos retrató Goya a Manuel Godoy, príncipe de la Paz,
quien subió de la nada al poder absoluto
por obra y gracia de María Luisa, esposa del rey Carlos IV,
y descendió de nuevo hasta sufrir prisión
en el castillo de Villaviciosa de Odón

En 1808 Napoleón entra en Madrid (izq.), por culpa
—cree el pueblo— de Manuel Godoy.
A la derecha, «La familia de Carlos IV» (arriba)
y «La lucha del pueblo con los mamelucos» (abajo) de Goya

dúdase, gran señor, si sois [casado
y cuál es vuestra esposa con [certeza.

Porque la legítima había sido olvidada por Pepita Tudó y ésta, se asegura, por la reina...
Año 1808, para la mayoría de los españoles, representa el dos del mes de mayo. Para Godoy, el recluso de Villaviciosa de Odón, fue el 19 de marzo, cuando el pueblo se amotina contra quien cree responsable de la entrada de los franceses —aliados o enemigos— corrompedor de la corte. ¡A por él! El palacio es asaltado, Godoy se esconde hasta que, hambriento y sediento, tiene que salir de su rincón. Es golpeado, insultado, vejado... Le llevan entre dos caballos apoyado en los arzones para salvar su vida. Carlos IV pide protección a Murat:
«Nosotros pedimos al gran duque que salve al príncipe de la Paz y que salvándonos a nosotros nos le dejen siempre a nuestro lado para que podamos acabar juntos tranquilamente el resto de nuestros días...»
¿Le hará caso Napoleón? Godoy está recluido en el oratorio del castillo, que es oscuro, triste y húmedo. Allí piensa sin cesar en su triste destino, en lo que fue apenas unos días antes y en lo que ha terminado siendo. No puede hacer más que pensar porque no le dan libro ni distracción de ninguna clase. Está herido en la frente. Apenas tiene ropa. Carlos IV le hará llegar por manos amigas una camisa suya. Godoy medita en la suerte y quizá recuerde a alguien que estuvo también en un castillo sólo por haber pensado en el porvenir de España en forma diferente que el entonces todopoderoso Manuel Godoy. Alguien que se llamaba Gaspar de Jovellanos.
Por fin Murat recibe órdenes del emperador para salvar al prisionero. Sus guardianes se resisten a entregarlo, pero al final se impondrá la voluntad de quienes son ya los amos de España.
Tras un mes de prisión en el que cada día temió que fuera el último, Godoy es conducido por escondidos caminos, que le libren de la animosidad popular, hasta Francia, donde podrá reunirse con sus amigos los reyes «hasta el fin de sus días» triste, desterrado.

EL ALCAZAR DE TOLEDO, protagonista de España

Quizá sea el monumento español que más presente haya estado en el devenir histórico de nuestro país, el único que ha podido asomarse con la misma fuerza a los cantos medievales y a la prensa del siglo XX; que ha sido escenario de aventuras que hayan podido describir tanto el juglar como el corresponsal de guerra.

Lo mandó levantar su conquistador Alfonso VI, el rey cuyo balance positivo es nada menos que la creación de la Escuela de Traductores por la que se trasvasó el mundo griego, a través del árabe, al latín y al castellano, consiguiendo que la cultura clásica, cegado su camino centroeuropeo por guerras y revoluciones, llegara igualmente al Occidente.

En la parte negativa está el trato dado al Cid, a quien desterrara. Pero ¿resulta tan negativo? Sin esa injusticia inicial, ¿dónde estaría la gesta de Rodrigo Díaz, el Cid, dónde su Cantar?

Por cierto: el héroe castellano fue el primer gobernador de la fortaleza antes de caer en el disfavor del rey y, curiosamente, el Alcázar fue también testigo de la reivindicación de su fama. Allí se celebraron las Cortes que pidió a su señor convocara para que se le hiciera justicia tras la ofensa de sus yernos, los infantes de Carrión, en el robledal de Corpes al abandonar a sus hijas tras azotarlas.

Así inauguró la jornada el Rey; «bien oiréis lo que habló», como decían los cronistas del tiempo:

Oíd mesnadas, así os valga el
[Criador
Yo desde que fui rey, no hice
[más que dos Cortes
la primera fue en Burgos y la
[segunda en Carrión;
esta tercera en Toledo la vine
[a hacer hoy
por el amor de Mio Cid el que
[en buena hora nació
que reciba derecho de los in-
[fantes de Carrión
gran entuerto le han hecho, lo
[sabemos todos nos.

Las discusiones son grandes, y el Cid al cabo ganará; en lo material le devolverán los tesoros entregados a los yernos y, en honor, los malvados serán vencidos en el campo por los hombres del Cid; por si fuera poco, al final, unos mensajeros pedirán a las abandonadas muchachas, doña Elvira y doña Sol, para esposas de los infantes reales de Aragón y de Navarra.

La mujer resulta curiosamente protagonista en el duro ambiente de un castillo que, aunque tenga un palacio en su interior, sigue siendo, sobre todo militar. Unos años más tarde la que manda en él es una mujer, doña Berenguela, esposa de Alfonso VII. Desde lo alto de las almenas ve un espectáculo aterrador; miles de soldados árabes atacan el castillo de San Servando, enfrente de la ciudad: talan viñas y preparan evidentemente el asalto a la ciudad de Toledo. Dice la crónica de Alfonso Emperador: «Cuando la Emperatriz vio los daños que los sarracenos hacían en los campos cercanos, envió mensajes a los reyes moabitas diciéndoles: "Esto os dice la Emperatriz, mujer del Emperador. ¿No veis que peleáis contra mí que soy mujer y que esto nada dice en vuestra honra? Si queréis batallar, id a Oreja y luchad con el Emperador que os espera con las armas y las haces preparadas." Al oír el mensaje, los reyes, príncipes y jefes sarracenos y todo el ejército, levantaron la vista y vieron a la Emperatriz sentada en el solio real, sobre la torre más alta del Alcázar, adornada como correspondía a la Emperatriz y rodeada de un cortejo de honestas mujeres que cantaban acompañándose de tambores, cítaras, címbalos y salterios.»

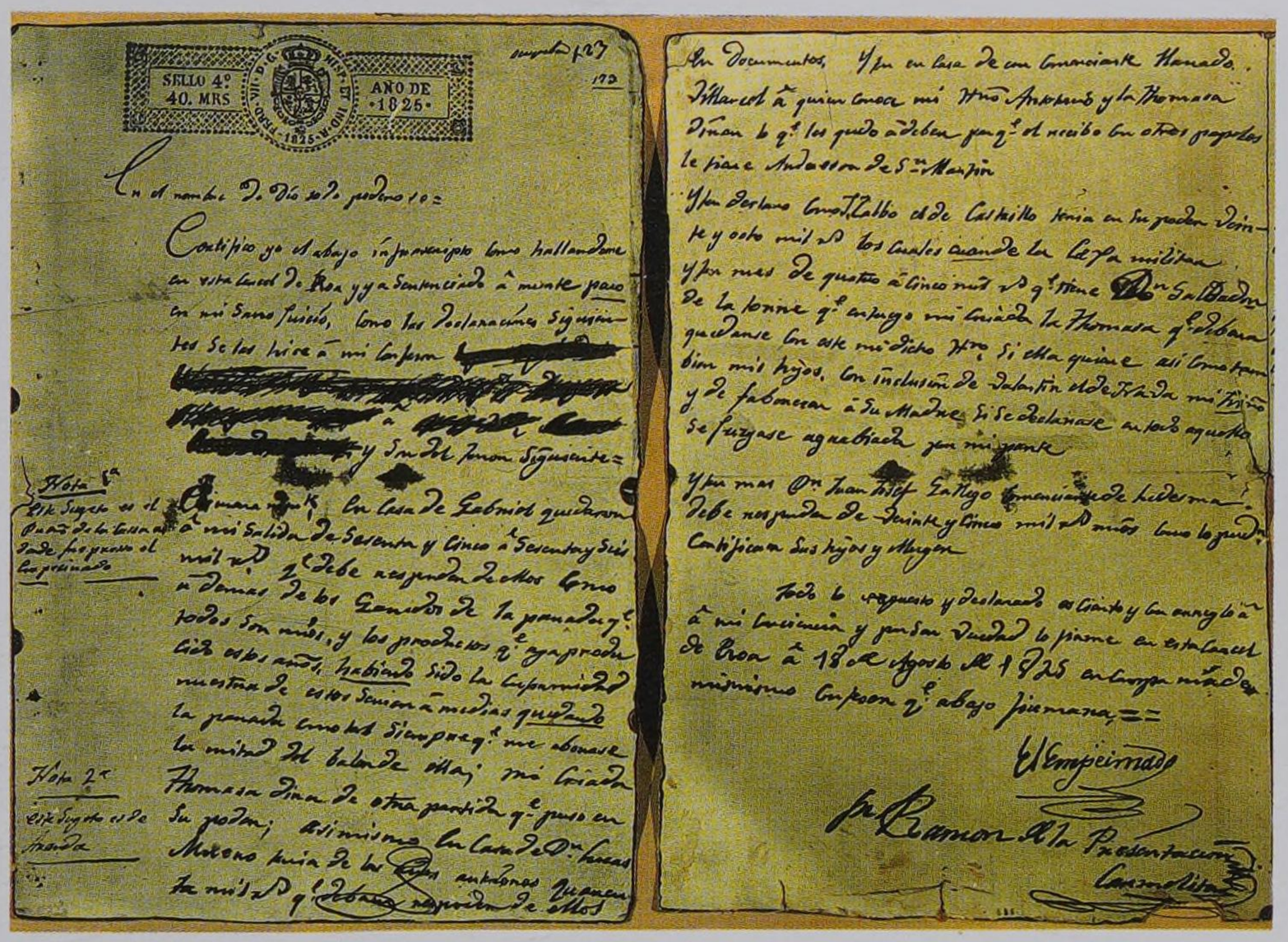
Evidentemente doña Berenguela tenía ideas claras de lo que es una apariencia dramática: el éxito de su iniciativa fue total. «Los reyes, príncipes y jefes sarracenos y aun el ejército quedaron admirados al verla y se avergonzaron mucho; se inclinaron para saludar a la Emperatriz y sin continuar sus depredaciones, recogidas las celadas, volvieron a su tierra.»

En la doble página anterior, a la derecha del Alcázar de Toledo,
puede verse el castillo de San Servando.
Abajo, en primer término el puente de Alcántara,
sobre el río Tajo, y al fondo el Alcázar

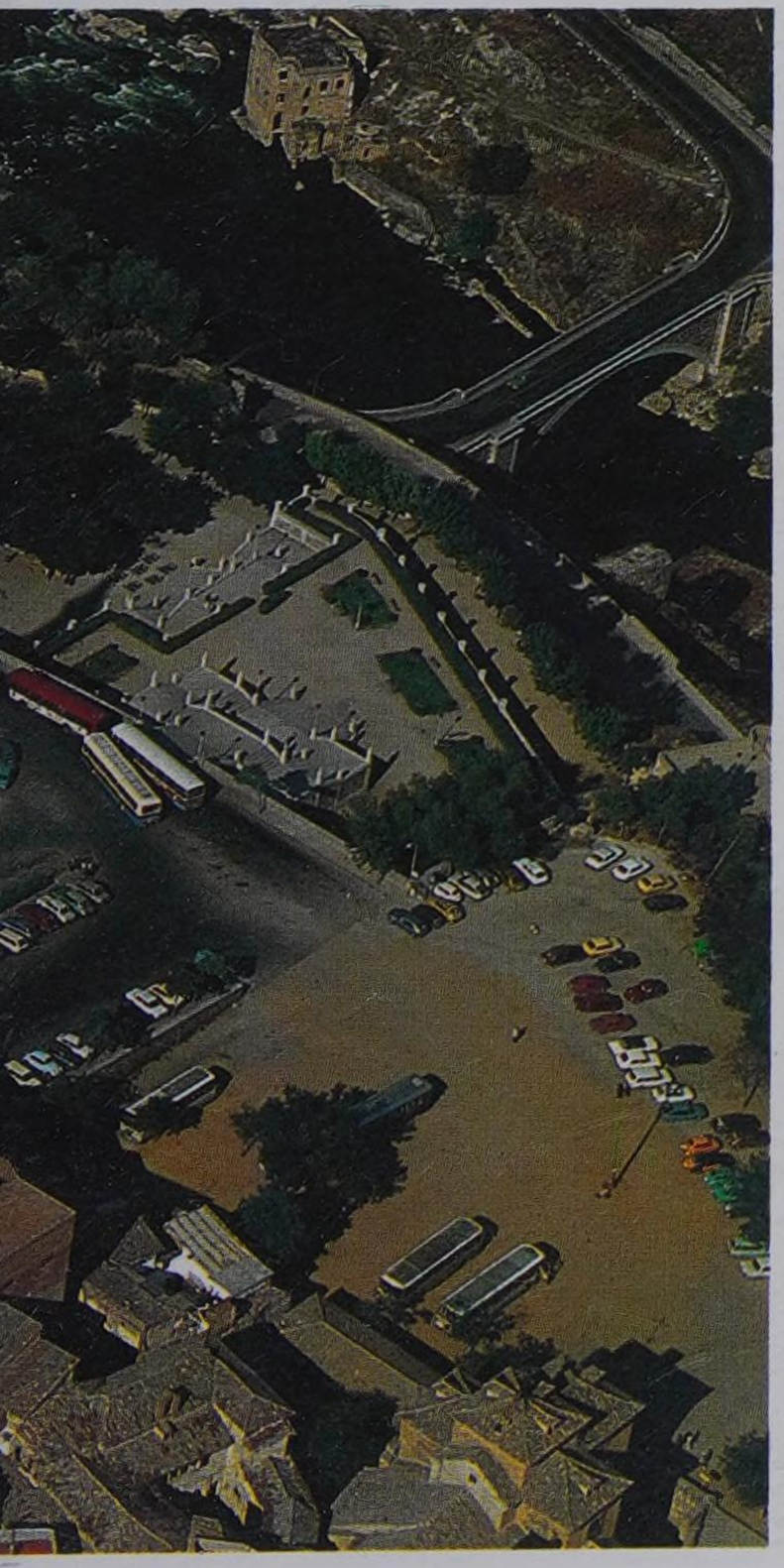
Realmente bello. La dura guerra de la Reconquista tenía de pronto un respiro de señorío y de cortesía, aunque después volviera a caer de nuevo en la barbarie.
Pasan unos años; un número ordinal más en la lista de los Alfonsos, ahora es el octavo de este nombre y una mujer vuelve a ser protagonista, triste, dramática protagonista. Se llama Raquel, es judía y la amante del rey que por ella abandona a su legítima esposa Leonor de Inglaterra.
Los nobles se indignan del triple abandono del deber por parte del monarca: sufría la política exterior, la moral cristiana, e iba contra el antisemitismo reinante. Un día asaltarán el palacio para terminar con el peligro, un día aprovecharán su ausencia unos nobles y terminarán con la vida de la hembra judía y su nefasta influencia.
Vicente García de la Huerta escribió en el XVIII un drama con esa historia. Reflejaba a un monarca atosigado por el amor y el deber, dudando entre sus obligaciones y sus pasiones. Acosado por las protestas de los cortesanos, expulsa a los judíos, incluida Raquel, de sus reinos. Pero ante su lamentación se rinde:

¿Qué es esto, sacros cielos? [qué centella,
qué extraordinario ardor no [conocido
a mi pecho ha inspirado, Ra- [quel mía,
tu llanto y tu dolor
...el cielo que ha querido
a tan graves desdichas condu- [cirme
y es de mi puro amor y fe tes- [tigo,
no permita que Alfonso sin ti [viva.

A la izquierda, vista aérea del Alcázar de Toledo.
A la derecha, autógrafo y copia del testamento
del general guerrillero, durante la guerra de la Independencia,
Juan Martín Díaz, «El Empecinado»,
en el museo de la academia del arma de Infantería de Toledo



En el pendular movimiento a que le obliga ahora el amor, el rey reinstala a los judíos y la corona como reina. Eso resulta ya demasiado para los cortesanos que matarán a Raquel cuando Alfonso esté de caza. Hasta aquí la trama. Pero los historiadores empezaron a dudar de una aventura en la que había demasiado parecido con la historia de la bíblica Esther, aunque el final fuera aquí triste en lugar de feliz. Claro que podría ser para que la leyenda no rompiese demasiado con la verdad cronológica. Porque una reina pesa demasiado,



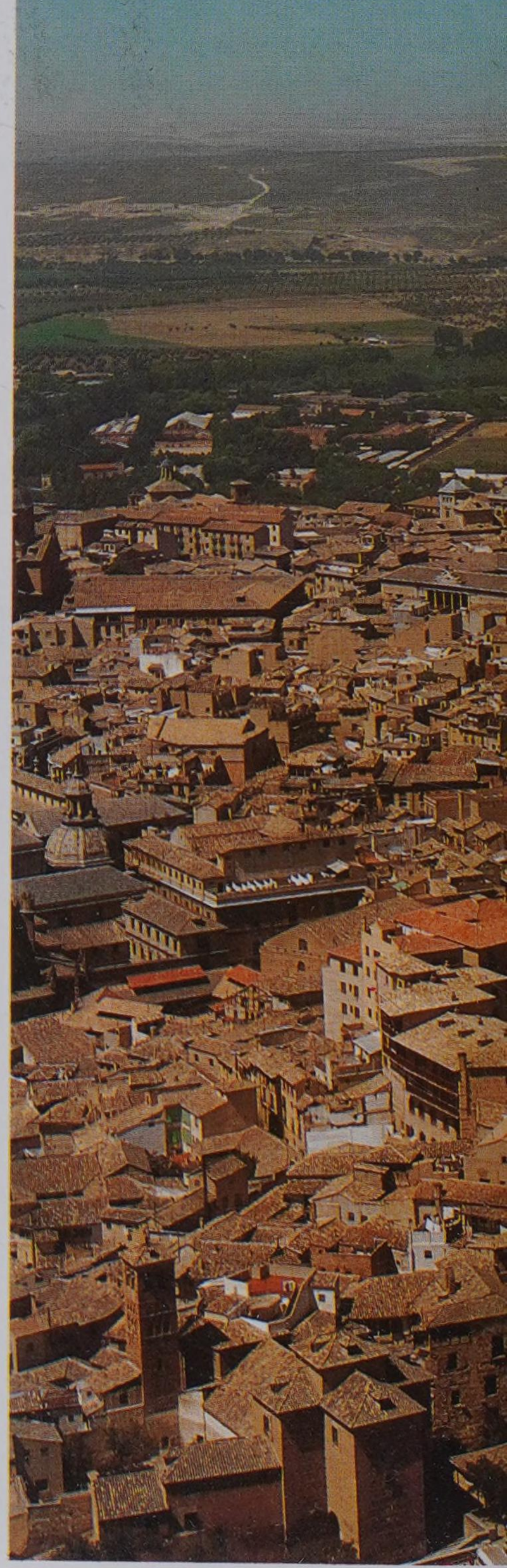
mientras que una amante muerta joven no deja huella...
Sí. Parece que el Alcázar atrae a las mujeres desdichadas. Más tarde, Blanca de Borbón, la esposa legítima, comprende el título de Cruel que le dan a su marido don Pedro, sufriendo cárcel con él mientras «reina» su rival María de Padilla. Pasan los años. La imperial ciudad acoge al imperial huésped. Carlos V vivirá largo tiempo en ella, convocará cortes, recibirá a Lannoy, virrey de Nápoles. En su ambiente Zorrilla evocó la historia de una mujer que pide se haga justicia contra quien la engañara:

Tengo un testigo a quien nunca
[faltó
verdad ni razón
...un hombre que de lejos
nuestras palabras oyó
mirándonos desde arriba.
¿quién fue?
El Cristo de la Vega
a cuya faz perjuró.

Testigo —cuya mano desclavada por apoyarla en los autos y declarar que era verdad lo que afirmaba— está todavía en la iglesia de la Vega.
Con la estabilidad, el Alcázar se pierde un poco en la sombra hasta que vuelve a asomarse a la vida española y, gracias a las comunicaciones de hoy, a todo el mundo. Las fuertes murallas que parecían sólo simbólicas de un pasado sirven ahora de parapeto contra una tropa que intenta asaltar la posición.
El coronel Moscardó se ha sublevado contra la República y ésta manda a sus mejores

voluntarios para someterle. El sitio, durísimo, durará desde el 20 de julio al 29 de septiembre, cuando las tropas nacionales toman Toledo, liberando a los sitiados. Manuel Machado cantará la gesta uniendo recuerdos de otros tiempos ya lejanos con la circunstancia inmediata.

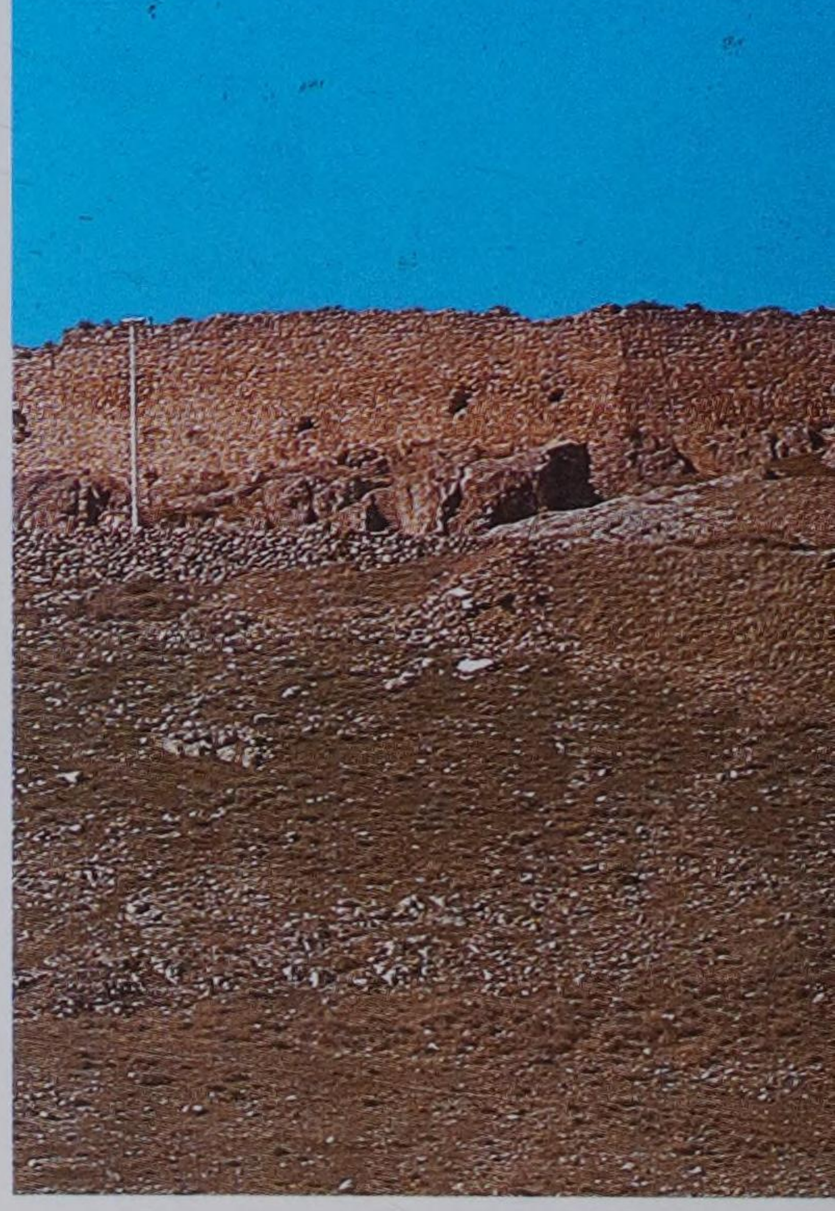
Las piedras del Alcázar de
[Toledo
—piedras preciosas hoy— vie-
[ron un día
al César, cuyo sol no se ponía,
poner al mundo admiración
[y miedo.
Sillares para templo de la
[Fama
palacio militar, a su gran-
[deza
el arte dio la línea de belleza
que una vez más desdibujó la
[llama.
Hoy, ante su magnífica ruina,
honor universal, sol en la
[Historia,
puro blasón del español de-
[nuedo,
canta una voz de gesta pere-
[grina:
Mirad, mirad como rezuman
[gloria
las piedras del Alcázar de
[Toledo.



El Alcázar de Toledo fue levantado por Alfonso VI,
el fundador de la escuela de traductores de Toledo.
Ha sido numerosas veces reconstruido.
El edificio actual es fruto de una reciente restauración
siguiendo el proyecto de A. Covarrubias (s. XVI)

CONSUEGRA, el castillo que fue dote

Se llama «la crestería manchega...», forma una loma alargada y desde lo alto, por ambos lados, pueden divisarse los campos que pinta Benjamín Palencia con ocres en diez tonalidades distintas y el verde del trigo que ondea al viento. Al castillo, para más manchegüía, le dan *guardia* once molinos de viento, siete de un lado, cuatro del otro; como el castillo parados, como el castillo inmovilizados en el tiempo.
El castillo está en la línea de lo que muchos años fue frente de batalla con los musulmanes. Frente a sus muros se trabó la



fuerte batalla con que los almorávides vencieron a Alfonso VI como un símbolo del nuevo mundo guerrero que traían.
El castillo de Consuegra había formado parte de la dote que la princesa Zaida –luego Isabel– llevó en su matrimonio con Alfonso VI. Sí, porque en la Reconquista, y contra lo que dice la mayoría de libros de

Frente a los muros del castillo de Consuegra fue vencido por los almorávides Alfonso VI (izq. arriba, fragmento de un manuscrito que se conserva en la catedral de Santiago de Compostela)

historia para niños, los cristianos y los musulmanes, en lugar de guerrear, a menudo, se abrazaban y aun matrimoniaban. Zaida era hija de Mutamid de Sevilla, el rey poeta, el que mezclaba, a la árabe manera, el amor y la guerra.

«Cuántas noches pasé divirtiéndome a su sombra con mujeres de caderas opulentas y talle extenuado:

blancas y morenas que hacían en mi alma el efecto de las espadas refulgentes y las lanzas oscuras.»

Quizás era demasiado buen poeta para ser un rey enérgico. La cesión de Zaida al rey cristiano no le sirvió para detener la ambición de este reconquistador, y Mutamid tuvo que llamar en su ayuda a Yusuf el almorávide, el duro, el áspero Yusuf que no entendía nada de poesía. Cuando los rapsodas de la corte sevillana le colmaron de imágenes líricas, el rey le preguntó si los entendía:

«No los he entendido, pero sé que piden pan.»

El muelle Mutamid ha fracasado contra Alfonso VI. Yusuf toma el relevo y envía sus mejores tropas contra el

rey cristiano en Consuegra. (El castillo a las espaldas, ¡qué buena idea de la estrategia! En caso de derrota quedaba siempre la retirada adentro; lo que no habían podido conseguir las lorigas, los escudos, lo iban a hacer los gruesos muros de piedra.)

En la batalla (1097) muere una esperanza de España —o quizás un desengaño—, el único hijo varón del Cid Campeador... Nos quedarán doña Elvira y doña Sol para que nos cuente sus desventuras el anónimo autor del *Cantar*.

¿Qué hubiera sido de ese hijo del Cid? Más peso... en cualquier escaramuza, todos mirándole, examinándole, «pelea bien, sí, pero no es como su padre, ya quisiera...» Sí, en realidad, quizá tuvo suerte cayendo en la batalla: «mi hijo se quedó muerto solo en mitad de un campo con las grandes palabras por almohada» es el responso de Jimena según Gala...

Dejemos de soñar... El rey Alfonso ha sido derrotado y se mete en la fortaleza. Los almorávides no pueden con ella, se retiran. Tocará a la oleada siguiente, la de los almohades, el dominarla. Y en otro paso de ese rigodón guerrero que es la historia de la Reconquista, será un nuevo rey castellano, Alfonso VII, el que lo recupere definitivamente para el mundo cristiano. La cede a unos hombres mitad monjes y mitad soldados que se llaman los caballeros de la orden de San Juan de Jerusalén. A ellos tocará defender este castillo y estas tierras contra los nuevos ataques de la morisma.

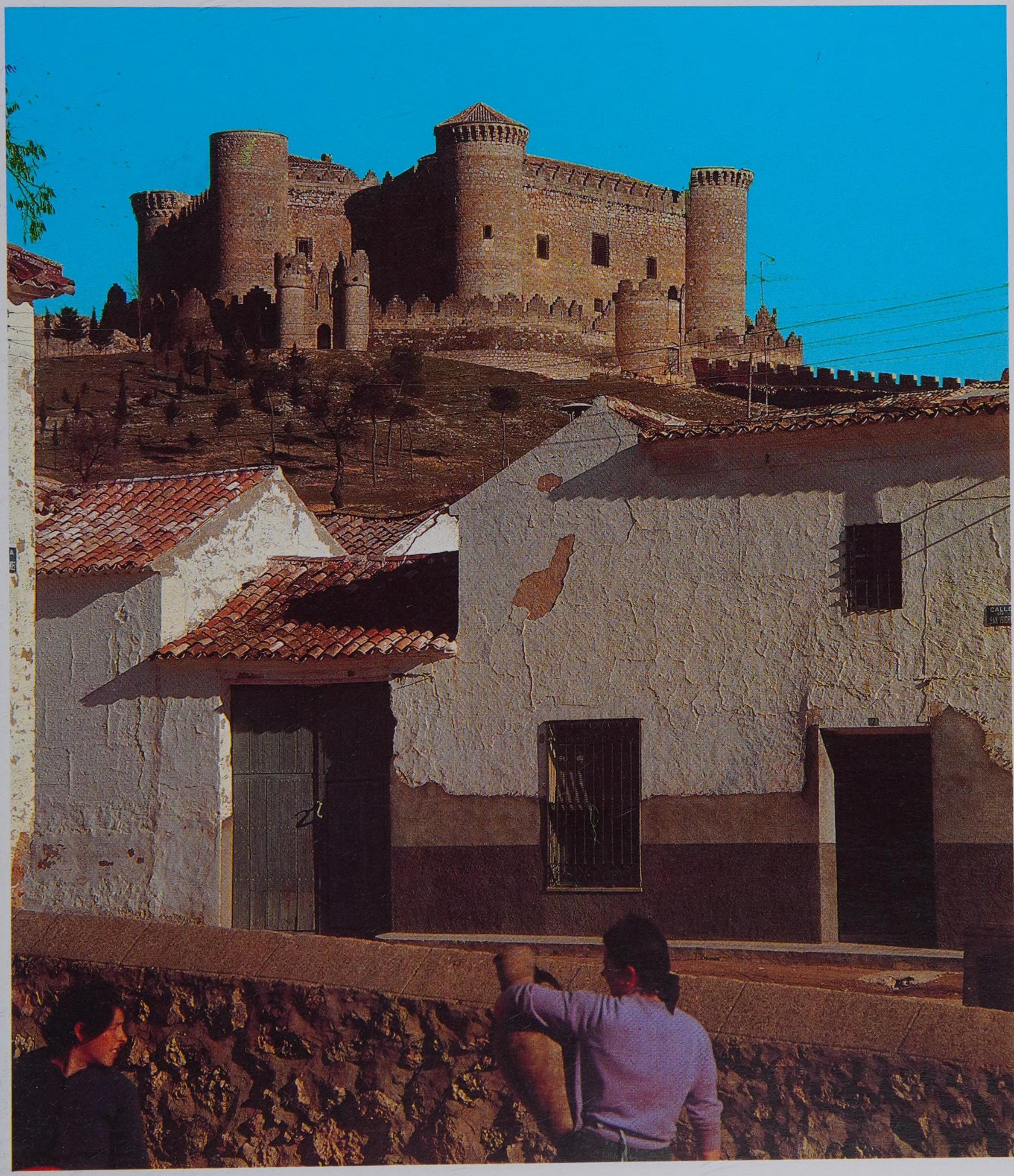
Al castillo de Consuegra le dan guardia
once molinos de viento, siete de un lado, cuatro del otro,
como el castillo parados,
como el castillo inmovilizados en el tiempo

BELMONTE o el ejemplo para otros

Este es un castillo literario. Porque tuvo entre sus muros a escritores de fama y porque en él anidan extrañas leyendas. Aquí vivió don Juan Manuel en el siglo XIV, por ejemplo. Y nunca mejor dicho por ejemplo, porque escribió un libro así, llamado: «De los enxiemplos» o ejemplos. Era lo que se llama un escritor moralista. En general el escritor moralista es un hombre que propugna en sus libros la moral que él no tiene en su vida privada, lo cual, si bien se mira, tampoco es para criticar demasiado. Peor sería que, además de vivir mal, aconsejara a la gente que hiciera lo mismo... Al fin y al cabo, hay mucha más gente que lee un libro que los que saben de las andanzas de su autor, de forma que el «enxiemplo» del primero cunde más que el del segundo. «Haz tú lo que bien digo y no lo que mal hago» advierte Sempronio a Calisto en el primer acto de la *Celestina*. Y así, don Juan Manuel habla en su primer cuento del fiel cortesano al que los envidiosos pusieron mal con el rey, pero que pudo probar su fidelidad.

Aviado estaba don Juan Manuel si el rey Alfonso XI le hubiera puesto igualmente a prueba. Don Juan Manuel, quizá porque, siendo nieto de Fernando III el Santo, no se sentía demasiado obligado a fidelidades con otros monarcas, jugó toda su vida a sacar lo más posible de ellos. Cuando uno se resistía a sus demandas, se sublevaba abiertamente contra él, y para ello le daba igual apoyarse en portugueses que en aragoneses o en granadinos, es decir en los musulmanes enemigos de su fe, para conseguir poder y prebendas. Tampoco le importó mucho dejar que sus caballeros asaltasen y robasen a viajeros que cruzaran sus extensas tierras, siempre que le diesen parte de ello. Ni que los benimerines tomasen Gibraltar cuando el rey Alfonso XI no quiso pagar su ayuda militar con privilegios tan exorbitantes como que su ducado en tierras de Murcia fuera exento de todo tributo real y con permiso incluso de acuñar moneda. El rey tenía que jugar con esas mismas ar-

A la izquierda, ventanal interior del castillo de Belmonte.
A la derecha, vista del castillo desde la plaza



mas o ir casando familiares con los reyes aragoneses, portugueses y pagando a musulmanes para poder acabar con él. Pero incluso cuando le venza en el campo de batalla tendrá que mantener en todas sus riquezas y posesiones al inquieto, difícil y ambicioso don Juan Manuel...

... Que en su libro aparece como sensato, tranquilo, lleno de sentido común. Como en el cuento del «mozo que casó con mujer brava» por lo que todos le daban por perdido y tanto la asustó en la primera noche que ella se humilló de forma que nadie la reconocía. (De ahí salió *La fierecilla domada* de Shakespeare.) O en el de doña Truhana que llevaba una olla de miel en la cabeza soñando con ganancias multiplicadas y que nosotros conocemos por la historia posterior de la lechera y su cántaro. O el de los mercaderes que hacían al monarca un paño que sólo podía ver aquel que no fuese hijo de su padre legítimo hasta que un negro, al que no se le daba nada de su fama —era negro y esclavo—, desveló el cuidado secreto de que el rey iba desnudo.

Eso escribía desde Belmonte quizá; y con estos escritos probablemente sencillos, ingenuos, suaves, se distraía don Juan Manuel de su vida real de ambiciones y codicia, de sus múltiples engaños políticos.

Y en el siglo siguiente, el XV,

Aquí, en el castillo de Belmonte, vivió
el infante don Juan Manuel, hombre tornadizo
que tan pronto defendía al rey cristiano
como se apoyaba en los infieles contra él...
según de donde vinieran riquezas y poder

otro asombroso propietario del castillo de Belmonte; el difícil, misterioso marqués de Villena, cuyas vueltas y revueltas hicieron bueno al tornadizo Juan Manuel. Por cada vez que éste mudó de postura política en busca del poder y la riqueza, Villena lo hizo diez. Sus saltos políticos casi marean. Protegido de Alvaro de Luna, se revuelve contra él cuando está a punto de caer su privacía con Juan II, y lo mismo hace a otro protector, Enrique IV, a quien quitará personalmente el cetro real en la humillante deposición. ¿Está pues a favor de la infanta Isabel? Sólo hasta que se entera de que ella va a casarse con Fernando de Aragón, cuando Villena y los otros nobles esperaban que lo hiciera con Alfonso V de Portugal, quien acep-

A la sombra del poderoso castillo de Belmonte, uno de los más hermosos que se han conservado en España, nació quien más tarde habría de llamarse fray Luis de León (izq.)

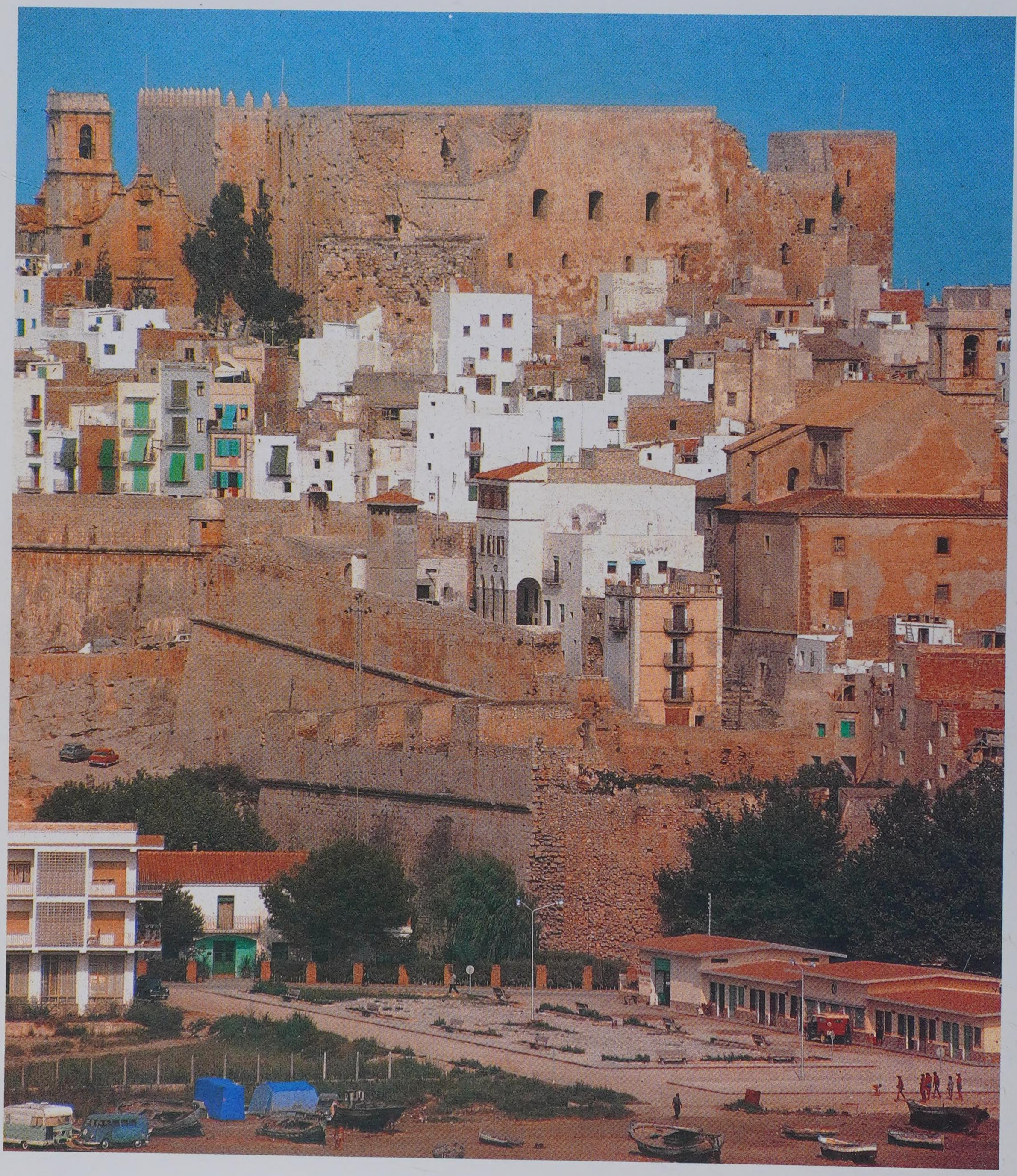
taba dejar Castilla en manos de los aristócratas.

En vista de que Isabel se porta así, Villena decide que se ha equivocado en su juicio anterior. Enrique IV ya no es el Impotente, como le llamaron antes. Juana es verdadera hija suya y legítima heredera del trono. Lo de «Beltraneja», por el supuesto padre Beltrán de la Cueva, no es más que una calumnia. ¡Viva doña Juana! Y cuando proclaman reyes a los que luego se llamarán «Católicos», ofrece a la princesa asilo en Belmonte. Cómo sería de difícil y de poco fiar el marqués —con fama además de alquimista y nigromántico— que un buen día Juana la Beltraneja decidió que mejor era que no la protegiese.

Quizá para quitarle a Belmonte ese regusto de codicias, politiquerías, ambiciones bastardas, quiso Dios que unos años más tarde naciera en el pueblo un varón seráfico que, en lugar de pensar en la tierra, pensara en el Cielo; en vez de guerrear, predicara; en lugar de confundir, enseñara; en vez de guardar rencor, olvidara; el de *Los nombres de Cristo*, el de «Qué descansada vida —la que huye del mundanal ruido—...»; en fin, el que se venga de los perseguidores que le habían tenido injustamente en la cárcel con un «decíamos ayer...» En 1528 nació, a la sombra del castillo, quien iba a llamarse fray Luis de León.

RESTAURANT

PEÑISCOLA o la testarudez de un papa



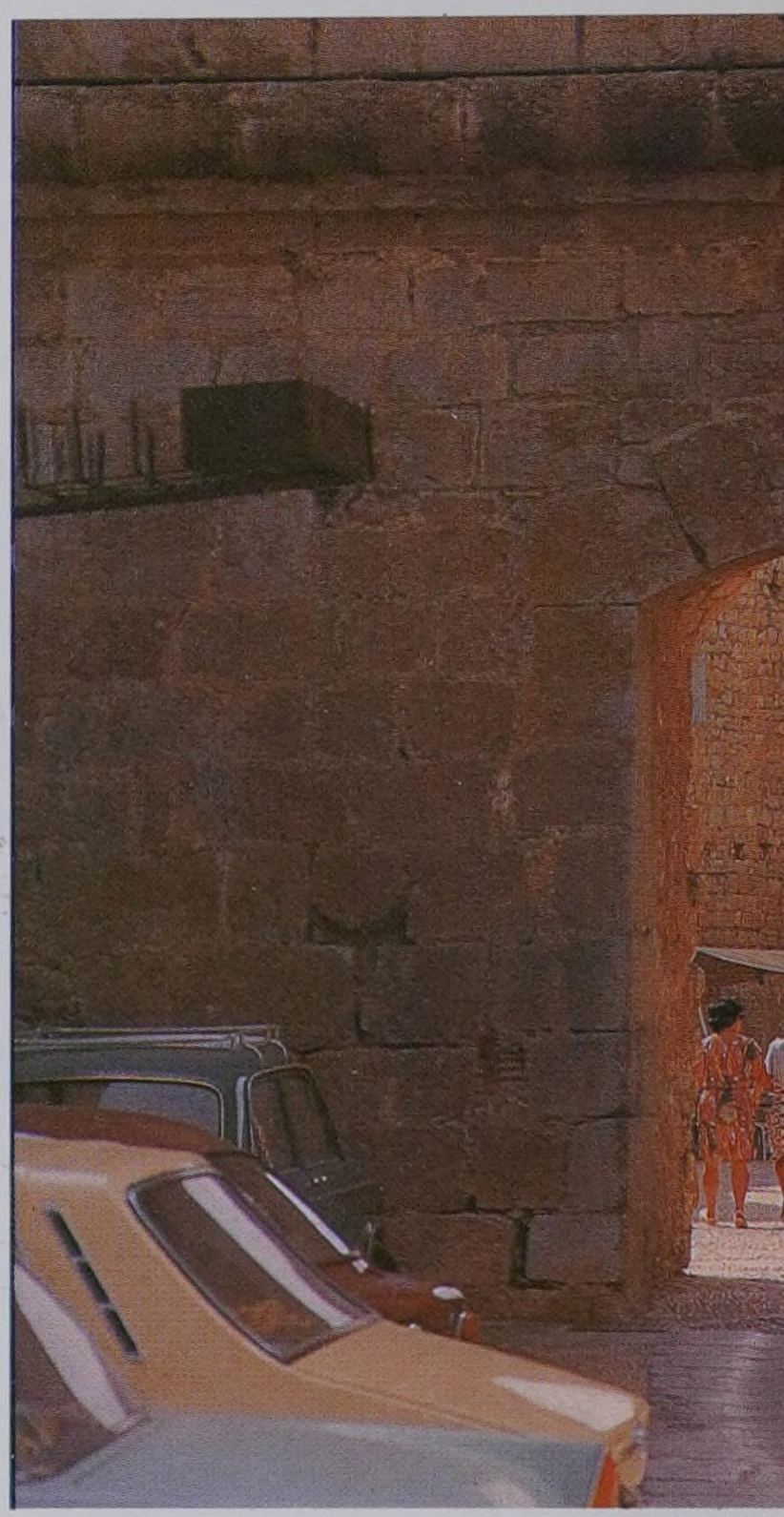
«Apoyada sobre la arena como un gigantesco león de piedra
que se hubiera puesto a beber agua salada
está la mole de Peñíscola. Dentro, tres plazas,
una basílica, inmensos corredores abovedados...»

Apoyada sobre la arena como un gigantesco león de piedra que se hubiera puesto a beber agua salada, está la mole de Peñíscola. Dentro, tres plazas, una basílica, inmensos corredores abovedados, mazmorras a las que bajaban probablemente una sola vez, sujetados por cuerdas, los condenados. Peñíscola, roca dura, inalterable al tiempo, desafiante al viento y a los años, como el hombre que en ella vivió y cuyo nombre ha pasado a la historia como símbolo de tenacidad cristiana para unos, de increíble testarudez para los más. Se dice en la parla popular «estar en sus trece» por quien se afianza a una posición por mucho que intenten convencerle o le convenga cambiarla. Esta frase viene del ordinal que quiso ponerse un hombre que se llamó, de verdad, Pedro de Luna, pero quiso ser para siempre Benedicto XIII.

¡Qué pugna entre dos voluntades! El cisma de Occidente había conseguido que de un papa se pasase a dos. Elegido Urbano VI, decide la mayoría que no le gusta y escoge a otro, Clemente VII. El primero no renuncia y el cónclave busca

una fórmula intermedia. Se elige a un tercero, el español Pedro de Luna. Ahora los que no renuncian son dos y, por tanto, quedan tres papas. Tres papas para las preferencias de los reinos cristianos de Europa. Un escándalo. Y un escándalo mayor porque cada uno de los países se inclinará a quien, siendo de su nacionalidad, o al menos amigo político, le pueda favorecer más desde el solio de san Pedro.

Los estados españoles, tras ciertas dudas al principio, se decidirán lógicamente por Benedicto XIII. Pero el escándalo continúa. No es casualidad que la primera herejía moderna, la de Juan Huss en Praga, sea contemporánea del Cisma. ¿Cómo no va a prestarse a la duda una religión católica con tres pontífices simultáneos?... El emperador Segismundo pide que renuncien Gregorio XII y Juan XXIII (cuyo nombre no constará por ello en la lista oficial, quedando para el gran papa del siglo XX) y dejando libre el campo para una nueva elección. Pero Benedicto XIII no está de acuerdo; que renuncien los otros papas espúreos es natural. Pero él no. En vano insiste Fernando de Antequera, recién proclamado rey de Aragón tras el compromiso de Caspe, para que Benedicto XIII vuelva a ser sólo el cardenal Pedro de Luna. Y ante la testarudez



Peñíscola fue, por un tiempo, la sede pontificia de Benedicto XIII, un hombre que «se mantuvo en sus trece». Pedro de Luna, el papa Luna (izq.) fue el único de los tres papas simultáneos que no renunciaría al trono de san Pedro

El «papa Luna» como le llamó Blasco Ibáñez, empieza entonces su dramática existencia de exiliado. Debía ser algo entre sublime y grotesco su vida, autoproclamado pontífice, con cardenales, servicios eclesiásticos y militares. Todavía hoy se ve la habitación en que pernoctaba, a la que se entra por una puerta estrecha coronada por las armas del papa en piedra; alusivas a él son un menguante lunar con las puntas hacia abajo, las llaves de san Pedro y, encima, la tiara pontificia. Desde allí, y reunido con sus cardenales en el salón gran-de abovedado con ventanales góticos, lanzaba breves sobre la situación político-religiosa de Europa y excomulgaba a quienes le negaban la obediencia... todos los jefes de estado del tiempo.

Murió tan seguro de su razón como había vivido.

Y la historia trató su cuerpo muerto con el mismo desprecio que había tratado el vivo. Los invasores franceses, abierta la tumba por ver si encontraban tesoros, acabaron jugando primero y tirando luego al mar los despojos del gran perdedor.

del aragonés le quita «la obediencia». Respuesta de Benedicto XIII: sentencia privándolo del reino —porque éste estaba en función de Dios que los daba por intermedio de sus ministros— y excomulgándole «cada día en su palacio».

Los súbditos no hicieron mucho caso al anciano ya refugiado en Peñíscola, pero quizá alguien, desde lo alto, lo tomó más en serio, porque días después moría Fernando en Igualada cuando iba a Castilla.

Decisión celeste que, según Benedicto XIII, le daba la razón. Al parecer, esa opinión del castigo de Dios no fue confirmada por los monarcas de pueblos distintos, que prefirieron aceptar la decisión del concilio de Constanza con el nombramiento de Martín V como nuevo y único pontífice.

MORELLA o el enfurecido español

Estuvieron en el castillo los celtíberos, los romanos, los árabes, la tomó el Cid, la perdió, la volvió a tomar Alfonso, la adquirió definitivamente para la cristiandad Jaime el Conquistador. Cuando las Germanías valencianas, se mantuvo fiel a Carlos V; y cuando la guerra de Sucesión, obedeció a Felipe V, mirando más a la Castilla lejana que a las cercanas Cataluña y Valencia, que se habían declarado por el archiduque.

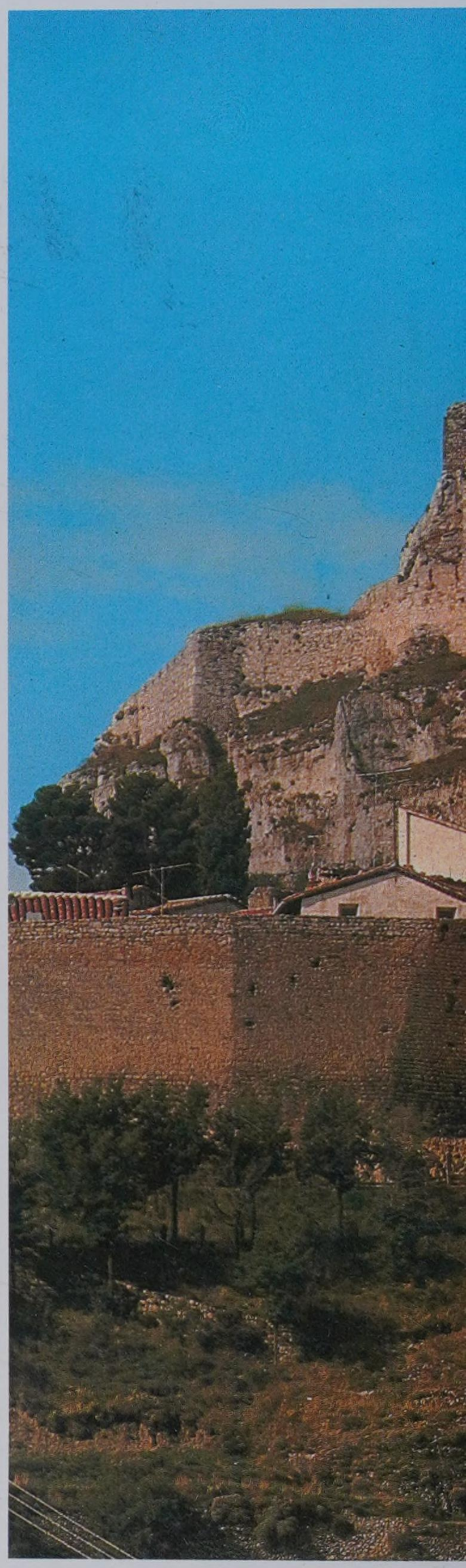
Pero en Morella el español de hoy siente una historia mucho más reciente y mucho más dolorosa. Guerra civil había sido la de la Sucesión, pero la más brutal de todas fueron las luchas carlistas en el XIX. Morella, para los españoles, equivale a un nombre: el de Cabrera, que aquí tuvo su cuartel general y aquí decidió sus tremendas represalias movido por el fusilamiento de su madre, esas hazañas que le dieron el nombre de *Tigre del Maestrazgo*.

No lo olvidemos: la historia la escriben siempre los vencedores. Las guerras carlistas vieron horror por ambos lados, pero los historiadores más respetados fueron en general liberales como Pirala, que escribe «los episodios que hicieron famosa la fortaleza de Morella durante las guerras carlistas, con las traiciones de éstos y el heroísmo de los constitucionales».

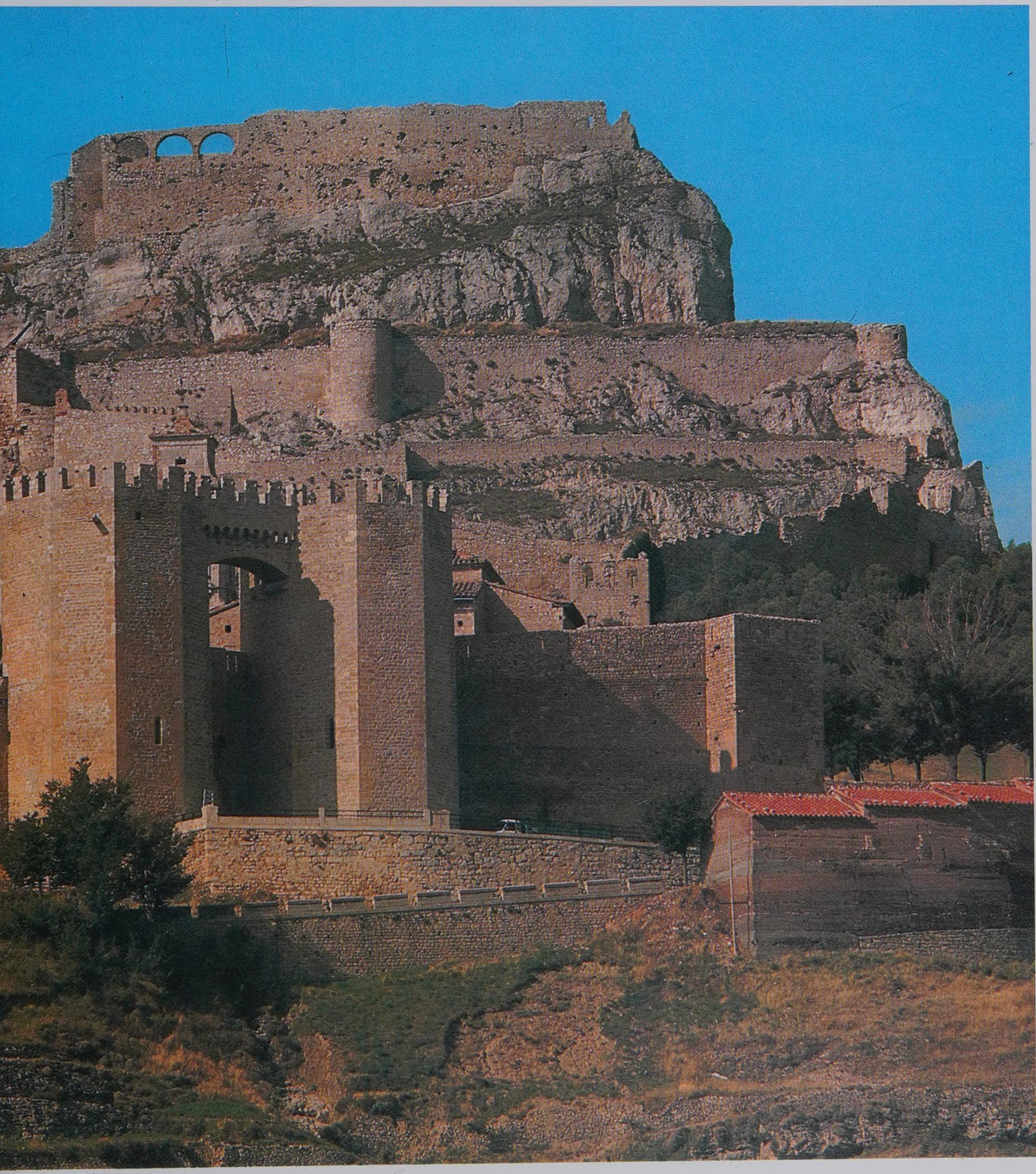
Heroísmo y criminalidad los hubo en las dos partes. La ferocidad de que se acusa a Cabrera se debe a un oficio enviado por Nogueras, el gobernador de Tortosa, advirtiéndole que, puesto que Cabrera había ejecutado a los alcaldes de dos pueblos por constitucionales, mandaba fusilar a la madre del «rebelde Cabrera, dando publicidad a este hecho, así como a sus hermanos y hermanas».

El gobernador, preocupado ante la orden, se cubre con una comunicación a Espoz y Mina, antiguo héroe de la Independencia y capitán general de Cataluña:

«Inmediatamente que recibí el oficio de V.S. lo trasladé al Excmo. Sr. Capitán General de este ejército y del Principado porque no me creí facultado para hacer expiar a la madre del rebelde Cabrera las atrocidades cometidas por su hijo; pero ahora que son las seis de la tarde recibo el correo de Cataluña con un oficio... en el que se sirve decirme que se cumplan los deseos de V.S. En su virtud, mañana a las diez de ella será fusilada la madre de Cabrera y presas las tres hermanas esta noche no obstante estar casadas con dos guardas nacionales vecinos de ésta, asegurando a V.S. que capturaré a los demás parientes más inmediatos de los demás cabecillas y titulados oficiales a fin de contener a los bárbaros po-



Para entrar en Morella hay que atravesar sus murallas por una de sus cuatro puertas. El pueblo está situado en lo alto de un cerro y, más arriba todavía, se alza el castillo, que domina la población



José Mendoz dibujó. *Manuel Molina grabó.*

niendo coto a sus represalias...»

Camino realmente «acertado» el de esos oficiales. La reacción del general carlista al oír las nuevas asustó incluso a sus inmediatos seguidores; las órdenes que dio fueron feroces. Larra, el liberal Larra, que seguía de cerca los acontecimientos, no pudo por menos que ironizar tristemente ante el primer crimen y sus consecuencias en el artículo *Dios nos asista:*

«También te habrán contado... otra pequeña arbitrariedad ejecutada oficialmente en una vieja por virtud de un "cúmplase" de un héroe. ¡Dios nos libre de caer en manos de héroes!... Bueno es remontarse a las causas de las cosas... Es así que la primera causa de que existan facciosos fueron las madres que los parieron, *ergo*, quitando de en medio las madres, lo que queda... Es lástima que no haya vivido el abuelo porque mientras más arriba, más seguro el golpe. Pero hemos tenido que contentarnos con la madre. Está probado que así como Sansón tenía fuerza en el pelo, los facciosos tienen el veneno en la madre que viene a ser la hiel de ellos; en quitándosela se vuelven como malvas: así lo ha probado la experiencia porque de resultas, el otro no ha fusilado más que a treinta. ¿Quién sabe los que hubiera fusilado si hubiera tenido madre todavía?... En cuanto a las hermanas, como estaban casadas con guardias nacionales, les tocaba fusilar la mitad a los de allá y la otra mitad a los de acá; pero nosotros, más desprendidos, no quisimos perdonar a los que nos tocaba y los fusilamos a todos. Bienaventurados en tiempos de héroes los incluseros, porque ellos no tienen padre ni madre que les fusilen.»

El pueblo está en lo alto de un cerro, el castillo todavía más arriba con fuente de agua en el centro y una cueva que puede contener hasta dos mil hombres. Pero hay otra cueva en la ladera de la montaña —muralla que responde más a la fama del castillo—. Es el calabozo de «El Cacho», donde murieron en vida tantos hombres antes de serlo definitivamente, ante un pelotón cuando —como iba a ocurrir un siglo más tarde y en mayores proporciones— media España se empeñaba en fusilar a la otra media.

A la izquierda, el general carlista Ramón Cabrera,
que tuvo su cuartel general en Morella,
y una muestra de la brutalidad de las luchas carlistas
(grabado que se conserva en la Biblioteca Nacional, Madrid).
A la derecha, perspectiva del pueblo desde el castillo

SAGUNTO, escena y escenario

De la poca madurez política de los primitivos habitantes de España da idea la inhabilidad con que escogían sus enemigos. Una ciudad pasó a la historia por defenderse contra los cartagineses y se llama Sagunto. Otra, Numancia, por defenderse de los romanos.

Sagunto fue la primera, cronológicamente hablando, en esa lucha, en la que la lógica no tiene valor ninguno contra la pasión de la libertad aquí no nacional, sino local. El saguntino no se sentía español; ni siquiera, claro está, se sentía valenciano. Se sentía ciudadano libre al que no había quien dictaminara los que tenían que ser sus amigos. Antigua colonia griega, se encuentra a gusto con los nuevos sucesores de aquéllos, es decir, los romanos. Son buena gente, seria y segura en los negocios.

Y de pronto aparecen ante sus puertas unos soldados con tez oscura de semitas. Son los hombres de la nueva potencia norteafricana, los descendientes de los fenicios, que han heredado el espíritu comercial de sus abuelos de Sidón y Tiro, pero creen, al contrario de ellos, que ese comercio hay que apoyarlo con las armas. (La sangre africana había endurecido la sinuosa y fluida del mercader asiático.) Y un imperio mercantil y militar en el Mediterráneo occidental tiene forzosamente que chocar con alguien que sueña exactamente el mismo programa de expansión: Roma.

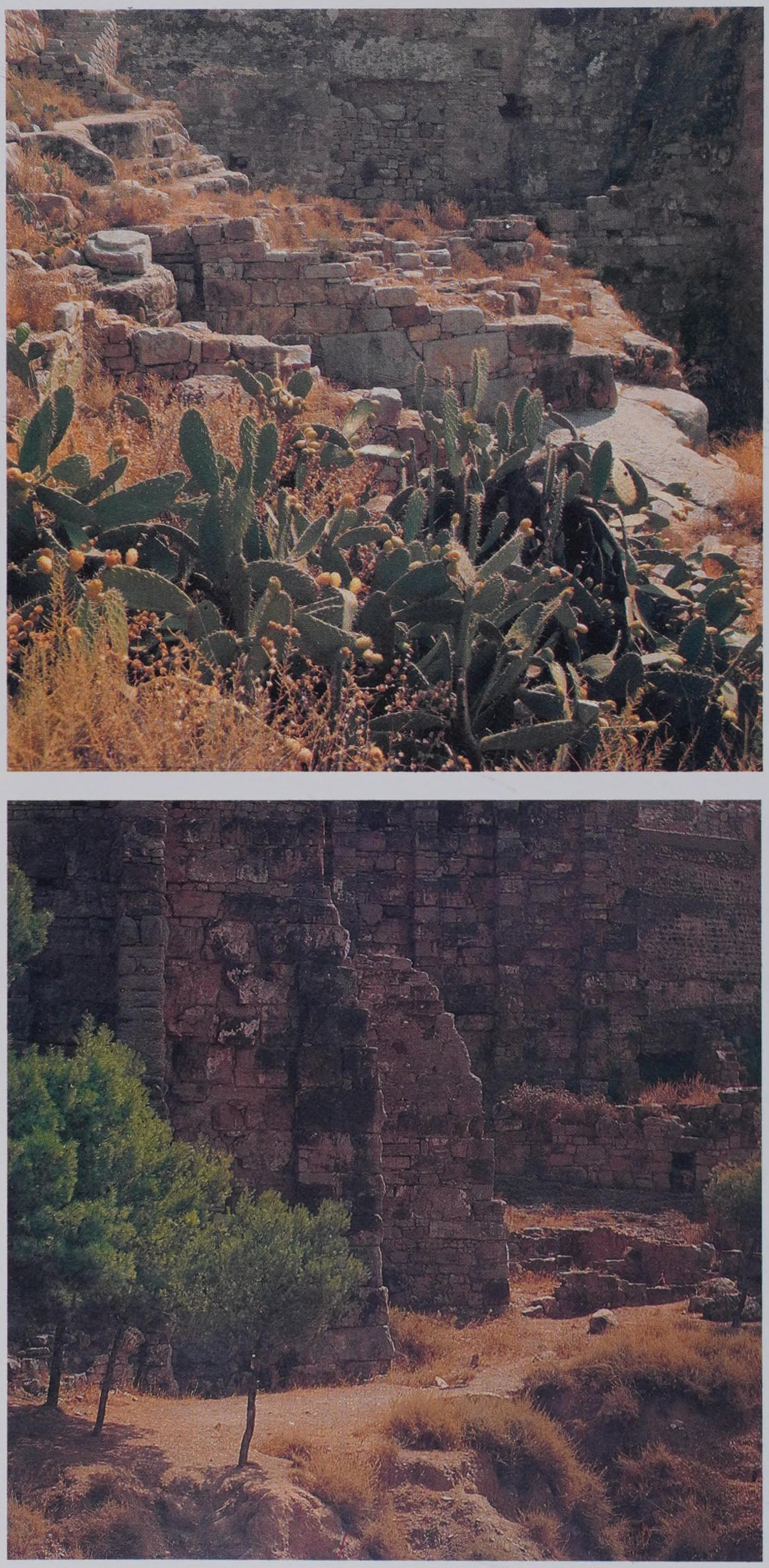
Los cartagineses atacarán Roma yendo por tierra, y de paso situarán los hitos del poder que esperan alcanzar. Van subiendo hacia el norte generación tras generación. Amílcar Barka funda Cartago Nova (la Cartagena de hoy) y levanta el

Sagunto fue un hito de poder a alcanzar por los cartagineses en su lento paso por el litoral levantino hacia Roma. Aníbal necesitaría ocho meses de asedio para conseguir doblegar a sus habitantes

A la izquierda, imagen renacentista de lo que podía haber sido una batalla con elefantes. (Juegos con elefantes. Florencia, Uffici). A la derecha, el teatro romano de Sagunto, con capacidad para seis mil espectadores, que todavía hoy se utiliza

castillo de Alicante. Cuando muere, su hijo Aníbal, más impetuoso, más ambicioso, quiere prolongar mucho más lejos la conquista. Hasta la misma Roma si hace falta. Sus tropas, que llevan —asombro de asombros— elefantes que hacen el papel de los tanques de hoy, avanzan lentamente por el camino natural de Africa a Europa, es decir, por la costa levantina. Y, de pronto, un obstáculo que no puede quedar atrás: Sagunto, encaramada a un cerro dominando el mar. Es imposible dejar a un lado esa mole encima del camino costero. Y, además, los españoles deben aprender a saber que ya hay otro jefe en esta parte del mundo. Aníbal exige a Sagunto que cambie la alianza romana por la africana. ¿Qué va a decir ante tan poderoso ejército? Y Sagunto dice lo inesperado. Que no.

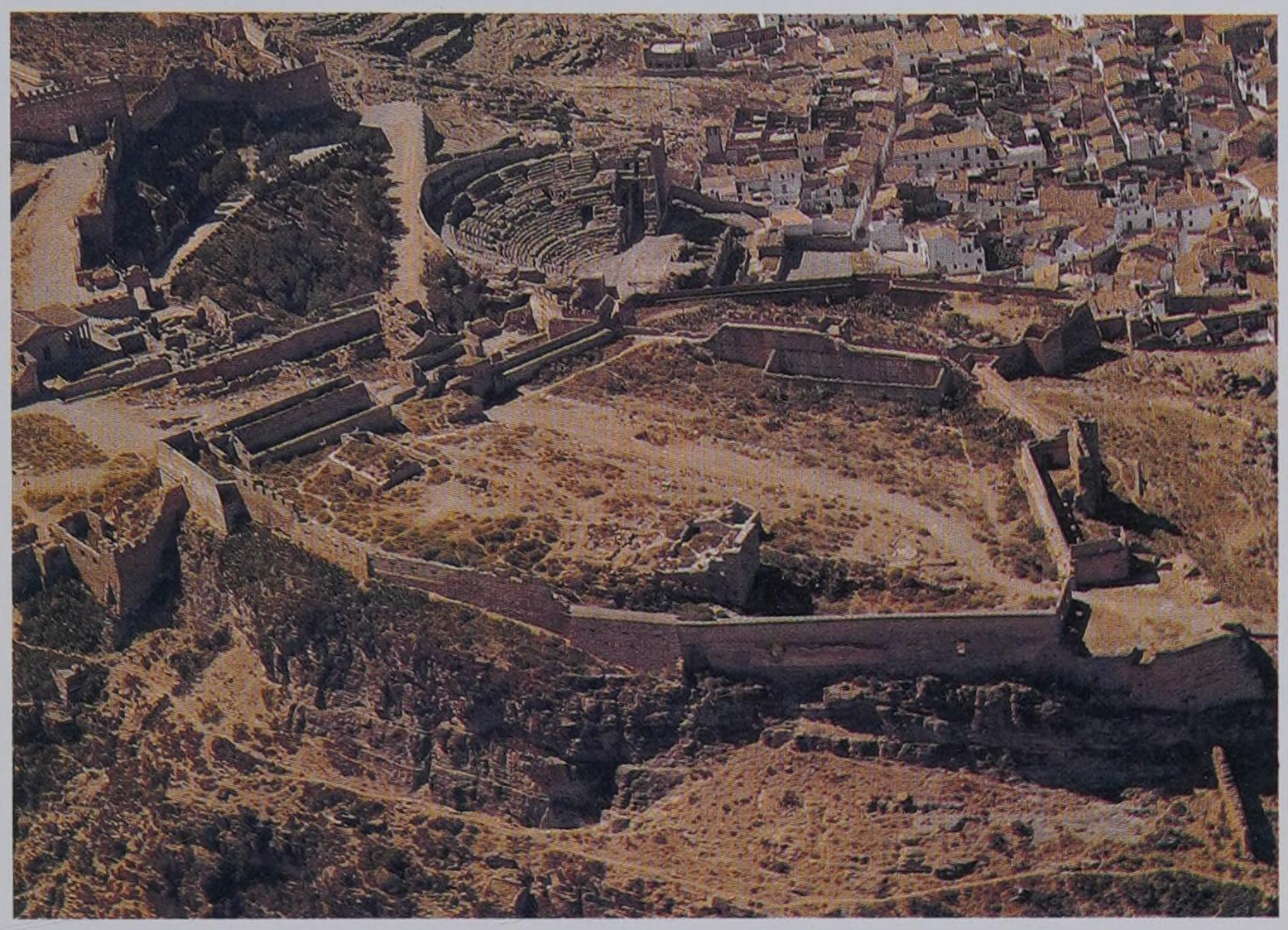
El castillo está en una altura, sus muros son fuertes. Pero aquí termina su ventaja contra unas tropas mucho más aguerridas, duras y acostumbradas a la lucha. Pero Aníbal, el futuro gran vencedor de Tesino, Trebia, Trasimeno y Canas contra los adelantados romanos, tendrá que esperar largo tiempo, meses, para conseguir ocupar esa mínima parte de España. El castillo queda asediado, no pueden salir sus moradores ni entrar víveres, los asaltos se multiplican con catapultas. Setecientos cincuenta metros tiene de largo el castillo en la cima; por cada uno de los lados intentan la escalada los cartagineses, por cada uno de los lados les precipitan de nuevo al vacío empujando las escalas con palos, mientras los honderos baleares —unos españoles luchando contra otros españoles por seguir a jefes



distintos, algo que sucederá a menudo en la historia futura— lanzan con habilidad gruesas piedras a las cabezas que se asoman a los muros.
Han pasado ocho meses. En Sagunto no hay víveres, ni apenas hombres para seguir combatiendo. Aníbal les hace una propuesta de paz. Que salgan a construir una nueva ciudad en otro sitio, dejándole sus armas, sus riquezas y, lo que es más importante para él, esa magnífica posición estratégica en la costa. Era una oferta generosa dadas las circunstancias, la mejor que podían haber escuchado unos defensores hambrientos y agotados por la larga lucha. En cambio... Tito Livio nos contará lo que decidieron los supervivientes:
«Cuando la multitud se había aglomerado mezclando el Senado con el pueblo, los principales ciudadanos, trayendo al foro la plata y oro tanto del tesoro público como del particular, lo arrojaron a una hoguera rápidamente encendida y la mayor parte de ellos se precipitaron en las llamas.»
Impresionante. Cuando los romanos reconquistaron la ciudad, parece que pensaban en esa situación dramática cuando le ofrecieron un bellísimo teatro con treinta gradas en las que se podía acoger a seis mil personas, todavía utilizable y utilizado.
Tiene la escena, como es costumbre en los teatros roma-

Las ruinas de Sagunto, al igual que las de Numancia, representan la inquebrantable voluntad de unos hombres de conservar su condición de ciudadanos libres

nos, en la parte baja dominada por las gradas, cuyos ocupantes pueden alternar la vista del espectáculo que dan los hombres y el que ofrecen enfrente el mar y la llanura.
Pero, en realidad, los que acudían ayer, los que acuden hoy, siéntense donde quieran, están de espaldas de la verdadera escena que queda unos metros más arriba:
El castillo, donde el año 219 a. de J. C. se presentó la inmensa tragedia que ni pudo soñar Shakespeare. La tragedia de toda una ciudad que muere por cumplir una palabra dada.



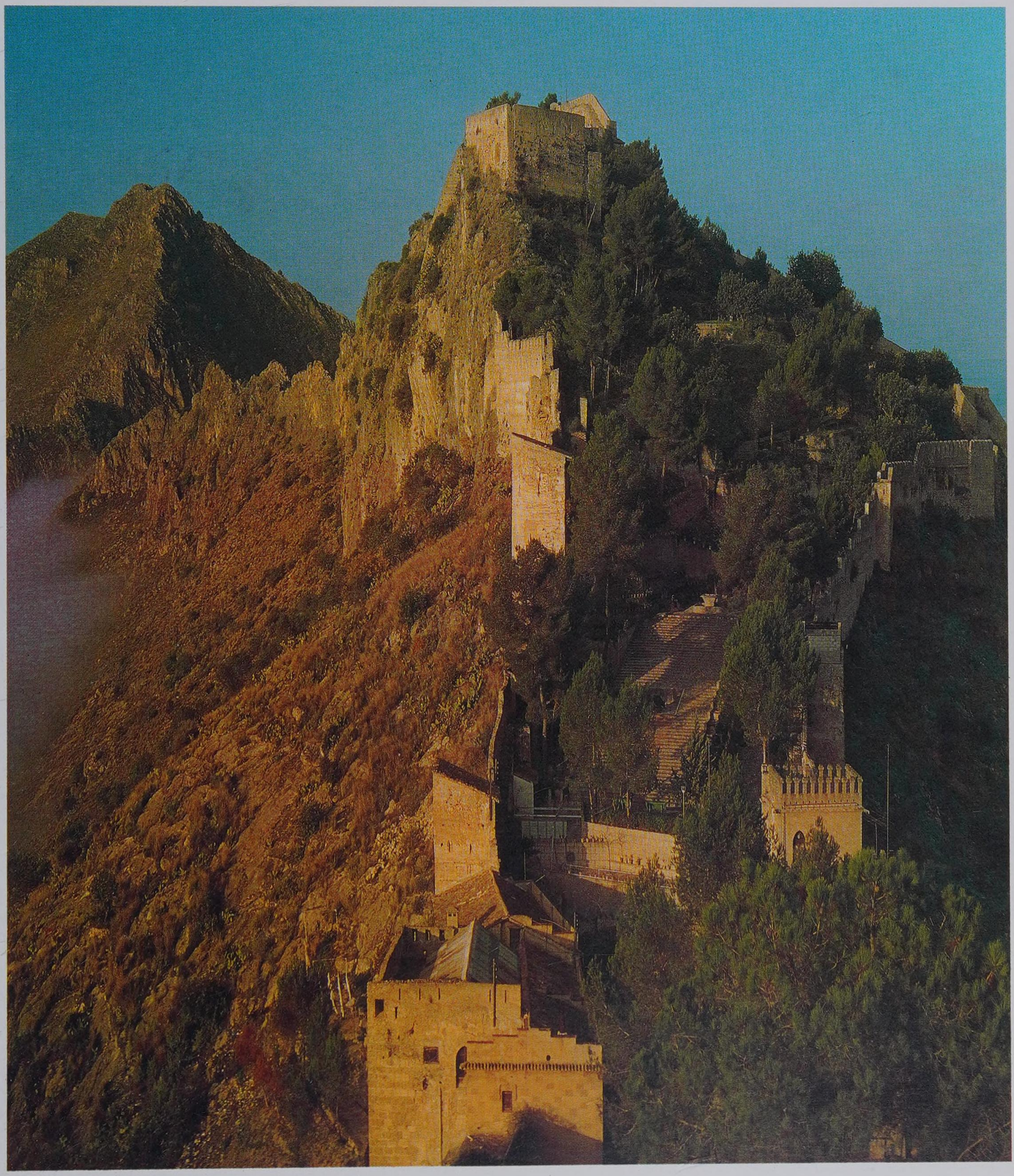
JATIVA y el duque enamorado

—Lorenzo:
Cerca tenemos al rey en Bar-
[celona.
—Sorolla:
¿Osarás hablarle?
—Lorenzo:
Tendré valor
para decirle: ¡Señor!,
¡tu pueblo no puede más!
No quebranta tu obediencia
aunque justicia reclame
ni al romper su yugo infame
te desconoce Valencia.

... Lo que niego
no es la razón con que gozan
los bienes de sus abuelos,
ni me importan sus blasones
ni de su orgullo me ofendo:
lo que me ofende es que
[toquen
a mis naturales fueros.

La obra es de Antonio García Gutiérrez y lleva como título el nombre de su protagonista, «Juan Lorenzo». Es un drama del siglo XIX, pero glosa, canta y elogia el movimiento en que los románticos veían un primer intento de libertad contra el despotismo, el movimiento de las Germanías, que en Valencia había hecho parangón al de las Comunidades de Castilla —aunque con más intención social—, pidiendo que se mantuviera la antigua forma de regirse de los artesanos españoles.
«Agermanados», es decir, hermanados, los gremios se lanzan contra los nobles y en pocas semanas se apoderan de todos los resortes del poder. Las ciudades vecinas se asocian a la rebelión con la excepción de Játiva, cuya poderosa fortaleza la hace peligroso enemigo y aun peligroso neutral. Las milicias agermanadas van contra el castillo en el que se había refugiado el virrey de Valencia, lo asedian, lo asaltan, matan cruelmente al noble Crespi de Valldaura y liberan al duque de Calabria preso en una mazmorra, una mazmorra que es, al mismo tiempo, profunda y alta. Su única boca está en lo alto, rodeada por almenas y precipicios. Quien consiguiera salir del agujero se encontraría al aire libre, pero con la misma imposibilidad de escapar. Los muros sórdidos substituidos por abismos gigantescos, igualmente imposibles de franquear.
Allí había vivido el duque diez años —sus mejores años— desde los veinticuatro a los treinta y cuatro. Su culpa había sido ser hijo de don Fadrique, rey de Nápoles; por ello, albergó la idea de serlo a su vez con la ayuda de Luis XII de Francia. Como el vencedor en el sur de Italia había sido Fernando el Católico por la mano del Gran Capitán, el duque de Calabria, también llamado Fernando de Aragón, tuvo que pagar con la larga cárcel su castigo.
En la inquina del Rey Católico, fuertemente asentado en Nápoles, no cabía ya rencor político, pero dicen que sí había recelos personales a causa de Germana de Foix, la segunda esposa de Fernando, con quien al parecer había intimado demasiado el duque. Muere el Rey Católico y curiosamente Carlos V respeta la memoria de esa ofensa y mantiene en la cárcel al de Calabria. Hasta que de pronto, un día, éste ve romperse la puerta de la mazmorra. Son los agermanados de Valencia, para quienes el de Calabria es políticamente perfecto —enemigo de Carlos su carcelero, alto sucesor de Alfonso V el Magnánimo—. ¿Quién mejor para encabezar la sublevación y quién sabe si el nuevo reino independiente de Valencia?
Fernando de Aragón, duque de Calabria, pudo haber tenido sueños de grandeza un tiempo, pero diez años de cárcel en la flor de la juventud calman a cualquiera. Se niega a aceptar esa corona envenenada que le ofrecían —¿qué posibilidades tiene de éxito contra el gran emperador?— pero aprovecha la deferencia con que le tratan los rebeldes para pedirles desempeñar otro papel, un papel importantísimo cuando las fuerzas enfrentadas comprenden la necesidad de un arreglo. El duque de Calabria actúa de intermediario con las tropas imperiales, consiguiendo así la pacificación.
El emperador le liberó y le recompensó: así es el feliz re-

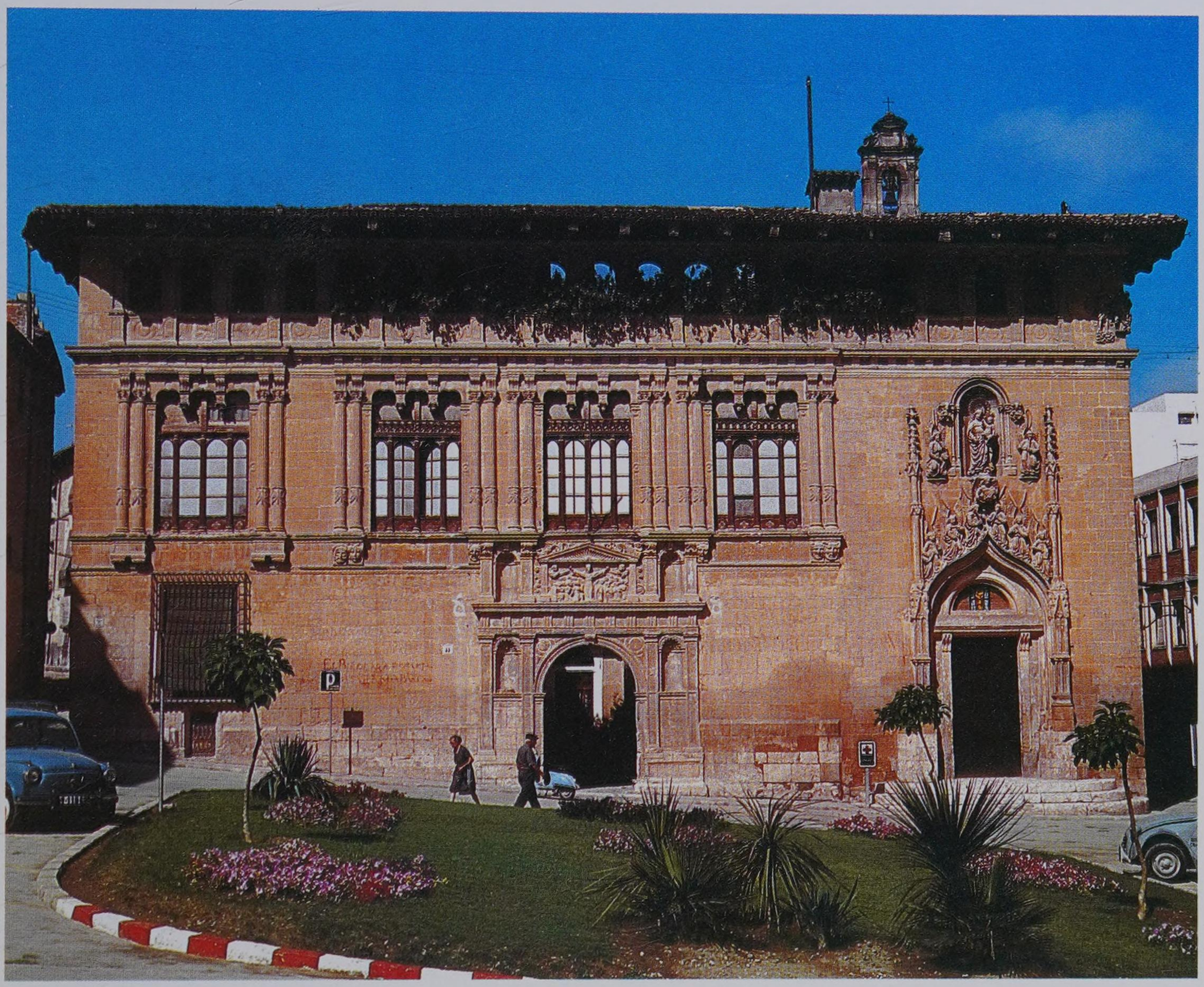
Rodeada de abismos infranqueables, la fortaleza de Játiva
se resistió a asociarse al movimiento de las Germanías,
semejante al de las Comunidades de Castilla.
Tras duro asedio, sería tomada por las milicias agermanadas



mate de una historia en que no ha faltado nada de lo que atrae al público. Un príncipe ambicioso, desdichado en la política, un amor frustrado, una cárcel, un momento de heroísmo y cumplimiento del deber con la recompensa: el título de virrey y el matrimonio con su amada Germana de Foix, viuda de su segundo marido, el marqués de Brandeburgo.
La escena con la apoteosis final es la llegada del nuevo matrimonio a Játiva con visita detenida al castillo que fue la prisión. «Esta es la ventana desde donde te soñaba.»

Este bello final fue el único en la historia de otros ilustres prisioneros de Játiva, como Jaime de Urgel, el pretendiente derrotado por Fernando de Antequera tras el compromiso de Caspe; como el conde de Pallars, que combatió en nombre de los fueros catalanes a Juan II y al Rey Católico su hijo y heredero, y Pedro Quixal, abad de Poblet, víctima de las intrigas de unos monjes a quienes pretendía reformar, y Diego de Borja, que había salido mucho más irascible y matón que su hermano san Francisco, el de «nunca más

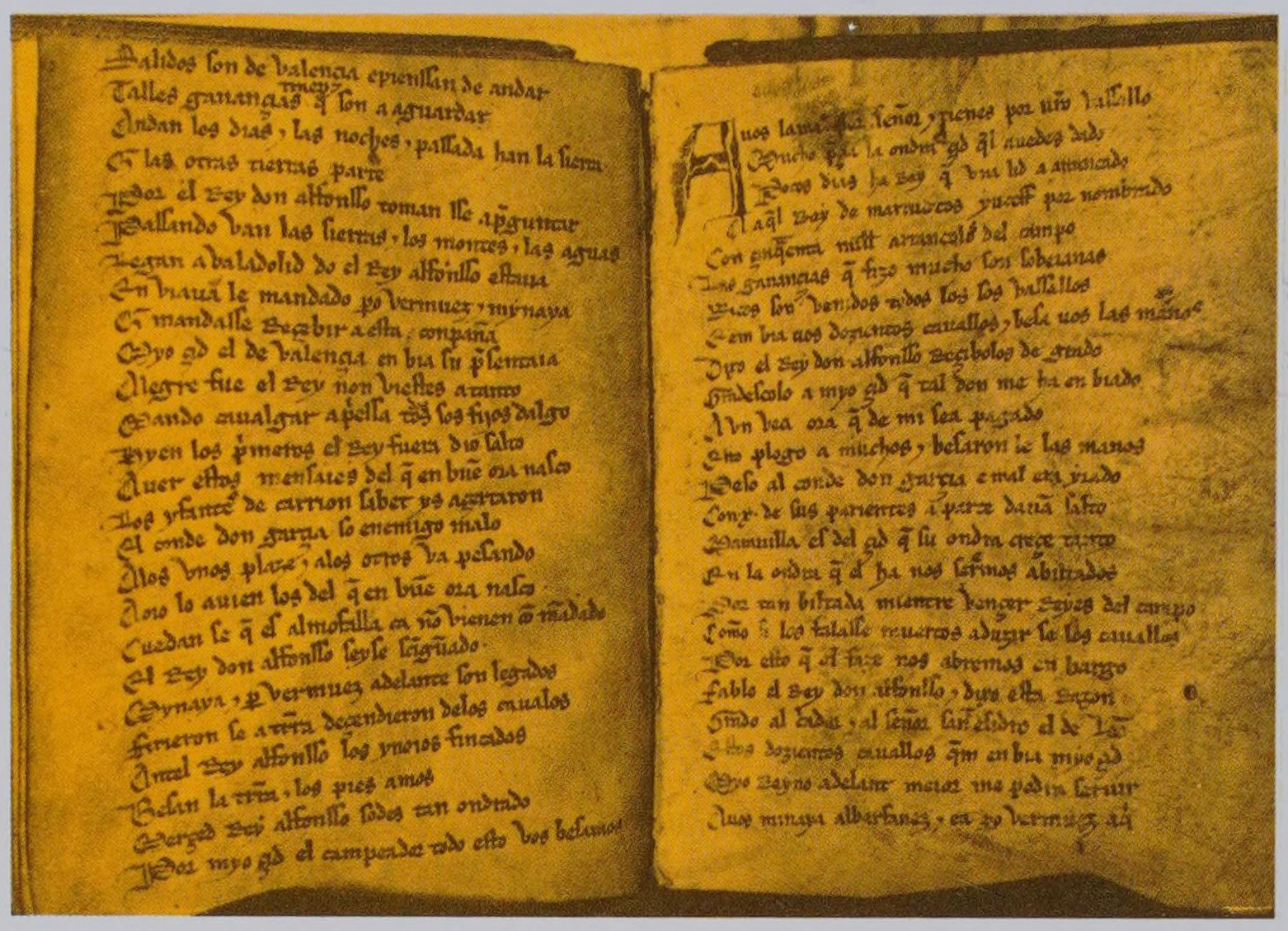
En el castillo de Játiva, Fernando el Católico mantuvo encerrado al duque de Calabria, también llamado Fernando de Aragón, por ser el sucesor al reino de Nápoles —dicen también que por haber intimado demasiado con Germana de Foix (izq.), segunda esposa de aquél



servir a señores que pueden perecer», y a quien le adelantó el día de su muerte el verdugo. La vida de la fortaleza fue tan agitada como la de sus internos. Tras las ocupaciones cartaginesas, romanas, árabes, tras el episodio de la Germanía, hubo la encarnizada lucha por quién tenía que gobernar España, si el archiduque Carlos de Austria o Felipe de Anjou. Valencia, y con ella Játiva en cabeza, se puso al lado del primero y el general francés D'Asfelt la bombardeó fuertemente con la artillería del tiempo y aun intentó incendiarla por orden del resentido Felipe V. Después, un terremoto, el mismo que hirió de muerte a Guadalest, derriba la torre del homenaje y otros franceses que oficialmente también venían como aliados de un rey destruyeron en su retirada trozos de muralla en 1812.

Como un viejo gigante al que de la pasada grandeza sólo le queda el tamaño, el castillo de Játiva, sigue en pie, lleno de heridas mirando el mar... como un jaque triste, un jaque al que sólo queda el gesto desafiante, persiste en proteger a la ciudad que le da el nombre.

VALENCIA del Cid



Así quiso llamarse después de la guerra civil, aunque la iniciativa no llegase a prosperar oficialmente. Da igual. En cualquier momento, cuando unos restos de murallas aparecen, el viajero tiene que recordar siempre un nombre, el de Rodrigo Díaz de Vivar llamado, a la morisca manera, Cid, de «sidi», señor.

Las murallas entonces eran grandes, completaban bien la villa. El Cid sitió la ciudad talando la feraz huerta, impidiendo que desde el exterior entrase comida a los de dentro:

A los de Valencia escarmen-
[tados les han
no osan salir fuera ni con se
[juntar
talábales las huertas hacíanles
[gran mal

en cada uno de estos años
[mio Cid les quitó el pan.

Así explica el cronista de los agresores —el autor del *Poema*— el ataque y, a su vez, un cronista de los sitiados cuenta su angustia. Se trata de Bel Alkama, un contemporáneo, y su descripción no puede ser más directa y gráfica.

Cuando los valencianos se enteran de que los almorávides no vendrán en auxilio de la ciudad «entonces se tuvieron por muertos y andaban así como beodos de forma que no entendía el uno al otro y se les ennegreció el rostro como si estuviesen cubiertos de pez y perdieron todos la memoria así como el que cae en las ondas del mar. Entonces se llegaron los cristianos a los muros de la villa dando gran-

A la izquierda, páginas del «Cantar de Mio Cid», manuscrito conservado en la Biblioteca Nacional, en Madrid. A la derecha, las torres de Serrano, en Valencia

des voces y denostábanles diciendo: Falsos traidores renegados, dad la villa al Cid Ruy Díaz que no podéis escapar con ella. Y los moros estaban callados del gran pesar y de la gran cuita que tenían».

El cronista sigue describiendo los apuros de los sitiados. Anota cómo en pocos meses una arroba de miel pasa de maravedí y medio a siete maravedíes, la libra de carnero de siete a ocho dineros de plata y la de vaca de cuatro a seis... y cómo en esa situación desesperada un moro «sabio y muy entendido» dirá a gritos la suerte que espera a la ciudad al estilo del que vaticinara la pérdida de Granada en *Ay de mi Alhama*.

«Valencia, Valencia, vinieron sobre ti muchos quebrantos y estás en hora de morir.» El agorero cita los muros que debieron ser su mayor protección y que van desmoronándose ante el enemigo: «Las primeras cuatro piedras caudales sobre que tú fuiste afirmada quiérense juntar para hacer gran duelo sobre ti y no pueden. El tu muy noble muro que sobre estas cuatro piedras fue levantado ya se estremece todo y quiere caer ya que ha perdido la fuerza que tenía. Las tus muy altas torres y muy hermosas que de lejos aparecían y confortaban los corazones de tu pueblo, poco a poco se van cayendo. Las tus muy blancas almenas que de lejos bien relumbraban, perdidas han su beldad con que bien parecían al rayo del sol.»

Moral de derrota; justamente la contraria reina en las huestes del Cid. Al «sabor de la ganancia» próxima acuden guerreros de todas partes, de Aragón, de Navarra, de Castilla, a engrosar sus filas. El desterrado que empezó su carrera militar solo con pocos amigos está ya al frente de un ejército que ha conseguido con sus éxitos militares y políticos. Sobre todo político es el sistema que emplea con los moros recluidos en Valencia. Aquí no hay nada de lo que ha pasado a ser característica de la historia tradicional: el Cid galopando al frente de los suyos y tomando las fortalezas enemigas al asalto. El Cid sólo lucha cuando no

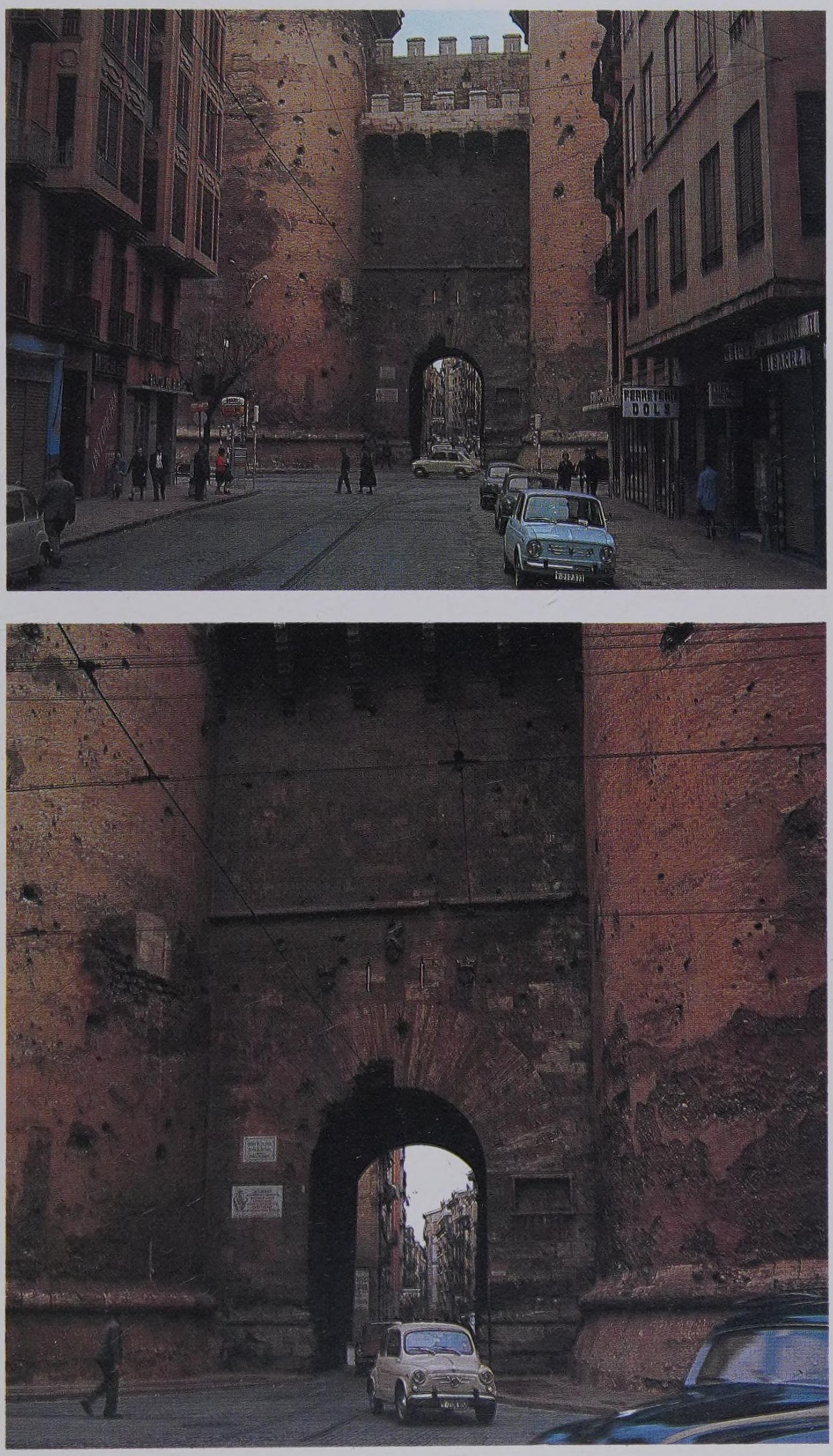
La ciudad de Valencia fue arrebatada a los moros, después de un prolongado sitio, por Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid (izq.: monumento en su memoria, en Burgos). A la derecha, las torres de Quart

tiene más remedio. Prefiere tratar a guerrear. Y en el caso de Valencia, ¿para qué va a poner las escalas y perder a tantos hombres que necesita? Valencia está cercada; a sus gentes... «Védales salir y védales entrar.»
...así, sin poder emigrar las bocas sobrantes ni acudir campesinos con víveres, la suerte de la ciudad está echada. Los sitiados y don Rodrigo llegan a un arreglo muy típico de la época. Se les concede un plazo para que acudan refuerzos a liberar la ciudad; en caso de que esto no ocurra, la villa se rendirá; mientras tanto no habrá agresión por ninguna de las partes. Valencia implora socorro al rey de Marruecos; es inútil, éste no puede acudir. El plazo era simbólicamente de nueve meses y al empezar el décimo nacía la nueva Valencia, la cristiana...

Grandes son los gozos que
[van por ese lugar
cuando Mio Cid ganó Va-
[lencia y entró en la ciudad.

...que mostrará orgullosamente a su esposa e hijas cuando se le reúnan procedentes de Gardeña.

Tras enseñar a su familia la ganancia, el Cid tiene que mostrarles también cómo se defiende. Porque, ahora sí, el rey de Marruecos está ante los muros. Ha llegado demasiado



tarde para defenderlos del Cid y quiere arrebatárselos. El Cid «brinda» la batalla a los suyos

mis hijas y mi mujer tienen que
[verme lidiar
pronto verán con sus ojos
[cómo se gana el pan.

Vence a sus enemigos, como los venciera mientras existió, y mantuvo la ciudad cristiana y castellana en nombre de Alfonso VI mientras le quedó vida. Pero la leyenda quiso que ni aun después de muerto lograra vencerlo su enemigo,

A la izquierda, abajo, Jaime I el Conquistador en un convite (fragmento de la obra autobiográfica «Libre dels Feyts del rey En Jacme»). Arriba, los soldados de Jaime I asaltan Valencia («Crónica General de España y especialmente del Reino de Valencia»). A la derecha, detalle de las Torres de Quart

y así cuenta cómo sacaron su cuerpo bien atado a la silla y mantenido erecto por la armadura sobre su famoso caballo Babieca; al galopar éste al frente de las tropas que salieron de Valencia con él, los atacantes huyeron despavoridos...

Con más lógica —más triste lógica— describe Antonio Gala en su *Anillos para una dama* esa retirada. El autor imagina a Alfonso VI dirigiendo personalmente la maniobra:

«Abajo hay cien soldados que hacen la guardia al féretro del Cid. Nos lo llevamos con nosotros... cuando la última tropa haya salido arderá esta ciudad por los cuatro costados. Según tengo entendido la gente de esta parte es muy aficionada a correr pólvora y a hacer hermosos fuegos...»

Volvió Valencia a ser musulmana —qué triste momento para los que habían olvidado su religión, para los «colaboracionistas» de entonces— hasta que llegó su nuevo liberador. Esta vez venía del norte y no del oeste; hablaba catalán, no castellano. Tenía una hermosa presencia y en vez de Rodrigo se llamaba Jaime.

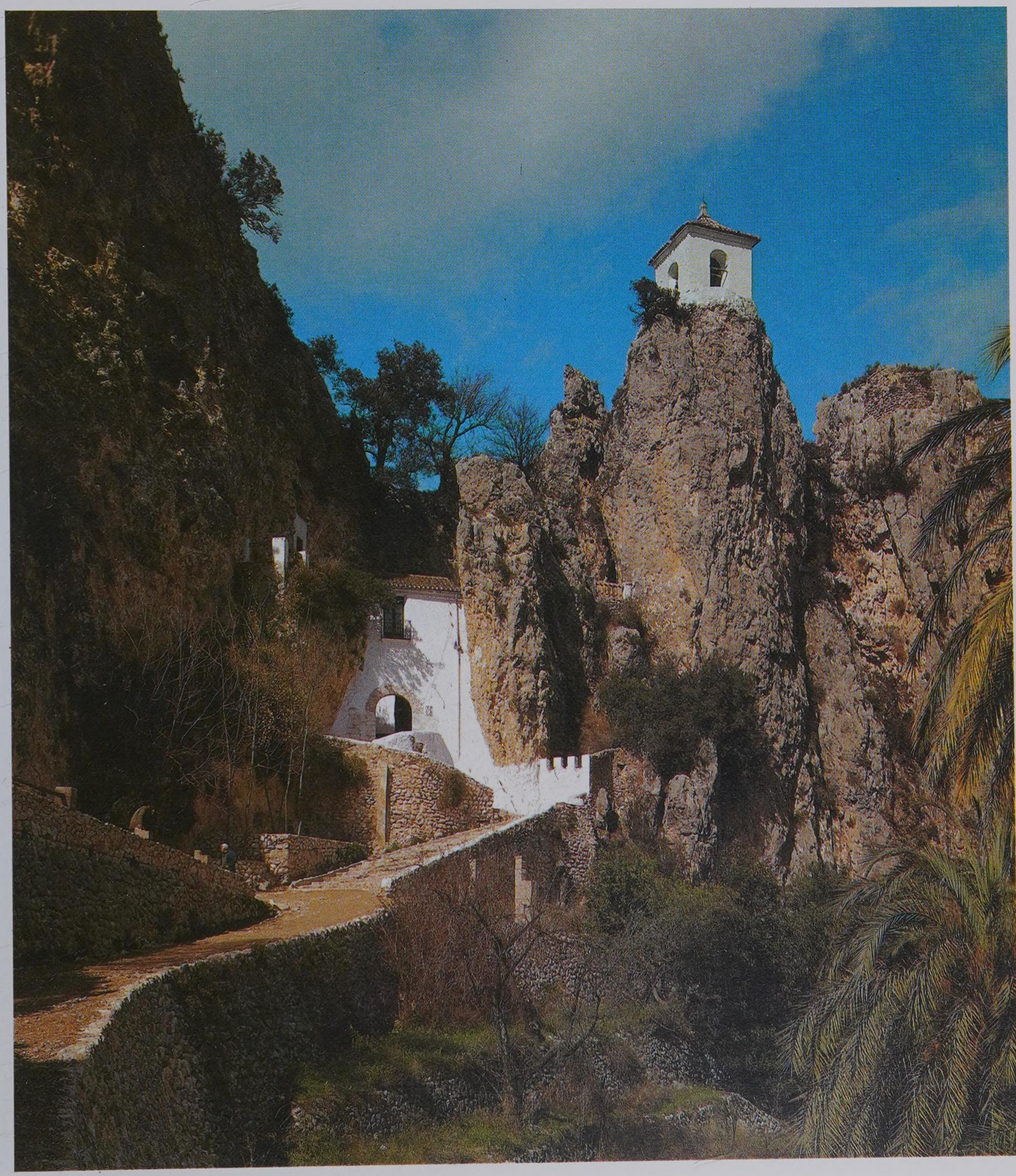
GUADALEST o la sombra morisca

Los castillos, por lo general, estaban situados en una colina, dominando el modesto pueblo. Cuando había un ataque enemigo, la gente abandonaba las casas y se refugiaba en el castillo que estaba hecho, más o menos, a su medida. Allí vivía el asedio aglomerada en la gran plaza de armas, ayudando a la defensa los hombres y las mujeres; recluidos en los sótanos, como más seguros, los niños y los viejos, todos esperando el final de una batalla en la que apenas eran aterrados testigos. Sólo al final, con triunfo o derrota, podían abandonar el castillo; ya sabían que sus huertas estarían arrasadas y sus casas invadidas por la soldadesca, pero que tenían al menos la vida salva y podían volver a empezar.

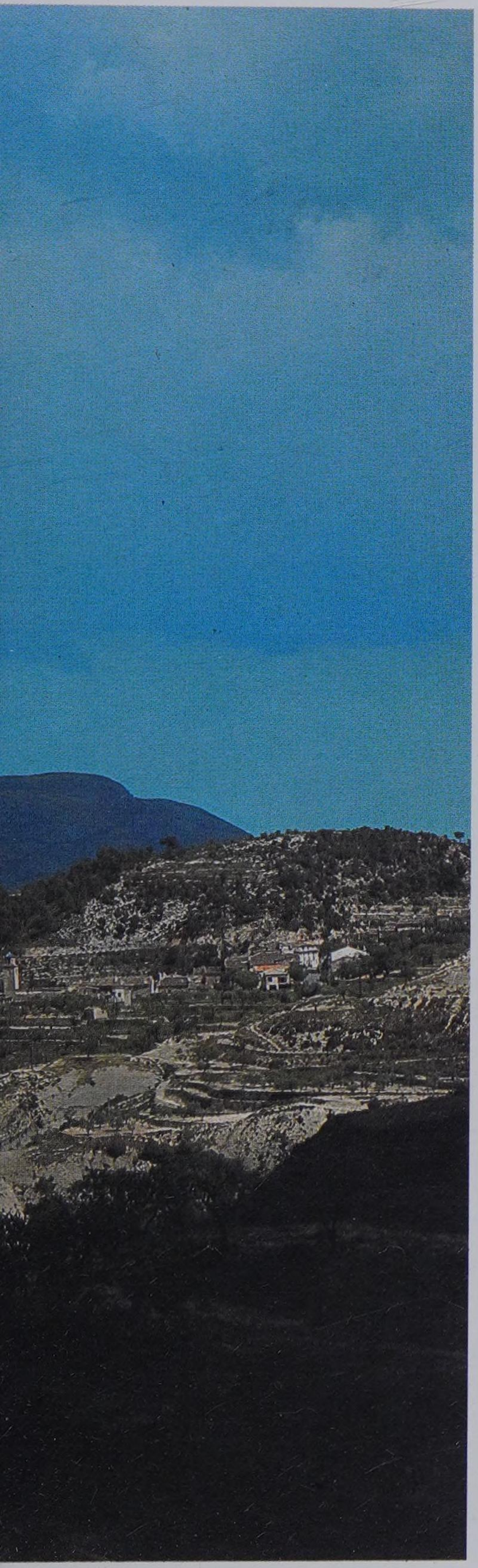
Pero el caso de Guadalest es distinto. El pueblo entero estaba *dentro* de la fortaleza y ésta a su vez en un semicírculo de montañas; desde la dulce costa alicantina sube la carretera fuertemente hasta llegar a una puerta en la que la roca y la armazón de piedra hecha por el hombre conjugan sus esfuerzos para evitar la entrada. Al cruzarla, uno ve, como en el cráter de un volcán, un conjunto de casas arremolinadas: el Guadalest. En lo alto, al otro lado, equiparado a la puerta en altura, cementerio y una cruz. Torre y cruz, milicia e iglesia simbolizando aquel pasado en que ambas instituciones vivían juntas, peleaban juntas y aun morían juntas...

Al agonizar Felipe III se quejaba —y con razón— de lo mal que había gobernado, de la frivolidad con que había llevado los asuntos de España. Y díjole el confesor, Florencia: «¿Fue poco echar de España a los moriscos, perdiendo tales y

En lo alto del castillo de Guadalest hay una torre
y un campanario, símbolo de un tiempo
en que milicia e iglesia estaban íntimamente unidas



A la izquierda, el castillo de Guadalest, emplazado estratégicamente en el centro del valle del mismo nombre. Al fondo, la sierra de Bernia. A la derecha, el embalse de Guadalest



reales rentas por no tener en el reino quien no sirviese a Dios?»

Y contestó el rey: «Dios os lo pague, Florencia... más alentado me siento.» (Porque en aquellos tiempos se creía verdaderamente que era mucho más importante estar a bien con Dios que la ganancia material. ¿No había dicho su padre, Felipe II, que prefería no reinar a reinar sobre herejes, hablando de Flandes? No reinó, claro.)

La orden salió en 1609. En el preámbulo se quejaba el rey de que, a pesar de que habían procurado sus sacerdotes la conversión al cristianismo, no lo hacían (el musulmán casi nunca se convierte a otra religión) y, olvidando las garantías que habían dado sus antecesores a esa minoría marginada, decide que se marche de sus tierras con la excepción de niños menores de cuatro años si lo permiten sus padres (porque eran los únicos capaces de hacerse fácilmente a la religión cristiana).

La medida asombra, irrita, desconcierta. Los nobles propietarios de tierras saben cuánto les debe la huerta a sus trabajos, aprecian los productos elaborados por sus hábiles manos artesanas e intentan hacer notar al rey la irregularidad del acto y la pérdida económica a que se expone y que le recordará el confesor. El rey, en cambio, sabe que tiene a su lado al pueblo llano, al que, como en el caso de los judíos, le cae mal una minoría que no va al ejército ni a la iglesia ni emigra a las Indias y por tanto aumenta, se enriquece...

'240

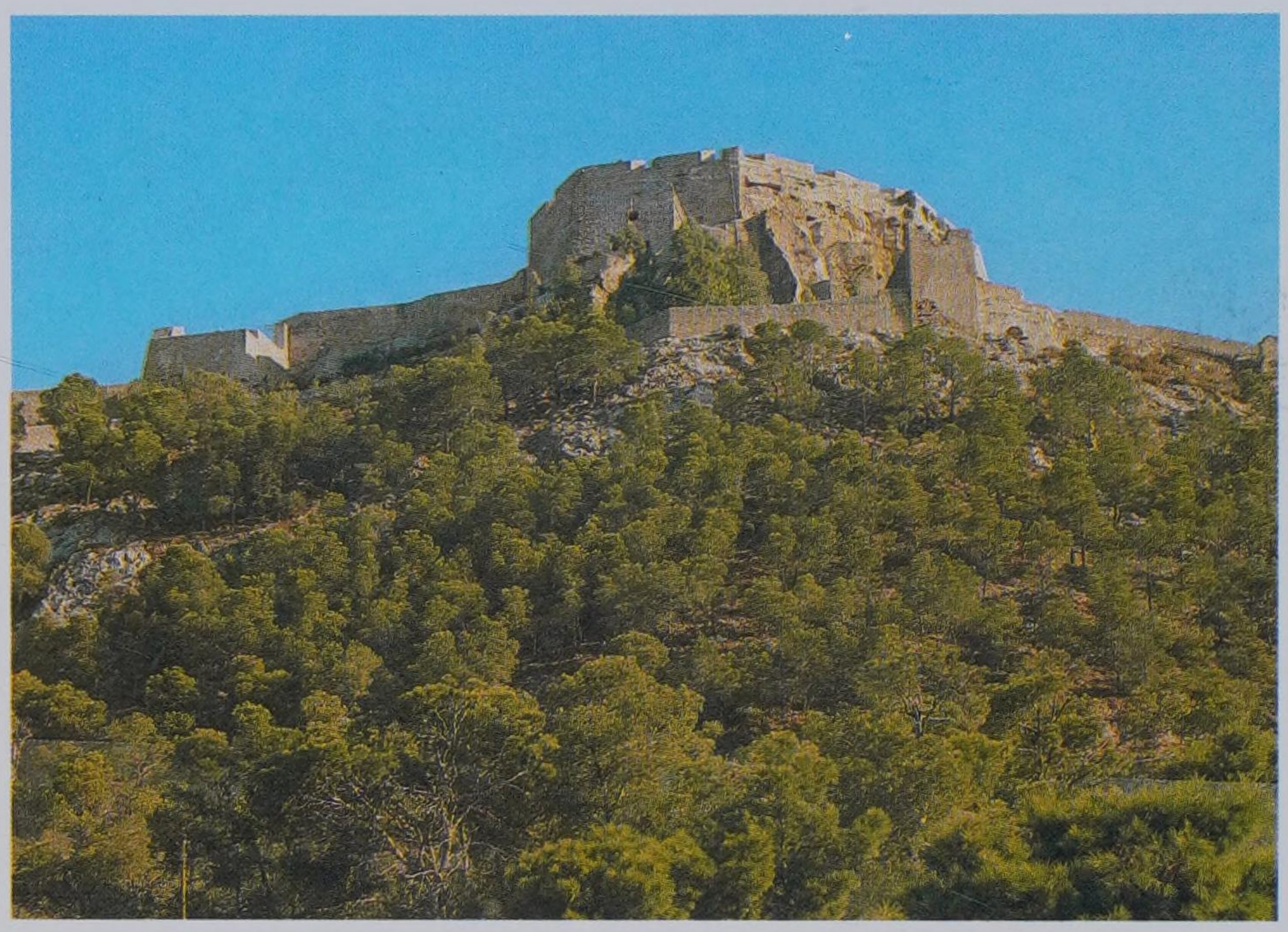
En Guadalest se refugiaron y defendieron unos cuantos moriscos cuando Felipe III dio la orden de su expulsión. Vencidos, fueron metidos en barcos y llevados al Norte de Africa. Izq.: Felipe III (Velázquez y pintor anónimo, Museo del Prado). Der.: Expulsión de los moriscos (V. Carducho, Museo del Prado)

El morisco que ponía
duro alpargate esparto,
ahora trae borceguíes
argentados alosados,
vestido de terciopelo
en tafetán aforrado,
y espada muy plateada
y puñal sobredorado.

Que unos infieles pudieran vestir mejor que cristianos viejos, hijosdalgo, vencedores de los moros en Lepanto, les parece increíble a los vecinos. Aunque el mismo poeta popular reconocerá luego que es triste cosa que expulsen a los vecinos de tantos años...

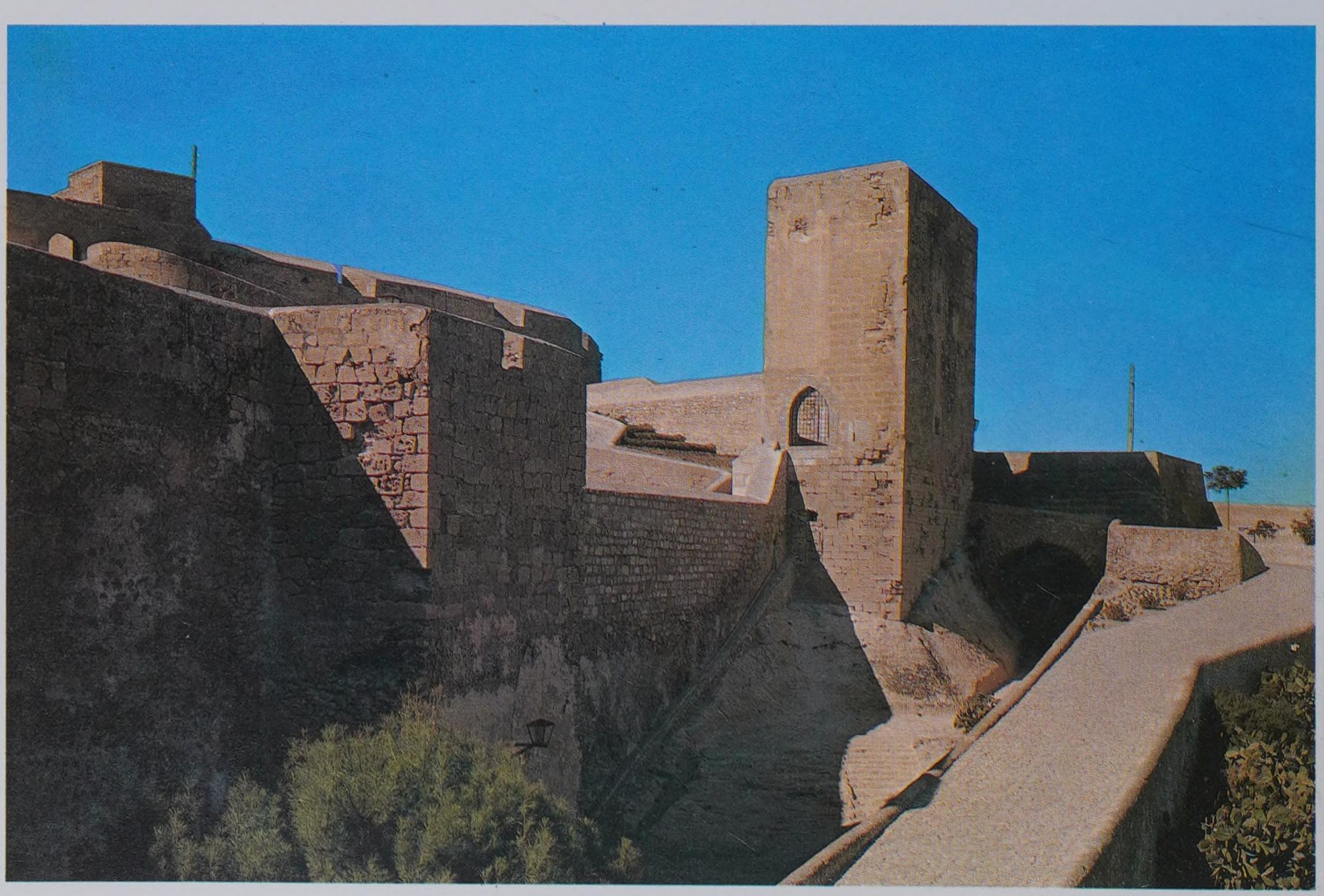
(Cuando se convertían, les acusaban de fingir.)
Ciento sesenta mil personas salieron del reino de Valencia... algunos, la mayoría, llorando, pero voluntariamente. Pero unos cuantos se refugiaron en Guadalest y, protegidos por sus murallas de piedra y las de roca natural, se defendieron heroicamente hasta que el ejército les cortó los víveres y acabó metiéndoles igualmente en los barcos que les llevaban a la costa norte de Africa. Decidió el rey que para que estuvieran seguros de que a ese lugar iban los barcos y no a la muerte, diez moriscos de cada barco podrían volver tras dejar a sus compañeros para explicar lo que habían visto.
Guadalest sobrevivió intacta a la lucha contra los rebeldes moriscos y el gobierno. Era tan fuerte la combinación de naturaleza y construcción humana, que para conformar las ruinas con las que cada castillo español se adorna tuvo que intervenir Dios con su inmenso poder sísmico. Un terremoto en 1644 y otro en 1748 lograron en pocos minutos lo que siglos de luchas no habrían conseguido.

SANTA BARBARA ya no truena



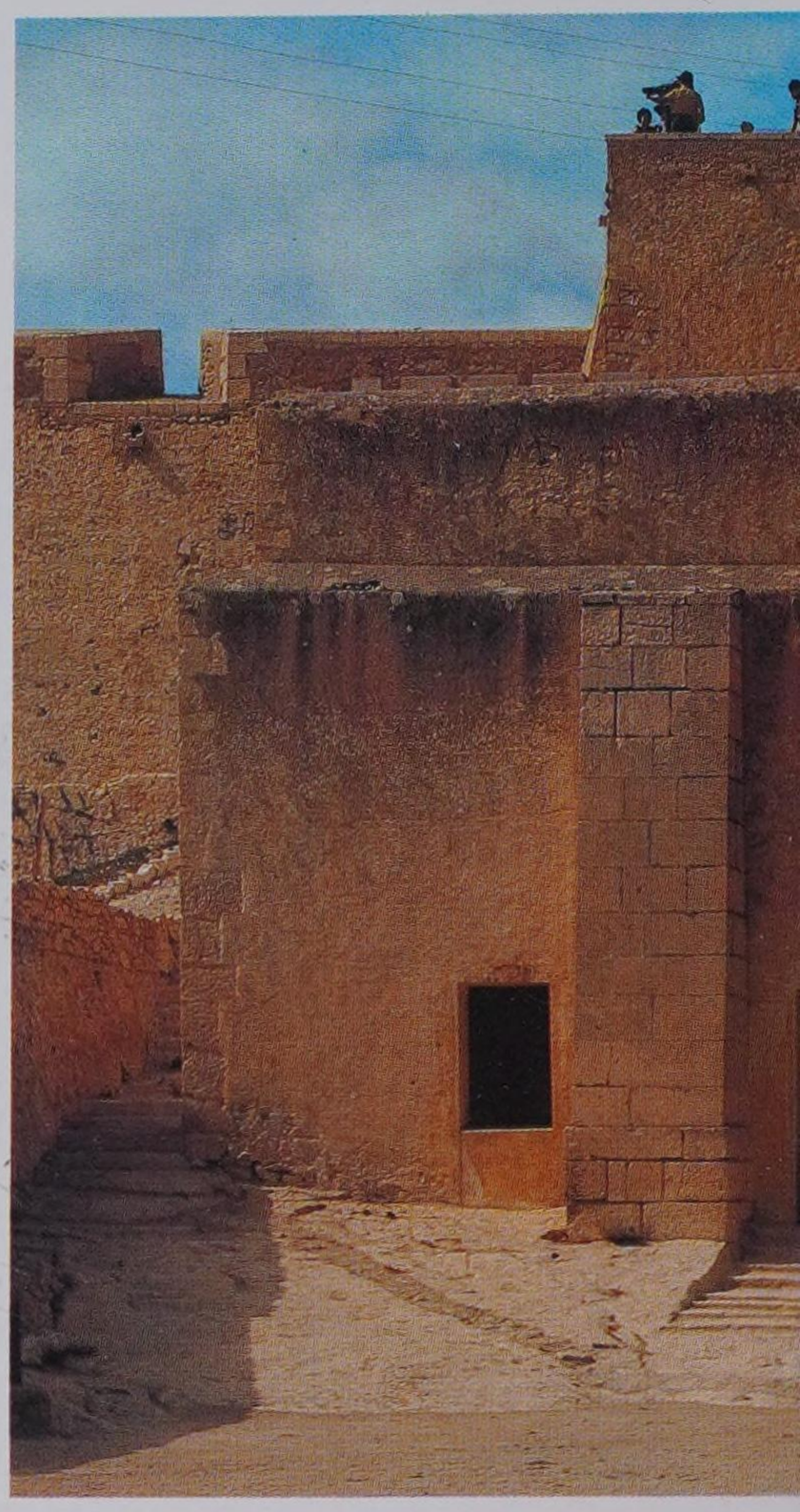
Está en lo alto de una colina dominando la ciudad, en duro y agreste contraste con la dulzura de la villa, las palmeras del paseo, la belleza del mar a sus pies. Situado en la costa, en el camino natural de quienes querían ir de sur a norte o de norte a sur evitando las montañas del centro, tenía que ser forzosamente apoyo u obstáculo.

Por el sur llegó Amílcar Barka, el fundador de la ciudad; tras los cartagineses vinieron los romanos, sus enemigos y sustitutos en la península, y Publio Cornelio Escipión puso la



Situado en lo alto de una colina, dominando el mar,
el castillo de Santa Bárbara era apoyo para defensores
y obstáculo para atacantes de la costa levantina,
como también lo eran las numerosas torres vigía que la guardaban

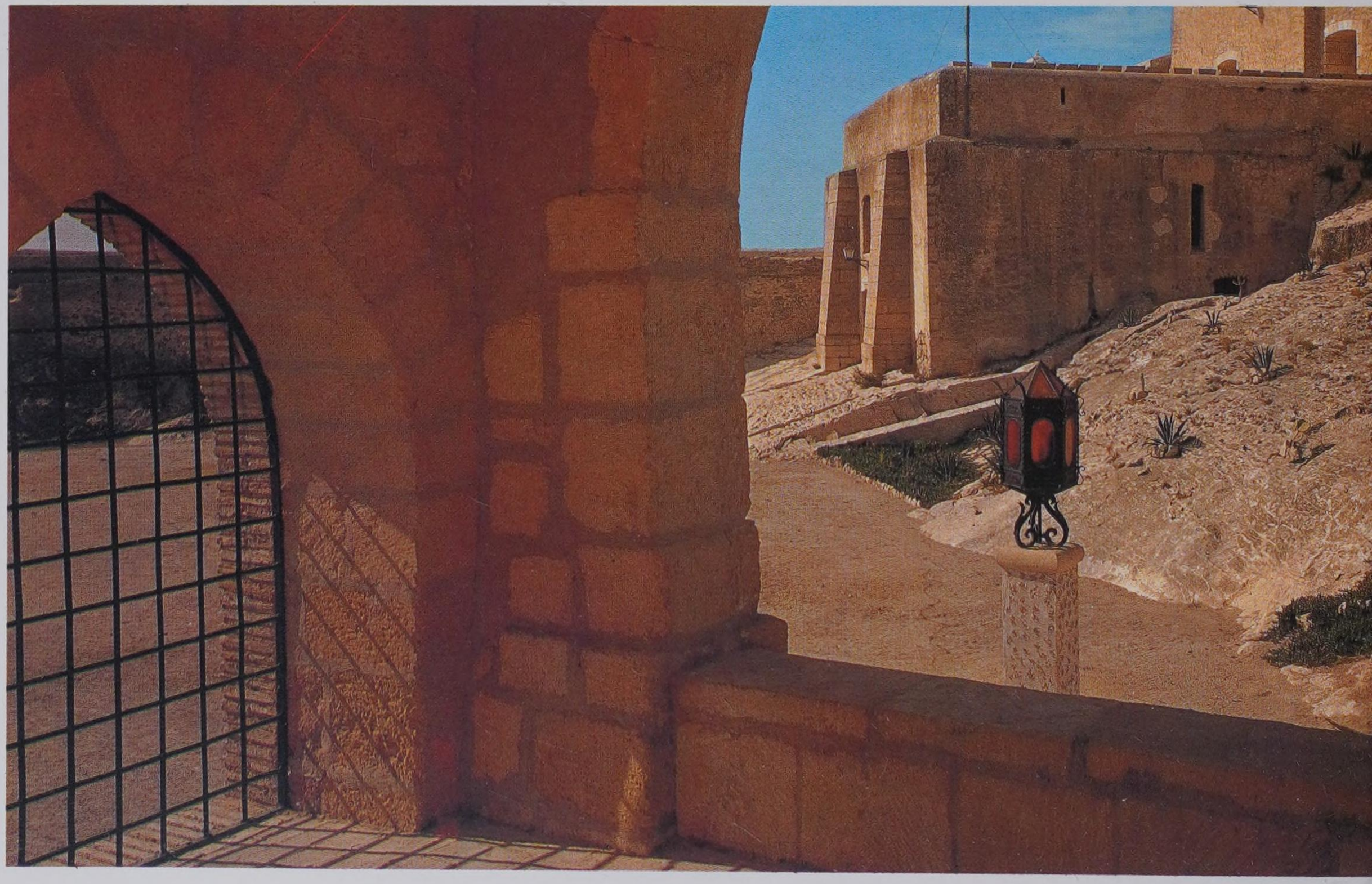
«La feroz fortaleza que imponía respeto a los enemigos,
la que había que tomar forzosamente
si alguien quería llamarse dueño de la costa levantina,
ha descendido —o ascendido— a pacífico y bello mirador»

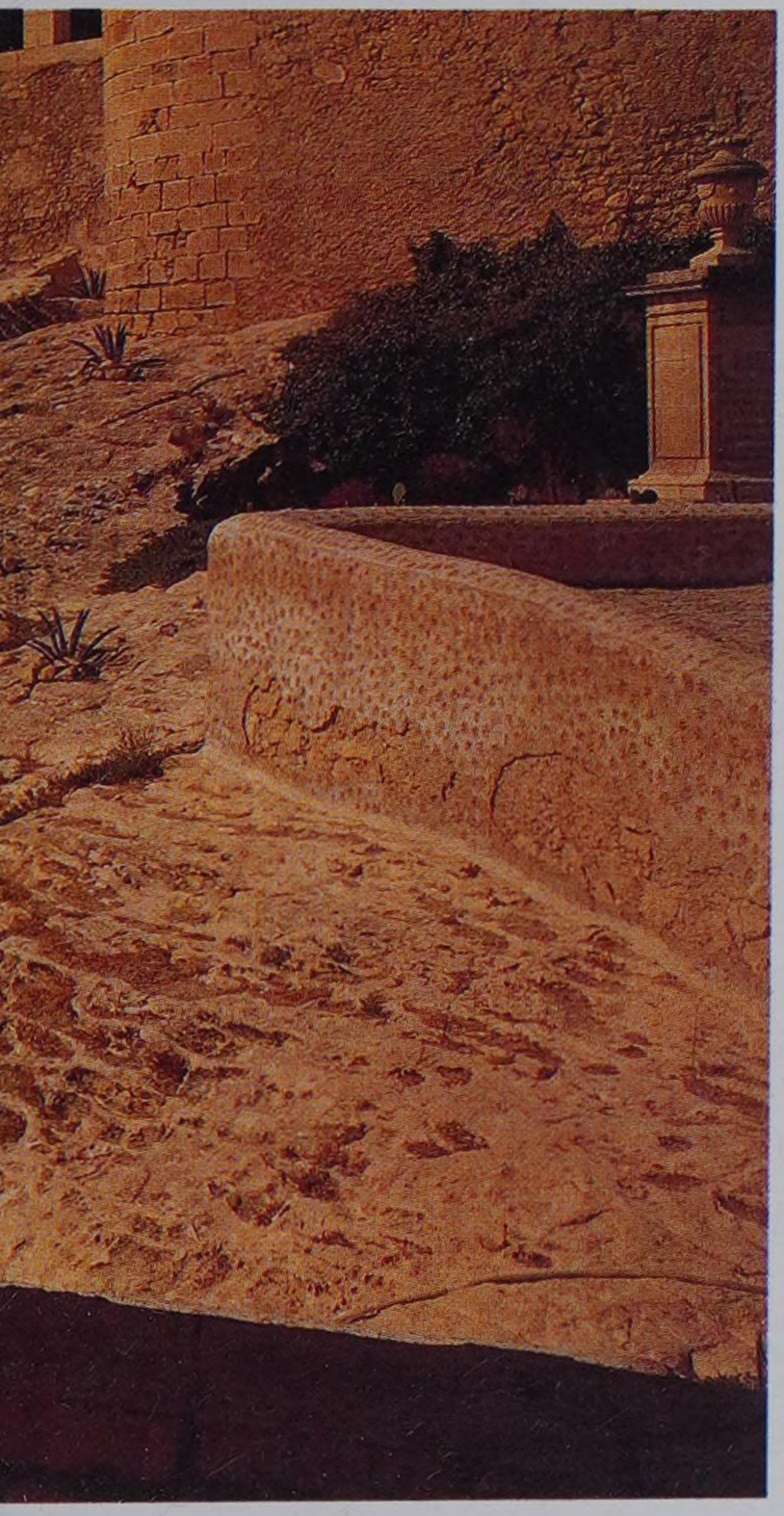


firma a la primera labor reconstructora de la fortaleza. Luego los árabes se adueñaron de ella.

A Alicante y a su castillo confluyen las dos olas de la Reconquista, la castellana y la catalanoaragonesa, es decir, la fuerza del oeste y la del norte. Aquí se dudará unos años, en el siglo XIII, sobre quiénes tienen que mandar en ella. El primero es Fernando III el Santo, que envía para tomar posesión a su hijo Alfonso X el Sabio. Lo hizo el 4 de diciembre del año 1248, y por ello el nombre árabe de Benicantil pasó a ser el de Santa Bárbara, por ser esta santa la patrona de ese día.

En 1296 interviene la presión del norte. Jaime II de Aragón toma el castillo y la plaza y su ocupación es algo más que militar; resultará cultural y lingüística. Por ello Alicante resultará el último reducto del catalán-valenciano en la costa. A partir de sus límites, hacia el sur, se encargará de la continuación de la Reconquista Castilla y por ello, a pocos quilómetros de Alicante, en Murcia, se hablará ya castellano.





Los reyes distintos y sucesivos fortifican cada vez más el lugar. Esa situación límite entre las dos culturas máximas hispánicas resultará el nuevo punto de fricción y disputa cuando Cataluña se decida por el archiduque de Austria y Castilla por Felipe. En la batalla de Almansa era el baluarte en la reserva, el depósito de municiones y armas. Allí se refugiaron las destrozadas huestes carlistas y de allí tuvieron que salir también rápidamente dejando hasta ochenta y seis cañones a los partidarios de Felipe.

En 1812 hay una trágica ironía; una capilla dedicada a Santa Bárbara, la patrona de los artilleros y de la pólvora, salta por el aire tras una gran explosión...

Luego fue prisión militar...

Hoy, a pesar de su áspero aspecto, a pesar de sus laderas marrones y las torres que todavía se mantienen en pie, resulta que le domina demasiado el contorno para producir respeto. Es como un viejo león desdentado que inútilmente intenta con sus rugidos recordar sus tiempos heroicos. Los niños —los alicantinos— suben a sus lomos, le acarician distraídamente y luego, más que investigar por las ruinas del castillo, lo aprovechan para mirar abajo al bellísimo panorama de arena, huerta, palmera y mar. La feroz fortaleza que imponía respeto a sus enemigos, la que había que tomar forzosamente si alguien quería llamarse dueño de la costa levantina, ha descendido —o ascendido— a pacífico y bello mirador.

ALMANSA ve un cambio dinástico

Setecientos metros sobre el nivel del mar. Imponente mole dominando las casas que están muy cerca, lamiendo casi los muros. Fue árabe antes que cristiano y, en la lucha de Isabel contra los partidarios de la Beltraneja, se puso a favor de la primera a pesar de que muy cerca —en Belmonte— estaba la segunda bajo la protección o tiranía —no se sabe con exactitud— del marqués de Villena. Pero su nombre está asociado a una lucha dinástica mucho más importante: la que, muerto Carlos II, enfrentó a los filofranceses partidarios de que entrara a gobernar la casa de Borbón y los que mantenían que el auténtico señor tenía que ser, como en los dos siglos anteriores, un Austria. (En ese caso había que ir a buscarlo a Viena con el nombre de archiduque Carlos.)

Almansa, en la provincia actual de Albacete, linda con territorios que fueron en seguida partidarios del archiduque, como Valencia. A su espalda está, en cambio, Castilla, que votó desde el primer momento la causa felipista. Era lógico que en su terreno se enfrentasen las posturas contrarias de la guerra civil que, como toda guerra civil —y la del 36, como se sabe, no fue una excepción— estaba apoyada por extranjeros en sus dos bandos. Austria con Inglaterra y Holanda contra un Luis XIV que amenazaba hacerse demasiado poderoso al incorporar a su imperio, a través de su familia, a España y sus posesiones.

La batalla se celebrará en Almansa. No por su castillo, que las armas del tiempo hacen ya fácil de destruir, sino en la llanura cercana al pueblo. Por una vez leamos, en lugar del petulante parte de guerra del

El imponente castillo de Almansa fue mudo espectador
de una batalla entre los partidarios de Felipe V de Borbón
y del archiduque Carlos de Austria durante la guerra de Sucesión,
que significaría el triunfo del centralismo borbónico
y la caída de las libertades forales de Cataluña y Valencia

vencedor, la humilde confesión del derrotado:

«Ayer atacamos a los enemigos en Almansa donde me temo que hemos sido enteramente derrotados porque hasta ahora no aparece nada de nuestra caballería ni infantería.» Escribía un inglés que había sido derrotado por un francés. Felipe, que ya casi puede llamarse V de España (lo confirmará en Villaviciosa y Brihuega) comunica a la Universidad de Salamanca la victoria que naturalmente se debe a Dios, a quien enrolaban los generales siempre a su lado en cuanto había guerras: «Reconociendo de la mano misericordiosa de Dios este singular favor de tanta ventaja y gloria para mis valerosos y fieles vasallos.»

Enríquez de Navarra describe la primera carga:

La primera estación era del
[día
cuando ver se dejaron los
[pendones
enemigos, cargando su osa-
[día
avanzados piquetes y escua-
[drones,
recibió la formada valentía
animosa oponiendo bata-
[llones,
que a tu lado aprendía con
[denuedo
a no entender las voces que
[da el miedo.

Ahí, en esa primera embestida, parece que se inició la derrota austroinglesa, porque como cuenta L. Dollon de parte de lord Galloway, éste «fue herido desde la primera carga de un sablazo en un ojo; desde ese accidente, todo fue desorden y confusión y se puede decir que la victoria de los enemigos es completa».

Habla Dollon también en su «parte de guerra» del castillo de Alicante, al que habrá que avituallar en caso de asedio, un motivo más para que dos meses después —veintinueve de junio de 1707— se arrebaten al reino de Valencia los fueros y privilegios que tenía:

«Siendo mi voluntad que éstos (reinos de Valencia y Aragón) se reduzcan a las leyes de Castilla», a las que antes había

A la izquierda, palacio de los condes de Cirat (s. XVI).
A la derecha, arriba, Felipe V según Jean Ranc (izq.)
y grabado representando al archiduque Carlos de Austria (der.),
obras que se conservan en el Museo del Prado

llamado «tan loables y plausibles en todo el universo».

Si valencianos y catalanes habían preferido al de Austria por temor al centralismo de que habían dado pruebas los Borbones desde los tiempos de Richelieu, con su elección no hicieron más que adelantar la caída de sus libertades forales. El castillo de Almansa desde los ojos de sus troneras había visto algo más que una batalla en que cayeran unos hombres; había visto una batalla en que cayeron unas libertades y en que el rey cambió de apellido.

CHINCHILLA, la de los presos célebres

Todo el pueblo se encarama por la cumbre con bellísimas casas de blasón. En todo lo alto el castillo... ¿el castillo? la gente duda... ¡ah, el penal! El nombre de prisión superó al de la fortaleza. En toda la comarca, en toda España, fue famoso el lugar, no por lo que defendió sino por lo que encerró, no por no dejar entrar sino por no dejar salir.

Una *Memoria y relación* ensalza su aspecto y estratégica posición: «Es y ha sido frontera y defensa de los reyes de Castilla porque confinaba con los muros de Aragón y alcanzaban aquí los del reino de Granada y Murcia antes que fuera ganada por el rey don Alfonso el onceno; es paso para comunicarse los moros del reino de Granada con el de Aragón.»

Situación perfecta, pues, en la actual provincia de Albacete, muy cerca de su capital. Pero aun cuando jugara ese papel en posteriores suertes bélicas como en el trance de Almansa, es más conocida —decía— por haber sido cárcel, misión que empleó incluso durante la guerra civil española, que vio entre sus muros al escritor Luis Santa Marina, condenado a muerte, del 1936 a 1939.

El más famoso de sus huéspedes se llamó César Borgia, a quien trajo el Gran Capitán preso a España. Se le envía a Chinchilla —propiedad del duque de Magueda— y se advierte al alcalde de la fuerza y astucia de ese hombre. Gabriel de Guzmán asegura poder mantener el orden y que el prisionero no saldrá del lugar aunque, como noble y militar, es tratado con toda clase de miramientos y cortesías. El duque Valentino, como se le llama, se insinúa con el alcalde, intenta ver las posibilidades de sobornarle para conseguir la libertad; es en vano. Un día le pide le permita subir con él a la plataforma de la torre para ver el panorama. El alcalde accede. (¿Estaban ya preparados los cómplices en el exterior? ¿Había de llegar solo hasta ellos, descolgándose?) De pronto César Borgia aprovecha un descuido de su carcelero, le agarra por las piernas y le precipita por entre las almenas. El alcalde sin embargo reacciona con vigor y, apoyando los pies en ambos lados de la apertura, consigue entrar de nuevo en la plataforma, derribando al duque por el suelo, donde le golpea, tras recriminarle la traición. Risa de César Borgia.

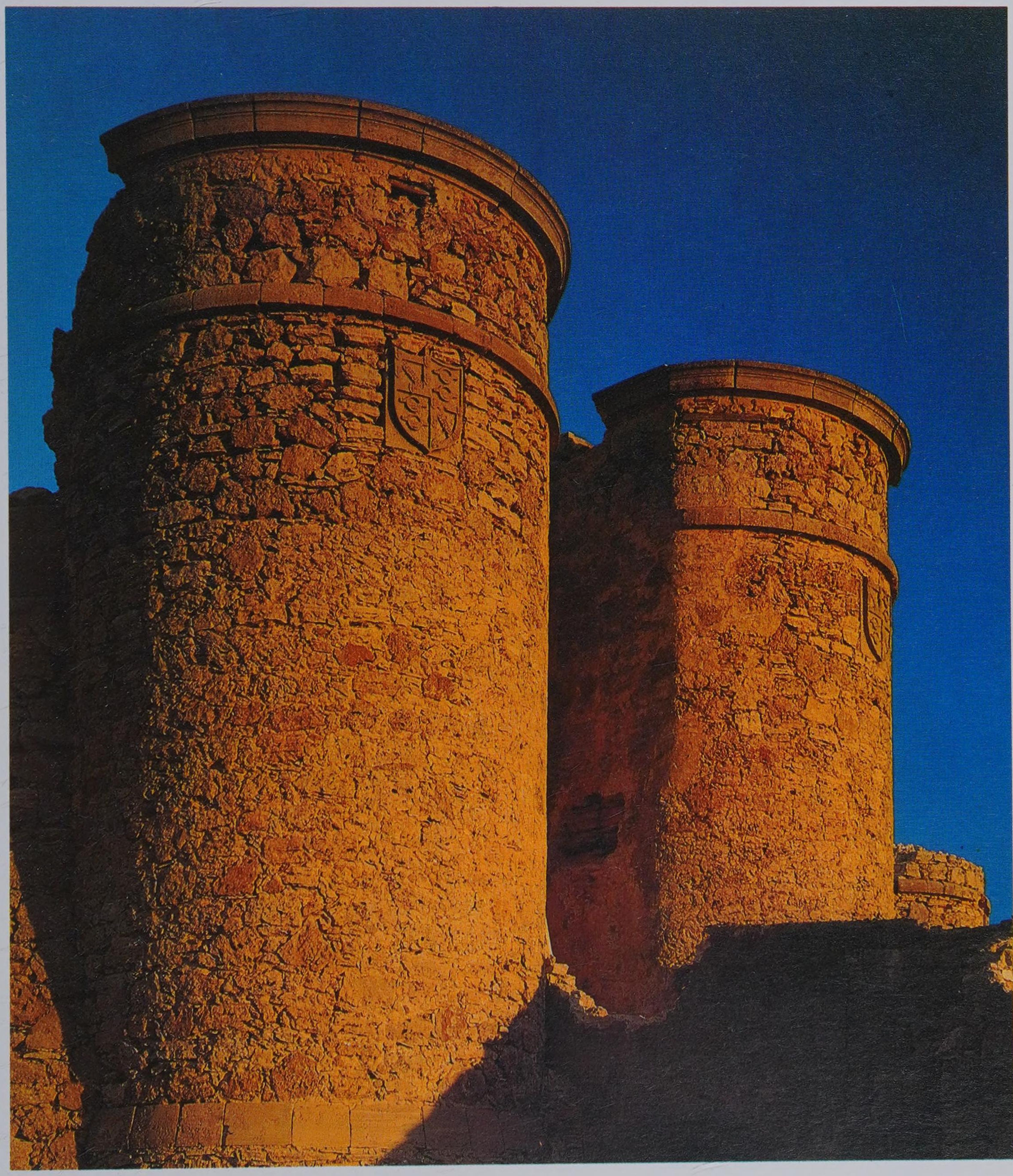
«Por favor, se trataba sólo de un juego, quería probar si la fuerza y destreza del alcalde eran tales como le habían sido ponderadas; realmente tenía que admitir que las había mostrado muy grandes por lo que le felicitaba.»

El buen Gabriel de Guzmán queda absorto.

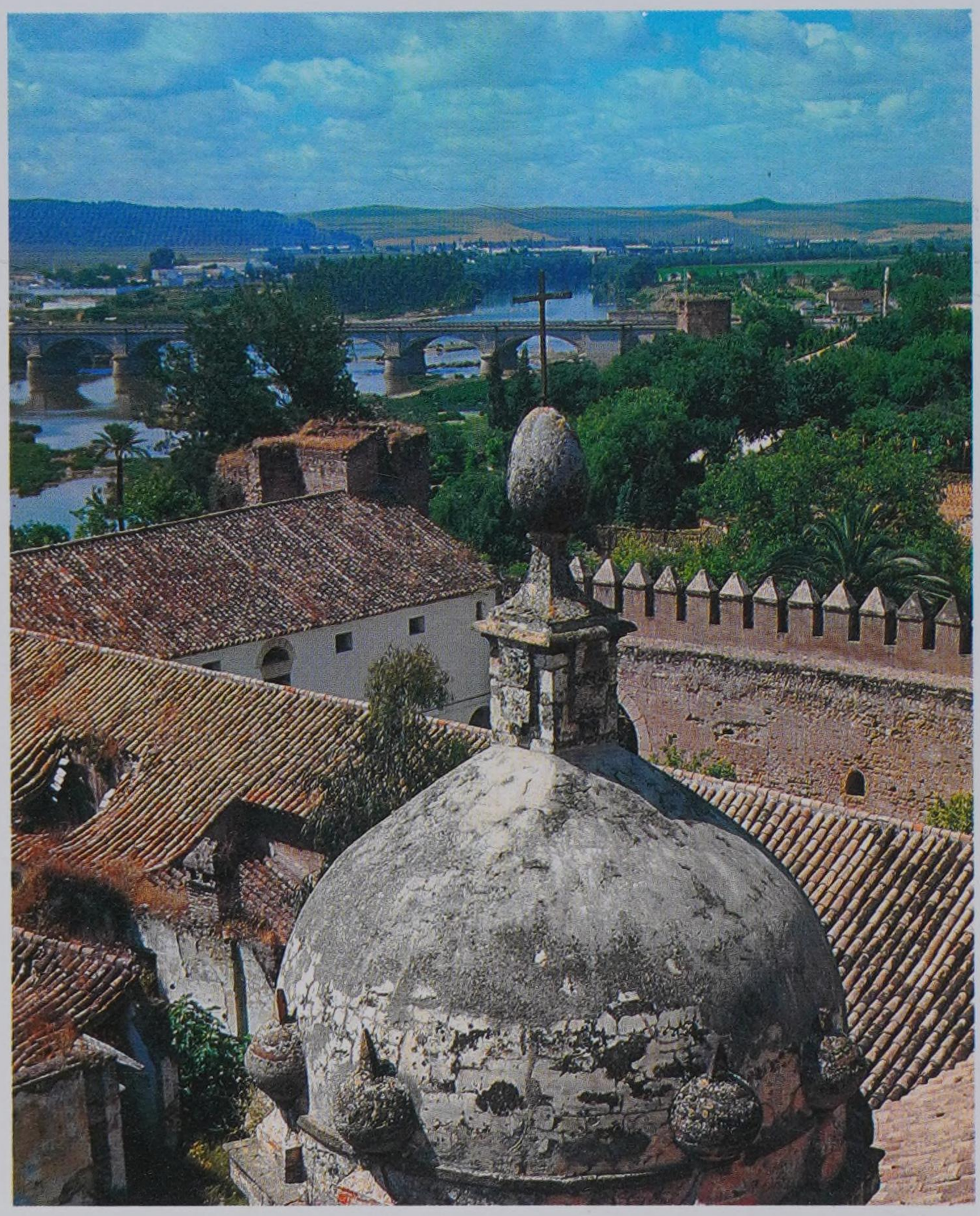
Evidentemente podía ser cierto. Podía ser cierto también que el italiano hubiese intentado emplear con él la táctica del obispo Acuña, que mató a su alcalde en desesperado intento de fuga. Por si acaso redacta un largo informe al rey. Este cree más en la segunda posibilidad y César Borgia dejará el castillo de Chinchilla para ir a residir en el de la Mota en Medina del Campo, más en el interior del país, y que, siendo directamente propiedad de la corona, será más fácil de controlar.

Y sin embargo, de allí fue donde se escapó fácilmente usando, más que de la fuerza, de habilidad florentina para ganarse a quien podía ayudarle. En el párrafo dedicado a la Mota se cuenta.

También el castillo de Chinchilla fue, antes que nada, cárcel. El más famoso de sus muchos presos, apresado y traído a España por el Gran Capitán, fue César Borgia (izq., retrato de dudosa atribución a Giorgione, en la Galería Carrara, Bérgamo)



CORDOBA, lejana y sola



Era la ciudad más culta de la Europa medieval, la de universidades, mezquitas, jueces. La Córdoba de Averroes, de Avicena. A Córdoba le llegó también su hora, la hora de caer en manos cristianas, de perder o quedarse sólo con un precioso lema:

«Romana y mora, Córdoba callada.»

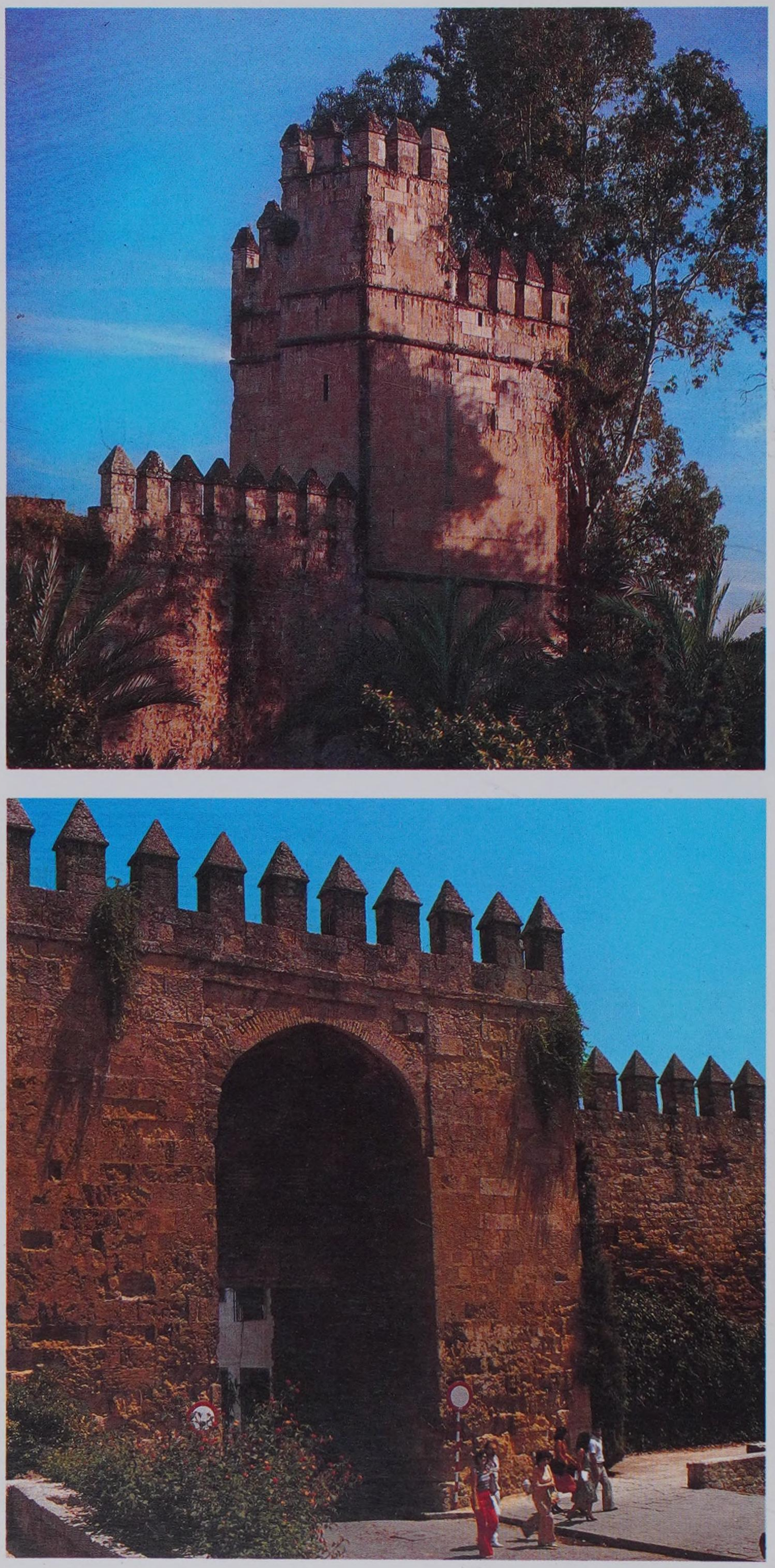
La hora se la ha estado tañendo desde hacía años la brillante ofensiva de un rey que hizo más por la Reconquista en diez años que sus antecesores en cien: Fernando III el Santo. Y sin embargo, quien saltó esas murallas no fue su voz de mando. Fue idea de unos españoles «caballeros de frontera». Apunta el maestro Sánchez Albornoz «la iniciativa individual ha desempeñado siempre papel decisivo en el pasado de España desde los lejanos tiempos de la prehistoria hasta nuestros días». Es un poco el emularse, el ¿a que no te atreves?, un deseo de adelantarse a la orden oficial, una voluntad de ser ellos los primeros sin que nadie se lo indicara; de este modo tiene más mérito.

Resultó que, de Andújar, ya cristiana, esos jinetes habían hecho una correría hacia Córdoba. Capturaron a unos moros que les dijeron que en la capital vivían tranquilos y confiados y que no había apenas guardias en las murallas, especialmente las que protegían la Ajarquía o arrabal de la ciudad.

Esas nuevas animaron a los caballeros que les escuchaban.

Antes que mora, Córdoba fue romana. Nos quedan de ello considerables vestigios: a la derecha, arriba, el puente sobre el Guadalquivir, de base romana (defendiendo el acceso al puente, el castillo de la Calahorra). Abajo, la puerta barroca del puente. A la izquierda, vista desde el Alcázar

¿Y si probáramos? Confeccionaron unas escalas y sigilosamente se acercaron una noche al muro. Escucharon atentos «y no oyeron voz ninguna de velar porque dormían todos y teníalos presos la fortaleza del sueño» dice bellamente la Historia de España de Alfonso X el Sabio. Dudaron lo que harían. Tanta facilidad les animaba y al mismo tiempo les desconcertaba. ¿Era posible una trampa? Y dijo Domingo Muñoz, el adalid: «Mi consejo es éste: que puesto que estamos aquí hagamos la señal de la cruz y que nos encomendemos a santa María y al apóstol Santiago y que pugnemos para acabar esto por lo que vinimos en servicio de Dios». Esto en lo espiritual; pero Muñoz no descuida lo práctico y ła habilidad debe consistir en que su-

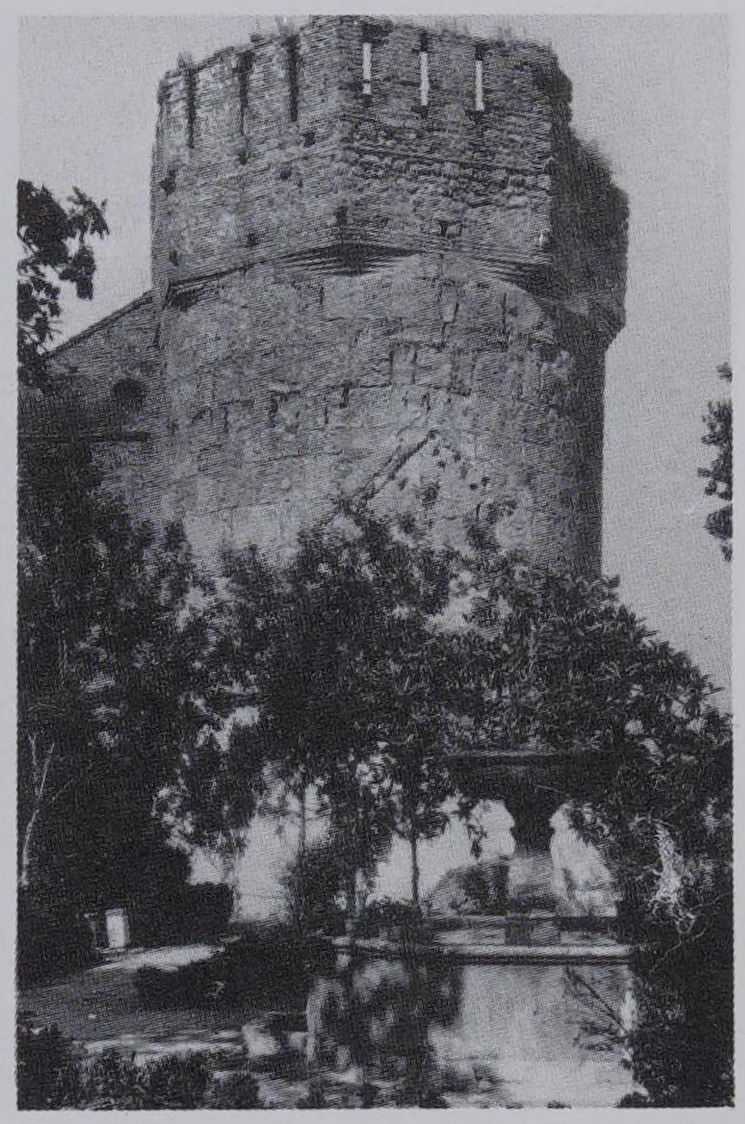


ban «los mejores algarabiados que haya entre nosotros», es decir, los capaces de hablar algarabía o sea en árabe según la idea castellana «y que vayan vestidos de moros por tal que si hablaren con los moros no los conozcan y crean que son moros como ellos y que intenten apoderarse de la primera torre que encuentren hasta que la otra gente suba».

Así se hace. Aprontan las escalas de madera; son cortas pero se atarán tres de ellas. Se encarama un grupo vestido a la usanza de sus enemigos, encuentran a cuatro moros durmiendo. Se despiertan. «¿Qué hacéis?» Les hablan en «algarabía»: «Somos los vigilantes de la guardia y revisamos si están en sus puestos.» Y resulta que uno de los moros era el que les había vendido la información y cogiendo a Muñoz aparte le dijo: «Yo soy de aquellos que tú sabes... te ayudaré a apoderarte de éstos.» Y así les sorprendieron; taparon las bocas y les echaron abajo de la torre donde fueron muertos; se apoderaron de aquella torre y de las otras que había hasta que llegaron a la puerta de Martos. Cuando se hizo de día, los moros de Córdoba se encontraron con la desagradable sorpresa de que el arrabal de la Ajarquía estaba prácticamente en manos de los infieles, huyendo despavoridos sus ocupantes al centro de la ciudad. Desde allí empeza-

El Alcázar de Córdoba, del que pueden verse aquí algunas vistas parciales, sólo está conservado en parte. A la izquierda, abajo, la puerta de Almodóvar en las murallas de Córdoba

ron su contraofensiva con gran cantidad de saetas, dardos y piedras y por tres veces les empujaron contra el muro.
Entonces —sigue la *Estoria*— los caballeros decidieron pedir ayuda a su rey; y Fernando III se puso en camino en cuanto recibió la noticia. El cronista señala su itinerario: De Benavente a Ciudad Rodrigo, de Ciudad Rodrigo a Alcántara, de allí pasó a Guadiana por Medellín, luego a Dos Hermanas hasta el puente de Alcolea donde levantó sus tiendas. (Este es el puente de Alcolea que seis siglos y pico más tarde, en 1868, serviría de escenario de la batalla que dio al traste con el reinado de Isabel II. «En el puente de Alcolea —la batalla ganó Prim»—, cantaban las niñas erróneamente porque el caudillo catalán no estuvo en ella, aunque efectivamente se aprovechó de la victoria.)
El camino del rey fue amenazado por las fuerzas de Abenhut, pero un cristiano que se había pasado a los sarracenos por enemistad con el rey, cosa muy normal en aquella época, pensó que era el momento de congraciarse con su antiguo jefe, cuya estrella estaba claro



que iba *in crescendo*. Despistó a Abenhut sobre el auténtico número de soldados de Fernando III y éste pudo proseguir su camino hasta la ciudad cordobesa. Para entonces habían acudido ya muchos caballeros cristianos a la convocatoria del rey. Los ocupantes de la Ajarquía oyeron jubilosos las trompetas de su llegada y los moros se asustaron.

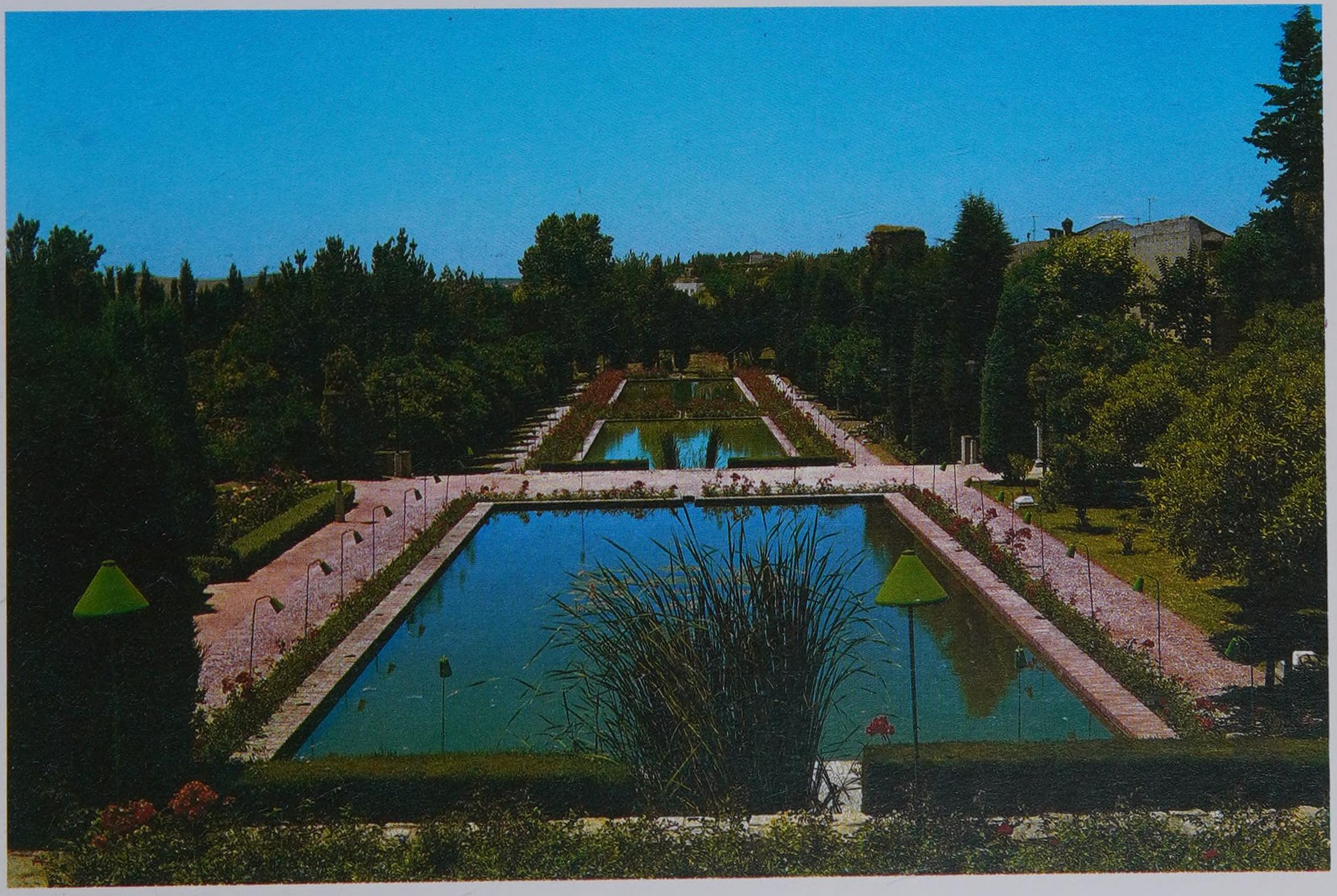
«Y fue cercada Córdoba muy fuertemente y con gran daño para la ciudad y al cabo, aquejados los moradores de la ciudad por lides y por combati-

Córdoba era la ciudad más culta de la Europa medieval. Tras su conquista por Fernando III, empezó su decadencia. A la izquierda, murallas y monumento a Averroes, filósofo hispanoárabe (arriba). A la derecha, los jardines del Alcázar

mientos que le hacían y vencidos por hambre... diéronse por fuerza al rey Fernando.»

El cronista exulta al describir la entrada triunfal del castellano en la que no puede por menos de admirar aunque naturalmente luego le calumnie «como se debe». Y en la fiesta de los apóstoles san Pedro y san Pablo, la ciudad de Córdoba, a la que la historia llama patricia de las otras ciudades, esto es, patrona y ejemplo de los otros pueblos de Andalucía, fue aquel día limpiada de las suciedades de Mahoma —una ciudad que contaba con novecientos baños públicos, ¡diez veces más que en toda la España cristiana!— y fue dada al rey don Fernando... «(que) mandó poner la cruz en la mayor torre donde el nombre del falso Mahoma solía ser llamado y alabado... y el rey mandó poner luego la enseña real cerca de Nuestro Señor Dios y comenzó luego voz de gozo y alegría a sonar y se oían en las tiendas de los justos, esto es de los fieles de Cristo, y aquellas voces hacían los obispos con toda la clerecía cantando y diciendo Te Deum Laudamus con el muy noble rey don Fernando y con la iglesia y la fe del rey y del cielo que entraba allí aquella hora con el muy noble rey don Fernando y con ellos».

Desgraciadamente esos hombres interpretaron demasiado al pie de la letra esa comisión que creían que Jesús les había dado de cristianizar Córdoba. Así metieron en el seno de la más hermosa mezquita del mundo esa iglesia catedral... Para los amantes del arte en todas partes se convirtió entonces Córdoba en «lejana y sola».



EL ALCAZAR DE SEVILLA, cuando el castillo se hace jardín

Todavía más difícilmente que en el caso de Granada cuesta «ver» ese palacio sevillano como una fortaleza; el olor de jazmines y azahar impide sentir el de la pólvora o el de la sangre que tantas veces se respiró en él. Las mismas flores y matas hacen difícil distinguir la muralla defensiva que va por la plazuela de los Caballos, por la Borceguinería hasta las calles de los Toqueros y del Vidrio.

La verdad es que fue fortaleza, dura fortaleza, pero todos sus dueños se complacieron en adornarla. El más famoso de ellos fue Mutamid, el rey poeta, que casó con una esclava sólo porque ella supo completarle un verso hecho al Guadalquivir. Decía el rey, improvisando, que cuando soplaba el céfiro la superficie del río se parecía a una cota de mallas y ella siguió diciendo que al helarse sería la más dura armadura del mundo. Porque el poeta, en la gran tradición árabe, era también guerrero y unía los cantos al amor con los cantos a la milicia. Por ejemplo mirando la noche, con Orión levantándose en el cielo:

«Así soy yo en la tierra, entre escuadrones y mujeres hermosas que alían el esplendor con el alto rango.

»Si las lorigas de los guerreros esparcen tinieblas, los vasos de vino de las doncellas nos llenan de claridad.

»Y si las esclavas cantan acompañándose de la cítara, las espadas no dejan por eso de cantar también sobre los cascos enemigos.»

Se le planteó el dilema de tantos jefes. Tenía que llamar en su ayuda al poderoso Yussef el almorávide para vencer a Alfonso VI, a riesgo de que el aliado lo fuera mientras le conviniera. Mutamid se decidió por su deber de creyente y lo hizo. Yussef le depuso, le apresó y le mandó a Africa a morir. Allí compuso nostálgicos poemas recordando los dulces tiempos sevillanos.

«¿Cuántas noches pasé deliciosamente junto al recodo del río con una doncella cuya pulsera emulaba la curva de la corriente?

»Se pasaba el tiempo escanciándome el vino de su mirada y otras veces el de su vaso y otras el de su boca.»

Un par de siglos después, en el Alcázar no hay ya jardines que cantar ni escuadrones que revistar. Alá no ha podido impedir que unos rudos guerreros consigan levantar el pendón de Fernando III el Santo en la torre octogonal. Ha sido la empresa más increíble, el golpe más decisivo de la Reconquista. Rompieron los barcos de Ramón Bonifaz las cadenas que los infieles habían puesto para impedir el paso «y viendo los moros que no podían acceder a ninguna cosa de las que amaban y querían... se tuvie-

La toma de Sevilla fue un hito decisivo en la Reconquista: en 1248, unos rudos guerreros ponían, en la torre octogonal del Alcázar, el pendón de Fernando III el Santo (izq., Rendición de Sevilla, de Pacheco). A la derecha, jardines del Alcázar. Al fondo la Giralda

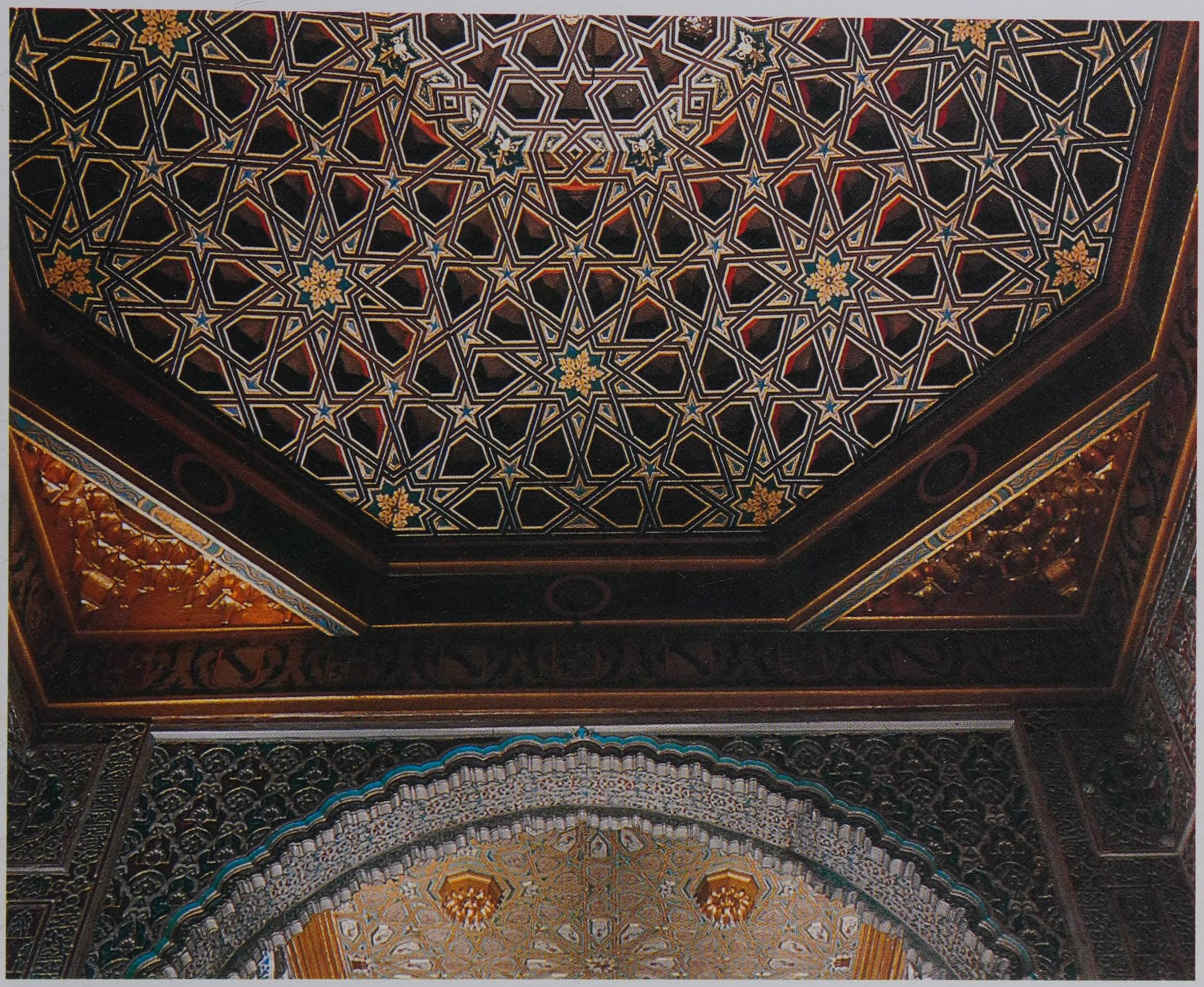
ron que acoger a hacer la voluntad del rey; que vaciasen la villa y la dejasen libre... y los moros tenían que dejar sus haberes y sus armas y sus cosas y que de esta manera dejasen Sevilla. Y una vez que la orden fue firmada en todas partes, los moros entregaron el Alcázar de Sevilla al rey don Fernando. Mandó poner el rey su bandera encima de la torre diciendo todos los cristianos "Dios ayuda" y dando gracias a Nuestro Señor».

Lo relata un cronista que para su labor en este caso tenía conocimiento del hecho de primera mano: el rey Alfonso X el Sabio, hijo de Fernando III. El que luego concedió a Sevilla, que se mantuvo fiel en las luchas intestinas, el lema «Nomadejado» que luce en jeroglífico en el escudo de la villa con las letras *NO* y *DO* separadas por una madeja.

1369. El Alcázar se ensucia con un terrible asesinato.

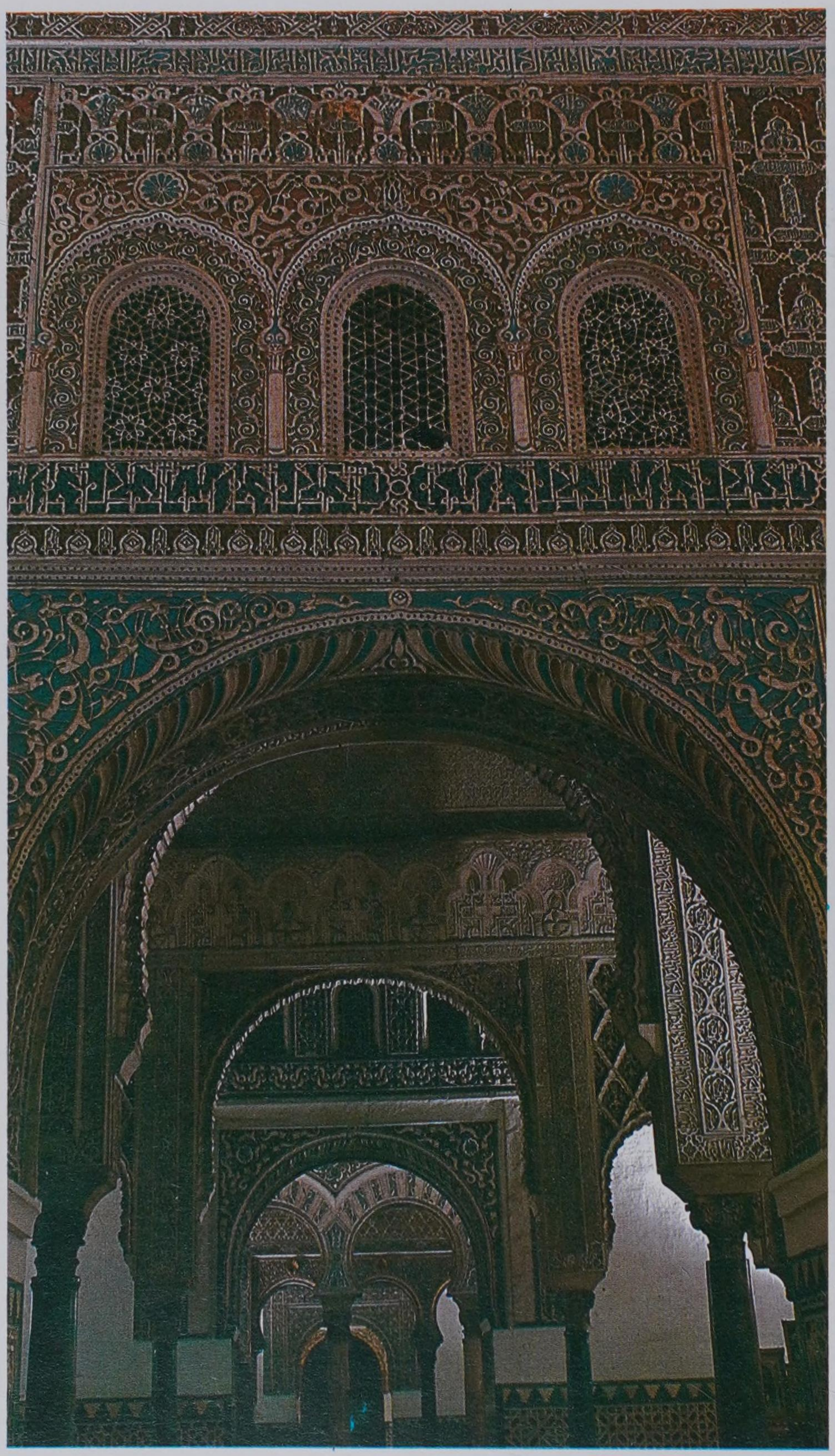
Pedro recibe a su hermano Fadrique, maestre de Santiago, de quien recela y a quien ha decidido matar. Don Fadrique acude con muchos hombres y el rey por ello le despide citándolo para más tarde.

En el palacio del Alcázar de Sevilla es difícil ver una fortaleza. Sin embargo, a pesar de los bellos adornos geométricos que nos muestran estos artesonados, lo fue, y muy dura



Cuenta el canciller Pedro López de Ayala entonces una visita protocolaria preñada de sentido: «Marchó entonces el maestre y fue a ver a doña María de Padilla y a las hijas del rey que estaban en otro sector del Alcázar, que dicen del caracol. Y doña María sabía todo lo que estaba acordado contra el maestre y cuando lo vio puso una cara tan triste que todos lo podían entender que ella era dueña muy buena... y no estaba de acuerdo con las cosas hechas por el rey y le afligía mucho la orden de muerte que habían dado al maestre.»

Este se despide sin notarlo, va en busca de sus hombres y descubre que todos habían salido por orden de la guardia. Asombrado vuelve con el rey y éste ordena a sus ballesteros: «¡Matad al maestre!» Sobreviene una escena dramática. Don Fadrique salta al corral «y echó mano a la espada, pero no la pudo sacar y cuando intentaba sacarla, se le trababa la cruz de la espada en la correa, de manera que no la pudo sacar». Y allí terminó a mazazos de los sicarios de un rey que acabaría sin vida en manos de

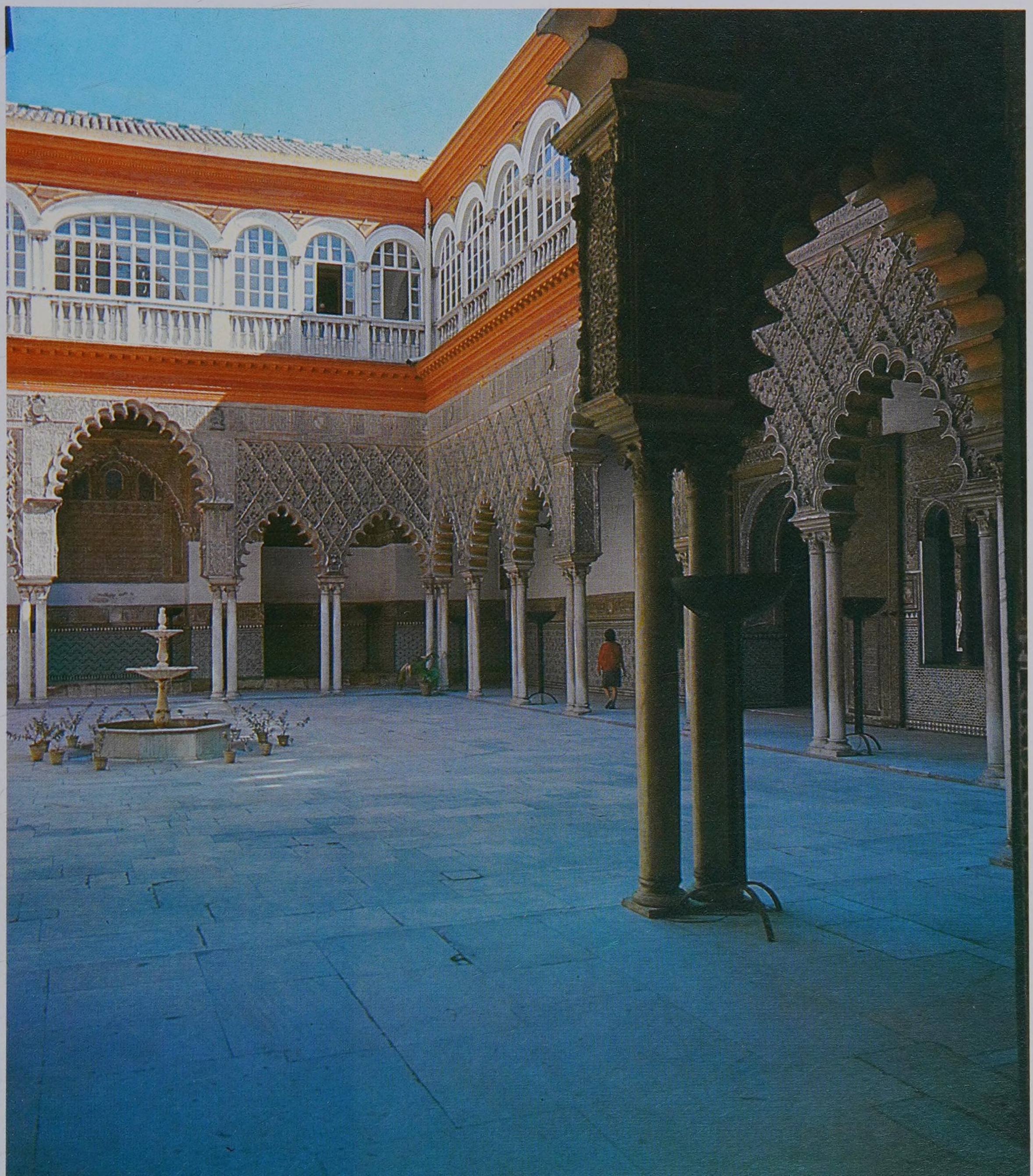


su otro hermano, Enrique... Tras la sangre florecieron las rosas. El Alcázar fue cada vez más palacio, las murallas parece que se han conservado sólo para proteger las flores; los distintos señores de España lo han considerado siempre su más bello rincón que cuidar y enseñar al ilustre visitante de lejanas tierras...
Sí, hoy el olor de la sangre se ha desvanecido entre los arriates del Alcázar... como ha perdido simbolismo una defensa adelantada del castillo, junto al río.

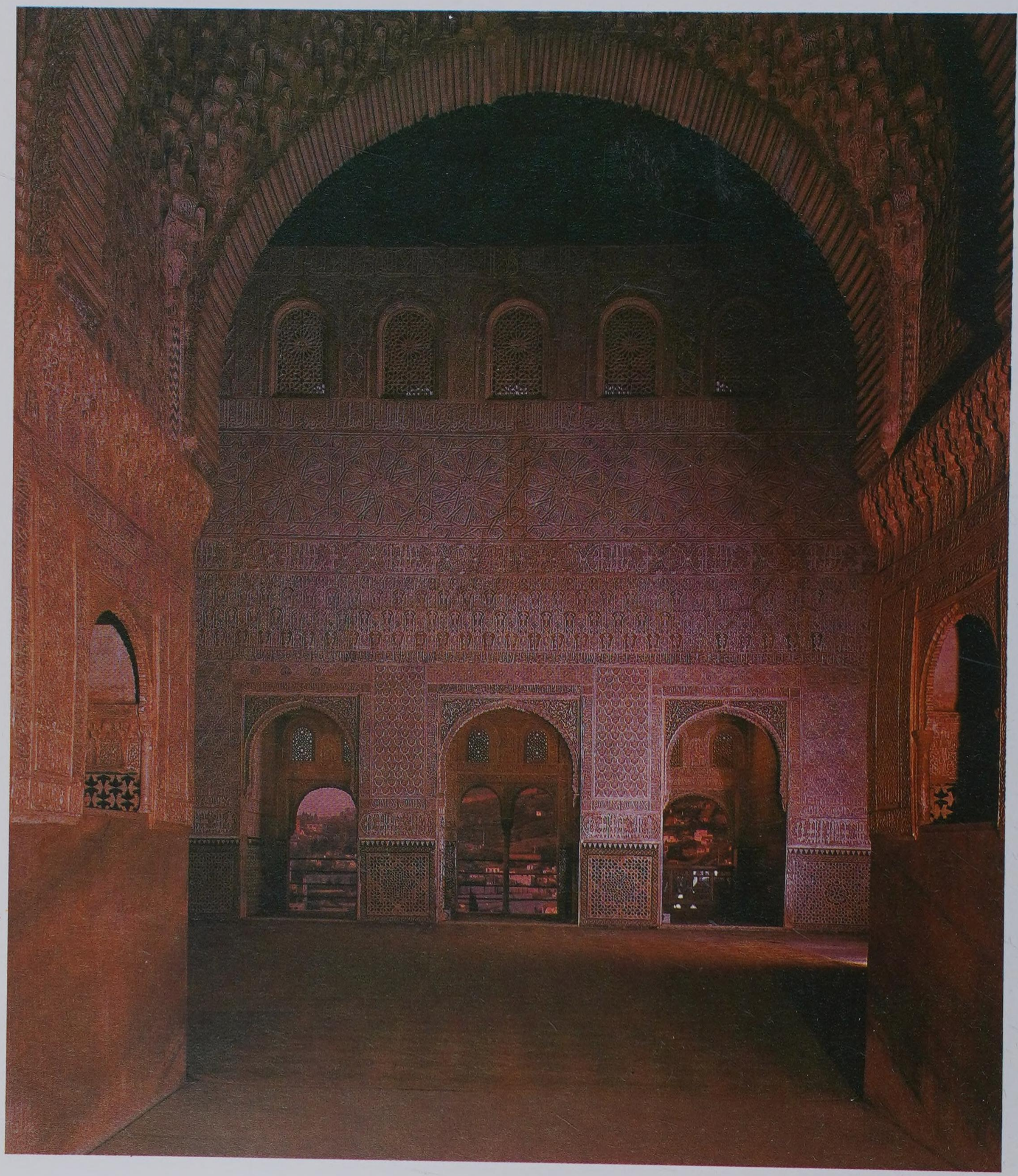
Arenal de Sevilla y olé
Torre del Oro
donde los sevillanos y olé
juegan al toro.

Hubo un tiempo en que los sevillanos a su sombra jugaban verídicamente a la guerra. La construyó Abu-el-Ola —suena a broma andaluza—, y se eleva exenta, dodecagonal, coronada de almenas en la margen izquierda del río Guadalquivir. Era como el centinela avanzado del Alcázar, asomado a las aguas del río para dar la alarma primero y resistir después la embestida del enemigo, dando tiempo a su hermano mayor para que se pusiera en guardia.
Sirvió además para guardar el oro de Pedro el Cruel y más tarde el que venía de América y le dio el nombre que hoy lleva.

El Alcázar de Sevilla fue ampliado y decorado por los reyes cristianos. Muestra de ello es el palacio construido por Pedro el Cruel, un núcleo del cual se centra en el patio de las Doncellas (der.)



ALHAMBRA, donde el salón mató la almena



La Alhambra es el más importante palacio musulmán que se conserva. A la izquierda, el salón de Comares, parte del palacio de Comares. A la derecha, la torre de las Damas, uno de los pequeños y suntuosos palacetes que contiene

¿Alhambra un castillo? ¿Los arabescos, las rosas del jardín, los doce leones de piedra mirando hacia los cuatro puntos cardinales, el salón de las sultanas un castillo? ¿Una áspera fortaleza? La sorpresa es natural. Pocas veces en la historia de la construcción española, un palacio ha podido borrar así las huellas de lo que fue. Para empezar, el nombre masculino en árabe, «Castel Alhamará», el castillo rojo, pasará a denominarse en castellano la Alhambra, voz femenina como corresponde a una apariencia dulce, sensual...

Por cuyo camino entró en la decadencia... Cuando nació, la Alhambra era, efectivamente, un duro castillo. Lo circundó de fuertes murallas Mohamed ibn al-Ahmar en el siglo XIII. Hizo la torre de la Vela que desde entonces es guía, santo y seña de los granadinos. Entonces no tocaba al alba la torre, porque la campana era aborrecida por los moros como símbolo de la odiada iglesia cristiana. «Cencerros colgados de las torres en vez del pescuezo de los bueyes.»

En el siglo XIV se va creando dentro de esas murallas un nuevo mundo: el mundo elegante del palacio. No hay más remedio que cruzarlas pero, ¿quién se fija en la puerta de la Justicia que mandó edificar Yusuf I? Inmediatamente después está el palacio de Comares y su salón del trono de once metros de lado. Cuando se cansa uno de ver alrededor, mira a la bóveda de madera policromada con dibujos estrellados; en lo alto, cenefas con versículos del Corán o poemas árabes. (Los artistas decoradores de la religión musulmana no pueden reproducir el rostro o el cuerpo humano

porque lo prohibió el Profeta. Por eso tienen que usar su imaginación en letras de graciosa caligrafía, haciendo encaje del yeso y aun del mármol, forzando la geometría hasta la belleza.)

Luego baños, patios, un mirador como el de Lindaraxa. Un ambiente que no habla para nada de guerra, sino de amor cortesano, de fiestas y música. «Escancia en rueda el vino en el jardín cubierto de escarcha; el vaso de vino nos mira con las pupilas de sus burbujas que sustituyen para nosotros a los ojos lánguidos. No creo que se hayan ocultado las estrellas del horizonte sino que se han trasladado de los cielos a los jardines», cantaba Ben el Zaqqac; el vino también había sido vetado por Mahoma, pero los ricos españoles hicieron mucho menos caso de la prohibición; o como decía Ben Hani unos siglos antes:

«Nuestros lechos sirvieron de vestido para nuestro vino y, para cubrirnos, la tiniebla rasgó sábanas de su piel.

»De corazón en corazón se acercaba el amor; de labio a labio volaba el beso.»

Fiestas en que se dan cita los mejores caballeros, donde a veces hay momentos de tensión:

Si tienes el corazón,
Zaide, como la arrogancia,
si a medida de las manos
dejas volar las palabras...

1492: Granada capitula ante los reyes Católicos y Boabdil les entrega las llaves de la ciudad (der. e izq., abajo, bajorrelieves de Felipe Bigarny, s. XVI, Capilla Real de Granada). A la derecha, arriba, pinturas de reyes nazaríes en la bóveda de la sala de los Reyes en la Alhambra

... El moro Tarfe está desafiando al rival que ante el rey se ha mostrado más ágil, más gracioso que él acallándole con frases elegantes y cortesanas que Tarfe, el rudo Tarfe, no sabía contestar.
El romance termina con una frase llena de plasticidad. Está tan irritado el caballero que...

Esto escribió el moro Tarfe
con tanta cólera y rabia,
que donde pone la pluma
el delgado papel rasga.

Luego envía al paje con la carta
y el mensaje.

... y dirás que le espero
do las tranquilas aguas
del cristalino Genil
al Generalife bañan.

Mientras los caballeros de la corte reñían, los reyes embellecían cada vez más la Alhambra, sin importarles el coste, pero exigiendo el trabajo:

El moro que las labraba
cien doblas ganaba al día
y el día que no las labra
otras tantas se perdía...

Toda belleza y fasto acostumbra a tener un castigo que los creyentes llaman de Dios y los historiadores constantes de auge y decadencia de los pueblos. A unos quilómetros de la brillante corte nazarí, unos reyes preparan tranquila, meticulosamente, la ofensiva final

de la España cristiana. El «Yo arrancaré uno a uno los granos de esa Granada», atribuido a Fernando, más que una reacción violenta resulta un plan de campaña de frialdad y cálculo absoluto. Todos los veranos, durante varios años, se repetirá la ofensiva, sin prisa pero sin pausa. Cuando llegue el invierno se fortificará lo conquistado y se preparará la próxima embestida. Alguna toma de ciudad, como la de Alhama, dará motivo a uno de los romances más conocidos en España, el de *¡Ay de mi Alhama!*

Paseábase el rey moro
por la ciudad de Granada,
desde la puerta de Elvira
hasta la de Bibarrambla.

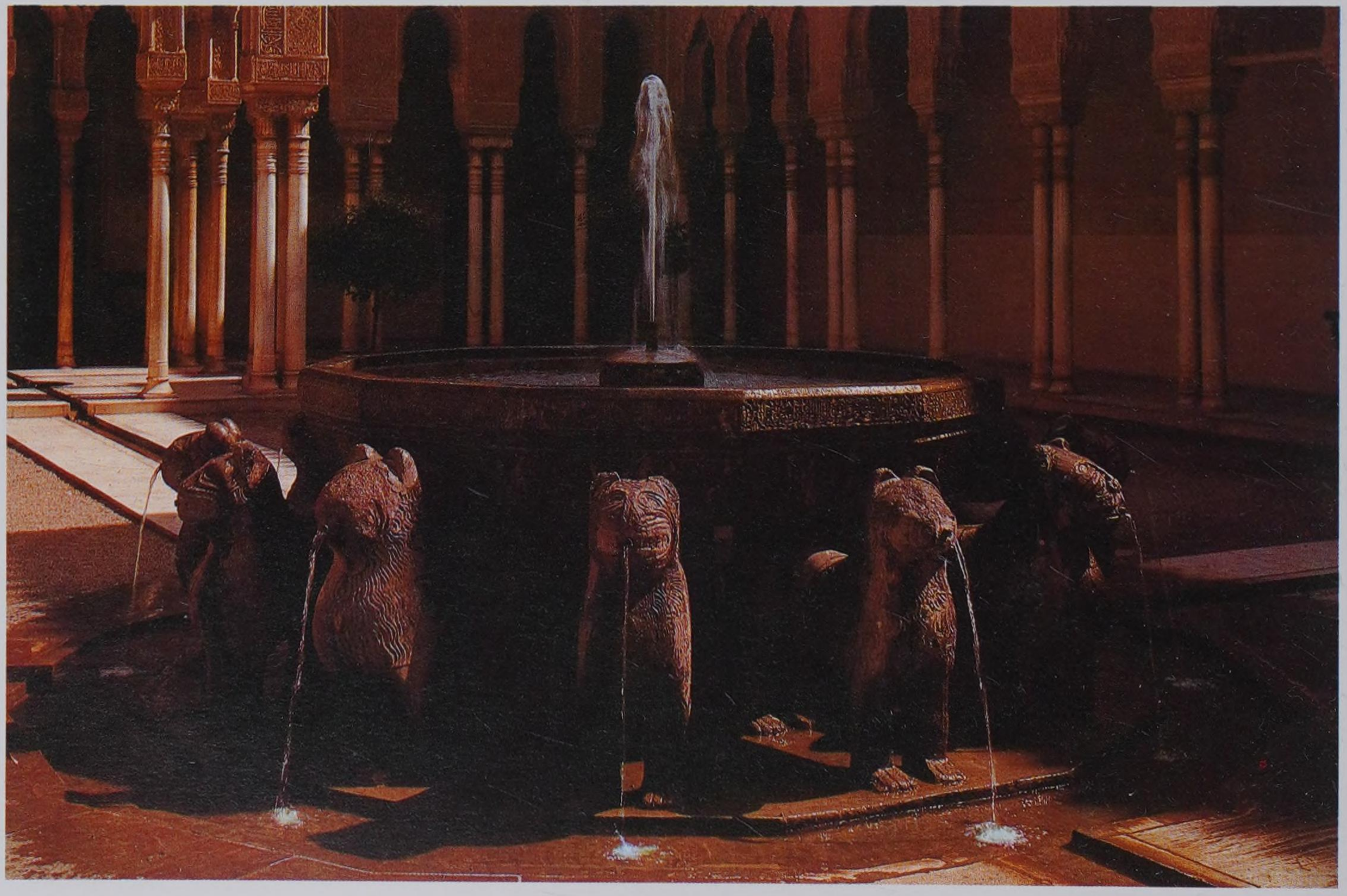
El monarca está nervioso, intranquilo; las noticias que recibe no son para menos...

Cartas le fueron venidas
de que Alhama era ganada
las cartas echó en el fuego
al mensajero matara.

Grita el rey pidiendo aviso y consejo ante tan trágico acontecimiento. Un viejo da la explicación:

Mataste los bencerrajes
que eran la flor de Granada,
cogiste los tornadizos
de Córdoba la nombrada.
Por eso mereces rey
una pena muy doblada
que te pierdas tú y tu reino
y aquí se pierda Granada.

Sí, esa había sido la suicida política de los reyes granadinos; en vez de guerra al cristiano, luchas intestinas, usurpación del poder, matanza de los rivales que hacían sombra al monarca.
El año 1491 va terminándose. Frente a Granada, un ejército



El agua –baños o fuentes– forma parte de la Alhambra, es una muestra más de la elegancia y el refinamiento que presidieron la vida del palacio. A la izquierda, patio de los Leones. A la derecha, patio de los Mirtos y detalle de una de sus columnas

preparado y paciente con un rey que sabe tiene en las manos el corazón de esa fruta cuya carne ha ido arrancando año tras año. Fernando no va a asaltar con sus mesnadas el castillo ni la ciudad. Con hábiles gestiones, ha puesto al rey Boabdil frente a los hechos consumados.

Granada está aislada, sus hermanos de religión no vendrán desde Africa a socorrerles, como hicieron en otros tiempos los almorávides, los almohades, los benimerines. Para él, Boabdil, habrá tierras, una buena renta, podrá irse con su familia, con sus tesoros.

Boabdil cede. La noche anterior a la rendición oficial se abrirá una puerta secreta y unos soldados cristianos tomarán las torres para evitar el intento suicida de los moros reacios a entregar su tierra al enemigo secular.

Luego, el cuadro histórico tantas veces reproducido. Boabdil sale al encuentro de los reyes. (Se ha estipulado que intentará arrodillarse y que Fernando e Isabel no lo consentirán. Así se salva la dignidad de todos.) Un heraldo sube a la torre de la Vela que en pocas horas reemplazará la media luna por la cruz cristiana. Y grita:

«¡Granada, Granada por los reyes don Fernando y doña Isabel!»

Entran los rudos cristianos a ver lo que han tomado. Más allá de las murallas está la residencia real. «¡Oh dioses inmortales, qué palacio! –exclamó Pedro Mártir de Angleria en una carta al cardenal Arcimboldi–. Cree, ¡oh purpurado romano!, que es único en el mundo.»

Hoy, casi cuatro siglos después, lo siguen creyendo así miles de visitantes. Qué belleza, qué refinamiento, qué elegancia...

¿La del castillo?

Ah, ¿pero la Alhambra era también un castillo?

ALMERIA o el sitio lírico

En 1937, durante la guerra civil española, fuerzas navales alemanas atacaron el puerto de Almería, entonces «republicano». La prensa del bando «nacional», simpatizando con el agresor, dio así la noticia: «Bombardeo del puerto militar fortificado de Almería», para que no se creyese que el objetivo había sido la población civil...

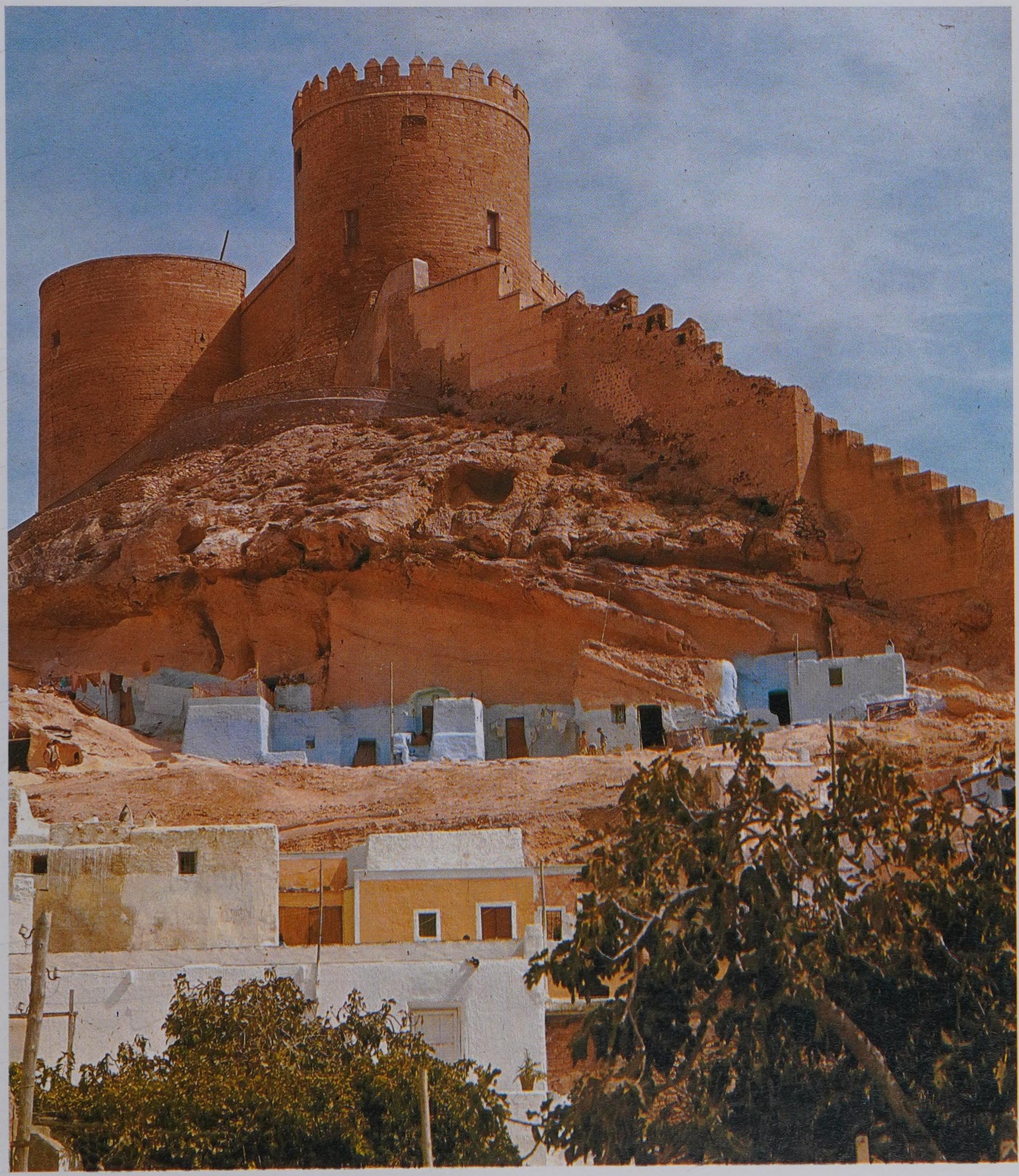
Es la última, esperemos, agresión militar a Almería, que por estar al borde del mar, está también en el borde de la frontera española. Su fortificación en 1937 era probablemente más bien pobre, pero durante siglos fue plaza fuerte y bien fuerte. Contra ella se rompió los dientes un ejército importante, el de Jaime II el Justo, rey de Aragón y de Cerdeña. Sucedió en el mes de agosto de 1309...

«El barcelonés, rey de Aragón, que Dios le traicione...» La exclamación revela la naturaleza nacional y religiosa de su autor. Efectivamente es un musulmán, Ahmad-ben-Al-Qadi, que nos trae de la mano Sánchez Albornoz. Para el cronista de esta fe, el nombre de Dios está siempre presente en sus escritos, tanto para solicitar su apoyo a los creyentes de Mahoma, como para rendir su condena para los infieles cristianos.

En este caso la influencia divina era necesaria porque el aragonés llegaba nada menos que con trescientos navíos pequeños y grandes, de guerra y comercio... Al día siguiente hizo desembarcar los caballos, equipaje y víveres junto a Al-Funt en un lugar llamado Birka-al-Safar.

La narración de Al-Qadi tiene un interés precioso porque nos muestra cómo se defendía una

La alcazaba de Almería era, como todas las alcazabas,
un castillo grande, edificado en lo alto de un cerro
y unido a la ciudad que defendía mediante lienzos de muralla.
A diferencia de los alcázares, aquéllas tenían sólo carácter militar



ciudad atacada por un enemigo potente.

«Usaban —advertía admirado— once catapultas y máquinas para bombardear la plaza... unas lanzaban piedras sobre las fortificaciones, otras en el interior de la ciudad y otras incluso sobre la fortaleza... las catapultas lanzaron durante el sitio 22 000 piedras... que pesaban de veinticinco a treinta libras cada una...» Contra esto «las gentes de la ciudad no poseían más que una bombarda con la que lanzaban piedras tanto hacia tierra como hacia el mar, según era preciso. Como fue dañada por una piedra procedente del campo cristiano, fabricaron otras tres».

Lo primero que hace el jefe de la fortaleza es destruir todas las casas que estuvieran cerca de las murallas para que no pudiesen servir de base al enemigo. Después se tapiaron las puertas de la ciudad con excepción de algunas estratégicas y las murallas fueron guarnecidas con peones y arqueros.

Un cronista musulmán no se limita a describir una batalla tácticamente, sino que anota también el elemento estético. Por ejemplo: «El miércoles, segundo día de su desembarco, los cristianos, cubiertos con hermosos trajes, avanzaron al son de clarines y tambores hasta el pie de la ciudad y allí libraron un violento y encarnizado combate.» Muchas veces se encuentra en las historias musulmanas la alusión al traje del soldado español cristiano, que les fascinaba.

El poeta Ben Sara (siglo XII) lleva la metáfora al extremo hablando de unas tortugas que se zambullen en una alberca: «...y si alguna vez asoman en sus juegos parecen soldados cristianos que llevan sobre los hombros escudos de ante».

El cronista bélico de Almería, en el más grave de los momentos, siente en lírico. Así «en el transcurso de esta misma jornada llegó tan gran número de tropas cristianas de infantería y caballería que cubrieron valles y montañas». Basta para dar una idea de la situación militar, pero el poeta que está dentro de él tiene que soñar: «Rodearon la ciudad como el halo rodea la luna y la espata la flor de la palmera.» Unos párrafos después el cronista nos describe lo que era un asalto a la ciudad amurallada. Los cristianos, al sonar una gran campana «que no toca sino cuando su rey monta a caballo», avanzaron en círculo alrededor de la ciudad, «dispusieron... altas torres de madera

A la izquierda, representación de un asalto medieval a una fortaleza (miniatura de «Ogier le Danois», 1492), y Jaime II de Aragón, que fracasó en el intento de tomar Almería. A la derecha, arriba, Fernando el Católico recibe las llaves de Almería (Juan de la Mata, 1852, Museo del Ejército, Madrid)

cargadas sobre carros para poderlas cambiar de lugar. Las guarnecieron con soldados y prepararon largas escaleras que apoyaron contra las murallas».

Es la estampa del asalto clásico repetida en tantos grabados y en tantas películas. Igualmente típica es la reacción desde dentro: «Los musulmanes les opusieron una viva resistencia, echaron sobre ellos desde lo alto de las murallas aceite y resina hirviendo y otras materias inflamables y les obligaron a batirse en retirada.»

No será lo único que les echen. Porque forzados por la necesidad ante un ataque ulterior, en el que el rey aragonés usa su marina y su infantería simultáneamente, alguien propone una acción de guerra psicológica: «Echad sobre ellos el contenido de los fosos de las letrinas. Nada puede humillarles tanto...» El corresponsal apunta encantado: «Tuvieron gran acierto en hacerlo porque de tal modo se reunieron dos cosas que van juntas: los españoles y los excrementos. Los caballeros vestidos con hermosos trajes se encontraron cubiertos de porquería y fueron objeto de burla para sus camaradas. El ardid fue más ingenioso que combatir y Alá concedió así tregua a los musulmanes.»

Naturalmente hacía falta algo más que materias fecales para

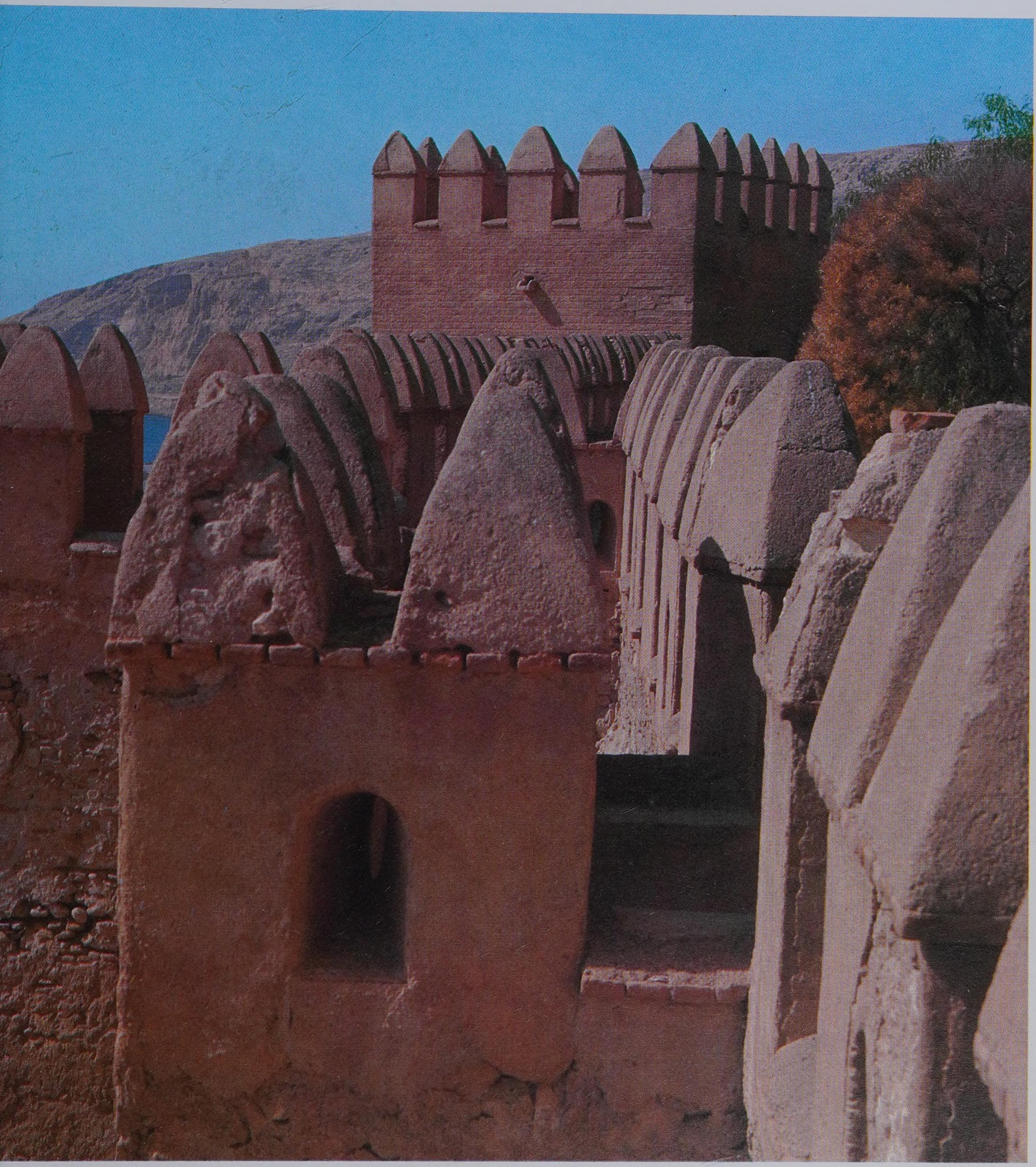
expulsar a los tenaces sitiadores. De Granada llegó el auxilio para la ciudad sitiada y los españoles fueron atacados a su vez por el frente y la retaguardia. Un intento de sorpresa aborta ante los gritos de un centinela y el cronista advierte una curiosa nota de proporción. «Las gentes llegaron en tal número que al cubrir los parapetos parecían éstos más pequeños.»

Los intentos siguientes también conocen el fracaso y por fin los sitiadores se comprometen a retirarse a cambio de algún dinero: «El ejército se

puso en camino con su rey humillado, acompañado de la cólera de Dios hacia su maldición, a su peor destino del jueves 22 de xaba. El sitio había durado seis meses algunos días...»

Quizá su dios se cansó de encolerizarse. Porque unos años después Almería volvía a ser, ya definitivamente, cristiana.

A la izquierda, sello de Jaime II de Aragón.
A la derecha, detalle de las murallas de la Alcazaba de Almería



VALDE
ALLERO

CADIZ, la que canta en los sitios

A Cádiz todavía se entra por la puerta de una muralla: Puerta de Tierra; con este gracioso nombre indican los gaditanos la única comunicación que les lleva a donde viven los demás mortales. Por todos los demás lados, el mar: la «salada claridad» que grabó Manuel Machado...

Ciudad con una sola puerta,
un istmo: ciudad difícil de tomar. Pero el mar es su otra muralla y si alguien lo domina su caída es inevitable. Así ocurre a últimos del siglo XVI y cuando el conde de Essex entra en Cádiz. Un movimiento de estupor en toda España. ¿El imperio herido en su propia carne? El doctor Méscue se indigna contra el invasor:

Cádiz les sea cáliz de amar-
[gura
su armada se les hunda,
y deje fin protervo
el águila española al inglés
[cuervo.

La ocupación de la ciudad duró lo que el inglés quiso prolongarla, mientras un militar llamado Becerra hacía grandes, sonoros e inútiles preparativos de combate muy cerca.

Vimos en julio otra semana
[santa
atestada de ciertas cofradías
que los soldados llaman
[compañías
de quien el vulgo, y no el
[inglés, se espanta...
Hubo de plumas muche-
[dumbre tanta
que en menos de catorce
[o quince días
volaron sus pigmeos y
[Goliás
y cayó el edificio por la
[planta.
Bramó el Becerro y púsolas
[en sarta,
tronó la tierra, oscurecién-
[dose el cielo,
amenazando una total ruina.
Y al cabo, en Cádiz, con
[mesura harta,
ido ya el conde sin ningún
[recelo,
triunfando entró el Gran
[Duque de Medina.

El autor de este sarcástico soneto había escrito otro anterior alabando la Armada Invencible a la vuelta de su fracaso y animando a España a no

El nombre de Cádiz va indisolublemente unido al de las primeras cortes constituyentes y a la primera constitución, que sería derogada por Fernando VII (izq.), restaurador del absolutismo

perder la esperanza en su destino. Han pasado ocho años y un gran descorazonamiento político y humano está cambiando a un autor que se llama Miguel de Cervantes.

Después, Cádiz se duerme tras el mar y las murallas hasta que la despiertan los cañonazos más tristes de la historia de España. De Cádiz, efectivamente, sale la armada franco-española que ha de terminar sus días en Trafalgar. A Cádiz volverán, destrozados y humillados, los pocos navíos que se puedan salvar; Cádiz se vestirá de luto. Unico consuelo: «Los ingleses han tenido también desgracias de consideración en este combate en el cual murieron lord Nelson y otros oficiales de distinguido mérito», relata la *Gazeta de Madrid* (5 noviembre de 1805).

Pasan cinco años y el nombre de Cádiz, en lugar de asociarse a una derrota, lo hará a una victoria doble: patriótica y política. Mientras toda España es presa de la oleada militar francesa allí, en el fondo de la península, queda una plaza libre. Esta vez su muralla abierta —el mar— está protegida por los aliados ingleses. Sólo hay que defender contra Soult las murallas que miran a tierra, con tiros y con coplas:

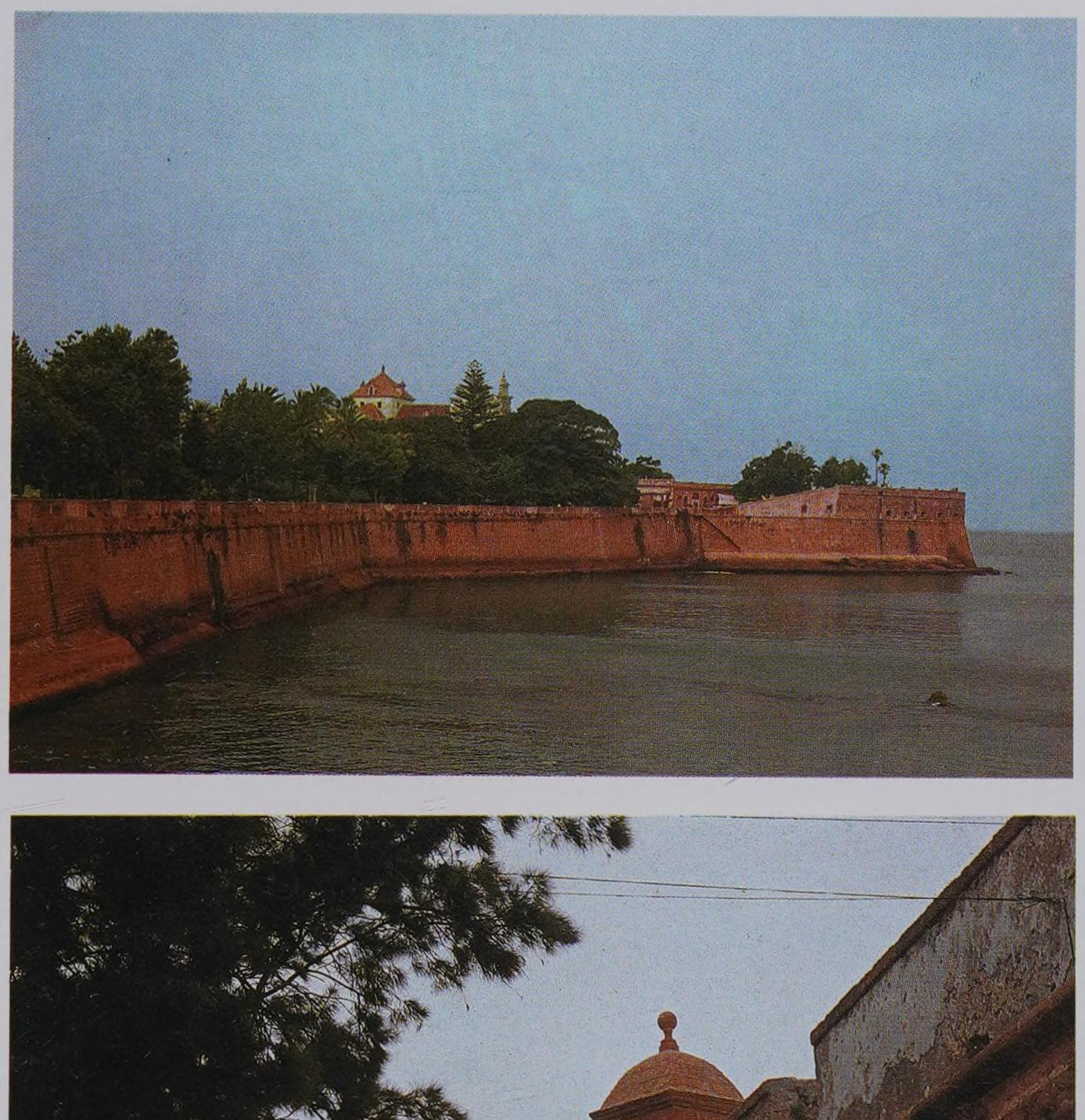
Con las balas que tira
el mariscal Soult
hacen las gaditanas
mantillas de tul.

«A Cádiz todavía se entra por la puerta de una muralla: Puerta de Tierra...» (izq.)
«... Por todos los demás lados, el mar...»

Con las bombas que tiran
los fanfarrones
se hacen las gaditanas
tirabuzones.

Y además de defender su suelo, defienden una nueva concepción de la vida. Mientras no se deja entrar a los franceses de fuera, muchas de sus ideas están dentro, en la flamante Constitución de 1812, que recuerda en muchas de sus cláusulas la de 1791 promulgada en París. Una Constitución redactada con fondo de metralla. La España liberal que nace en Cádiz tenía que morir en Cádiz. Allí se refugia el gobierno ante otra invasión francesa, la del duque de Angulema, que quiere devolverle a Fernando VII el título de monarca absoluto. Pero esta vez no hay unión sagrada entre los gaditanos, tener al rey prisionero les parece a muchos como excesivo; Cádiz abrirá las puertas a Angulema y a la represión absolutista que seguirá durante varios años...

Ha pasado el tiempo. Cádiz ha saltado la muralla... sin tocarla, afortunadamente. Puerta de Tierra sigue siendo lo que era, el camino hacia España y el mundo de una población arropada en mar y piedra; es la única ciudad española que haya nacido como tal ciudad, no del terruño o de la tierra de labor. Los gaditanos han sido ciudadanos desde que nacieron hace dos mil años.



DATOS

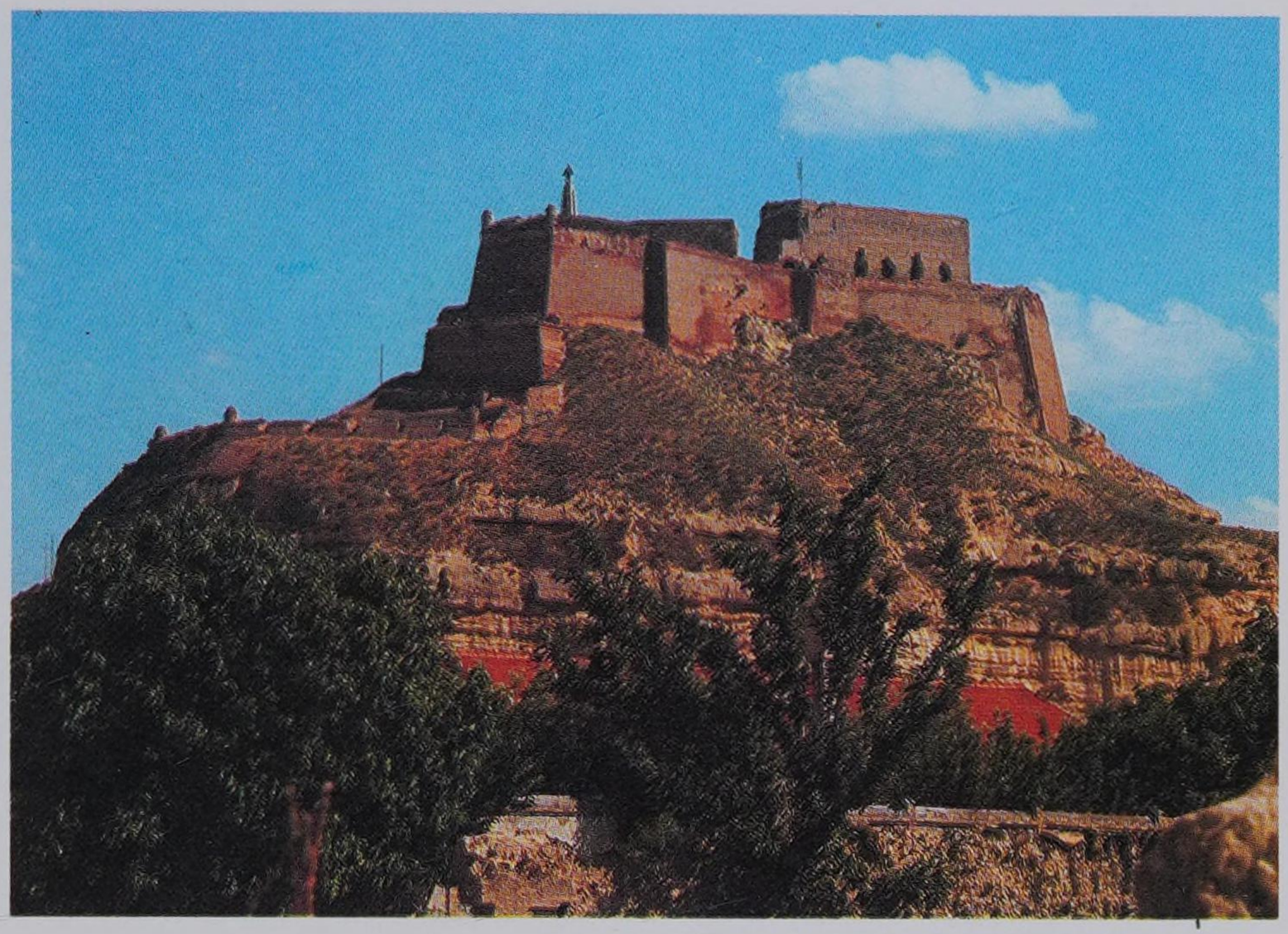
Mandó construir el *Pazo de Meirás* (La Coruña) la condesa de Pardo Bazán a finales del siglo pasado. Detrás de dos macizas torres cuadradas de estilo románico, con matacanes decorativos y almenas, se tiende una casa señorial con todas las comodidades dentro de una arquitectura espaciosa y palaciega.

En *Fuenterrabía* u Ondarrabia (Guipúzcoa) se halla el palacio real, reconstruido por los Reyes Católicos y terminado por Carlos V, por lo que también se le llama palacio de Carlos V. Posee una noble fachada del siglo XV. En la actualidad es Parador nacional de Turismo. En las murallas de la ciudad, del siglo XV, se abre la puerta de Santa María, por la que se accede a la ciudad vieja.

El castillo de *Muñatones*, cerca del cual se halla el Parador nacional de Muñatones, está situado en los alrededores de San Juan de Somorrostro, en la zona de Musques, o Muskes, en Vizcaya. Se trata de un castillo del siglo XIV, que actualmente está en ruinas, salvo los sencillos y poderosos muros exteriores, construidos sobre una planta cuadrada.

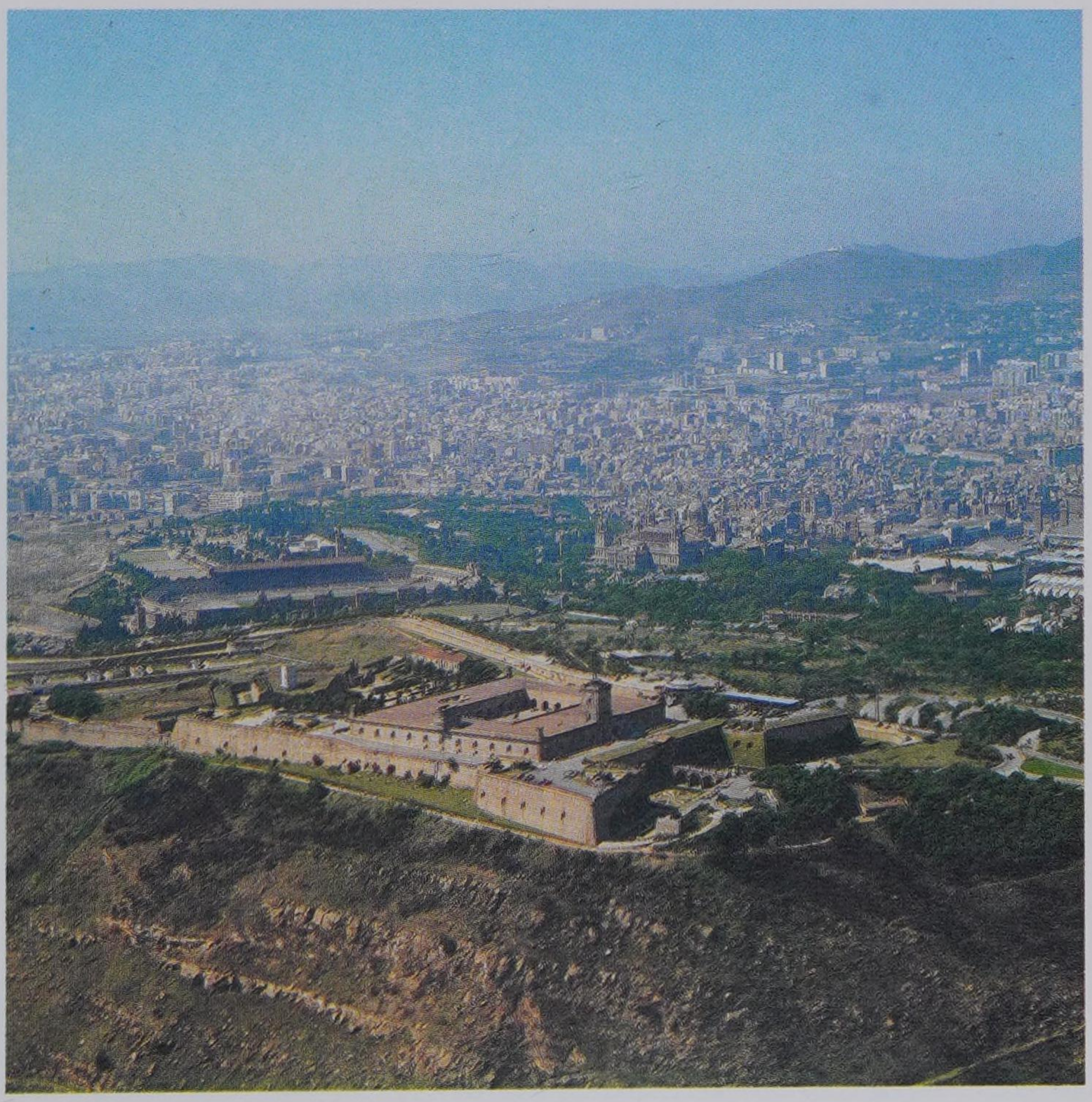
El castillo de *Loarre* (Huesca), emplazado sobre un antiguo castro romano (Calagurris Fibularia), fue fundado por el rey Sancho I Ramírez de Aragón sobre una estribación de la sierra de Guara.
De planta irregular, con un doble recinto de murallas reforzadas por torres, es el más importante castillo románico de España. Fue residencia de los reyes de Aragón. El mismo Sancho I fundó en su interior un monasterio, para canónigos agustinos, en estilo románico aragonés, perfectamente conservado, y que forma parte del castillo.

El castillo de *Monzón* (Huesca), cuyas murallas exteriores son de ladrillo, fue cedido a los templarios por Ramón Berenguer IV en 1143. Pasó su infancia en él Jaime I el Conquistador, bajo la tutela de Guillermo de Montredón, gran maestre del Temple. Cuando la orden de los templarios fue disuelta, Jaime II cedió el castillo en 1318 a los caballeros hospitalarios de San Juan de Jerusalén. Fue el lugar donde con mayor frecuencia se reunieron las cortes de Aragón, desde las primeras de 1134 hasta las últimas, en 1701.



Sobre la colina de *Montjuich* o Montjuïc (Barcelona) se halló el poblado ibérico de Laye, capital de los layetanos. En el siglo III a. JC., los romanos construyeron una fortaleza, que desapareció en tiempos de Augusto.

El castillo que actualmente corona la colina se comenzó a construir en el siglo XVII, y sirvió repetidamente para bombardear la ciudad de Barcelona. Fue guarnición militar hasta 1960, en que el castillo fue cedido a la ciudad y se instaló en él un museo militar.



El castillo de San Fernando, junto a *Figueras* o Figueres (Gerona) fue construido en 1753, reinando Fernando VI. Se trata de una construcción hundida, del tipo que desarrolló Vauban, de tal manera que no se ofrecen grandes muros a la vista, lo que hace que el castillo sólo sea alcanzable con los obuses y morteros de tiro curvo.
No obstante, en la guerra de 1793-95 contra la Francia revolucionaria, el castillo se entregó sin lucha, a pesar de que el ejército francés carecía de artillería.

El castillo de *Bellver*, cerca de Palma de Mallorca fue construido a partir de 1309 bajo la dirección del maestro Pere Salvà para Jaime II de Mallorca. Su línea es totalmente circular: la planta, el patio interior, de dos pisos, las tres torres y los cuatro garitones. Enlazada mediante un arco ojival, se halla en su exterior la torre del homenaje, también circular, de unos quince metros de altura.

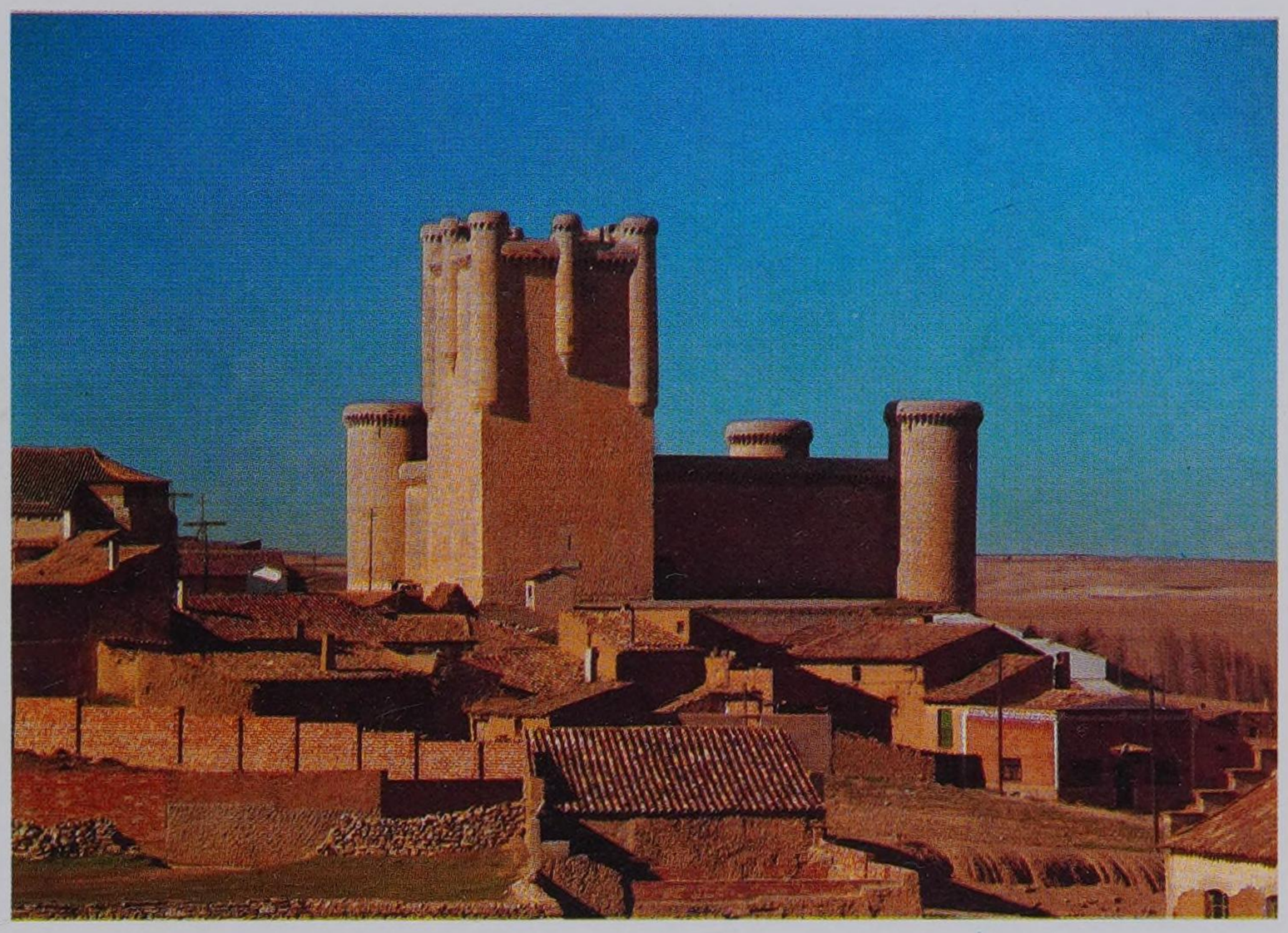
Los orígenes del castillo de *la Mota* (Valladolid), se remontan a la alta edad media. En su forma actual fue edificado, al parecer, por Fernando Carreño en el reinado de Juan II (ca. 1440), aunque lo reformaron los Reyes Católicos, quienes lo dotaron de fosos, caminos de ronda protegidos, almenas, cañoneras para el tiro rasante de artillería y la gran torre del homenaje. Es de hormigón revestido de ladrillos.
Se compone de un castillo poligonal, en el que se halla la torre del homenaje, rodeado de un recinto exterior.

El castillo de *Simancas* (Valladolid), consta de un primer recinto exterior, en base de pentágono irregular, constituido por una muralla reforzada con cubos redondos. Tiene dos puertas defendidas por cubos.
El edificio interior fue adaptado en tiempos de Felipe II, por los arquitectos Herrera y Mora, a las necesidades de Archivo histórico nacional.

El castillo de *Peñafiel* (Valladolid), de planta alargada y estrecha, consta de dos recintos. El exterior, probablemente del siglo XI, tiene una sola puerta, defendida por los dos únicos cubos que presenta ese muro. El segundo, que mide unos 200 metros de largo por 20 de ancho, es de finales del siglo XII o principios del XIII. Se compone de una formidable torre del homenaje, de planta rectangular, y lienzos de murallas apoyadas en 30 torres separadas de 10 a 15 metros entre sí.

En *Tordesillas* (Valladolid), Juana la Loca residió en el convento de Santa Clara, construido en principio como palacio, hacia 1350, por Alfonso XI. También residió en este palacio Pedro el Cruel, que fue quien lo transformó en convento. Se trata de un notable edificio de arte mudéjar, cuyos baños árabes son, después de los de la Alhambra, los más completos de España. La iglesia, del siglo XIV, posee una sola nave, cubierta con bóvedas de crucería, y una capilla mayor con rica techumbre de madera. Son de interés las capillas de Fernán López Saldaña, construida en 1430 por León Guillén de Rohán, y la Dorada, con bóveda de entrelazos mudéjares.

El castillo de *Torrelobatón* (Valladolid) perteneció a la familia de los Henríquez, almirantes de Castilla. Su planta es cuadrada, con cubos circulares en tres de sus ángulos, mientras que en el cuarto se alza una robustísima torre del homenaje, que tiene como adorno ocho cubos volantes, cuatro angulares y cuatro entre los anteriores, algo más pequeños. Tuvo tres pisos y se entraba en ella por un puente oscilante. Se conserva la galería subterránea de escape. Se considera que fue construida en el siglo XIII y carece de almenas.



De *Numancia* (Soria), en el cerro de Garray, apenas quedan unas pocas ruinas. El emplazamiento de la ciudad fue establecido en 1860 por E. Saavedra. A. Schulten inició en 1905 las excavaciones. Se ha descubierto una ciudad arévaca de pequeña extensión en la cima del cerro. Esta ciudad indígena constaba de casas de piedra y adobe, de unos 40 m^2 de superficie, y habría albergado unos 10 000 habitantes. Poseía un sistema de canalización de aguas residuales.
Sobre sus ruinas se construyó, tras la conquista en el año 153 a. JC., una ciudad romana, mucho más extensa, con una muralla de 3100 metros de perímetro, poblada mayoritariamente por pelendones, a los que los romanos vendieron las tierras de los arévacos.

Ya en el siglo XI existía una fortaleza en *Segovia*, construida por los califas cordobeses, donde se levantaría el alcázar. Alfonso X la ampliaría, adaptando la construcción siempre al espolón sobre la confluencia de los ríos Eresma y Clamores. La construcción alargada ha condicionado la existencia de dos patios, uno tras la torre de Juan II, la torre sobre la puerta de entrada, y otro ante la torre del homenaje.
Felipe II hizo cubrir de pizarra toda la techumbre del alcázar por emplomadores ingleses y flamencos.

Pedraza de la Sierra (Segovia) está situada en lo alto de un cerro. Contiene los restos románicos del castillo de los Velasco y varias casas señoriales alrededor de sus plazas. El castillo estricto tiene la planta en forma de un enorme polígono irregular. La abertura de entrada es un arco ojival del siglo XVI protegido por dos grandes garitones. La gran puerta de madera está aún parcialmente cubierta de agudas puntas de hierro en forma de pequeñas pirámides.

Villaviciosa de Odón (Madrid) está situada en las Mesas de Navalcarnero, sobre el valle del Guadarrama. Es de planta cuadrada con tres torres circulares sumamente macizas en tres de sus ángulos y una torre cuadrada en el cuarto, algo más alta. Fue reconstruido en 1583 por Juan de Herrera.

Alfonso VI fundó el Alcázar de *Toledo* al poco de la reconquista de la ciudad en el lugar donde hubo un campamento romano. Alfonso VIII y, sobre todo, Alfonso X el Sabio lo embellecieron, dándole su forma actual, un cuadrilátero reforzado de torres cuadradas en sus ángulos. De esta época data su fachada oriental hacia el puente de Alcántara, dotada de matacanes. Cuando Carlos V hizo de Toledo su capital, confió la reconstrucción a Alonso de Covarrubias, quien añadió un portal plateresco en la fachada occidental. Felipe II mandó que Juan de Herrera construyera la fachada principal, la meridional, la más majestuosa y regular.

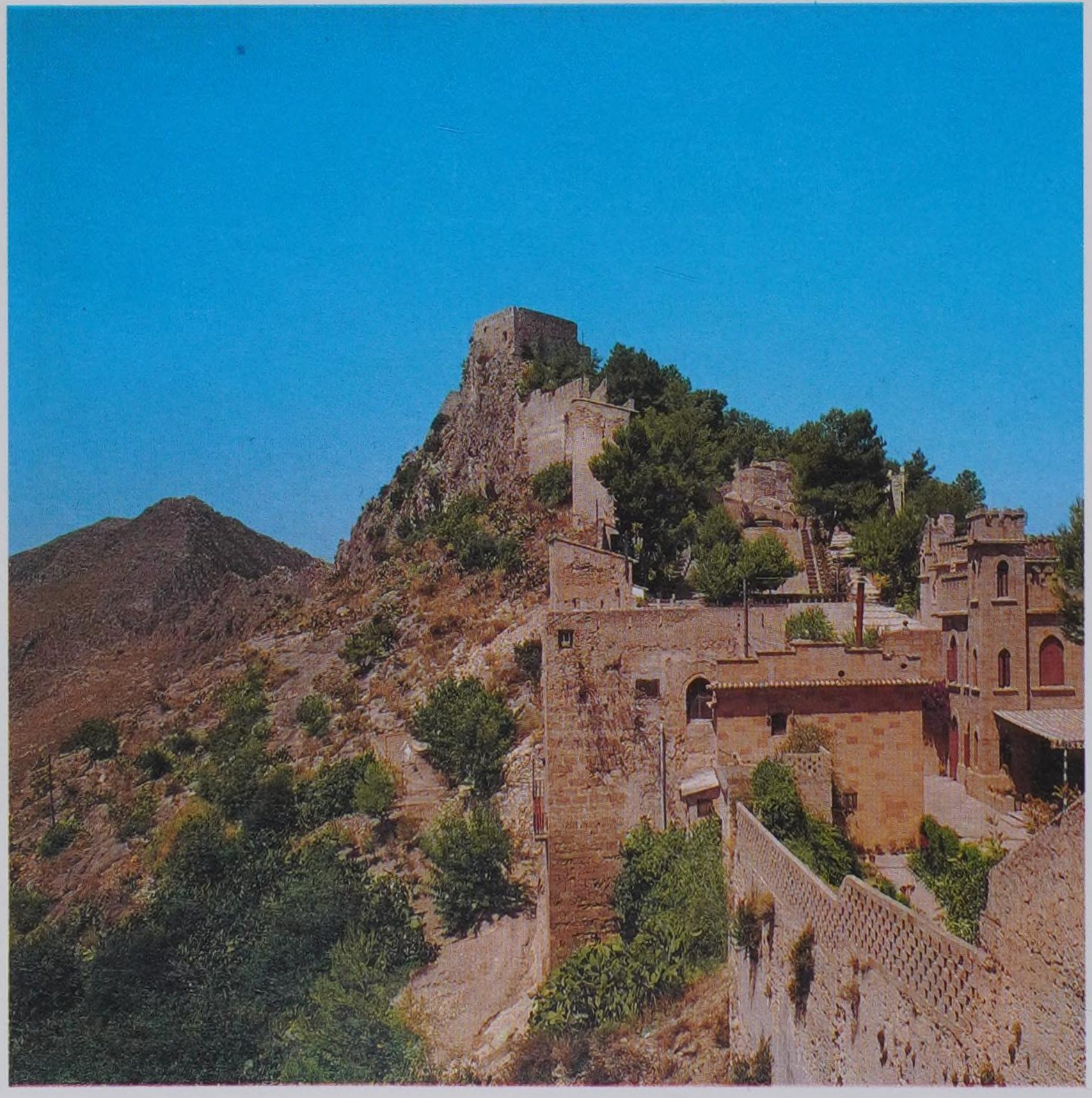
El castillo de *Consuegra* (Toledo) se compone, en la actualidad, de unas ruinas formidables situadas sobre un campamento romano perteneciente a la población que fundara Trajano. El propio castillo es de planta poligonal; está dotado de unas impresionantes torres en sus ángulos y rodeado por dos circuitos de murallas exteriores, de trazado irregular.

El castillo de *Belmonte* (Cuenca) es uno de los más hermosos que se han conservado en España. Es especialmente precioso el interior, con un patio de dos pisos de galerías ojivales, ricos artesonados, soberbias chimeneas, ventanas labradas. El propio castillo es de planta estrellada, con robustas torres cilíndricas y un doble cinturón de murallas exteriores.

En la cima del peñón de *Peñíscola* (Castellón) está el castillo, muy bien conservado, probablemente fundado por los templarios en el siglo XIII. Luego pasó a la orden de Montesa y fue, más adelante, residencia del papa Benedicto XIII, quien levantó la torre llamada del papa Luna, y de su efímero sucesor Clemente VIII.
La fortificación que rodea toda la población es de tiempos de Felipe II, construida por Bautista Antonelli.

El castillo de *Morella* (Castellón) fue construido en la época de Pedro IV de Aragón. La edificación consta de dos plazas; en los recintos de la inferior se disponían los reductos empleados como cuarteles, y sus murallas se unían a las de la ciudad. En el centro de la segunda se eleva un peñasco, que, doce metros más arriba, sustenta el castillo superior. La ciudad conserva sus murallas medievales, de unos 2500 metros de longitud, con cuatro puertas (entre ellas el portal de San Mateo) y catorce torreones.

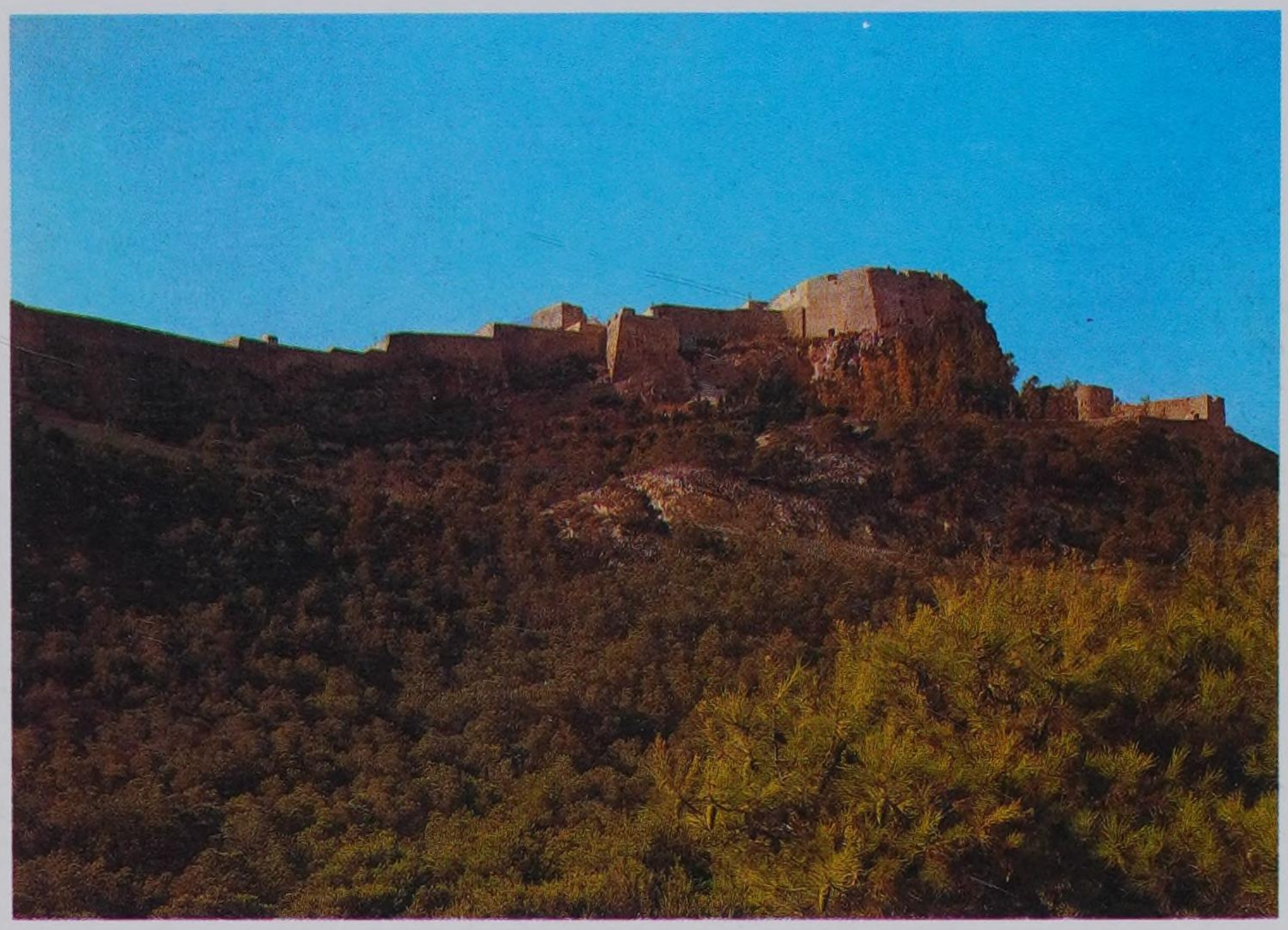
La acrópolis de *Sagunto* (Valencia) comprende un complejo sistema de fortificaciones de todas las épocas: desde el aparejo pseudociclópeo del recinto ibérico (el destruido en el asedio de Aníbal en 219 a. JC., pero del que subsisten fragmentos en la vertiente oriental), los sólidos muros romanos, de sillares bien labrados, las dubas medievales, hasta las obras del siglo XIX.
Del teatro romano subsisten la base de la escena, la orquesta y 33 gradas. Tiene un diámetro de 50 metros y tenía un aforo de 6000 espectadores.



El castillo de *Játiva* o Xàtiva (Valencia) se compone, en realidad, de dos, llamados, respectivamente, Menor y Mayor. La entrada es única para ambos, situada a nivel inferior al de los castillos. Su origen es romano, si bien el Menor se basa en construcciones anteriores, y sufrieron más tarde ampliaciones árabes y góticas. Se penetra en el recinto por la torre del homenaje, que da paso al patio de armas, del cual parten los caminos hacia ambos castillos. La construcción árabe es más patente en el castillo Mayor, cuyo muro izquierdo está flanqueado por torreones cúbicos árabes que alternan con torres cuadradas cristianas.

Valencia fue colonia griega, cayó en manos de los cartagineses y más tarde de los romanos. Fue visigoda de 413 a 714. El Cid la conquistó en 1094, pero su esposa Jimena la perdió en 1099. Jaime I de Aragón la conquistó en 1238.
Los restos más notables son la puerta de Serranos, construida por Jaime I, flanqueada por dos fuertes torres añadidas en 1398, ejemplo de arquitectura gótica militar; y la puerta de Quart, entre dos enormes torres alzadas por Pere Bonfill (1441-1460) en el estilo del Castel Nuovo de Nápoles.

La única entrada posible al recinto de *Guadalest* (Alicante) es a través de un portal abierto en la grieta de una roca, al final de una empinada rampa y de un túnel de 15 metros.
La fortaleza árabe, que incluye toda la población, fue conquistada por Jaime I de Aragón a finales del siglo XIII.
Del castillo en sí apenas queda nada, pues sufrió un terremoto en 1644, una mina voló la fortaleza árabe el 4 de abril de 1708, durante la guerra de Sucesión, y las murallas se acabaron de destruir en 1848, durante la segunda guerra Carlista.



El castillo de *Santa Bárbara* (Alicante) domina la propia ciudad de Alicante o Alacant y ha cambiado, pues, de manos cuantas veces se conquistó la ciudad, a pesar de su aspecto inexpugnable, en el que los muros parecen fundirse con las rocas del cerro sobre el que se apoya.

El castillo de *Almansa* (Albacete) se alza sobre un escarpado cerro en la parte norte de la ciudad.
Los varios recintos de murallas y torres semicirculares trepan por las rocas hacia la cima, donde se asienta la maciza torre del homenaje, de origen árabe.

Chinchilla de Monte Aragón (Albacete) posee en su parte más alta un castillo del siglo XV, construido en la época de Juan de Villena, de planta circular, cuyo recinto de murallas exteriores está fortalecido por numerosos torreones circulares y torres semicirculares.

El Alcázar de los Reyes Cristianos, de *Córdoba*, un recinto rectangular reforzado por torres, contiene un palacio construido tras la reconquista, en el siglo XIV, por Alfonso XI. Algo más allá, en las murallas árabes, se halla la puerta de Almodóvar.
La primera protección de la ciudad, al otro lado del río, frente al puente romano, es la torre de la Calahorra, bastión almenado provisto de matacanes.

Del Alcázar de *Sevilla*, vieja fortaleza y residencia de los almohades y de los reyes taifas edificada el año 712, quedan algunos restos en el actual, que es el resultado de las múltiples reformas efectuadas después de la reconquista de Sevilla en 1248. Su parte más espectacular, el palacio construido por Pedro I el Cruel en 1364-1366, tiene dos núcleos principales, centrados en el «patio de las doncellas» y el «patio de las muñecas». Posteriores reformas añadieron estancias fastuosamente decoradas en estilo mudéjar y plateresco.

La *Alhambra* (Granada) es uno de los castillos que ocupan la acrópolis de Granada, a la que se accede por la puerta de las Granadas, bajo la vigilancia de las Torres Bermejas. Dentro del recinto amurallado, protegido por 27 torres y bastiones, se halla la alcazaba, la construcción más antigua, pues data del siglo XIII, con su propia torre del homenaje. Hacia el este, sobre la misma colina, la Alhambra propiamente tal, resplandeciente castillo-palacio construido en el siglo XIV por Yusuf I y su hijo Mohamed V. A su lado, el inconcluso palacio de Carlos V, construido a partir de 1526 por Pedro Machuca.

Almería nació durante la dominación musulmana. Se convirtió en arsenal y puerto principal del califato omeya. Tras la desmembración de éste, fue capital de uno de los reinos de taifas. En 1147 fue conquistada por Alfonso VII, pero se perdió en 1157 ante los almohades. En 1489, en tiempos de los Reyes Católicos, fue reconquistada definitivamente.
De los musulmanes conserva una fuerte alcazaba, con murallas que completan sus defensas. Levantada en el siglo VIII por Abd al-Rahman III y ampliada en el X por Almanzor.

Cádiz había estado totalmente rodeada por sus murallas hasta entrado el presente siglo, en que se derribaron los lienzos que dan al puerto, principalmente.
Las murallas datan del siglo XVI y fueron considerablemente reforzadas después del ataque angloholandés de 1596, bajo las órdenes del conde de Essex. Además de la puerta de Tierra, antiguamente su única vía de comunicación con la lengua arenosa que la une a tierra firme, quedan, a modo de baluartes, los castillos de Santa Catalina y de San Esteban.

INDICE DE MATERIAS

5 Puente levadizo
6 Pazo de Meirás, donde ardió la historia
12 Fuenterrabía, hostal de famosos
16 Muñatones o un padre valleinclanesco
20 Loarre, que vio alzarse por rey al de Urgel
26 Monzón o el templario
30 Montjuich, la amenaza...
36 Figueras, donde murió un héroe y una república
42 Bellver, la belleza hecha prisión
50 La Mota, prisión de grandes señores
58 Simancas y el obispo asesino
64 Peñafiel, gozne de León y Castilla
70 Tordesillas, donde casi triunfó la Comunidad
76 Torrelobatón o el fin de un sueño
82 Numancia, donde flota la muerte
90 El Alcázar volante
96 Pedraza y su misterio
102 Villaviciosa de Odón, donde el valido no vale
108 El Alcázar de Toledo, protagonista de España
116 Consuegra, el castillo que fue dote
122 Belmonte o el ejemplo para otros
130 Peñíscola o la testarudez de un papa
136 Morella o el enfurecido español
142 Sagunto, escena y escenario
150 Játiva y el duque enamorado
156 Valencia del Cid
164 Guadalest o la sombra morisca
172 Santa Bárbara ya no truena
178 Almansa ve un cambio dinástico
184 Chinchilla, la de los presos célebres
188 Córdoba, lejana y sola
196 El Alcázar de Sevilla, cuando el castillo se hace jardín
204 Alhambra, donde el salón mató la almena
212 Almería o el sitio lírico
220 Cádiz, la que canta en los sitios
226 Datos
246 Indice
248 Documentación fotográfica

INDICE

Abenhut 193 s.
Abu-el-Ola 202
Acuña, Antonio de 60 s.
Ahmad-ben-Al-Qadi 214
Alba, duque de 15
Alfonso I el Batallador 66
Alfonso V de Portugal 128
Alfonso V el Magnánimo 152
Alfonso VI 110, 118 ss., *118*, 162, 198, 235
Alfonso VII 110, 120
Alfonso VIII 112 s., 235
Alfonso X el Sabio 66 ss., 93, 176, 191, 200, 234 s.
Alvarez de Castro, general 40, *41*
Amílcar Barka 144, 174
Ana de Austria 14
Anglería, Pedro Mártir de 54, 211
Angulema, duque de 225
Aníbal 147 s., 238
Antonelli, Bautista 237
Appiano 84, 87
Arévacos 84
Ariete *86*, *87*
Averroes 190, *194*
Avicena 190

Baroja, Pío 8
Batalla con elefantes *146*
Bel Alkama 158
Ben el Zaqqac 208
Ben Hani 208
Ben Sara 216
Benedicto XIII 133 ss., 237
Berenguela 110
Blanca de Borbón 113
Boabdil *209*, 211
Bonfill, Pere 239
Bonifaz, Ramón 198
Bonivet 100
Bordejó, Federico 19
Borgia, César 54, 186, *186*
Borja, Diego de 154
Borja, san Francisco de 154
Brandeburgo, marqués de 153
Bravo, Juan 60, *78*, *79* s.

Cabrera, general 138, *140*
Calabria, duque de (Fernando de Aragón) 152, 155
Calderón, Rodrigo de (marqués de Siete Iglesias) 54 s.
Carlos I (V de Alemania) 14, 60, 72, 78 ss., 100 ss., 113, 138, 152, 227, 235, 242
Carlos III 95
Carlos IV 34, 104 ss.
Carlos de Austria, archiduque 34, 155, 177, 180 ss., *183*
Carlos de Viana 23
Carlistas, guerras 138, 140, *140*, 239
Carreño, Fernando 231
Carrillo, arzobispo de Toledo 15
Carrión, infantes de 110
Caspe, compromiso de 23
Cervantes, Miguel de 86 ss., 224
Cid Campeador 110, 120, 138, 158 ss., *160*, 239
Cid, Cantar de Mio *158*
Cisma de Occidente 133 ss.
Clarence, duque de 24
Clemente VII 133
Columna Trajana *87*
Companys, Lluís 32
Comunidades 60, 72, 74, 78 ss.
Constanza, concilio de 135
Constitución de Cádiz 223, 225
Covarrubias, Alonso de 113, 235
Crespi de Valldaura 152
Crónica de Juan II 24
Cueva, Beltrán de la 15, 52, 129

Díaz de Vivar, Rodrigo (Ruy) 110, 120, 138, 158 ss., *160*, 239
Díaz, Juan Martín (El Empecinado) 115
Dollon, L. 182
Empecinado, Juan Martín Díaz el 115
Enrique II 101
Enrique IV 52, 93, 128 s.
Enríquez de Navarra 182
Escipión, Publio Cornelio 84, 86, 174
Espartero 34 s.
Espoz y Mina 138
Essex, conde de 222, 243

Fadrique, maestre de Santiago 200 ss.
Familia de Carlos IV, La *107*
Felipe II 95, 169, 231, 234 s., 237
Felipe III 14, 54, 166, 169, *170*
Felipe IV 14, 33, 55
Felipe V de Borbón, (Felipe de Anjou) 34, 138, 155, 177, 180 ss., *183*
Felipe el Hermoso 52
Fernández de Córdoba, Gonzalo (Gran Capitán) 152, 186
Fernando III el Santo 93, 176, 190 ss., 198, *198*, 200
Fernando IV 28
Fernando VI 38, 230
Fernando VII 48, *222*, 225
Fernando de Antequera 23 ss., 134 s., 154
Fernando el Católico 54, 152 s., 155, *208*, 211, *217*
Ferrer, Francisco 32
Foix, Germana de 152, 154, *154*
Francesada, invasión de la 14, 34
Francisco I 14, 99 ss., *101*
Francisco II 101
Franco, Francisco 8, *10*, 35

Gala, Antonio 163
Galeotes 45 s.
García de la Huerta 112
García de Salazar, Lope de 18 s.
García Gutiérrez, Antonio 152

Garcilaso de la Vega 15
Germanías 138, 152 s., 155
Gil y Carrasco 28
Godoy, Manuel 47, 104 ss., *104-105*
Góngora 45
Goya 105 s.
Gran Capitán (Gonzalo Fernández de Córdoba) 152, 186
Gregorio XII 134
Guerra civil de 1936-1939 32, 35, 38 ss., 214
Guevara, Antonio de 79
Guillén de Rohán, León 232
Guzmán, Gabriela 186

Herrera, Juan de 104, 134, 231, 235

Isabel I la Católica 52 ss., 93 ss., 180, 193, *208*, 211
Isabel II 69

Jaime I el Conquistador 138, *162*, 163, 229, 239
Jaime II, conde de Urgel 23 ss., 154
Jaime II de Aragón, el Justo 176, 214, *216*, 219, 229
Jaime II de Mallorca 230
Jovellanos, Gaspar de 47 s., *47*, 106
Juan II de Aragón 66
Juan II de Castilla 128, 154, 231, 234
Juan XXIII 134
Juana la Beltraneja 52 ss., 93, 95, 129, 180
Juana la Loca 52 s., *72*, *72*, 74, *75*, 232

Lacy, general 48
Larra 140
Layetanos 230
León, fray Luis de *128*, 129
Leonor de Austria 14
Leonor de Inglaterra 112
Lerma, duque de 54 s.
López de Ayala, Pedro 201
López Saldaña, Fernán 232
Lucha del pueblo con los mamelucos, La *107*
Luis XIII 14
Luis XIV 15
Luis XVI 180
Luna, Alvaro de 128
Luna, Pedro de (papa) 133 ss., *134*, 237

Machado, Manuel 114, 222
Machuca, Pedro 242
Magueda, duque de 186
Maldonado, Francisco 60, *78*, 80
Manuel, don Juan 66, 124, 126
María Cristina 48
María Luisa 104
María Teresa de Austria 14
Martín V 135
Martínez Barrio *38*, 41
Mohamed V 242
Mohamed ibn al-Ahmar 100
Mora (arquitecto) 231
Moriscos, expulsión de los 166, 169 ss., *171*
Moscardó, coronel 113
Murat, duque de Berg 106
Mutamid, rey de Sevilla 119, 198

Napoleón 106, *106*
Negrín 40 s.

Ogier le Danois (miniatura) *216*
Olivares, conde duque de 14, *14*, 55
Oquendo, almirante 15, *15*
Orden de San Juan de Jerusalén 120
Orden del Temple 28

Padilla, Juan de 60, *72*, *74*, *78*, 79 s.
Padilla, María de 113, 201
Palencia, Benjamín 118
Pardo Bazán, Emilia 8 ss., *8*, 227
Pascual Canuto 104
Paz de los Pirineos 15
Pedro IV de Aragón 237
Pedro el Cruel 113, 200 ss., 232
Pérez Galdós 8

Quijote, don 45
Quixal, Pedro 154

Ramón Berenguer IV 229
Reyes Católicos 52 ss., 93 ss., 129, 152 s., 155, 180, 193, *208*, 211, *217*, 227, 231
Richelieu 14, 183
Ronquillo, Rodrigo 61

Saavedra, E. 233
Salvà, Pere 230
Sánchez Albornoz 214
Sancho I García 66
Sancho I Ramírez de Aragón 228
Sancho II Abarca 14
Sancho III el Mayor 23
Sancho VII el Fuerte 14
Santa María, Alvar García de 25
Santa Marina, Luis 186
Schulten, A. 233
Segismundo, emperador 134
Segadors, revuelta de los 33
Semana Trágica (1909) 32
Siete Partidas *66*
Shakespeare 126
Soulth, mariscal 224
Spínola, Ambrosio de 34
Sucesión, Guerra de 34, 138, 155, 177, 180 ss., 239

Temple, orden del 28
Teógenes 88

Tito Livio 148
Trajano 236
Trastámaras 93
Tudó, Pepita 106

Urbano VI 133
Urgel, conde de 23 ss., 154
Urraca de Castilla y León 66

Valera, Moisés Diego de 93 ss.
Valle-Inclán, Ramón de 18 s.
Vauban 230
Velázquez 14 s.
Vélez, marqués de 33
Vicente Ferrer, san 23
Viana, príncipe de 66
Villena, Juan de 128, 180, 241

Yussef o Yusuf, el almorávide 119, 198
Yusuf I 207, 242

Zaida 118 s.
Zola, Emilio 8
Zorrilla 113
Zuloaga 98, *98*

Documentación fotográfica

Botía, Barcelona: 36-37, 38 (2), 39, 230 ar.

Ciganovic, Roma: 23 (2), 29, 42-43, 46, 47, 49, 129, 132, 134, 134-135, 139, 148 (2), 174 ar, 203, 211 (2), 215, 217 ab, 219, 224, 230 ab.

Europa Press, Madrid: 8, 8-9, 10, 11

FOAT, Bilbao: 5, 12-13, 16-17, 24, 30-31, 52-53, 56-57, 60-61, 68, 69, 70-71, 72-73, 78, 102-103, 112-113, 115, 120-121, 133, 142-143, 149, 150-151, 158-159, 172-173, 175 ab, 180, 184-185, 191 (2), 193, 194, 195, 210, 232 ab, 235 ar, 238 (2), 240 ar, 241 ar.

Instituto Municipal de Historia, Barcelona: 38, 41, 134 ar, 216 d.

Archivo Mas, Barcelona: 15 ar, 66, 72, 80, 98, 100, 118 ar, 154 (2), 158, 162, 171, 183 (2), 193 ar, 198, 218

Rivas Salmer, Barcelona: 120, 149, sobrecubierta

Salmer, Barcelona: 6-7, 14, 25 (2), 26-27, 32, 33 (2), 34, 35, 40, 41, 44-45, 46-47, 50, 51, 52, 54 (2), 57, 62-63, 75 (2), 79, 80, 81, 82, 83, 84 (3), 86, 87 (2), 88, 89, 93, 94 (2), 101, 104-105, 106, 107 (2), 113, 118 ab, 122-123, 124, 125, 128 (2), 129 ar, 135, 140 (2), 144, 146, 147, 155, 160, 162, 166, 170, 175 ar, 176, 177, 188-189, 190, 192 ab, 194 ar, 196-197, 200, 201, 202, 206, 207, 208, 209 (2), 212, 213, 214, 216, 217 ar, 220-221, 223, 225 (2), 227 ar, 233 ar, 241 ab, 242 ar, 243 (2)

Zardoya, Barcelona: 15 ab, 18-19, 20-21, 22, 48, 55, 58-59, 60, 64-65, 67, 74, 76-77, 85, 90-91, 92, 95, 96-97, 99, 108-109, 111, 119, 126-127, 130-131, 136-137, 141, 145, 153, 156-157, 161 (2), 163, 164-165, 167, 168, 169, 174 ab, 178-179, 181, 182, 183 ab, 187, 192 ar, 204-205, 207, 222, 228 ab, 231 ab, 232 ab, 233 ar, 234 (2), 235 ab, 236 ab, 237 (2), 239 (2), 240 ab, 242 ab.